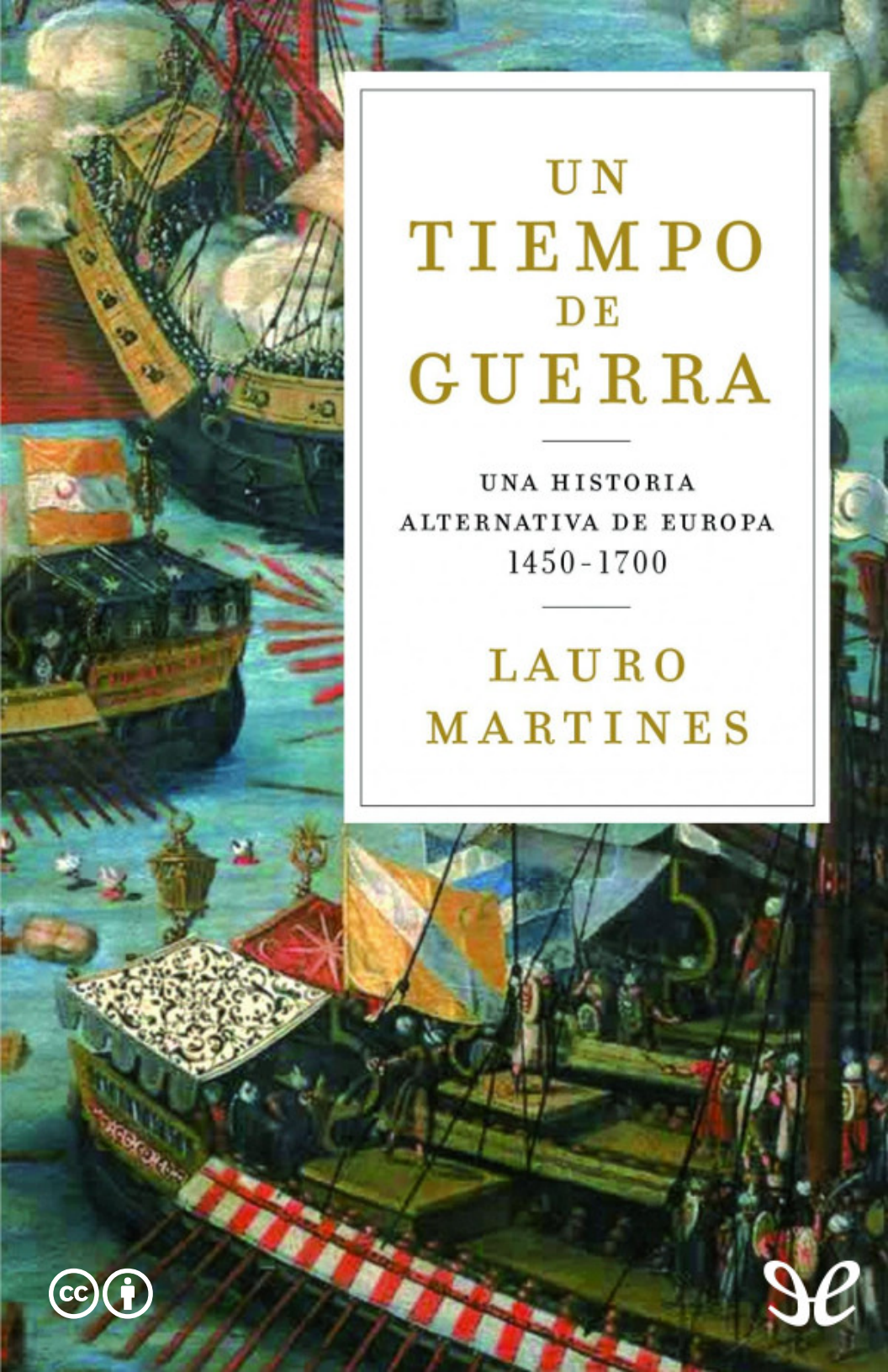

UN TIEMPO DE GUERRA

UNA HISTORIA ALTERNATIVA DE EUROPA 1450-1700

LAURO MARTINES

La versión establecida de la historia de la Europa moderna nos habla de las guerras que se sucedieron entre 1450 y 1700 desde el punto de vista de unas causas políticas con las que los gobernantes las justificaban, en nombre del bien común o de la religión, y valoran sobre todo el papel que tuvieron en la formación de los estados modernos.

Lauro Martines, el gran historiador del Renacimiento, nos ofrece ahora una nueva y enriquecedora perspectiva, que recupera la dimensión humana de unas guerras narradas desde abajo, desde la experiencia del soldado, del campesino, o del habitante de una ciudad asediada.

Una guerra de hambre y canibalismo, de iglesias saqueadas y aldeas incendiadas, de campos devastados, de hombres torturados y de mujeres y niños violados.

«Esto, y no los pronunciamientos de los gobernantes, es lo que constituye la verdadera faz de la guerra», nos dice. Sólo que esta nueva imagen del pasado nos obliga a examinar críticamente la política de los príncipes, y a revisar la versión de la historia que se ha construido a partir de las crónicas y los relatos oficiales.

epublibre

Lauro Martines

UN TIEMPO DE GUERRA

Una historia alternativa de Europa 1450-1700

ePub r1.1

Titivillus 21.10.17

Título original: *Furies: War in Europe, 1450-1700*
Lauro Martines, 2013
Traducción: David León, 2013
Diseño de cubierta: Jaime Fernández, 2013
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo
UN MUNDO EN GUERRA[*]

En determinado momento de 1570, cuando tocaba a su fin la tercera de las guerras de religión de Francia (1562-1598), los soldados del rey se hallaban pasando el Loira en Les Pont-de-Cé, cerca de Angers. Su avance por el puente se veía dificultado por las más de ochocientas mujeres que conformaban su acompañamiento. Piero Strozzi, uno de los principales caudillos de la época, movido por un arranque de impaciencia al ver que no se dispersaban pese a sus amonestaciones, mandó que las arrojasen a las aguas del río. Apenas cabe imaginar la escena de pánico, griterío, forcejeos y violencia que se desató entonces mientras aquellas desdichadas se ahogaban por orden de Strozzi.

Pierre de Bourdeille, quien nos da noticia de este incidente, se refiere a dichas mujeres como «zorras y putas» («garces et putains»), cuando lo cierto es que, aunque muchas de ellas pudieran serlo, algunas debían de ser —tal como era costumbre en aquel tiempo— esposas o concubinas de algunos de los soldados. No obstante, dado el aprieto en que se encontraban, y aunque la determinación de Strozzi a punto estuvo de desatar un motín, sus oficiales lograron dominar aquel conato de revuelta. Tuvo suerte, porque bien podía haberse visto obligado a hacer frente a la ira de una hueste desbocada[1].

El acompañamiento de mujeres en pos de un ejército era frecuente en los conflictos bélicos de la Europa de principios de la Edad Moderna. Sin embargo, dados el interés que suscitaban las facciones surgidas en el seno de la corte y la función destaca-

da que desempeñaban los nobles en las filas de los rebeldes protestantes, las relaciones convencionales de las guerras civiles raras veces llegan a mencionar siquiera este hecho[2].

El hambre también podía ocasionar incidentes increíbles, y el siguiente, como el que acabamos de ver, puede considerarse revelador del modo como escribimos la historia de la guerra. Durante el invierno de 1630, un grupo de aldeanos de Italia, súbditos del duque de Mantua, atraparon en los campos mantuanos a un puñado de soldados licenciados. El experto en la materia que nos refiere este episodio asevera que, tras despellejarlos vivos, los asaron y se los comieron[3].

En el contexto moral de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), es de esperar que un acontecimiento tuviese de trasfondo un relato de gran patetismo. Y así es: las inundaciones y el mal tiempo llevaban poco menos de dos años dando al traste con las cosechas de Lombardía. El valle del Po estaba sumido en una gran hambruna. En septiembre de 1629, pocos meses antes de aquel episodio pavoroso, habían llegado a pie a Italia desde Alemania treinta y seis mil soldados imperiales con órdenes de capturar Mantua. Los dos asaltos que hicieron a la ciudad fueron rechazados con gran derramamiento de sangre, y aunque el asedio se levantó a finales de diciembre, en el entretanto los combatientes asolaron los campos, saquearon las magras reservas alimentarias, incendiaron hogares y trataron a los campesinos como bestias unciéndolos a los carros y azotándolos para obligarlos a tirar de ellos. Cuando los aldeanos pusieron la mano encima a aquellos soldados alejados de su ejército, la ira se unió al hambre para desembocar en el acto salvaje arriba descrito: el despellejarlos, asarlos y devorarlos se trocó en una venganza ritual y alimenticia.

De aquí se extrae la siguiente conclusión: si optamos por escribir la historia de la guerra desde el punto de vista de la diplomacia y la política de altos vuelos, no deben mencionarse jamás

incidentes como los referidos del puente y de los campos mantuanos. Para los gobernantes y los ministros, los asuntos de Estado de la Europa de principios de la Edad Moderna no han tenido nunca relación alguna con «el vulgo»: las mujeres que acompañaban a los ejércitos, los campesinos, los plebeyos de las ciudades o las clases de tropa de los ejércitos.

Cuando el análisis histórico de la guerra responde a las directrices de las ideas surgidas de la «razón» y el sentido práctico de la diplomacia y los asuntos exteriores, el hecho bélico se transforma, por intermedio de la negociación, en una actividad perfectamente normal. De los historiadores que lo estudian desde este punto de vista podría decirse que adoptan una posición demasiado cercana a los príncipes y las minorías gobernantes del pasado, cuando, en realidad, existieron otras voces y otros testimonios, y por lo tanto, debe de haber otros modos de abordar la historia de la guerra.

En «Mosaico bélico», el capítulo con que comienza este libro, se pone de manifiesto que, entre 1450 y 1700, Europa se vio propensa a convertirse en un solo mundo a la hora de hacer la guerra. En todo el continente se contrataron ejércitos profesionales de mercenarios. En el siglo XV, Polonia recurrió a los servicios de soldados alemanes, españoles, bohemios, húngaros y escoceses. Más tarde, Suecia batalló en Moscovia con combatientes de origen irlandés, inglés, escocés, francés y alemán. En los ejércitos franceses sirvieron unidades compuestas por croatas, alemanes, valones, albaneses y, sobre todo, suizos. En los Países Bajos lucharon italianos y españoles al lado de irlandeses, alemanes, dálmatas y valones. Por España, Francia y Venecia, y también a las órdenes de los príncipes germanos e italianos, combatieron regimientos de alabarderos suizos. Los regimientos alemanes contaron con compañías de polacos húngaros y croatas. En lo que respecta al caudillaje, fueron italianos —Piccolomini, Montecuccoli, Colloredo…— los generales que más se

distinguieron al frente de las huestes imperiales alemanas; y los actos de pillaje del célebre saco de Roma (1527) fueron obra de alemanes, españoles e italianos. En noviembre de 1494 entraron en Florencia diez millares de mercenarios. Los florentinos que observaban aquel mar de rostros plurinacional querían tenerlos por «bárbaros», y sin embargo, entre los suizos, los dálmatas, los escoceses y otros de cuantos marchaban bajo el estandarte del rey de Francia no faltaban italianos[4].

Sin embargo, la condición multiétnica de sus soldados no fue lo único que hizo de Europa un mundo singular en tiempos de guerra: tal circunstancia fue también consecuencia de la tradición ascética del cristianismo medieval, cultura que promovió el castigo de la carne como una acción benéfica, no solo en hermandades de penitentes consagradas a la autoflagelación, sino a través de las elocuentes imágenes de sus santos, cubiertos de sangre por el martirio. Estas representaciones de dolor heroico llevaron aparejado como siniestro anverso el uso generalizado de la tortura: la violencia oficial contra el ser humano[5]. Las autoridades recurrieron a ella cada vez con más frecuencia como modo de determinar la culpabilidad de los sospechosos, y a mediados del siglo XIII se empleaba ya en toda Europa junto con castigos que incluían el marcado a fuego, la mutilación de extremidades del cuerpo o partes del rostro, la quema y el espectáculo de las ejecuciones públicas. Si el dolor resultaba beneficioso para los hombres buenos que se azotaban a sí mismos, mejor lo era para los malos, a quienes podía llegar a hacerlos entrar por el camino de la rectitud.

Si se tiene en cuenta la obligatoriedad de hacer confesión ante un sacerdote una vez al año, introducida por el Concilio de Letrán en 1215, los testimonios obtenidos por la fuerza en casos de delito capital parecían parte del mismo ritual de conciencia. En consecuencia, no resultaba difícil presentar el hecho bélico como un castigo por los pecados cometidos. Los predicado-

res no dudaron en poner de relieve esta circunstancia en sus sermones de tiempos de guerra, y el gran Martín Lutero prestó su autoridad a esta causa. Con todo, en cuanto heredera de los métodos de tormento, la Europa del Renacimiento no sería ajena al derramamiento de sangre ni a las carnicerías. Los actos de los príncipes y demás hombres de Estado dieron expresión al convencimiento de que la guerra constituía el ámbito más natural para la barbarie.

La Reforma protestante, iniciada a principios de la década de 1520, dividiría a la cristiandad y desataría nuevos motivos para enfrentamientos bélicos. De hecho, las herejías de la Baja Edad Media se habían abordado ya con campañas militares despiadadas, entre las que destacan las emprendidas contra los cátaros en los albores del siglo XIII y contra los husitas checos en el segundo y el tercer decenio del XV.

Entre la década de 1520 y mediados del siglo XVII, mientras protestantes y católicos se enfrentaban por cuestiones de doctrina, muchos de ellos descubrieron que podían matar con la conciencia limpia por el simple hecho de estar matando por Dios. Cuando se asaltaba una ciudad en lid religiosa, era común que los soldados destrozasen las campanas de sus iglesias o las desmontaran a fin de venderlas en calidad de botín o aún de otorgarlas a sus artilleros mayores. Uno de los mensajes que ofrecían actos así era que no procedía que tales instrumentos convocasen a los parroquianos a ritos eclesiásticos impíos.

Con todo, la causa más persistente de las atrocidades perpetradas en el campo de batalla no fue el fervor religioso ni las ideas de un ascetismo distorsionado que incitaba a la mortificación corporal, sino la condición física y mental a la que se veía sometido el soldado corriente. Era normal que se viera hambriento y sin paga, pues quienes lo habían llevado a combatir con la promesa de una remuneración que bastase para garanti-

zar su sustento no habían mantenido su palabra ni se habían preocupado, en muchos casos, de proporcionarle alimento a modo de pago en especie. Como resultado, no era extraño que las mesnadas de los príncipes se tornasen, en tiempos de guerra, en una caterva de hombres furiosos, cuyo humor hosco compartían a menudo sus oficiales, gentes de noble cuna en su mayoría. El único consuelo a esta rabia procedía de desahogarse con la plebe de los alrededores.

De la mano del problema que suponía el desembolso de las soldadas iba el de hacer llegar las provisiones a los puestos militares deseados: la intendencia. Tal cosa dependía sobre todo de la disponibilidad de pan o bizcocho, raciones de carne o pescado, cerveza o vino, amén de otros elementos de vital importancia, como el forraje para los caballos y las bestias de carga. Pero ¿se trataba de cosas que pudieran obtenerse a cambio de dinero? Un ejército de veinte mil hombres superaba en número, aún sin contar con sus acompañantes, a la población de la mayoría de las ciudades europeas, y cuando emprendía una campaña, esta multitud sinuosa de combatientes, dotada de entre diez mil y quince mil cabalgaduras, era capaz de acabar en pocos días y sin esfuerzo con toda la comida y el forraje de los pueblos y los campos adyacentes al de batalla en varios kilómetros a la redonda. Una hueste así no podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar: tenía que moverse en busca de pastos nuevos y más víveres.

Más víveres: en el capítulo 6 tendremos ocasión de conocer la escala espeluznante de los problemas de intendencia que llevaba aparejados cualquier intento de crear un depósito de suministros, o de preparar a los ejércitos para que acarreasen su propio alimento para hombres y bestias. Aquellas columnas de entre quince mil y veinte mil guerreros de a pie y caballeros generaban tamaños problemas de transporte y abastecimiento que los gobernantes comenzaron a verse acosados por la necesidad

de enmendar su proceder, y el resultado estaba llamado a modificar la anatomía del Estado en formación.

Cuando los poderosos no adoptaban medidas más realistas y renunciaban al intento de congregar ejércitos gigantescos, la naturaleza del Estado se veía transformada por oleadas de violencia y brutalidad que carecían de todo precedente y dejaban un rastro marcado por el terror y la sangre.

Cierto es que el impacto de los ejércitos no se iba a hacer notar en toda Europa —y así, por ejemplo, mientras Alemania se veía devastada por la guerra de los Treinta Años (1618-1648), no faltaron amplias regiones del país que escapasen al afán homicida de los soldados—. Sin embargo, las zonas más pobladas del continente —los valles fluviales, así como sus áreas urbanas y sus terrenos más fértiles— se convirtieron, en todo momento, en los escenarios principales de los conflictos armados.

Llegamos así a la cuestión de la «guerra total». Esta no fue, en absoluto, ninguna innovación del siglo xx: las campañas contra el paisanaje ya eran el pan nuestro de cada día de las huestes beligerantes de la Edad Media. No obstante, después del año 1500, las armas de fuego llevaron la destrucción a cuanto poblaba el horizonte: ciudades, pueblos, campos, iglesias, ganado y —con una lluvia de misiles explosivos— el centro mismo de las plazas fortificadas. La construcción de la muralla defensiva que las rodeaba iba a sufrir toda una revolución, y de hecho, la guerra no fue nunca un asunto limpio o sencillo de batallas libradas entre un ejército y otro: el sitio de poblaciones grandes y pequeñas puso en grave peligro las vidas de cuantas gentes vivían en un radio de entre treinta y cincuenta kilómetros.

La Europa de la primera Edad Moderna también se convirtió en escenario de «guerra total» en otro sentido, siendo así que, como tendremos ocasión de ver, cada vez que se daba un con-

flicto armado a gran escala, se ponían al servicio de los ejércitos todos los recursos fiscales de los Estados más relevantes.

Argumento de la obra

Antes de pasar al «Mosaico bélico», conviene exponer las principales afirmaciones y los temas que se plantean en el presente volumen y conforman su hilo conductor.

La guerra constituía, con diferencia, el más caro de todos los dispendios gubernamentales en la Europa moderna temprana, y los ingresos efectivos destinados a sufragarla jamás resultaban suficientes. Por compleja que pudiera ser la colección de tributos que imponía un estado, también pecaba, hasta extremos sorprendentes, de poco eficaz y corruptible. En consecuencia, las naciones beligerantes más destacadas caían de forma crónica en la deuda y se hallaban con frecuencia al borde de la bancarrota. No obstante, tampoco cuando eran más o menos solventes conseguían a veces llegar a los necesitados combatientes en lo más acalorado de la batalla, y la desesperación causada por el hambre hacía a estos últimos muy propensos a atacar a la población civil en busca de pan y otros alimentos.

La colosal sangría monetaria que llevaba aparejada el movimiento de tropas alteró de forma gradual la anatomía de los Estados emergentes de Europa: España y Francia, en primer lugar, y a continuación la República de las Provincias Unidas de los Países Bajos, Suecia, la Austria de los Habsburgo, Rusia y Brandeburgo-Prusia. Todos ellos vieron desbocarse su deuda en tiempos de guerra a la vez que creaban nuevos impuestos, empleaban a más contratistas y administradores, creaban nuevos departamentos e instituían una Administración pública. Sin embargo, la actividad bélica y las ambiciones de los príncipes siguieron siendo las fuerzas que impulsaban al Estado, y raras veces se dejaban refrenar mucho tiempo por la escasez de dinero o las quejas de sus ejércitos desesperados.

Después de 1500, cuando se intensificaron las reivindicaciones antagónicas entre príncipes y se exacerbó la guerra, los ejércitos se hicieron mayores o se mantuvieron en el campo de batalla durante períodos más prolongados. Se convirtieron en un elemento más de las carreteras y los ríos de las regiones más populosas de Europa. En lo que duró el siglo XVI comenzó a aparecer en escena un revoltijo de mercenarios, voluntarios y reclutas forzados, por cuanto la reserva tradicional de los primeros ya no bastaba para satisfacer la demanda: la guerra estaba mermando su número. Aunque los segundos y los terceros ni siquiera podían compararse a ellos en cuanto a pericia bélica, lo cierto es que tampoco resultaban, ni por asomo, tan costosos. Los más aguerridos constituían la columna vertebral de estos ejércitos mixtos y percibían salarios más elevados.

La pasmosa capacidad que poseían para llevar números ingentes de soldados al campo de batalla dotó a las «potencias» en desarrollo de una coraza de autoridad cada vez más gruesa, de la que se sirvieron para extender su poder sobre los credos institucionales, las asambleas regionales de ciudadanos, los ingresos privados, los plebeyos y la nobleza menor. La alta aristocracia gozó de privilegios especiales durante mucho tiempo, aunque también los vería mermar de forma marcada con las postrimerías del siglo XVII. No era raro que se empleara a los soldados para imponer su sumisión.

La mayor parte de las observaciones aquí recogidas se encuentra diseminada entre los mejores estudios bélicos del período que va de 1450 a 1700[6]. Sin embargo, resulta difícil, cuando menos, verla reunida en un análisis global. Procede de una amplia bibliografía que cito con profusión en las notas finales y a cuyos autores debo no poca gratitud. Si bien la historia social de la guerra que han cultivado las últimas generaciones ha apartado la vista de los asuntos estrictamente militares en busca de contextos más ricos, de la vida del soldado corriente y de la voz

del paisanaje atrapado en las redes del conflicto armado, aún queda muchísimo por investigar, sobre todo en lo tocante a la dimensión de la violencia, a la incidencia de las diversas enfermedades, a la práctica de acantonar a los soldados en hogares civiles, al papel desempeñado por la mujer en la sociedad de las caravanas militares, a las relaciones entre los oficiales y los hombres que se hallaban a su cargo y a determinadas cuestiones esenciales de intendencia. La existencia de tamaños vacíos en los estudios de que disponemos justifica la afirmación de que, en la investigación que se está dando en torno a la guerra y los ejércitos, queda aún —cuando menos por lo que respecta al autor de estas líneas— mucho que dedicar a los detalles de las grandes batallas, así como a los designios más altivos de la política exterior. Ninguna de las contiendas más importantes de la guerra de los Treinta Años resultó decisiva en lo político, y otro tanto cabe decir, sin lugar a dudas, de las guerras italianas (1494-1559), las guerras de religión de Francia (1562-1598) y las entabladas por la corona española en los Países Bajos entre 1567 y 1648.

¿Qué puede decirse, pues, de lo que tiene de nuevo o de diferente este libro? Dadas las condiciones de abastecimiento y transporte del período que nos ocupa, crear una hueste de veinte mil hombres constituyó siempre una empresa de una dificultad abrumadora, que dependía, en primer lugar, de cientos de capitanes, coroneles y contactos que desplegaban sus redes a fin de dar con los reclutas necesarios. A continuación, había que hacer frente a la necesidad de trasladar y aprovisionar a los alistados, y tal cosa exigía una organización metódica, amén de un acceso expedito a grandes cantidades de mano de obra y capital. Aspirar siquiera a semejante empresa solo estaba al alcance de un gran príncipe o una república acaudalada (como Venecia o las Provincias Unidas).

Por lo común, ninguna de estas consideraciones queda relegada del paisaje que desplegaremos en este libro. Todas ellas

dan cuenta de que, a la postre, los grandes ejércitos de los primeros tiempos de la Europa moderna no eran sino monstruos de gran fragilidad susceptibles a las enfermedades, las deserciones, la escasez de salarios, los motines y no pocos episodios de violencia salvaje.

También se ha brindado aquí una atención considerable a una paradoja sorprendente: la del espectáculo que ofrecen los Estados que son capaces, a un tiempo, de reclutar ejércitos exterminadores y alimentar en el centro mismo de su ser agujeros negros financieros. Como tendremos ocasión de ver, semejante contradicción se resolvía mediante el empleo de recursos ingeniosos y mecanismos de crédito que situaron a los banqueros en un lugar prominente en el negocio de la guerra.

Si entendemos que el ámbito de la actividad bélica se halla en los lugares en que se produce la violencia militar, la historia de las guerras de los siglos XVI y XVII debería concentrarse en las relaciones que se dieron entre soldados y paisanos, y en particular en sus encuentros más desagradables. Y es que los conflictos armados de la Europa de aquel período se volvieron sobre todo contra la población civil urbana y rural. Por eso el presente volumen se centra en el sitio y el saqueo de ciudades, en la incidencia del pillaje y los homicidios en el campo, en las condiciones miserables en que vivía el soldado ordinario, en la terrible circunstancia de la recluta forzosa y en la presencia pavorosa de las enfermedades. En cierto sentido, la intención de una amplitud tal de miras es la de hacer descender las abstracciones del análisis social y político a los sangrientos resultados que ofrecían los campos de batalla.

Solo queda añadir que el arte de entretejer el horror en un relato real es cuestión de medida, ritmo y cambios de tensión. Esta ha sido precisamente la parte más ardua a la hora de redactar las páginas que siguen. La guerra lleva al límite los recursos de los escritores.

Capítulo 1
MOSAICO BÉLICO

Los incidentes y relatos brevísimos que se relatan a continuación podrán parecer inconexos a primera vista, siendo así que, lejos de respetar el hilo temporal del discurso, presentan saltos pronunciados de un país a otro y alternan entre diversos momentos de un lapso que abarca más de dos siglos. Sin embargo, tomados en conjunto, acaban por configurar una pauta concreta: la pauta impensable de las guerras que asolaron Europa entre 1450 y 1700 aproximadamente, dominada por el desventurado paisanaje, el hambre cruel, los soldados menesterosos, los ejércitos agónicos y los actos despiadados. También hay en ella lugar para la sorpresa, cuando no para la conmiseración. Aunque la guerra tiene muchas caras, hay un aspecto que siempre está presente en todas: la angustia que provocan sus víctimas.

Si existe modo alguno de participar tal cosa en un solo libro, toda historia que abarque varias guerras deberá ser un mosaico o, por expresarlo de otro modo, una radiografía del hecho bélico, de cuanto tuvieron en común los principales conflictos del período; máxime cuando hablamos de un tiempo en que la naturaleza de la guerra quedó transformada por la pólvora, los ejércitos nutridos, las meteduras de pata de los príncipes y el descomedimiento de los costes.

El niño campesino (1634)

En el apogeo de la guerra de los Treinta Años, en Alemania, la urbe imperial de Augsburgo sufrió un sitio extenuante de

más de siete meses. Se trataba de una de las ciudades «libres» más ricas del sur del país, hogar de los Fúcares (o Fugger), los Höchstetter y los Welser, banqueros internacionales al servicio de reyes y emperadores. En septiembre de 1634 la cercaron dos ejércitos conformados sobre todo por católicos: unidades bávaras y de otras regiones alemanas, y también compañías de croatas, españoles, polacos, italianos y más gentes de origen europeo. El asedio comenzó con operaciones destinadas a evitar la llegada de provisiones de boca y bloquear el río Lech, cuyas aguas fluían en dirección a la ciudad.

A finales de octubre, capturaron en las afueras de la plaza asediada a un niño campesino con dos alondras que, al decir de los sitiadores, pretendía hacer entrar de forma subrepticia en ella[1]. Lo ahorcaron de manera sumaria, casi con toda seguridad cerca de los muros de Augsburgo y con los dos pajarillos colgados de forma ostensible del cinturón. Con semejante manifestación se pretendía advertir a los viajeros y demás espectadores de los peligros que comportaba el tratar de introducir víveres en la ciudad.

Puede ser que el oficial que ordenó la ejecución se mostrase más severo con el muchacho que con otros de cuantos debieron de tratar de burlar el bloqueo. Entre las penas que se aplicaban había una no capital aunque más sangrienta consistente en amputar las narices y las orejas de aquellos a quienes condenaban por tal delito. Jakob Wagner, el ciudadano de Augsburgo que recogió el incidente en su crónica, no hace comentario alguno al respecto ni nomina al joven, a pesar del rigor que muestra su obra con respecto a los nombres. En este caso, como cabe esperar, le fue imposible dar cuenta de la identidad de un simple campesino; pero la descripción del episodio se compadece con la relación que ofrece de otros actos de crueldad, de los que habría de ver y oír muchos más en lo que duraría la guerra de los Treinta Años.

Desertores

El 21 de abril de 1705, en algún lugar del corazón de Francia, se formó un consejo de guerra contra un rústico analfabeto, por nombre Pierre La Sire, al que condenaron a perder nariz y orejas y quedar marcado a fuego con la flor de lis real en una mejilla por desertar de su compañía de infantería[2]. El resto de la pena puede considerarse peor que la de muerte, pues consistió en echarlo a galeras de por vida en calidad de esclavo y remero.

Su caso no resulta inusual, por más que el fallo de sus jueces parezca sobrepasar los límites de la razón. La deserción del ejército francés era muy común en aquel tiempo, y los castigos que se aplicaban variaron por ser diversos los cambios que experimentaron las leyes que la abordaban. La autoridad real vacilaba, aunque las penas principales iban del ajusticiamiento y la mutilación del rostro a la esclavitud en las bancadas de remeros. Con todo, también se daban condenas menos extremas, como ocurría cuando se obligaba a los convictos a regresar a filas tras marcarlos.

La suerte de La Sire se debió a la necesidad insaciable de mano de obra de que adolecieron las fuerzas francesas en torno a 1700, tan acuciante que, en algunos casos, se llegó incluso a permitir que quienes sentaban plaza en el ejército evadiesen así un proceso por homicidio. Aunque Francia había proporcionado siempre amplias reservas de voluntarios a sus fuerzas armadas, la política exterior del cardenal Richelieu y, a continuación, del rey Luis XIV exigía un número mucho más nutrido de soldados[3]. Como consecuencia, las fuerzas permanentes de tierra, que en la década de 1620 contaban con entre diez mil y doce mil hombres, se habían elevado a principios de la década de 1690 a un total de 320 000. Semejante número solo pudo obtenerse mediante el envío de banderas de recluta y patrullas de

leva a los distritos rurales, en donde sus agentes se servían con frecuencia del engaño y la violencia para captar a los remisos. Y Pierre La Sire debió de ser, casi sin lugar a dudas, uno de los jóvenes a los que hicieron desaparecer por la fuerza de su aldea.

En el siglo XVII el campesinado sueco hubo de hacer frente a levas espeluznantes, y de Inglaterra, España y Alemania cabe decir algo similar. Veamos otros sucesos breves ocurridos en diversas partes de Europa que ilustran los extremos salvajes a que llevaba la necesidad de soldados. En 1712, mientras se afanaba por poner freno a la deserción de sus huestes, Pedro el Grande de Rusia recurrió a «la práctica de marcar a los reclutas como a delincuentes comunes… grabándoles una cruz en el brazo izquierdo con un hierro candente y frotando después la herida con pólvora[4]». En el norte de Italia, apenas unos años antes (en 1707), el príncipe Eugenio de Saboya, al mando de las fuerzas imperiales, dispuso «que todo soldado que se hallara a más de cien pasos de las fuerzas en marcha… debía ser ahorcado[5]».

Florencia contra Pisa (1406)

Sobre el viejo puerto de mar de Pisa cerró a principios de 1406 un ejército de mercenarios a bordo de una serie de embarcaciones en las que transportaban las provisiones necesarias para un asedio pertinaz. El pagador de aquellos profesionales, situado a setenta kilómetros al este de la plaza agredida, no era otro que la ciudad más culta de toda Europa: la República de Florencia[6].

Pisa había sido en otro tiempo reñido rival de las dos repúblicas marineras: Génova y Venecia. En los siglos XII y XIII, los barcos pisanos habían transportado de forma regular género y mercaderes por el Mediterráneo en dirección a Acre, Constantinopla, Alejandría, Túnez y destinos más cercanos, como Cerdeña y Sicilia. Sin embargo, en el momento que nos ocupa se hallaba en un estado de hostilidad extrema un antiguo enfrenta-

miento entre estas dos vecinas. Pisa, que no dejaba de ser una república enana, había sido objeto de venta por parte de sus señores provisionales, y Florencia, resuelta a apropiarse de ella a finales del verano de 1405, había satisfecho parte de los 206 000 florines de oro que pedían los mandamases de tan malhadada ciudad. Los compradores, sin embargo, habían pasado por alto el coraje de los pisanos, y después de haber ocupado la fortaleza que se erigía en los confines de la ciudad, Florencia se había visto despojada de improviso de su adquisición por un ataque por sorpresa, y aún no había sido capaz de obtener la compensación que reclamaba al respecto. Los florentinos se tenían ya por propietarios legítimos de Pisa, aún cuando a ninguno de ellos se le había ocurrido consultar a los ciudadanos de esta última.

Entre noviembre de 1405 y junio de 1406, la férrea resistencia de los pisanos rechazó una y otra vez a los sitiadores al impedirles vadear el colosal foso y tomar por asalto el telón de murallas defensivas. Mediado el mes de mayo, estos habían imposibilitado por entero la llegada de provisiones a la plaza asediada: ya llegasen por tierra, ya por mar, no había esperanza alguna de que los víveres atravesaran el cerco de soldados de a pie y caballeros. El puerto se hallaba acosado por la hambruna: no había gato, perro, alimaña, raíz ni planta que no acabase devorado: «Ya no queda hierba en el suelo de los mercados, pues la han arrancado para secarla y reducirla a polvo a fin de amasar pan con él[7]». Las embarcaciones que arribaban cargadas de grano para los pisanos se detenían cerca de la desembocadura del río Arno y revendían el contenido de sus bodegas al enemigo florentino. El precio del cereal en el interior de la ciudad alcanzó tales cotas que los contrabandistas de Lucca no dudaban en hacerse con cantidades modestas de dicho género y arriesgar la vida tratando de introducirlas de manera clandestina durante la guardia nocturna.

Los costes de aquel sitio estaban resultando elevados hasta extremos horripilantes para los florentinos, y tal circunstancia hizo que siempre cupiera la posibilidad de que acabasen por renunciar a la empresa. Tocaba a su fin el mes de abril cuando, en un intento desesperado más por resistir, los comandantes de Pisa comenzaron a expulsar a «las gentes indigentes e improductivas» (pordioseros y menesterosos) de la ciudad al objeto de sacar el mayor rendimiento posible de las provisiones que quedaban para los soldados que defendían la plaza y los más acomodados. Las distribuciones benéficas a los necesitados no se habían interrumpido, y esto había acelerado la mengua de las existencias.

Los «comisarios» de Florencia —los superiores civiles en el campo de batalla— respondieron a la decisión de los pisanos con una falta de compasión análoga, decretando que se ahorcase a todo aquel que saliera de la ciudad. Tal disposición se leyó —o por mejor decir se voceó— ante las puertas de Pisa tras anunciarla con toques de trompeta. Los sitiadores contaban con que el hambre propiciaría una rendición rápida. Con anterioridad se habían dado momentos de crueldad dramática, y así, unas semanas antes habían inmovilizado a un soldado pisano capturado para convertirlo en un proyectil «como si de una piedra se tratara» y catapultarlo por sobre las murallas de la ciudad[8]. Cayó en una de sus calles, y los habitantes pudieron leer en su cuerpo destrozado un cartel por el que se les informaba de que tal era la muerte que aguardaba a cuantos salieran de Pisa.

Las dos partes resolvieron hacerse fuertes y salirse con la suya. Cuando apareció extramuros de la ciudad el primer grupo de pordioseras expulsadas de ella, los mercenarios florentinos se abstuvieron de matarlas llevados de la compasión, aunque en lugar de ello les cortaron por detrás la falda y cuanto les cubría las nalgas para marcárselas a continuación con la flor de lis que

figura en el escudo de armas de Florencia y obligarlas a regresar al otro lado de la muralla[9]. En cambio, a los pocos varones que relegaban de la ciudad los ahorcaban a las mismas puertas o en lugares elegidos por su elevación, de tal modo que su visión sirviera de aleccionamiento a cuantos mirasen por encima de las defensas de Pisa.

A las tenazas del hambre, el ejército florentino fue a añadir la muerte y las heridas que ocasionaba de cuando en cuando una rociada de proyectiles. Europa había visto actuar por vez primera de forma conjunta la pólvora y la artillería en la década de 1340, y los pisanos oyeron su primera bombarda en 1406. Sin embargo, aquella nueva arma no obtuvo una precisión verdaderamente satisfactoria hasta después de 1450. Sea como fuere, a principios de 1400 resultaban igual de mortales las piedras arrojadas por las catapultas conocidas como *fundíbulos*, con las que sembraron el terror en el interior de Pisa sus sitiadores. Las zarpas de la guerra también desgarraron los campos aledaños: labrantíos, aldeas y pueblos en los que los mercenarios quemaron y saquearon a placer. Buena parte del botín, incluidas no pocas provisiones de grano, se destinaron a la ciudad de Florencia.

Al decir del político florentino Gino Capponi, supervisor civil del asedio, los mercenarios actuaban movidos por el afán de riquezas, pues se les había prometido que la toma de Pisa les iba a ser recompensada con el doble de sus salarios, cuanto obtuviesen a través del pillaje y una retribución de cien mil florines[10]. Sin embargo, durante el verano, a medida que quedaba de manifiesto que Pisa solo se rendiría cuando el hambre obligase a tal cosa a sus habitantes, y que sus bienes muebles iban a quedar a merced de soldados rapiñadores, la ciudad atacante renunció a la violencia propia del saqueo llevada del interés propio. ¿Qué sentido tenía dejar que cayese en manos de mercenarios toda aquella riqueza, gravable, disponible y útil en su mayoría?

Los comisarios cursaron entonces órdenes más estrictas: a la caída de Pisa, no debían darse actos de pillaje, so pena de muerte. La toma de la ciudad había de ser disciplinada y magnánima en apariencia. Meses antes, el primer capitán general del asalto al puerto, Bertoldo degli Orsini, romano de noble cuna, había resultado más interesado en saquear los campos pisanos que en hacerse con la ciudad, hasta el punto de que los florentinos habían acabado por prescindir de él y de su modesta mesnada.

Al cabo, la plaza se entregó a los sitiadores de resultas de la traición de Giovanni Gambacorti, presuntuoso señor de la plaza a quien se recompensó con veinte mil florines y diversas propiedades en Florencia. Las negociaciones, que incluían también la ciudadanía florentina exenta de gravámenes para el pérfido signatario, se habían llevado a término con gran secreto. Poco antes del alba del 9 de octubre de 1406, cuando aún dormían sus habitantes, se abrieron de par en par las puertas de Pisa para dejar pasar al ejército atacante, que marchó con paso firme al son de los tambores que despertaron de inmediato a la población. Los pisanos, aturdidos al principio, se asomaron a las ventanas, sin poder ocultar los efectos de la falta de alimento. Uno de los de Florencia calificó su aspecto de «repugnante a la par que espantoso: todos tenían el rostro comido por el hambre[11]». Algunos de los soldados arrojaron pan a los famélicos vecinos de la plaza rendida, en particular a los más pequeños, y toparon con reacciones estremecedoras. Pensaron estar contemplando «voraces aves de rapiña»: los hermanos arremetían unos contra otros por un mendrugo, y los hijos porfiaban con sus padres.

En Florencia, las nuevas de la rendición originaron un arrebato de exaltación y júbilo extremo. Doblaron las campanas de las muchas iglesias con que contaba la ciudad, y a continuación se sucedieron tres días de celebraciones con hogueras, procesiones, festejos, justas y una misa solemne en el baptisterio de San Juan, en donde se elevaron a Dios oraciones de acción de gra-

cias por el sino glorioso que habían otorgado los cielos a los florentinos: al fin disponían de un puerto propio a la altura de sus proezas literarias. Al fin y al cabo, en 1400 Florencia había producido un conjunto de obras suficiente para enorgullecer no ya a una ciudad como ella, sino a naciones enteras, y del que basta citar *La divina comedia*, de Dante; el *Cancionero* de Petrarca, en el que figuran sus egregios sonetos, y los diez cuentos recogidos por Bocaccio en *El decamerón*. Y aún estaban por venir Maquiavelo, Miguel Ángel y otras lumbreras.

El odio de los pisanos para con los florentinos aún habría de arder con viveza durante más de un siglo, y se revelaría de forma especialmente enérgica en 1494, con el principio de las guerras italianas (1494-1559) y el fogoso alzamiento de la ciudad contra Florencia.

En medio del camino de la guerra: Rumegies (1693-1713)

Una de las rutas principales de la guerra de finales del siglo xvii era la que atravesaba la población francófona de Rumegies, sita, como la cercana Lille, en la frontera que separaba Flandes de Francia. Alexandre Dubois, habitante del municipio cuyo diario ha llegado a nuestros días, era el sacerdote de aquella parroquia de 84 familias[12]. Las páginas de dicho escrito recogen la voz de un clérigo agudo, comprometido, irónico, sabio y agradable que, además, se hallaba muy bien informado de cuanto estaba ocurriendo en Europa a la sazón.

La región estuvo plagada de ejércitos de dentro y fuera del país durante una veintena aproximada de años por causa de las guerras entre la Francia de Luis XIV y los Países Bajos aliados con Inglaterra, España y una liga de príncipes germanos, y Dubois nos ofrece el testimonio de cuanto ocurrió en Rumegies y los alrededores.

Las estrecheces económicas de aquel pueblo comenzaron en 1691, año en que la corona empezó a crear ministerios locales

sin más objeto que el de venderlos para acrecentar sus ingresos, y el municipio se vio obligado a comprarlos.

En 1693 apareció en escena el duque de Wurtemberg a la cabeza de veinte mil hombres para exigir al punto el desembolso de una «contribución». Las autoridades reales impusieron a Rumegies un pasmoso gravamen de unos treinta mil florines, y a fin de garantizar el pago de semejante cantidad tomaron a una serie de rehenes de diversas partes del distrito y los retuvieron en Gante hasta que se hubiera satisfecho. Sin embargo, la victoria obtenida por los galos en Neerwinden, «para gloria de Francia y ruina de nuestro pueblo», desvió a manos francesas dicha contribución, y aunque esta descendió a 18 000 florines, no tardaron en dejarse oír voces de aflicción. El precio de los alimentos se había puesto por las nubes; los más acomodados veían esfumarse sus excedentes para engordar las arcas estatales, y los pobres agonizaban al no poder comprar siquiera pan. Aquel año no se había cosechado grano en la región, y la guerra de los Nueve Años (1688-1697) seguía su curso no obstante.

Durante el invierno y la primavera de 1694, mientras el hambre mataba a las gentes de la región, visitaba a diario Rumegies todo un enjambre de extraños que acudían a pedir pan a Dubois. En 1695, la corona recaudó un impuesto general de capitación a fin de costear las hostilidades, aún cuando todas las «contribuciones» estaban destinadas a mantener a las huestes del rey. En junio de aquel año, los aldeanos apresaron a 17 soldados españoles hambrientos —desertores de las filas antifrancesas, casi con toda seguridad— a los que descubrieron arrancando espigas de los campos de Rumegies, y aunque mataron a uno de ellos, los otros 16 lograron escapar.

El precio del cereal seguía siendo demasiado elevado para la mayoría, y Dubois arremete con violencia contra el «nuevo rico» que había hecho fortuna mediante el acaparamiento de grano y su venta en el momento oportuno. Las lluvias torren-

ciales hicieron de la de 1697 una cosecha terrible para el pueblo. Aquel año resultó imposible recoger otra cosa que centeno. En las páginas correspondientes a 1698, Dubois refiere lo ocurrido a los tres hermanos de una familia problemática de la región: a uno de ellos lo ahorcaron por robar un caballo, a otro lo mandaron a galeras de por vida, y el tercero, uniendo su suerte a la de la guerra, había sentado plaza tanto en el ejército francés como en el español para desertar cinco veces después de embolsarse la remuneración recibida por engancharse.

La hambruna de 1699 iba a tardar mucho en olvidarse. Los menesterosos hacían cola «a cientos» un día tras otro para pedir pan, y sin embargo, poco después, en 1701, mientras se preparaba para la guerra, la corona volvió a exigir el impuesto de capitación, esta vez a perpetuidad. Cinco muchachos del pueblo se vieron obligados a servir en la milicia, y otros tres, en el ejército del rey.

Años más tarde, en 1708, Lille sufrió el sitio de un ejército neerlandés que contaba con el auxilio decidido de los británicos, y toda la región se vio invadida por soldados franceses que registraron la zona y jinetes en busca de heno para forraje del mes de agosto al de diciembre. A aquel año difícil lo siguió el invierno húmedo y glacial de 1709, que se prolongó hasta abril, y a continuación, los habitantes de Rumegies vieron desvanecerse de manera prematura el consuelo que parecía ir a ofrecer la primavera. El ejército francés había tenido que retirarse, y el 27 de mayo irrumpió en la diócesis de Saint Armand, a la que pertenecía la parroquia de Alexandre Dubois, un grupo de más de diez mil mercenarios de la República Neerlandesa entregados al pillaje. En menos de tres meses murieron ciento ochenta de los feligreses de nuestro autor, quien no duda en presentar semejante atropello a imagen del Juicio Final. Los atacantes, que hablaban una lengua incomprensible para los aldeanos, llegaron «armados con pistolas, bayonetas, espadas y astas de gran

tamaño… y lo destrozaron todo. Se llevaron cincuenta vacas y treinta caballos, y después de robar a voluntad… violaron a no pocas mujeres y mataron a varazos a varios lugareños». A continuación asaltaron la iglesia y la «saquearon y profanaron», amén de asestar una paliza al propio sacerdote. Aquellas gentes cuyo «rostro destilaba muerte… descargaron su ira contra Rumegies».

Dubois huyó junto con sus convecinos, y dos o tres días más tarde, a su regreso, pudo comprobar que en las casas no había quedado «otra cosa que los muros: ni puertas, ni ventanas, ni cristales, ni pedazo alguno de hierro, y lo que es peor: ni una sola bala de heno. Y cuando digo que no había quedado ninguna de estas me refiero a toda la región del Tournaisis, lo que supuso la muerte de casi todo el ganado durante el invierno siguiente». Quien tal cosa escribía deja constancia de que la desnutrición también acabó con muchos aldeanos, pues entre los que fallecieron antes de la Navidad no había, a su decir, ni uno solo que hubiese recibido la alimentación necesaria. «La mayor parte de los difuntos carecía de dinero, prendas interiores y aún de heno sobre el que dormir». De hecho, las gentes de su parroquia estaban comiendo pan «que un año antes ni siquiera habrían querido los perros».

Con la Pascua de 1710 llegó un ejército que atajó por Rumegies de camino al sitio de Douai, y cuyos soldados se apoderaron de cuanto les vino en gana. Un año después el municipio hubo de ofrecer alimento y techo durante seis meses a los integrantes de un regimiento de infantería de Hanover. En marzo de 1712 se vio obligado a soportar a lo largo de diez días las exigencias de jinetes franceses que tomaron de él madera, carros, cabalgaduras y heno. «De haber permanecido más tiempo entre nosotros, habríamos tenido que abandonar el pueblo —escribió Dubois—. Estos caballeros se han hecho con todos los caballos… y los retienen hasta que les place o hasta agotarlos,

sin darles nada de comer ni ofrecer nada a cambio a sus dueños. Están desesperando a nuestros desdichados campesinos».

La ciudad vecina de Saint Armand cambió varias veces de manos entre 1709 y 1713, según la tomaran los ejércitos neerlandeses o los franceses, y en cada una de estas ocasiones hubo Rumegies de aflojar heno, utensilios, dinero y alimento en cantidades que dejaron en la miseria a los lugareños. Al final, como el resto de poblaciones de los alrededores, no tuvo más remedio que vender parte de sus tierras comunales a precios que habían caído por debajo de la mitad del normal.

El sacerdote cronista concluye su relación de la furia de 1709 dando cuenta de los afanes del grupo de soldados neerlandeses que trató de desmontar las tres campanas de la iglesia del pueblo para llevárselas en carro. Frustrados ante la imposibilidad de completar semejante empeño, intentaron destrozarlas, y al ver que tampoco lo conseguían, empujaron una de ellas hasta arrojarla desde el campanario. Cuando comprobaron que ni siquiera tras dar con ella en el suelo lograban romperla, dejaron caer una segunda sobre ella. Las grietas que les provocó semejante operación hicieron que, con el tiempo, hubiese que refundirlas. Tan dispendiosa labor se efectuó en Tournaisis, y las campanas recibieron su bendición definitiva el domingo, 29 de octubre de 1713.

La escena de violencia que se desplegó en torno a las campanas posee los tintes religiosos de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) o aún de las de religión de Francia (1562-1598). Los soldados de Luis XIV habían tomado la ciudad protestante de Estrasburgo en 1681 y habían vuelto a instaurar a la fuerza el catolicismo. De hecho, la revocación del Edicto de Nantes (1598) por parte del monarca en 1685 había trocado en ilegítimos a todos los seguidores franceses de la Reforma. En consecuencia, la rabia violenta de que hicieron víctimas los soldados neerlandeses a las campanas «papistas» de Rumegies constituía

una reacción nada imprevisible ante la supresión de la Iglesia protestante en Francia. No cabe duda de que en sus filas debían de marchar hugonotes franceses.

Pellejos y cueros

Volvamos a los años finales del siglo XVI para examinar de nuevo el rostro del hambre.

La ciudad de Sancerre, sita en la Francia central, en lo alto de una colina cercana a Bourges, se vio sometida al asedio de un ejército real a lo largo de un período angustioso de nueve meses que terminó cuando tocaba a su fin el mes de agosto de 1573. En aquel tiempo había estallado una guerra civil religiosa entre católicos y protestantes, y la plaza fortificada, que abundaba en refugiados hugonotes (denominación que recibían los calvinistas franceses), había tenido que recurrir a las medidas más desesperadas después de agotarse casi por completo sus reservas alimentarias.

Jean de Léry, pastor hugonote que vivió en Sancerre durante todo el sitio, no dudó en dejar constancia por escrito de la experiencia[13]. El capítulo 10 de su narración, dedicado al impacto de la hambruna en aquella modesta ciudad, se halla entre las relaciones más espeluznantes que hayan conocido las crónicas europeas. Baste decir, por el momento, que en él da cuenta de cómo la búsqueda febril de algo que llevarse a la boca empujó a sus habitantes a cocer pellejos y cueros, incluidos correajes, pergaminos, cartas, libros y parches de tambor. Algunos de cuantos murieron en Sancerre también comieron huesos reducidos a polvo y cascos de caballo.

Según nos informa Léry, se ponían en remojo las pieles durante uno o dos días y se les cambiaba a menudo el agua. A continuación se raspaban bien con un cuchillo y se hervían durante buena parte del día hasta que estaban lo bastante tiernas, lo cual se comprobaba «rascando con el dedo para ver si habían

tomado un tacto viscoso». Llegadas a este punto, podían trocearse como si fueran callos y mezclarse con hierbas aromáticas y especias.

Situaciones así hablan por sí solas de los impactos de la guerra.

Labores de zapa

En el siglo XVI y los primeros años del XVII, los ejércitos iban acompañados de zapadores, que ejercían de excavadores y minadores. No bien se ponía sitio a una plaza, se recurría a cientos y aún a miles de ellos para que cavasen trincheras en torno a esta y, en caso de necesidad, galerías subterráneas que atravesaran los colosales lienzos de la muralla. En determinados puntos de estas minas depositaban toneles de pólvora que hacían estallar para volar el paño bajo el que se hallaban y abrir así a las fuerzas de asedio un paso por el que asaltar la ciudad cercada.

Por sorprendente que pueda resultar, apenas tenemos información de estos zapadores, y el motivo principal es que su condición humilde y la supuesta inferioridad de su cometido los han condenado a un silencio casi completo en las obras históricas. Hasta los soldados de a pie los miraban por encima del hombro por considerarlos gentes ajenas al ejército que, además, percibían un salario aún más exiguo que ellos. Podemos buscarlos en los índices de la bibliografía elaborada por historiadores militares y expertos en la historia social de la guerra, que todos nuestros empeños serán en vano.

En junio de 1573, cuando se levantó el sitio que habían puesto las huestes del rey al gran puerto marítimo protestante de La Rochela, tras un bloqueo de cinco meses, habían muerto, yacían agonizantes o habían desertado más de la mitad de los dieciocho mil soldados que componían el ejército. Sin embargo, de los dos mil hombres destinados a cavar trincheras o minas solo quedaban con vida doscientos[14].

El zapatero alemán (década de 1630)

La crónica de las desgracias sufridas por el pueblo de Rumegies que nos ofrece Alexandre Dubois tuvo un antecedente en el diario de Hans Heberle, zapatero de Neenstetten, municipio situado a unos veinte kilómetros de la ciudad de Ulm, una de las más populosas del sur de Alemania[15].

En el apogeo de la guerra de los Treinta Años, el extenso territorio de esta última, profusamente salpicado de pueblos, se vio plagado de forma repetida por ejércitos suizos e imperiales que abundaban en unidades extranjeras conformadas por una variopinta *Soldateska* de fineses, escoceses, irlandeses, españoles, polacos, checos, croatas, húngaros e italianos, entre otros[16]. El zapatero nos informa de las reiteradas incursiones de soldados de caballería e infantería que hubieron de encajar Neenstetten y el pueblo vecino de Weidenstetten. En ellas era frecuente el robo masivo de ganado, forraje, cereal, herramientas, carros y monturas. Los asaltantes apaleaban y mataban a los aldeanos, cuando no los secuestraban para pedir rescate, amén de violar a las mujeres y, de cuando en cuando, raptarlas. También eran comunes los incendios premeditados, en particular contra los campesinos obstinados.

Si los de la región eran capaces de lidiar con mercenarios aparecidos de forma fortuita, lo cierto es que la llegada de unidades reglamentadas solía aterrarlos por lo común. En estos casos, cargaban en carros y carretas sus pertenencias más preciadas, incluidas provisiones de boca, y emprendían camino a Ulm a fin de buscar la protección que les ofrecían los muros defensivos de la ciudad. Heberle, nuestro zapatero, contó no menos de treinta de estos éxodos entre las décadas de 1630 y 1640. El hambre, la desnutrición, las enfermedades, los gélidos inviernos y la vida en carros atestados de personas, que en ocasiones se prolongaba durante un buen número de semanas, se convirtie-

ron en elementos cotidianos. En semejantes circunstancias, era irremediable que las relaciones entre los campesinos refugiados y los ciudadanos de Ulm estuviesen marcadas por una tensión notable, en particular cuando aquellos mostraban signos de indisposición o se daban a la mendicidad tras haber agotado sus reservas de alimentos.

Con todo, también los soldados se hallaban sometidos a las mudanzas de la fortuna. Podían recibir castigos, pues había en los ejércitos imperiales caudillos que tenían por misión la de crear un clima de orden en la medida de lo posible, y podían ser muy severos a la hora de impartir justicia entre sus hombres. Hans Heberle, luterano que tenía a los sacerdotes por «animales insaciables», fue testigo del modo como se conducían los oficiales católicos en este sentido. Vio soldados condenados a la pena capital, y en cierta ocasión, a una decena de ellos, que incluía «oficiales distinguidos y de posición… decapitados en la plaza del mercado» de Geislingen[17].

Lo que difícilmente podía ver Heberle, dada su condición de víctima, era que la horrible crueldad que desplegaban los combatientes en tiempos de guerra tenía también su trasfondo, determinado por las propias necesidades de la vida. Lo veremos en un capítulo posterior.

Exterminio de la población masculina

El gran héroe protestante de la guerra de los Treinta Años, el rey Gustavo Adolfo de Suecia, muerto en 1632, fue el primer gobernante activo que desangró a sus comunidades agrícolas al privarlas de sus varones sanos[18]. Como Luis XIV, necesitaba soldados, y los necesitaba con desesperación a fin de acometer sus grandiosos proyectos. Las seis guerras entabladas con Dinamarca en el siglo XVII —por no hablar del protagonismo que había tenido en la guerra de los Treinta Años— habían convertido Suecia en un Estado de «tributo y poderío», además de en una

oficina de recluta de dimensiones colosales. En 1648 «había 127 guarniciones suecas repartidas por toda Alemania[19]».

Sin embargo, Suecia, país de granjeros, no tenía una gran densidad de población. Los campesinos comprendían más del 90 por 100 de esta. Sus granjas eran pequeñas, muy apropiadas para las labores de familias individuales, y buena parte de las parcelas labrantías se hallaban en tierras pertenecientes a la nobleza. A partir de la década de 1620 se obligó a todas las parroquias suecas a mantener y pertrechar a un número concreto de soldados que determinaba la corona cada año, aunque la elección de los reclutas recaía sobre ellas.

Cierto estudio de la comunidad de Bygdeå revela que en los dieciocho años que transcurrieron de 1621 a 1639, el censo de los varones de entre quince y sesenta años de edad descendió de 472 almas a 294, lo que supone poco menos de un 40 por 100[20]. La diferencia se debió a la gran pérdida de vidas que se dio en las guerras de Suecia, causadas sobre todo por enfermedades contraídas en las guarniciones. Por lo tanto, de los 27 varones reclutados en 1638, «murieron de forma prematura en el extranjero todos menos uno». Al decir de Geoffrey Parker: «El alistamiento… se había convertido en una condena a muerte». A fin de satisfacer la cuota de enganche, la parroquia de Bygdeå hubo de recurrir a su población adolescente, de tal modo que, en 1639, la mitad de los reclutas «contaba solo quince años, y a excepción de dos, ninguno de ellos había cumplido los dieciocho».

En efecto, las pérdidas provocadas por la guerra «engendraron una escasez de varones adultos punto menos que catastrófica en la parroquia. A finales de la década de 1630, había en Bygdeå 1,5 mujeres por cada hombre[21]». De hecho, sin contar a los niños y ancianos, los datos de que disponemos revelan que «había unas tres de aquellas por cada varón adulto». Dicho de otro modo: buena parte de la tierra cultivable carecía de mano

de obra masculina, de modo que «dependía del trabajo de las mujeres un número cada vez mayor de granjas».

No es difícil dar con ejemplos análogos al de Bygdeå en otras partes de Europa: en el corazón de la España de finales del siglo XVI en adelante, mientras los Austrias o Habsburgo hacían lo posible por aferrarse a sus posesiones neerlandesas; en Alemania durante la guerra de los Treinta Años, en donde las enfermedades sin freno y la violencia armada hacían estragos entre la población, y en particular en los varones, y en la Francia de después de 1685, en donde las empresas bélicas de Luis XIV no cesaban de devorar vidas humanas.

Sin embargo, las guerras también podían servir para eliminar a los varones no deseados por sus comunidades: los pordioseros que gozaban de una buena condición física, los menesterosos sin oficio ni beneficio, los levantiscos, los vagabundos y otros parias de la sociedad. La presión de vecinos y autoridades locales puso a los indeseables en manos de las banderas de recluta que acudían a llevarse a la fuerza a los varones, metidos en grillos si hacía falta. Entre 1627 y 1631 se embarcó a unos veinticinco mil escoceses para enviarlos a Alemania al objeto de que sirviesen en los ejércitos daneses y suecos, y entre ellos había muchos «hombres sin dueño» a los que habían secuestrado o tomado a la fuerza de cualquier otro modo[22]. Los rigores del calvinismo escocés exigían una vida disciplinada, y no cabe dudar de que aquellos a los que se había elegido para batallar en Alemania —gentes sin empleo y consideradas haraganas— se contaban entre los que no la tenían.

Ejércitos evanescentes

A finales del mes de junio de 1406, mientras los soldados de Florencia trataban de escalar los muros de Pisa, hizo estragos en sus filas un repentino brote morboso. Como de la nada, apareció una multitud de moscas. Tras esta primera señal llegó un

hervidero de pulgas y piojos, seguido de una plaga de ratones y ranas, de una suerte tal que «ni el más sucio de los campesinos» habría sido capaz de tolerarlo[23]. En el valle en que se asienta la ciudad se había instalado un calor brutal. «Tan inficionado andaba el aire que hasta los más vigorosos contrajeron fiebres violentas. Tan grandes fueron la debilidad y la extenuación que aquejaron a los soldados, que pocos pudieron hacer otra cosa que quedar yacentes en el suelo». Por sorprendente que pueda parecer, semejantes síntomas, que hacen pensar en los propios del tifus, no resultaron fatales. Los adalides de las diversas unidades fueron capaces de separarlas y trasladarlas, y superada la enfermedad, la fuerza asaltante volvió a centrarse en el asedio que tenía entre manos.

Aun así, no era habitual que los combatientes tuvieran tanta suerte cuando se enfrentaban a la enfermedad. La causa más implacable de la agonía de los ejércitos era cualquier dolencia contagiosa y mortal propensa a desbocarse en pocos días.

En abril de 1528, en el ecuador de las guerras italianas, llegó a las afueras de Nápoles el vizconde de Lautrec, distinguido general francés, al frente de una hueste de veintiocho mil hombres con la intención de poner sitio a la ciudad y arrebatársela así a los soldados españoles e italianos que la ocupaban. El calor del mes de julio hizo que el tifus causado por las heces del piojo corporal se cebara con las filas de De Lautrec. A la vuelta de treinta días había muerto más de la mitad de su ejército, y no falta quien afirme que «de veinticinco mil soldados no quedaron más que cuatro mil[24]». El propio vizconde perdió la vida junto con otros caudillos y nobles franceses. La retirada de las tropas de asedio comenzó el 29 de agosto, aunque su rendición no se hizo efectiva hasta el día siguiente, cuando comenzó a despedazarlos el enemigo. Desprovistos de caballos y bestias de carga, los supervivientes que no murieron a manos de los cam-

pesinos de la región se vieron obligados a regresar a Francia a pie y a mendigar limosna y pan de camino.

Tal vez resulte aún más patética la campaña que, poco menos de cien años más tarde, se malogró por uno de los adalides más destacados de la guerra de los Treinta Años: Wallenstein. En 1626 hizo que su ejército salvase en solo veintidós días los seiscientos kilómetros que separaban Zerbst (Alemania) de la ciudad morava de Olmütz (u Olomouc). «De los veinte mil que partieron de Zerbst, quedaban cinco mil… llegado el final de la campaña». La peste, la disentería, el cansancio y la deserción dieron cuenta del resto[25]. Los ejércitos, agonizantes, se desvanecían.

Acantonamientos[26]

En julio de 1649, al este de París, cerca de Chalons-sur-Saône, un regimiento francés exigió alojarse en un pueblo que aseguraba estar exento del deber de acantonar soldados. Estos, ante la resistencia de los aldeanos, y después de que el barón que los acaudillaba resultara herido por un mosquetazo, cayeron sobre la población con la intención de saquearla. Asaltaron la iglesia, en cuyo interior se había refugiado la mayor parte del paisanaje, mataron a un hombre y quisieron colgar al campesino sospechoso de haber disparado a su oficial. A continuación apresaron a entre treinta y cuarenta aldeanos y los trasladaron en carreta a Verdún para pedir un rescate por ellos.

No hubo que esperar mucho para que se disolviera la unidad y se transfiriese a otras compañías a sus integrantes, quienes, sin embargo, no recibieron ningún otro castigo. El municipio debía de haber comprado la exención de alojar soldados o tener contactos en las altas esferas, porque lo cierto es que, en la Francia del siglo xvi, lo normal era que los militares se aposentaran en hogares civiles. Claro está que también los adalides debían de tener conocidos en lo más alto. Durante el invierno de

1640 y 1641, cierto regimiento acantonado en la ciudad de Moulins organizó todo un tiberio mientras su oficial, Roger de Rabutin, conde de Bussy, se hallaba ausente, consagrado a la aventura amorosa que mantenía con la condesa Elena de Busset. Por no refrenar a sus soldados sufrió prisión en la Bastilla, aunque le bastó recurrir a los contactos que poseía, de manera indirecta, con el político más poderoso de Francia, el cardenal Richelieu, para salir en libertad tres meses más tarde.

El oficial Blaise de Monluc (*c.* 1500-1577)

Blaise de Lasserran Massencome, señor de Monluc, era el menor de once hermanos nacidos de un matrimonio de la nobleza gascona. Su familia poseía un palacete cerca de Condom, a ciento treinta kilómetros al sur de Burdeos, y aunque venida a menos, estaba muy bien relacionada con la grandeza. Su hermano Jean, de hecho, llegó a obispo de Valence.

Blaise tenía trece años cuando los suyos decidieron que su futuro se hallaba en la milicia —por ser los ingresos que percibían de sus propiedades demasiado magros para brindarle una existencia refinada—. En consecuencia, lo enviaron directamente a Antonio de Vaudémont, duque de Lorena, quien lo tomó, en un primer momento, en calidad de paje antes de asignarle el puesto de arquero (es decir, de asistente de un jinete de la caballería pesada) de una de sus compañías. A la edad de veinte años, se hallaba batallando en las guerras italianas cuando lo hicieron prisionero en la batalla de Bicoca (abril de 1522). Desde aquel momento, su existencia quedaría reducida a cuanto tenía que ver con armas, campañas, caballos y disposición de tropas, a excepción de algunos intervalos en los que las parcialidades lo condenaron al desdén de la corte real o cayó en desgracia por su excesiva franqueza. Con todo, siempre lograba recuperarse. En Italia sirvió a las órdenes del reputado general Odet de Foix, vizconde de Lautrec, y fue alimentando su reputación.

Cuando fue apresado en la batalla de Pavía (febrero de 1525) —en la que también sufrió cautiverio el rey de Francia—, los captores de Monluc exigieron por él un rescate tal como fue costumbre hasta el siglo XVIII. Por lo general, los nobles debían comprar su libertad si caían en manos del enemigo, y el precio era tan elevado que no era extraño que ascendiese a los ingresos percibidos por el prisionero en todo un año. En esta ocasión excepcional, sin embargo, parece ser que Monluc salió libre sin pago alguno. Tras aquello ejerció de oficial o combatiente en Nápoles, Marsella, Artois, Perpiñán, Cerisoles, Boulogne, Moncalieri, Siena, La Rochela, Thionville y muchas otras localidades. Entre sus experiencias marciales contaba cinco batallas, 19 asaltos a fortalezas, 11 sitios y dos centenares de escaramuzas.

Con el tiempo, se hizo merecedor de una fama considerable en calidad de comandante de la ciudad asediada de Siena entre 1554 y 1555, y en mayor grado aún, por la actividad frenética que desplegó en las décadas de 1560 y 1570, durante un período nada fácil de las guerras de religión de Francia. Paladín inclemente del rey y la Iglesia católica, pobló «los árboles de ahorcados» y pasó a cuchillo a «los habitantes de ciudades hugonotas enteras», como Monségur, Targon y Vergt en 1562[27].

Su cuerpo acabó convertido en un mapa de heridas de guerra, y un acto de arrojo imprudente a punto estuvo de cobrarse uno de sus brazos. Recibió lesiones serias en el hombro y la muñeca por arma de fuego; se dislocó una cadera, y a partir de 1570 hubo de llevar puesta una máscara de cuero destinada a ocultar la espantosa visión que ofrecía la llaga purulenta ocasionada por un arcabuzazo que le arrancó la nariz y parte del rostro. Nada de esto, sin embargo, lo llevó a tratar de mantener a los suyos alejados de la guerra. De hecho, sus actos hacen pensar que no concebía ninguna otra clase de vida. Su primera esposa, de la que enviudó cuando contaba unos sesenta y cuatro años, le dio siete hijos. Tres de los varones sentaron plaza en el

ejército y murieron en el campo de batalla, y el cuarto entró en la orden militar de los caballeros de Malta y llegó a obispo de Condom. Con todo, dos de sus hijas ingresaron en sendos conventos. El rey Enrique III lo nombró mariscal de campo (*maréchal de France*) en 1574.

A principios de la década de 1570, sintiéndose provocado por la investigación de su gestión financiera en calidad de gobernador de Guyena, redactó una extensa carta de justificación que se convertiría, tras una ampliación posterior, en sus *Commentaires*. Estos, además de constituir unas memorias absorbentes, presentan el trazado de la vida arquetípica —en muchos aspectos— de la clase de noble que adoptaba la profesión de las armas con pasión perenne. Da la impresión de que su autor no se hallaba infeliz y desasosegado sino cuando se veía obligado a mantenerse apartado de las gentes de armas, las cabalgadas, los combates y las vestiduras marciales, las posiciones de mando y los gestos grandilocuentes del campo de batalla.

Enrique IV de Francia, muerto en 1610, también guardó, de joven y aún en tiempos posteriores, cierta semejanza con Monluc: un enamorado de los caballos, las compañías de gentes armadas y el alboroto de la guerra. Y otro tanto cabe decir del rey Gustavo Adolfo de Suecia. A todos ellos los extasiaban las galopadas con que se lanzaban a la batalla los combatientes, y todos vivían rodeados de hombres de abolengo rancio.

Los ejércitos europeos, no obstante, atraían a todo género de personas, desde el delincuente encallecido al caballero que pretendía luchar por su credo, su rey, su honor, el dinero o el ascenso social. Las causas nobles y las ambiciones mundanas marchaban de la mano. Los motivos resultaban tan vagos como veleidosos. Si las necesidades agudas impuestas, por ejemplo, por el hambre arrastraban a muchos menesterosos de las ciudades y los campos, lo que movía a los oficiales de alta cuna solía ser bien diferente. Los casos excepcionales que se daban en Suecia,

España o Alemania, entre otras naciones, tenían que ver con mercenarios procedentes de los sectores más desfavorecidos de la pequeña burguesía, «caballeros» desdichados que carecían de los ingresos necesarios para guarnecer una cabalgadura o pertrecharse a sí mismos. Sin embargo, también ellos, como sus semejantes más acomodados, acudían a la guerra por mejorar su suerte financiera, llevados del sueño de una causa noble, en busca de aventura o incluso por el afán social de poder alardear, llegado el momento, de las heridas recibidas. El conde Josias Rantzau, general danés, ostentaba sesenta cicatrices, y «perdió con certeza un ojo, un pie, una mano y una oreja en lo que duró su carrera militar[28]». El valor demostrado en el combate había sido prueba de hidalguía desde tiempos inmemoriales.

Venganza

En 1633, los habitantes de cierta región situada a escasos kilómetros de Múnich mataron airados a varios soldados —saqueadores— en dos incidentes distintos[29]. En el primero, tras dar con dos combatientes suecos escondidos en arcones de grano del pueblo de Erling, mataron a uno y enterraron vivo al otro con el cadáver de su compañero. Unos ocho meses más tarde, una noche de diciembre, «acudieron a Aschering cincuenta campesinos de Seefeld y sorprendieron allí a la banda de ladrones a caballo [soldados] que había escapado de madrugada con cinco de sus monturas. Dieron muerte de un disparo al cabecilla, pusieron en fuga al resto y regresaron con sus bestias». Alemania se hallaba atravesando la década más sangrienta de la guerra de los Treinta Años.

El coronel escocés Robert Monro (*c.* 1590-1680), que combatió en ella en las filas del lado protestante, sirvió siete años con las fuerzas suecas en las décadas de 1620 y 1630 y pudo comprobar que los campesinos eran «eternos enemigos del soldado[30]». En abril de 1632 se encontraba con la hueste del rey

Gustavo Adolfo cerca de Frisinga y Meminga, en Baviera. Los comandantes habían impuesto «contribuciones» (levas) a las ciudades amuralladas de Hohenwart y Pfaffenhofen, y el campesinado de los alrededores respondió con violencia y «atacó con crueldad a los soldados que se separaron del cuerpo principal para saquear: les cortaron las narices, las orejas, las manos y los pies, y les sacaron los ojos, entre otras brutalidades. Los soldados les dieron su justa contrapartida al quemar muchos de los pueblos que hallaban a su paso y matar a los aldeanos con que topaban».

En realidad, la población rural no estaba haciendo otra cosa que responder con las mismas atrocidades que habían empleado contra ella en el pasado las leyes de la autoridad principesca. Uno de los castigos más empleados contra los campesinos rebeldes era precisamente el de mutilarles el rostro mediante la amputación de narices y orejas. La venganza trajo consigo cierta satisfacción. Según determinado informe, en 1620, un grupo de aldeanos armados había matado a cuatrocientos soldados del conde Ernesto de Mansfeld, lo que no resulta increíble en absoluto[31]. Ningún oficial con experiencia habría dejado a uno de sus heridos en una localidad con la esperanza de que cuidasen de él sus habitantes, pues todos sabían que podían estar seguros de que le quitarían la vida.

Dado que muchas partes de la Europa del principio de la Edad Moderna se encontraban plagadas de bandas de forajidos a caballo mucho antes del principio de la guerra de los Treinta Años, era difícil dar con un lugar en que los campesinos terratenientes no hubieran aprendido a usar las armas de fuego. De hecho, eran muchos los que, además, poseían una.

Soldados harapientos

Una de las anotaciones del mes de diciembre de 1633, en lo más acalorado de la guerra de los Treinta Años, que contiene el

diario del monje benedictino Maurus Friesenegger nos sobrecoge con cierta imagen inolvidable.

Mientras asistía a una revista formal de regimientos italianos y españoles en determinada población bávara, observó que los soldados de a pie, gentes de «rostros ennegrecidos, y amarillentos, se mostraban demacrados, a medio vestir o con andrajos, y en algunos casos semejaban máscaras con atavíos femeninos. La suya —refiere— era la faz del hambre y el sufrimiento, y sin embargo, los oficiales que había a su lado estaban engalanados con ropas espléndidas[32]».

Era común ver a los ejércitos de Luis XIV salpicados de zarrapastrosos. En 1673, uno de sus comisarios de guerra reparó en una compañía «en la que había veintiséis o veintisiete hombres en cueros vivos, en tanto que la mayoría carecía de calzado y calzas[33]». Un siglo antes no habría sido difícil encontrar escenas semejantes. En 1573, cuando los adalides del rey levantaron por fin el sitio fallido de la fortaleza protestante de La Rochela, los asediadores, plagados de enfermedades, se hallaban «cubiertos con harapos». Tres años después, el ejército francés de diez mil hombres que acaudillaba el duque de Mayena vagaba de un lado a otro sin remuneración ni sustento, subsistiendo de lo que encontraban en el campo y «con las vestiduras hechas guiñapos[34]».

La visión de soldados descalzos y andrajosos era el pan nuestro de cada día en los ejércitos europeos durante las guerras de la joven Europa moderna.

Volver la vista atrás

La miscelánea de imágenes fragmentarias que se presenta en este capítulo procede de un continente sumido en el dolor y la angustia por el sufrimiento generado por la guerra y la existencia de ejércitos cada vez más numerosos y hambrientos. Las más relevantes se hallan íntimamente ligadas al pago que exigía el

hecho bélico, a los asedios y a las tortuosas marchas de ejércitos colosales dotados de columnas de caballos, bestias de carga, carros y carretas, trenes de artillería, acompañantes y bandas errantes de jinetes dedicadas a buscar alimento. Tal era el monstruo que obligaba a aumentar sin freno los impuestos; ponía a prueba el gobierno de los príncipes y las oligarquías; sacudía la producción cotidiana de las ocupaciones rurales y urbanas, y propiciaba la corrupción generalizada en el gasto del dinero público.

Sin embargo, si es posible cuantificar y representar los precios, las cosechas y las tendencias económicas, no lo será nunca, en absoluto, hacer otro tanto con la aflicción humana. En ella no hay lugar alguno en que aplicar un termómetro o medir el pulso; no se dan cantidades que disponer en una tabla, si no es el de los muertos, que, así y todo, deben deducirse a menudo a ojo de buen cubero. En aquellos tiempos no hubo nadie que diese cuenta del número de mutilados y lisiados de las guerras europeas.

Aparte de ofrecernos descripciones capaces de superar a las de muchos novelistas, los historiadores de la Europa de dicho período ignoran cómo abordar el sufrimiento humano causado por los ejércitos en acción. Sus escritos se fundan en giros abstractos y triviales, como los que hablan de la «miseria indecible» de ciudades «execrablemente saqueadas». Prefieren, con diferencia, abordar los aspectos técnicos de las batallas, las armas, la intendencia, los precios y los mercados; o en mayor grado aún, el análisis detallado de las alianzas, los tratados, las personalidades y los debates de política exterior. Aun así, la guerra es algo más que una secuencia de estrategias, un grupo de hombres de Estado perspicaces o un factor más (un «conflicto armado») de la economía y la política internacional: sus efectos se entreveran en la vida moral y psicológica de las comunidades humanas, y determinan el modo como ven, comparan y juzgan las gentes

los actos de sus semejantes. En su análisis, los historiadores también deberían tomar una postura determinada cuando se abordan cuestiones relativas al bien y al mal.

Capítulo 2
SOLDADOS PLEBEYOS Y NOBLES

La escoria de la tierra

Las clases altas de Europa —de las que procedían los oficiales — solían tener a sus soldados por escoria, tal como demuestran de forma concluyente sus palabras y sus hechos, y sobre todo el modo como trataban los soberanos y sus ministros a lo más humilde de sus gentes de armas. Luis XIV (m. 1715) pretendía que se consideraran honrosos los cometidos más modestos de sus ejércitos, como una actividad de la que pudiese estar orgulloso cualquier francés. Sin embargo, la fuerza de la tradición, las necesidades imperiosas de reclutar combatientes y la conducta de los oficiales hicieron que su sueño se volviese ridículo.

En un mundo de nobleza de sangre, castas privilegiadas y jerarquías sacralizadas, la identidad social venía dada punto menos que por imposición. La minoría selecta y el clero, ya protestante, ya católico, defendían la inamovilidad de la posición de los más insignes y poderosos en el orden natural del cosmos[1]. El soldado, ser blasfemo, analfabeto, sucio y a menudo blanco de los insultos y los puntapiés de sus oficiales, estaba condenado a ser considerado una criatura abyecta. ¿O es que no era, para colmo de males, un pendenciero dado al juego y la bebida, un haragán que a menudo venía de haber estado entre rejas?

Este retrato o caricatura tenía, sin lugar a dudas, excepciones. Los ejércitos nutridos solían contar en sus filas algún que otro escribano, estudiante o hijo de granjero o comerciante venido a

menos. Hasta era posible encontrar ocultos entre la soldadesca a nobles arruinados e iletrados a los que el contacto con los oficiales había acrecentado las ansias de echar mano a los despojos y mejorar así su posición[2]. Luis XIV les prohibió servir al lado del vulgo. Entre las clases de tropa de cualquier fuerza bélica había también artesanos cualificados: herreros, guarnicioneros, carpinteros… No obstante, se trataba de personas que llevaban a término labores manuales de escaso prestigio que difícilmente podían dar renombre al soldado raso, como tampoco el endeble goteo de reclutas procedentes de las clases de «mejor fortuna». Solo en el caso de las guerras de religión, cuando los soldados luchaban —al menos en teoría— por Dios, se dignificaba un tanto la ocupación del soldado de a pie.

A finales de 1552, al ver morir por millares a sus combatientes durante el desastroso sitio de Metz, el emperador Carlos V expresó su opinión de que no había mucho de que lamentarse, dado que en su mayoría no eran sino gentes del vulgo, comparables a orugas o a saltamontes, «que comen brotes y otros dones de la tierra… De ser hombres de valía, no se encontrarían en su hueste por [la mísera cantidad de] seis libras al mes[3]». Se dirigía al duque de Alba, uno de los generales más egregios de la época, que desdeñaba al común de los soldados de a pie por considerarlos «peones y lacayos». Este juicio estaba muy extendido, en particular entre los caudillos de casi todas las naciones.

Tocaba a su fin aquel siglo cuando el eminente jurista español Jerónimo Castillo de Bovadilla declaró que «también es útil [la guerra], porque con ella se expurgan y echan de la República para soldados muchos hombres que son las heces y excrementos de ella, que si los tolerasen, corromperían como los males humores al cuerpo, con cuya expulsión quedan mejor los buenos[4]». Casi doscientos años después, en la década de 1780, el conde de Saint Germain, ministro de Guerra de Francia, observó: «El ejército debe conformarse, de manera inevitable, de la

escoria del pueblo y de cuantos no son de provecho a la sociedad[5]». Y en los albores del XIX, el duque de Wellington dejó claro que, para él, las fuerzas que acaudillaba contra Napoleón se componían de «la escoria de la tierra» y de borrachos, hombres a los que, a su ver, era mejor disciplinar con azotes severos[6]. La idea del soldado raso como escoria se negaba a extinguirse.

En los comienzos del período que nos ocupa, pese al temor y el desprecio que despertaban, los pequeños ejércitos de la Italia del siglo XV se hallaban exentos de buena parte de este odio social. Estaban capitaneados por comandantes mercenarios (condotieros) que servían a sus señores mediante contrato, y conformados por soldados voluntarios, más de caballería que de infantería, mejor vestidos y menos embrutecidos, que raras veces se veían atenazados por el hambre, pues era extraño que quedasen aislados por entero de las fuentes de abastecimiento. También a ellos les faltaba la paga de cuando en cuando, aunque guerreaban casi siempre en las inmediaciones de ciudades prósperas. En realidad, el desdén lacerante a los soldados fue más un producto de finales del siglo XVI, ligado a la inflación galopante de la época, que acrecentó la pobreza y la desesperación de los soldados, y fruto, sobre todo, de la práctica, cada vez más extendida, de recluta forzosa y brutal, que por lo común comportaba la entrada en el ejército de «lo peor de lo malo».

En la década de 1620, Thomas Barnes aseveraba que la leva forzosa era el modo «de limpiar la ciudad y librar a la nación de los vagabundos buscavidas y calaveras rijosos… que pululan entre nosotros[7]». En su opinión, enfrentando a la muerte en el campo de batalla a las gentes de esta clase podía lograrse que reflexionaran sobre la situación en que se hallaba su alma. En el Bristol de 1635, el predicador Thomas Palmer reputaba por «espuma sucia de la mar» y «hez de la tierra» a estos reclutas; pero

él quería un ejército diferente para luchar por el protestantismo en Irlanda: «No es cristiano elegir tan pecaminoso instrumento para una acción de tamaña seriedad».

Las cartas habían quedado sobre la mesa: si la práctica de obligar a los varones a hacerse combatientes no se aplicaba de forma justa y universal, podía convertirse con facilidad en un programa de limpieza social.

Y ¿cómo identificaban los reclutadores a los futuros soldados? Tanto entre los protestantes como entre los católicos, el gran centro institucional de inspección era la parroquia: las partidas de bautismo y de defunción que se conservaban en ella procuraban a los gobiernos nombres e identidades con los que elaborar las relaciones de los feligreses que podían empuñar un arma.

Cuando Europa producía un número suficiente de voluntarios y mercenarios para nutrir los regimientos de los ejércitos profesionales, los gobernantes y sus adalides no pudieron dolerse de falta de mano de obra. Siempre que la remuneración brindada a los soldados les bastara para vivir, habría hombres dispuestos a tomar las armas, tal como demostraron de forma sobrada los ejércitos de piqueros suizos y de lansquenetes de la infantería alemana durante el siglo XVI. En aquel tiempo, y en los posteriores, el hambre sin paliativos empujó a muchos a engrosar los ejércitos cada vez más multitudinarios de Europa, movidos por la esperanza de hallar allí alimento suficiente para subsistir, tal como ocurrió en las filas de los mercenarios de las Provincias Unidas de los Países Bajos a principios del siglo XVII o en Alemania durante las décadas de 1630 y 1640.

En general, la reserva europea de voluntarios siguió siendo lo bastante nutrida para satisfacer la demanda hasta mediados del siglo XVI, período en que comenzaron a acrecentarse las ambiciones de los príncipes y la controversia religiosa, que exigieron soldados en número mayor y con más frecuencia.

La necesidad imperiosa de obligar a los varones a guerrear se acusó primero en Inglaterra y, a continuación, en España a finales del siglo XVI; luego, en Suecia, durante la década de 1620, y después en Francia y Alemania, aún cuando los Estados no habían dejado de contratar ejércitos de mercenarios. Las repúblicas de Venecia y los Países Bajos dependieron siempre de estos últimos. Era proverbial la generosidad de sus desembolsos, y más aún en el siglo XVII, cuando sufrieron una competencia firme en el mercado internacional de estas unidades militares: los príncipes de Francia, España y Alemania también andaban buscando soldados como locos.

Si en el presente apartado se hace hincapié en la recluta forzosa es porque semejante práctica, unida a la capacidad para subir sin tasa los impuestos e inventar otros nuevos, fue la que marcó la senda coercitiva de las nacientes potencias estatales.

En la década de 1580, cuando la reina Isabel I de Inglaterra intensificó la campaña destinada a imponer su voluntad protestante a la Irlanda católica, sus consejeros comenzaron a enviar a la orilla opuesta del mar de Irlanda más compañías de soldados reclutados a la fuerza. La guerra que allí se libraba se había recrudecido hasta lo indecible. Para los soldados galeses e ingleses, Irlanda era un verdadero cementerio, un lugar en que no había más que hambre y enfermedades mortales. Se había corrido la voz al respecto, y no había quien no se resistiera a los llamamientos a las armas. Los reclutadores tenían que llevar a la rastra a quienes debían servir a su majestad. En Chester había incluso un dicho que aseveraba: «Mejor morir ahorcado en casita que como un perro en Irlanda[8]». En 1600 —por citar solo un ejemplo de cuantos fueron a confirmar esta máxima— permanecían con vida unos mil quinientos de los cuatro mil hombres que habían llegado el año anterior a las guarniciones de Derry:

el resto había sido víctima de la disentería, el tifus y otras causas[9]. No cabe sorprenderse, pues, de que las levas destinadas a nutrir los ejércitos que combatían en Irlanda provocasen motines «en las inmediaciones de Chester en 1574, 1578, 1580, 1581, 1594 y 1596[10]». Si la insurrección era el primer gesto de resistencia resuelta, el segundo tomaba la forma de deserciones masivas. Pese a estar bien vigilados, y aún encerrados en muchas ocasiones, eran muchos los reclutas forzosos que encontraban la manera de huir aún antes de embarcar.

Según las estimaciones, entre 1585 y 1602 se enviaron a Irlanda unos treinta o cuarenta mil ingleses y escoceses, y aunque su número incluía un puñado de hijos de granjeros que se habían presentado voluntarios con la esperanza de ganar prestigio social u obtener el grado de oficial, la inmensa mayoría había caído en manos de las banderas de recluta. La condición física y moral de estos últimos se convertiría en la pesadilla de sus comandantes. Cierto informe redactado en Bristol a fin de dar noticia de la llegada de una partida revelaba que «el grueso está formado por cojos, enfermos, niños o delincuentes comunes. Pocos de ellos llevan nada con que cubrir esos cuerpecillos enclenques que han sustraído de ferias, mercados y carreteras para cubrir el puesto de hombres mucho mejores que se han quedado en sus casas[11]». Había ocasiones en las que los oficiales encargados de pasar revista devolvían a unidades enteras a su punto de origen. Cierto testigo contemporáneo aseguraba que se estaban empleando las levas para limpiar las parroquias de «granujas, maleantes, borrachos y otros que no tenían donde caer muertos». Otro confesaba su deseo de pintar un grupo de reclutas para representar «a gentes tan insólitas y decrépitas» que más parecían «haber salido de un hospital». En marzo de 1595 llegaron a la ciudad irlandesa de Waterford un millar y medio de soldados que habían servido en Bretaña. Al inspeccionarlos en Dublín, el nuevo virrey, William Russell, señaló: «¿De dónde

han salido… esos soldados achacosos de los que nos informan? Se diría que de los calabozos de Londres». Tan acuciante podía llegar a ser la necesidad de combatientes, que en ocasiones se sacaron presos de la cárcel para que prestasen servicio militar en el extranjero.

La práctica inglesa de la leva forzosa se remontaba a mediados de siglo, siendo rey Enrique VIII; se prolongó hasta el siglo XIX, y tuvo siempre cierto tufo a depuración social a causa de sus criterios de selección y a sus métodos ilegales[12]. En la década de 1640, durante la guerra civil inglesa, el mismísimo Parlamento autorizó su uso. Los primeros blancos fueron los «hombres sin señor»: los que carecían de empleo, los vagabundos, los «ociosos» y los mendigos; aunque también gentes tomadas de entre los pobres del campo y la ciudad. A todos se les consideraba susceptibles de ser reclutados, y Londres fue en todo momento el centro principal de la violencia de los matones de pico de oro que conformaban las patrullas de leva.

Las tierras y gentes pobres de Escocia vieron desaparecer más varones aún que la de Inglaterra y Gales. Se calcula que en la guerra de los Treinta Años (1618-1648) sirvieron en ejércitos extranjeros entre veinticinco y cincuenta millares de escoceses. En los Países Bajos y Alemania, su número era tal que en ocasiones se decía, con hipérbole muy poco amable, que «en los campos de batalla de Europa eran tan omnipresentes como los piojos y las ratas[13]». Muchos de ellos eran voluntarios que acudían a naciones distantes en la lucha calvinista contra el «papismo», o azuzados por el aguijón del hambre y la esperanza de botín. Sin embargo, era muy superior el número de hombres enganchados a la fuerza a los que antes de partir se les hacía jurar que jamás iban a volver a pisar Escocia, so pena de muerte.

La recluta de varones británicos en ejércitos conformados por chusma tuvo su equivalencia en el continente, y sobre todo en

España. En su guerra de Flandes (o de los Ochenta Años; 1567-1648), los Habsburgo emplearon compañías de mercenarios extranjeros a fin de hacer valer sus reivindicaciones dinásticas en los Países Bajos. Por lo común, eran pocas las probabilidades de que sus fuerzas estuviesen constituidas por más de un 15 por 100 de españoles. No obstante, este colectivo procedía casi por entero de Castilla, y cuando tocaba a su fin el siglo XVI, la población masculina de dicha región comenzaba a mermar de manera angustiosa. Ante la escasez crónica de soldados, la corona recurrió a un procedimiento que iba a provocar escenas conmovedoras en extremo, y para el que se sirvió de la colaboración local de comunidades con conciencia de clase que ayudaron a planificar diversos episodios de depuración social. En su empeño en ser justas, las ciudades españolas instauraron asimismo sorteos entre los varones aptos para servir en la milicia[14]. Sin embargo, este expediente provocó deserciones multitudinarias, y todo género de estratagemas legales, de engaños y de aprovechamiento de conexiones sociales a fin de eludir la entrada en el ejército de los varones elegidos. El efugio más frecuente consistía en que los acomodados pagasen a otras gentes de su vecindario para que fuesen a la guerra por ellos. Si tal cosa fallaba, buscaban a forasteros con los que completar la cuota local. Siempre hubo categorías de hombres exentos: nobles, funcionarios, recaudadores, estudiantes universitarios, siervos de nobles y de la Inquisición, y hasta pastores y otros profesionales de determinados oficios. Así y todo, los designios de los reyes impedían que se relajaran las exigencias en este sentido, y llegada la década de 1630, hasta los hidalgos se hallaban sujetos a las levas especiales, aún cuando muchos de ellos eran tan pobres que a duras penas podían permitirse mantener una cabalgadura.

La junta de guerra del rey daba por supuesto que de los varones elegidos desertaría entre el 18 y el 25 por 100 antes de llegar al punto de embarque; lo que al decir de I. A. A. Thompson

es «quedarse cortísimo[15]». «Las compañías podían perder fácilmente a la mitad o a dos terceras partes de sus hombres durante una marcha». En septiembre de 1636, en una carta enviada al rey Felipe IV, el arzobispo de Burgos declaraba que la mayor parte de los varones elegidos de su diócesis, bien por sorteo, bien por la fuerza, moría de hambre sin haber llegado siquiera a sus guarniciones[16]. En Zamora y Salamanca se llevaban a los reclutas maniatados con soga y con manillas. Era también práctica común encarcelar a los recién enganchados hasta que llegaba el momento de trasladarlos. Durante el verano de 1641, en la ciudad de Béjar había 17 presos de resultas de una leva. Solo tres de ellos eran oriundos de dicha población, en tanto que los demás eran forasteros «comprados».

En los albores del siglo XVII, la península Ibérica debió de verse atravesada a diario por miles de desertores a la fuga consagrados a ocultarse, mendigar y tratar de regresar a sus lugares de origen o a otros destinos. Los había también que procuraban volver ante sus oficiales o aguardaban en prisión a que se les juzgara. Algunas ciudades se rebelaron sin más contra la recluta forzosa. Una de ellas fue Murcia, cuyos habitantes se mostraron dispuestos a matar a los representantes reales que conformaban las patrullas de leva. En Alburquerque, en agosto de 1641, doscientos hombres armados liberaron a cierto número de reclutas, a quienes quitaron las esposas para que pudiesen huir mientras amenazaban de muerte a los soldados que los vigilaban. Un mes más tarde, en Portugal, una banda desencadenó a otro grupo similar.

Sin embargo, la resistencia de los castellanos al reclutamiento forzoso palidecía en comparación con la que ofrecían los habitantes de Cataluña, provincia del viejo reino de Aragón. Al decir del historiador Luis Corteguera, en 1636 los agentes reales solo fueron capaces de reclutar allí a «criminales cuyas penas de muerte se habían conmutado por el servicio militar». En junio

de aquel año engatusaron a seis segadores para alistarse y los retuvieron a la fuerza en la casa de enganche, y cuando se presentó en esta un grupo de compañeros con la intención de protestar, lo recibió un destacamento de hombres armados allí apostados por orden del gobernador regional. Poco después regresó a aquel lugar una muchedumbre de quinientos segadores que no dudó en tomar al asalto el edificio y saquearlo[17].

Lo único que logró persuadir a las gentes de Cataluña a defender el reino —aún con no mucho entusiasmo— fue la amenaza de guerra con Francia. En agosto de 1639, en su empeño en detener el avance del ejército francés por la provincia del Rosellón, la más nororiental de España, los funcionarios habían conseguido crear una fuerza de diez mil hombres. Sin embargo, dos mil de ellos desertaron casi de inmediato, y llegado el mes de noviembre se habían perdido más de nueve mil de los soldados catalanes participantes en aquella campaña, si bien muchas de las bajas se debieron a «enfermedades y heridas de guerra». A principios del mes de enero de 1640, cuando los franceses rindieron al fin la fortaleza de Salces, se supo que el precio de semejante conquista había sido la vida de «entre cuatro mil y diez mil catalanes», incluida «una cuarta parte de la nobleza», muertos por las causas citadas. Antes de concluir el año estalló una gran revuelta sin precedentes cuando se descubrió que el gobierno real pretendía acantonar unidades en el Rosellón a fin de preparar para la primavera una campaña contra Francia. En enero de 1641, tras repudiar su alianza con el rey de España, los catalanes, indignados, «eligieron al de Francia, Luis XIII, por su nuevo monarca[18]». En estos hechos tiene sus orígenes una historia diferente, referida con maestría por J. H. Elliott en *La rebelión de los catalanes*.

En la Europa oriental, desde el río Elba, en donde la servidumbre se hallaba más arraigada y estaba comenzando a renacer, se empleaba la fuerza bruta para alistar a los hombres. La

Rusia zarista introdujo la recluta obligatoria en la década de 1630. Las autoridades elegían a un campesino por cada diez o veinte familias, e incluían entre los candidatos a muchachos de entre catorce y quince años. Tampoco se libraban los nobles, y en particular los que habían caído en la miseria. Casi siempre optaban por sentar plaza en unidades de caballería. Siendo zar Pedro I, en torno a 1700, los varones arrancados de sus hogares ascendían a uno entre 50 o 150 familias, conforme a las necesidades.

Las condiciones que se daban en el ejército ruso no eran otras que las que cabría esperar[19]. Era habitual que los soldados pasaran hambre y frío, y cuando se les pagaba, raras veces recibían el sueldo íntegro o a tiempo. De ordinario se les deducía la mitad en concepto de indumentaria, y en ocasiones la remuneración llegaba también en especie. Los capitanes azotaban a sus subordinados como hacía el señor con sus siervos. La deserción era el pan nuestro de cada día, y a principios del siglo XVIII había bandas organizadas de prófugos que aterrorizaban de cuando en cuando a las comunidades rurales. Pedro I hacía meter en grillos a los reclutas, que habían de marchar encadenados cientos de kilómetros hasta llegar a su destino. El castigo que se reservaba a los desertores era inevitablemente severo, e iba de la horca y la fusta a la condena a trabajos forzados de por vida. «En 1711 —señala Lindsay Hughes—, durante la marcha de regreso de Prut se erigieron cadalsos cada noche en los campos para recordar a los prófugos la suerte que los aguardaba». La caza de quienes evadían sus obligaciones marciales podía desembocar también en crueles represalias contra la comunidad o la familia del perseguido. Era común obligar a esta última a procurar un sustituto u ofrecer algún género de garantía, así como tomar a los parientes «en calidad de rehenes hasta que se entregara [el fugado]». John Keep da cuenta del encarnizado debate que ge-

neró la leva en Rusia, «ya que nadie ignoraba… que era improbable que el recluta volviese a ver jamás a su familia».

No es difícil comprender los motivos de la resistencia apasionada al enganche. En España, como en Inglaterra, saltaba a la vista que la leva forzosa era un asunto muy desigual sujeto a todo género de parcialidades y favoritismos. En los lugares en que el encargado de elegir a los varones que necesitaba el ejército era el señor o las autoridades de cada región, tal como ocurría en Suecia, Brandeburgo o Rusia, no tardaban en cobrar peso los intereses o preferencias provincianos. Era algo que había que tolerar en la Europa de los albores de la Edad Moderna, en la que los privilegios se hallaban organizados en torno a jerarquías «naturales». Así era la vida. Sin embargo, lo que no era vida en la indómita imaginación popular era la del soldado de a pie. Ya fuera por sorteo, ya por recluta selectiva o por sorteo, el enganche se tenía por una especie de condena a muerte. Los varones sabían —pues corrían las noticias al respecto— que en los ejércitos abundaban las enfermedades, el hambre y otras desgracias, como los efectos del frío extremo o el trato execrable que brindaban los oficiales. ¿Qué lección cabía sacar de todo ello? Que era mejor morir en casa, aún cuando esta se encontrase sumida en la miseria, que entre los infortunios aún mayores que deparaba la existencia de quien servía en tierras extrañas. Mejor era lo malo conocido que lo peor por conocer.

En Suecia, las necesidades de los nobles y las implacables ambiciones de la dinastía Vasa arrastraron a aquella nación agrícola a una sucesión continua de guerras a finales del siglo XVI y durante el XVII. La exigencia de combatientes —de trabajadores rurales, por ende— se exacerbó durante la guerra de los Treinta Años, y en determinado momento, el campesinado se vio obligado a ofrecer a un hijo por cada ocho familias. Las levas de reemplazo se hicieron implacables. Entre 1626 y 1630, suecos y fineses —sometidos a la sazón al dominio de Suecia— propor-

cionaron al rey Gustavo Adolfo 51 367 reclutas, de los cuales habrían muerto entre 35 000 y 40 000 llegado 1630, en su mayoría por enfermedad. Todo apunta a que las comunidades agrícolas, demasiado dispersas para resistirse, optaron por cooperar con esta sangría y mantuvieron así cierta potestad sobre qué varones eran candidatos a guerrear en tierras lejanas. Los granjeros acomodados acogían en sus hogares a criaturas menesterosas y les proporcionaban alimento, ropas y una ocupación para entregarlos al ejército en sustitución de sus hijos cuando llegara el llamamiento de las autoridades de enganche. De ese modo, ni ellos ni su prole serían arrastrados a la carnicería que se estaba produciendo en Alemania.

Al reflexionar sobre dicha práctica, el historiador Robert I. Frost llega a la conclusión de que, habida cuenta de la existencia en Suecia y Finlandia de «un proletariado sin tierra cada vez más numeroso» del que «obtenía su carne de cañón el estado militar», este sistema de selección «resultaba beneficioso para todos: el gobierno tenía así sus soldados; el granjero no tenía que ir a la guerra, y los hijos de familias pobres se criaban en unas condiciones un tanto más amables». De hecho, a su parecer, estas últimas también «se beneficiaban al tener que alimentar una boca menos[20]». Lo de que el chiquillo en cuestión acabara por marchar al campo de batalla, a morir de hambre, de enfermedad o a manos del enemigo, parecía ser lo de menos.

La población de Europa aumentó considerablemente durante el siglo XVI al pasar de los poco menos de 62 millones de almas de 1500 a los 78 millones aproximados de 1600. Sin embargo, la tasa de crecimiento se hizo más lenta en la última década por causa de las plagas, las ruinosas condiciones meteorológicas y las malas cosechas. España, Alemania e Italia vieron descender su población. La guerra también frenó el crecimiento al propagar las enfermedades y mandar al traste los ciclos de producción de la vida rural. Los Estados gobernados por príncipes, necesi-

tados de ejércitos más nutridos que estuviesen activos durante más tiempo, explotaron aún más la reserva de que disponían de varones capaces de empuñar picas y armas de fuego. A principios de la década de 1630, en lo más encarnizado de la guerra de los Treinta Años, en la que tomó parte toda Europa, los caudillos del campo de batalla habían sido testigos de tamaño desperdicio de soldados que se hizo imposible dar con los voluntarios necesarios o hallar siquiera el número suficiente de varones dispuestos a engrosar las filas de los mercenarios. En consecuencia, las contiendas solían concluir con la recluta de buena parte de los combatientes enemigos apresados, que pasaban, pues, a formar parte del lado vencedor. A raíz de la arrolladora victoria lograda en Breitenfeld en 1631, el ejército protestante de Gustavo Adolfo se hizo con los regimientos italianos del adalid imperial derrotado, Tilly. Sin embargo, por fortuna para ellos, «todos desertaron al año siguiente, no bien se hicieron visibles los Alpes[21]».

Aunque incitada por el conflicto religioso, la guerra de los Treinta Años se tornó en una sangrienta lucha por tierras y botín que, sin embargo, siempre se ha hecho pasar por enfrentamiento relativo a reivindicaciones dinásticas o vinculadas al credo o la seguridad de los participantes. Por ende, la inclusión de los enemigos capturados en las filas de sus aprehensores no siempre dio lugar a la formación de extrañas parejas.

Francia entró en dicho conflicto en 1635 acaudillada por el cardenal Richelieu y al objeto de poner frente a la supuesta marcha expansionista de las casas dinásticas de España y Alemania. En adelante, los franceses recurrieron también a la recluta forzosa ante la constante escasez de soldados. Gracias al poder de que gozaba la autoridad aristocrática en las comunidades locales, muchos oficiales (de cuna noble) habían logrado movilizar compañías de voluntarios conformadas por lugartenientes y siervos suyos, así como por criados y otros. Sin embargo, su nú-

mero dejó pronto de ser suficiente para las ambiciosas exigencias de la corona.

En las décadas de 1640 y 1650, las patrullas de leva se sirvieron del alcohol y de diversos engaños para alistar soldados: los emborrachaban, los engatusaban por mediación de prostitutas o les metían dinero a hurtadillas en los monederos y juraban después que sus víctimas habían aceptado el premio de enganche por comprometerse a servir en la milicia. Sin embargo, lo más frecuente era que se cubrieran las cuotas por medio de la violencia. Los reclutadores aprehendían a viajeros y a viandantes, allanaban hogares y aún asían a la fuerza a sus candidatos en la iglesia. En la década de 1670, los funcionarios «hicieron saber que, debido a la amenaza de la leva forzosa, los mercados se hallaban desiertos y los campesinos temían salir de sus casas[22]». Durante la guerra de los Nueve Años (1688-1697), cierto oficial de la corona escribió desde Orleans: «Las plazas de abastos están llenas de gentes que se llevan a los hombres a la fuerza[23]». La guerra de Sucesión española (1702-1714) provocó otro acceso de reclutamientos. De cuando en cuando, los campesinos se organizaban en bandas y respondían cayendo sobre las patrullas para liberar a los secuestrados. En la década de 1690, cierto ministro destacado admitió con franqueza «que las reclutas s[eguía]n siendo forzosas casi siempre»; opinión que reiteró en 1706.

Los actos de las banderas de recluta constituían un oprobio para el gobierno, que promulgó varios decretos contra semejantes prácticas. Sin embargo, las exigencias de la guerra, agudizadas por la resuelta política exterior de Luis XIV, impusieron la connivencia de sus ministros. Por su parte, los oficiales del ejército, más que ser simples cómplices, ejercían de piedra angular del sistema, toda vez que «alistaban a la fuerza y secuestraban personalmente a hombres y aún a menores, incluidos monjes, notarios, viejos y tenderos que por cuya prosperidad relativa

debían de ver escaso incentivo en la plata del rey[24]». En determinada ocasión, el oficial más prominente de la policía parisina tuvo que obligar a un capitán de la caballería a abandonar sus pretensiones respecto del zapatero remendón al que, tras hacer firmar con malas artes, amenazaba con matar si se negaba a unirse a su regimiento.

Los oficiales al mando de la recluta también trabajaban con bandas de *racoleurs* («captadores») que actuaban en París, Lyon y otras ciudades. Una vez obtenida su presa, la encerraban para venderla a uno de cuantos oficiales codiciaban nuevos alistamientos. El dinero que destinaba el rey a los premios de enganche, por lo tanto, pasaba por más de una mano.

La guerra de los Treinta Años afligió a Alemania con tales oleadas de carnicerías que, después de su fin, ocurrido en 1648, las minorías selectas regionales comenzaron a ceder, mediante la aprobación de diversas subidas de impuestos, a la presión de los príncipes, resueltos por aquel entonces a crear ejércitos permanentes para —a su decir— garantizar la seguridad. Sin embargo, no tardaron en aflorar problemas en lo relativo al reclutamiento. Cuando, acabado el conflicto, volvió a activarse la economía alemana y los varones se vieron capaces de ganarse la vida con el trabajo que ejercían a diario en la ciudad o el campo, los príncipes de los diversos territorios comprobaron que no podían permitirse las sumas necesarias para atraer al número de gentes que exigían los ejércitos que estaban formando. Los impuestos no llegaban a tanto, y el número de voluntarios era escaso. En el período de más carestía, una de las soluciones parciales consistió —igual que en Francia, Inglaterra o España— en sacar a los presos de las cárceles para enviarlos directamente a las unidades militares. En el ducado de Wolfenbüttel, aún antes de la década de 1630, era costumbre condenar con «pena de guerra» a los peores criminales o liberarlos para que sirviesen en el frente. Sus destinos podían ser los Países Bajos o la frontera

entre Hungría y Turquía. Más tarde, se hizo común que los gobiernos de los príncipes ofrecieran el servicio militar como sustituto de la cárcel y en ocasiones hasta de la pena capital[25].

En general, sin embargo, la tendencia al enredo de que daban muestras los reclutadores de lugares como Brandeburgo y Sajonia los llevaba a recurrir a tácticas astutas y brutales que comportaban la aprehensión y reclusión de los candidatos. Solo tenían que disfrazar a sus ayudantes y presentarse en tabernas y posadas de mala muerte en donde resultaba poco probable que causara mucho revuelo la desaparición repentina de un hombre. El vino y el coñac bastaban a menudo para quienes no se mostraban cautivados por el premio de enganche. «La picardía y los azotes también ayudaban», y así, en Frisia oriental, la malhadada Hilke Wessels se quejaba en 1665 de que, de no haber sido víctima de un atropello brutal, a su esposo desaparecido «jamás se le habría pasado por la cabeza meterse a soldado[26]». En Prusia, hasta la década de 1730, el reclutador del ejército era «el individuo más temido de la región». A fin de escapar de lo que consideraban una vida de ultrajes, los campesinos jóvenes se mutilaban a sí mismos o huían de sus hogares. De hecho, de cuando en cuando se daban casos de pueblos enteros puestos en fuga, lo que hacía que, ante la resistencia al alistamiento, no estuviese «fuera de lo habitual… la ejecución de súbditos [prusianos[27]]».

Los reclutadores llegaban en secreto a un acuerdo con taberneros y venteros, aunque no eran infrecuentes los equívocos, y de cuando en cuando se daban disputas entre patrullas de leva que pretendían alistar a un mismo hombre. El alistamiento se había convertido en un negocio, y era frecuente la rivalidad entre los depredadores. Los agentes de los oficiales de enganche regateaban el precio de su presa. Hablaban de «entregar», «deber», «prestar» o «tomar prestados» hombres, así como de «vender» reclutas a capitanes y coroneles. Sin embargo, a despecho

de sus trapacerías, sus acechanzas y sus actos de brutalidad, los oficiales del ejército no dejaban de presionar a sus gobiernos para que les permitieran adoptar medidas estrictas contra los prófugos. Reclamaban el derecho que tenían sobre los desertores, y su caza tenaz los llevaba a irrumpir en los hogares de estos en plena noche para hacerlos salir a la calle y devolverlos a la fuerza a sus unidades.

En el siglo XVI, los lansquenetes, piqueros alemanes profesionales de vestimenta llamativa y bragueta, se hicieron con una reputación infausta[28]. Se les tenía por agitadores, demonios, tragones y matasietes que aborrecían el orden natural de la vida diaria. Sin embargo, los calificativos que se les asignaban no los trocaban necesariamente en «escoria de la más baja estofa». Más tarde, en la confusión de la guerra de los Treinta Años, algunos contemporáneos los considerarían verdaderos patriotas de manera retrospectiva. Sin embargo, después de 1650, los alemanes comenzaron a tener un concepto muy diferente de los soldados a causa de la recluta de criminales y del enganche organizado de gentes de los sectores sociales más indeseables: vagabundos, mendigos, inadaptados y menesterosos marginados. Ningún campesino ni artesano deseaba formar en las filas del ejército al lado de semejantes hombres, si no era por huir de las penurias intolerables que pudiese estar sufriendo en su hogar o movido de la insensata esperanza de disfrutar de una vida de aventuras y un botín fácil de obtener.

Con todo, las patrullas de leva también echaban la zarpa a gentes de condición más respetable, y de resultas de ello, a los ejércitos alemanes, como a los de Luis XIV, los aquejó pronto la plaga de la deserción[29]. Si los soldados habían huido en masa de los campos de batalla de la guerra de los Treinta Años por el miedo, el hambre, la miseria, lo exiguo de las pagas y aún las convicciones religiosas, el acto de abandonar las banderas —que aún habría de agudizarse durante buena parte del siglo XVIII

— se trocó a partir de la década de 1650 en la consecuencia natural de la recluta forzosa selectiva y sus imparcialidades. A fin de cortar las rutas de escape a quienes aspiraban a convertirse en prófugos, los oficiales de Prusia se vieron obligados a evitar marchar por la noche y acampar en las inmediaciones de los bosques o atravesarlos si no avanzaban con los flancos protegidos por la caballería de húsares. Aun así, dado el clima de represión imperante, el paisanaje se mostraba más dispuesto que nunca a ayudar a los soldados que huían, a despecho de las penas durísimas que tales actos podrían comportar, de las advertencias que contra la defección se lanzaban en los sermones dominicales y de las largas listas de desertores que publicaba la prensa.

Se había instaurado el ejército permanente de reclutas, y las levas estaban tomando derroteros nuevos, basados sobre todo en el alistamiento forzoso por orden del Estado. Tal era la ruta que había seguido, por encima de otras naciones, Suecia después de 1620, bajo el reinado de Gustavo Adolfo.

Oficiales y emprendedores

Jan Werth (1591-1652), uno de los generales más destacados de la guerra de los Treinta Años, nació en el seno de una familia campesina de los aledaños de Colonia[30]. Se alistó en el ejército español en torno a 1610, se convirtió en un jinete intrépido y se erigió, sorteando cuantos obstáculos le presentaba el contexto social, en el general más egregio de los ejércitos bávaro e imperial. Las convulsiones de la guerra de los Treinta Años impulsaron el ascenso «de la nada» de otros generales, incluidos Johann von Aldringen (1588-1634), Peter Melander (1589-1648) y Guillaume Gil de Haas (1597-1657). Aldringen era hijo de un funcionario de ayuntamiento de Luxemburgo; Melander, nacido en una familia de campesinos calvinistas de los Países Bajos, se las ingenió para cursar estudios universitarios antes de llegar a ser uno de los generales más destacados del Imperio, y Gil de

Haas, cantero de Ypres, acabó sus días, como Aldringen, ejerciendo de general en las fuerzas de Baviera.

Con todo, estos hombres eran verdaderos portentos. Con algunas excepciones en Italia, entre las que se incluyen condotieros eminentes como Niccolò Piccinino, de humilde cuna, y Gattamelata (Erasmo da Narni), casi nunca se había visto nada semejante, ni se vería hasta finales del siglo XVIII. Los oficiales procedían de la nobleza en su inmensa mayoría, y sobre todo los que poseían las graduaciones más elevadas. Sin embargo, entre los aristócratas de Europa se daban disparidades enormes: en un extremo se hallaban los grandes señores, poseedores de grandes extensiones de tierra, ciudades y derechos sobre sus gentes, y en el otro, los *Junker* prusianos, que disfrutaban de una casa de escasas dimensiones situada en una granja diminuta, o los hidalgos de España, que en ocasiones se veían en apuros para conseguir un par de zapatos decentes. Aun así, todos se preciaban de tener un escudo de armas familiar (o aspiraban a poder hacerlo) y se aferraban a los privilegios que los distinguían de la multitud del pueblo llano, sobre todo en lo tocante a los impuestos y el servicio militar. En el ámbito tributario, la balanza estaba inclinada claramente a su favor, y de hecho, en muchas partes de Europa se hallaban exentos de toda contribución que no fuesen las cargas indirectas aplicadas a las ventas.

No quiere esto decir que los nobles necesitados de ingresos fueran los únicos que sentaban plaza en el ejército: los hijos más jóvenes de la aristocracia acomodada dirigían también sus ambiciones en este sentido. Uno de estos fue Caspar von Widmarckter (1566-1621), nacido en Leipzig en el seno de una familia de oficiales por la rama paterna[31]. Por extraño que resultara en un oficial y aventurero militar, estudió filosofía y derecho en París durante seis años (1580-1586). A continuación entró al servicio de un general alemán en tierras de Francia, al lado de los hugonotes, y a finales de la década de 1580 lo contrató en

calidad tanto de soldado como de diplomático el rey Enrique IV. Caspar participaría de forma muy activa en el alistamiento de mercenarios alemanes para la causa de los calvinistas franceses. El monarca le concedió la dignidad de noble francés, y más tarde, durante sus embajadas, recibió preciosas cadenas de oro de los reyes Jacobo I de Inglaterra y Luis XIII. En julio de 1597 lo empleó Moritz, landgrave de Hesse-Kassel, también en menesteres militares y diplomáticos, y llegado 1609 se había hecho con un puesto destacado en el consejo de su señor.

Caspar contrajo matrimonio con una viuda joven en 1598; amasó una fortuna colosal, procedente en gran medida del negocio de la guerra, y se hizo construir una mansión en Vacha. En 1614 quiso dejar de servir al landgrave para retirarse, pero las promesas de ascenso y otras presiones le hicieron mantenerse en el puesto. Tres años más tarde se produjo la campaña más destacada de su vida, que lo llevó junto con su regimiento a Francia, Saboya, el Piamonte y los aledaños de Milán. En la guerra que enfrentó a Francia y España, quedó conquistada parte de la Italia septentrional, y Moritz se había unido al lado de los franceses contra los españoles. Caspar era de los que no tenía reparos en hacer cara a su señor, y en ocasiones no faltaban tensiones entre ambos. La lectura de su diario de campaña nos lo presenta como un oficial que no hacía ascos a los castigos más severos, tal como demostró, por ejemplo, al hacer estrangular a un subordinado con aspiraciones insurgentes y mostrarlo ante la soldadesca para aleccionarla. Las pagas del regimiento llegaron con retraso durante toda la campaña de 1617, que se prolongó desde finales de marzo hasta el mes de noviembre, y sus combatientes pasaron hambre a menudo. De hecho, en cierta ocasión no tuvieron pieza alguna de pan que llevarse a la boca en tres días. El resentimiento se fue exacerbando, y corrieron rumores que hablaban de un motín. Los soldados caían enfermos de gravedad a cientos; tanto, que durante la marcha a

pie hacia Italia, Caspar y el comandante de su regimiento, C. von Schomberg, se vieron obligados a dejar por el camino a quinientos hombres. Muchos, si no la mayoría, murieron por las dolencias o a manos de los aldeanos que supuestamente iban a cuidarlos. Tras las sangrientas escaramuzas que mantuvo con tropas españolas, la unidad fue abandonando también a quienes habían sufrido heridas serias.

Aquella fue una campaña dura, y al año siguiente, achacoso ya, Caspar trató una vez más de retirarse. El landgrave, no obstante, volvió a insistir en que siguiera a su servicio, y lo puso a reunir tropas de Hesse entre 1619 y 1620. Tal cosa debió de favorecer el terrible ataque de reumatismo que acabó con su existencia en septiembre del año siguiente. En un tiempo en que el campo de batalla se cobraba la vida de tantos coroneles y tenientes coroneles, él tuvo la suerte de morir en su propio lecho.

Veamos ahora el caso de una figura de gran prominencia: Bernhard de Sajonia-Weimar (1604-1639), el menor de once hermanos varones, duques de Weimar, y el más audaz de todos ellos[32]. Toda su educación estuvo encaminada a la profesión militar, y no tardó en convertirse en un adalid sobresaliente, hacerse merecedor de la lealtad de sus soldados y demostrarse capaz de organizar levas de gran envergadura. Al carecer de tierras, no dudó en adoptar el oficio de empresario militar con la intención de poner a sus hombres —y a su propia persona en calidad de general— al servicio de otros. Pretendía multiplicar sus ganancias, reunir ejércitos aún más nutridos y adquirir un principado extenso, es decir, sus propias tierras.

A finales del mes de octubre de 1635 firmó un contrato con el rey de Francia, Luis XIII, que acababa de embarcarse en la guerra de los Treinta Años en oposición a los Habsburgo de Austria y España[33]. Bernhard «prometió congregar un ejército de al menos 6000 caballos y 12 000 soldados alemanes de a pie» en poco menos de tres meses a cambio de una suma de

cuatro millones de libras anuales, que deberían satisfacerse en pagos trimestrales. Debía contar con toda una serie de oficiales aguerridos y crear un tren de artillería «compuesto por no menos de 600 cabalgaduras». Con el dinero citado costearía salarios, provisiones, caballos y cañones. Los soldados de su infantería tendrían que ir pertrechados con «buenos mosquetes y cartucheras, o picas y petos», en tanto que los de la caballería habrían de llevar dos pistolas y coraza. Se le insistió en que cuidase el dinero del monarca como si fuese propio. Aun así, dado que abundaban los casos de fraude por «la codicia de los oficiales dados a emplear *passe-volants* ['figurantes'], el día de la revista [o cuando fuera necesario]… habrá que formar el ejército en orden de batalla para una inspección… [y] se efectuará una reducción, en favor de su majestad, de 14 libras por cada jinete que falte y de 12 por cada hombre de a pie».

Este acuerdo constituye un ejemplo clásico de los que firmaban los soberanos poderosos de la Europa de la primera Edad Moderna con los empresarios militares: el vínculo que unía a la política de fuerza y al soldado como hombre de negocios. Otro lazo de unión entre ambos era el entendimiento tácito de que los cuatro millones de libras (unos 1,67 millones de táleros) distarían mucho de ser suficientes: los hombres de Bernhard iban a tener también que vivir de «contribuciones» impuestas al paisanaje de los alrededores[34].

En aquel tiempo se esperaba de los nobles que viviesen de sus tierras, de los cargos que ocupasen o del oficio bélico; que tuviesen puesta la mira en el honor y en otros objetivos «elevados», y no en el comercio ni en el vil beneficio. No obstante, en nada estaba reñida su condición con el hecho de poseer derechos de propiedad sobre una fuerza mercenaria, el de considerarla un negocio ni el de querer obtener rendimiento de ella. La ocupación tradicional del hidalgo medieval —la del guerrero— había adoptado en la Europa de la primera Edad Moderna una

forma nueva, dotada del dinamismo suficiente para justificar todas las tácticas mercantilistas propias del noble en cuanto empresario militar.

Podemos vislumbrar la medida de la riqueza o «capital social» (honor, prestigio o reconocimiento público) que podían adquirirse en el campo de batalla teniendo en cuenta que, en la Italia septentrional de finales del siglo XVI y principios del XVII, las familias nobles de antiguo linaje se afanaban en tener a sus varones sirviendo de oficiales en el ejército español o en las fuerzas de la República de Venecia. De hecho, cuando determinado linaje poseía los haberes suficientes, era frecuente que desembolsara largas sumas a cambio de obtener una compañía de mercenarios que garantizase la obtención de un puesto elevado de oficial[35]. En Francia, la nobleza «de toga» (la que debía su ascensión social a los estudios de derecho) competía con furia por la compra de la condición de capitán o coronel, y en consecuencia, por la compra de compañías y regimientos enteros. Tal cosa suscitaba amargas quejas entre los hidalgos «de espada», que se consideraban desplazados de tan honorable mercado.

Hasta los vástagos de las familias banqueras más destacadas abrazaban con pasión la guerra y el oficio de las armas. Ambrogio Spinola (1569-1630), multimillonario genovés, constituye el ejemplo más notable al respecto. Aun cuando sirvió en calidad de adalid del ejército de Flandes en las primeras décadas del siglo XVII, fue también durante años acreedor de la corona española por un préstamo de cinco millones de florines, suma que superaba —dependiendo de la recaudación anual— los ingresos reales de dos años procedentes de la riqueza de las Indias[36]. Sin embargo, los Fúcares, celebérrima familia banquera y católica de Augsburgo, ponía más ahínco aún que las gentes de Spinola en adquirir gloria y dinero en la guerra[37]. Tres de los hijos de Juan Jacobo Fúcar (Hans Jakob Fugger) sentaron plaza en el

ejército de Flandes en calidad de coroneles durante la segunda mitad del siglo XVI, y en la guerra de los Treinta Años fueron al menos siete los integrantes de aquella estirpe que sirvieron en los ejércitos del Imperio y del duque de Baviera, con graduaciones que iban de la de capitán a la de mariscal de campo y general[38]. La guerra y las armas los sedujeron no solo por el capital social que llevaban aparejado, sino también porque confiaban en que su devoción (y su inversión) les procuraría beneficios sustanciosos en forma de botín, sueldo y «contribuciones».

Otón Enrique (u Ott Heinrich) Fúcar (1592-1644) estudió a los clásicos con los jesuitas antes de asistir a la universidades de Ingolstadt, Perusa y Siena. Comenzó su carrera militar en 1617 en calidad de coronel con financiación propia en el ejército español, y entre 1618 y 1619, él y los tres mil hombres que conformaban su regimiento se hallaban ya actuando en Lombardía y en Bohemia. Después serviría en Austria, Hungría y los Países Bajos, y a continuación —para la Liga Católica y el duque de Baviera— en el norte de Italia una vez más, Franconia y Suabia, entre otros. Dos de los cargos más lucrativos de su trayectoria profesional fueron el de gobernador militar de Augsburgo, que ocupó en 1635, y el de comandante de la ciudad, desde el año siguiente hasta 1639. Entre tanto, a medida que se incrementaban sus ganancias, fue amasando una rica colección de cuadros.

Stephanie Haberer, biógrafa de Otón, ha descubierto que entre las décadas de 1620 y 1630 ganó veintenas de miles de florines (*Gulden*) entre salarios, «contribuciones» y otros ingresos de cuya naturaleza no da cuenta su contable. También recibió sumas cuantiosas de la confiscación imperial de propiedades del enemigo, acaparadas a precios irrisorios por quienes se hallaban bien situados. De esta guisa fue como se hizo con el señorío de Speckfeld, en Hesse, y con otras tierras que lo sucedieron. Sus ingresos le permitieron vivir rodeado de un lujo palaciego.

De este empresario, pues, no puede decirse que tuviese peor éxito como soldado que si hubiera ejercido de banquero. En 1620, el emperador reafirmó a los Fúcares en el título de condes, y en 1627, el rey de España nombró a Otón caballero de la orden del Toisón de Oro.

Las compañías de soldados profesionales selectos de Italia se cuentan entre las primeras fuerzas mercenarias bien organizadas[39]. Reunidas y acaudilladas por condotieros, adalides nobles de linaje célebre, ofrecían sus servicios mediante contrato a príncipes y ciudades-estado. Había dinero de por medio —a espuertas—, y también entraba en juego —y mucho— el honor. Llegado el año de 1450, los jefes militares italianos estaban empleando armas de fuego nuevas y en número mayor.

Sin embargo, durante el otoño de 1494, cuando el rey de Francia Carlos VIII hizo avanzar hasta Italia a unos veinticinco mil soldados, los condotieros —que ostentaban apellidos como Orsini, Vitelli, Baglioni o Dal Verme— toparon con un rival más que difícil en los cañones del monarca y los mercenarios procedentes de Suiza, Alemania, Escocia y Francia[40]. La invasión francesa fue así heraldo de una guerra más intensa y a escala mucho mayor, dominada —más aún que antes— por profesionales encallecidos, empresarios que reunían ejércitos no solo por dinero ni con la intención de adquirir títulos y tierras, sino también con objeto de cruzar con ellos fronteras distantes[41]. Florecieron en tiempos de guerra, pues ningún beneficio obtenían de las guarniciones de tiempos de paz: sin los salarios, el botín y las «contribuciones» que les procuraba el hecho bélico, el empresario licenciaba a sus soldados y regresaba a sus tierras de Escocia, Gascuña, Castilla, Suiza, Sajonia, Bohemia, los Balcanes o los montes de Italia.

Dinastías de nobles europeos otrora hogareñas vieron a sus vástagos adoptar el oficio de las armas en aquel período. Entre 1500 y 1680 aproximadamente, época del nacimiento del nue-

vo Estado impositivo, la formación de ejércitos se convirtió, sobre todo, en labor de empresarios. Los más prósperos de estos últimos fueron también guerreros: se hallaban en contacto directo con coroneles y capitanes. Eran hombres que podían recurrir a sus propias redes de amigos y conocidos del campo y la ciudad, y se servían de dichos contactos para crear regimientos de mercenarios a demanda de los príncipes o las minorías urbanas selectas. En lo más vivo de la guerra de los Treinta Años había no menos de un millar y medio de tales patronos satisfaciendo las necesidades de los gobernantes. Entre ellos figuraban los nobles escoceses *sir* Donald MacKay, el coronel Robert Monro y Alexander Leslie, que guiaron a sus unidades de voluntarios y reclutas a los ejércitos de Suecia y aún a la Rusia del Principado de Moscú.

Algunos empresarios también eran príncipes, tal como ocurrió con el duque de Sajonia-Weimar, Cristián de Brunswick-Wolfenbüttel (1599-1626), o Carlos IV de Lorena (1604-1674), capaces de reunir ejércitos de hasta veinte mil soldados de infantería y caballería, y negociar un acuerdo fructífero con una potencia superior. Y lo que es aún más digno de mención: se daba el caso de generales brillantes, como Pappenheim y Wallenstein, que tras trocar sus ejércitos en empresas privadas lograban doblar su número sobre la marcha, lo que se debía en gran medida al expediente de hacer que sus hombres viviesen de la extorsión y la rapiña. Su notable reputación —obtenida, en el caso de Pappenheim, en el campo de batalla — atraía a los soldados a sus filas. A finales de la década de 1630, el glorioso general sueco Johan Banér se erigió poco menos que en dueño de su propia hueste de bandidos.

En el otro extremo de la escala, los empresarios más modestos podían congregar y acaudillar unidades de entre doscientos y dos mil combatientes. El contrato firmado por el emperador Carlos V con Giovanni Maria da Varanno, señor de la ciudad

de Camerino, en enero de 1525, estipulaba que el italiano habría de proporcionar a aquel «un contingente de mil quinientos soldados de infantería bien pertrechados y uno menos numeroso de jinetes[42]». En mayo de 1484, otro caudillo de menor importancia de la familia Da Varanno se comprometió a servir a Venecia con una fuerza de 1200 soldados de caballería y 50 arqueros montados. La vigencia del contrato era de dos años, y la suma, de 50 000 ducados de oro. Aun así, las unidades así empleadas eran menos numerosas. En 1490, en una guerra entablada entre la ciudad de Metz y el duque de Lorena (Renato II), aquella puso en el campo de batalla 2300 mercenarios: «borgoñones, franceses, lombardos, españoles, vizcaínos, gascones, gentes de Henao y picardos, así como alemanes, eslavonios y albaneses, y cada "nación" tenía su propio adalid[43]». Dicho de otro modo: este centón se debía a la existencia de diez o doce capitanes empresarios, posiblemente subcontratados, sujetos a las órdenes del patrón principal: un oficial de mayor graduación.

No obstante, tenía que haber voluntarios en número suficiente para satisfacer la demanda. De lo contrario, cumplía recurrir a la nada decorosa arte de la leva selectiva. El siglo XVII, tan abundante en guerras, epidemias y poblaciones raquíticas, no fue un período fácil para los reclutadores, y ningún patrón pudo hacer caso omiso de este hecho. El siguiente ejemplo resulta muy ilustrador.

A principios de 1644, el cardenal Mazarino, principal ministro de Francia, decidió reunir un ejército para Amalia Isabel, landgravina de Hesse-Kassel y aliada protestante, que se veía amenazada por las fuerzas imperiales[44]. Encargó al conde de Marsin, que ocupaba el cargo de coronel, la creación de una hueste de cuatro mil mercenarios (dos mil jinetes y otros tantos soldados de a pie) en el obispado neutral de Lieja y en otras partes del Círculo Imperial de Westfalia. Los capitanes de este

último que se encargaron de la recluta no tardaron en tener dificultades, pues ya había un general español y un mariscal de campo francés alistando soldados en aquella misma región. Los premios de enganche subieron como la espuma en consecuencia. Se trató de comprar a los candidatos a soldados, pero el conde fracasó en su misión, y los franceses tuvieron que recurrir a la leva forzosa.

Los capitanes desempeñaban una función vital en el alistamiento. De ellos se esperaba que velasen por sus soldados, les hicieran llegar los salarios y organizaran el avituallamiento, y en tiempos de guerra disponían sobre la vida y la muerte de sus subordinados[45]. Lo ideal era que estuvieran al frente de compañías de infantería de entre cien y trescientos hombres, o de unidades análogas de caballería de unas cien cabalgaduras cuando se hallaban al completo. Sin embargo, las cantidades citadas descendían de forma marcada a medida que se iban cobrando vidas la guerra y las enfermedades, y en el siglo XVII era común que las compañías de soldados de a pie que servían en el campo de batalla comprendiesen entre sesenta y ochenta combatientes. El capitán contaba con la ayuda de un teniente y un alférez. Estos procedían en general de la nobleza, aunque también había entre ellos algún que otro plebeyo.

Los ejércitos eran agregaciones de regimientos, y estos, a su vez, estaban conformados por compañías. Desde mediados del siglo XVI, aproximadamente, los regimientos de infantería se hallaban acaudillados por coroneles. En uno de ellos podía haber entre ochocientos y tres mil hombres, aunque era en las compañías en donde los oficiales, y en particular los capitanes, conocían de veras a sus hombres. De ahí la importancia que revestían en la captación de reclutas en pueblos y barrios urbanos: eran ellos quienes trataban cara a cara con los candidatos y cerraban tratos con ellos. Sin embargo, los que más valor tenían para los príncipes y otros potentados eran los coroneles por ha-

llarse al frente de los regimientos. Eran los patronos más influyentes, los que tenían derechos de propiedad sobre una o dos de estas unidades, cuando no eran, sin más, sus dueños.

En la década de 1590, la corona española, debilitada en lo financiero, dejó caer en manos de sus minorías locales y capitanes porciones cada vez mayores de su autoridad mientras buscaba con desesperación más soldados. El gobierno real vio pasar al oficial «de funcionario nombrado por la corona a empresario tolerado por la corona[46]». En los Países Bajos, la recluta era responsabilidad exclusiva del patrón. Allí, dependiendo de las circunstancias, entre el 80 y el 90 por 100 del ejército español se hallaba constituido por mercenarios de Alemania, Francia, Irlanda, Italia, Suiza, Austria y las regiones meridionales de los Países Bajos. Organizados ya en compañías y regimientos, llegaban del extranjero por orden de oficiales que, en calidad de empresarios, se guiaban sobre todo por los beneficios y las pérdidas.

Soldadas y ganancias

Cuando los combatientes pasaban hambre, las regulaciones y promesas concernientes a las raciones que debía recibir cada uno de ellos se trocaban en una burla sarcástica. En toda Europa se hablaba de entre quinientos y mil gramos diarios de pan (o de avena a medio moler con la que hacer gachas, en el caso de la Europa oriental); de un cuarto de kilo a medio kilo de carne, pescado o quizá queso; una medida de cerveza o vino, y cantidades determinadas de sal, vinagre y aceite[47]. Los ministros gubernamentales eran muy conscientes de lo que necesitaban los estómagos de soldados activos. En Rusia y otras regiones de la Europa oriental, debido a la escasez demográfica, los ejércitos hacían lo posible, a menudo, por transportar en los convoyes las provisiones de boca para satisfacer las necesidades básicas en tiempos de guerra. En cambio, en la occidental, pese

a los empeños que se hacían en acarrear alimentos y aún grano y hornos portátiles para hacer pan, no era raro que se diese por supuesto que los soldados combatientes iban a ingeniárselas para hacerse con las vituallas necesarias allí por donde pasaran. Además, se suponía que las soldadas bastaban para costear las raciones diarias de alimento en caso de que no fuese el propio ejército quien las proporcionara, ya en parte, ya en su totalidad. ¿Qué era lo que ocurría en realidad?

En lo tocante al salario de los soldados no es difícil dar con hechos detallados. Los lansquenetes alemanes del siglo XVI recibían una suma básica de cuatro *Gulden* mensuales, y los españoles que combatían en el frente en la década de 1590, 45 maravedíes diarios. En 1699, en la Rusia de Pedro el Grande, se pagaba a la soldadesca entre cinco y once rublos por año, y en torno a 1700, un mosquetero francés obtenía cinco *sous* diarios en tiempos de paz. Venecia, por su parte, abonaba a los integrantes de su infantería unos tres ducados al mes durante el siglo XVI, si bien la suma quedaba en menos al recibirla los hombres en piezas de menor valor y no en aquella preciada moneda de oro[48].

Sin embargo, ninguna de estas cifras tiene significado para nosotros hasta que situamos al combatiente en el mundo que compartía con sus iguales en el ámbito social: los campesinos sin tierra, los artesanos pobres y los asalariados. Al situar sus ganancias en la escala del nivel de vida los historiadores han llegado a la conclusión de que, en comparación, el paisanaje humilde solía disfrutar de una prosperidad económica mayor. El hambre podía empujar a campesinos y artesanos a sentar plaza en el ejército, tal como ocurrió en Francia en 1694 y 1709, o en ciertas regiones de Alemania durante la guerra de los Treinta Años. Cuando la escasez era seria, podía haber al menos un 40 por 100 de la población dependiente de la caridad del prójimo o mendigando en las calles y en los caminos de los pueblos. En

Francia, el pan suponía la mitad del presupuesto de los necesitados[49]. Geoffrey Parker asegura que en los Países Bajos, quizá «la mitad de los ingresos de la familia pobre media se gastaba en pan» en una «dieta básica [consistente en] una escudilla de sopa con pan negro de centeno». Lo cierto es que, en total solía írseles en comer el 75 por 100 de sus ingresos anuales. Semejante proporción basta para dar una idea de la lucha por la supervivencia que se daba en el entorno social del que procedía la mayor parte de los soldados. No cabe extrañarse, pues, de que concediesen tanta importancia al alimento. De lo contrario, ¿para qué iban a alistarse voluntariamente?

La solución racional a esto fue el pago en especie, el salario básico de los ejércitos suecos destinados en Alemania durante la guerra de los Treinta Años, conforme a lo dispuesto sin embozo en 1632 por Gustavo Adolfo[50]. Al monarca no se le ocurrió otra solución mejor para la falta de dinero en efectivo a que se enfrentaba, aunque lo cierto es que existía una más tortuosa. La planteó en 1633 el canciller sueco Axel Oxenstierna, quien estimó que, si se pagaba mensualmente a los 78 000 soldados de la nación, tal como era su deber, el salario anual rondaría los 9,8 millones de táleros; pero si se les abonaba nada más que un mes y se retenía el resto, dando a cada soldado algo menos de medio kilo de pan diario y alguna suma modesta de dinero de cuando en cuando, el presupuesto anual destinado a pagas se reduciría a 5,4 millones de táleros[51]. Y eso fue lo que trató de poner en práctica. Sin embargo, en 1635, cuando aún no habían transcurrido dos años, y después de haber arrostrado ya un motín de no poca envergadura, Oxenstierna tuvo que hacer frente a un ejército en estado de indisciplina general y entablar negociaciones a la carrera con los oficiales[52].

A finales del siglo XVI y principios del XVII se decía de los ejércitos mercenarios de los Países Bajos que eran los mejor pagados de Europa, y sin embargo, «el sueldo equivalía a la mitad

del de un jornalero[53]». Además, los neerlandeses no dudaban en prescindir sin indemnización de una compañía recién reclutada si de pronto caían en la cuenta de que había dejado de ser necesaria, tal como ocurrió en 1658. Las minorías gobernantes de las Provincias Unidas no se mostraban precisamente generosas con sus ejércitos. De hecho, no hubo ningún Estado europeo que lo fuera, pues el de pagar a los combatientes era, con diferencia, el más caro de todos los gastos gubernamentales. De ahí que los mercenarios escoceses, ingleses y alemanes que servían en las filas neerlandesas se hallaran en ocasiones a un paso de la insurrección, y siempre protestando por los retrasos que sufrían los sueldos. Aun así, al componérselas para pagar con más regularidad que los príncipes, merced a la economía floreciente que conocieron en el siglo XVII, los de los Países Bajos lograron atraer mercenarios casi en todo momento. Hasta los oficiales de los gremios locales, sobre los que, pese al auge económico, pendía a menudo la amenaza del desempleo, llegaban a alistarse en un regimiento nacional por la sencilla razón de que «ofrecía la posibilidad de percibir ingresos continuados[54]». No obstante, igual que los malos tiempos podían propiciar esta situación, en los de bonanza aumentaban las probabilidades de deserciones masivas. El de adoptar la vida de un soldado se tenía por un recurso extremo.

Los historiadores militares señalan que, cuando surgía la ocasión, se permitía a los soldados de las guarniciones que trabajasen en sus ocupaciones respectivas, si las tenían, a fin de obtener algún que otro ingreso adicional. Sin embargo, circunstancias tan prometedoras solo se daban en tiempos de paz, y aún entonces, podía ser que el beneficiario tuviese que compartir estas ganancias extraordinarias con sus superiores militares. La guerra y el campo de batalla ofrecían pocas oportunidades de trabajo cotidiano.

La Paz de Cateau-Cambrésis, que puso fin a las guerras italianas en 1559, supuso el regreso de miles de soldados franceses, incluidos oficiales, a la vida civil. Muchos de ellos se verían arrastrados poco después a las guerras de religión de Francia (1562-1598), conflicto «más elevado» en el que no tardaría en esfumarse la voluntad de proveer a los soldados de un salario con que pudieran subsistir. Semanas después de comenzar la campaña, los príncipes católicos y protestantes hubieron de reconocer su incapacidad para mantener el pago de las sumas que debían. Sus ejércitos comenzaron a pasar hambre o a merodear en busca de despojos comestibles. La solución práctica —a la que se recurría de forma repetida, sobre todo del lado del gobierno— consistía en declarar una tregua y disolver los ejércitos. La corona y los hugonotes de la oposición comenzaban entonces a buscar modos de aumentar el dinero recaudado para proseguir el enfrentamiento armado.

Semejante proceder, sin embargo, no hacía sino dejar el terreno expedito para el horror. En octubre de 1562, el ejército real, desoyendo los ruegos de la reina madre, Catalina de Médicis, se dejó llevar por el resentimiento y la situación en que lo había dejado la falta de pago y saqueó Ruan, la segunda ciudad de Francia en tamaño, durante tres días. Hubo capitanes que huyeron, sin más, con la plata destinada a remunerar a los soldados[55].

Si volvemos la vista a las postrimerías del siglo xv, a la Italia renacentista y el mundo de los duques de la casa milanesa de Sforza, encontramos a uno de los ejércitos mercenarios mejor organizados de la península[56]. Sin embargo, sus soldados estaban tan mal pagados (en ocasiones recibían fardos de ropa por único estipendio) que se les permitía complementar sus ganancias con la rapiña y el contrabando. Los duques se quejaban de tal circunstancia, aunque también convenía a sus intereses fiscales hacer la vista gorda.

A principios del siglo XVI, al menos en teoría, los lansquenetes de Alemania parecían vivir con más desahogo material que muchos oficiales de gremio, artesanos subordinados a los maestros[57]. No faltaban reclutas voluntarios, si bien lo cierto es que los desembolsos que debían hacer nada más llegar para hacerse con los pertrechos necesarios los dejaban en situación de deuda. Los costes solían ser, más o menos, de un *Gulden* por una pica larga; tres por un casco; tres y medio por un arcabuz —tocando el siglo a su fin— y al menos doce por una armadura sencilla. Además, tenían que pagar sus alimentos, su ropa y su calzado con los cuatro *Gulden* de su mensualidad, cuyo valor se veía menoscabado por la extraordinaria inflación de aquel siglo. Con el tiempo, cuando entraban a formar parte de una compañía de lansquenetes, los jóvenes alemanes lo harían, con toda probabilidad, atraídos por los posibles despojos. Tenían la intención de vivir del botín.

La incapacidad de los Estados para pagar de forma continuada las soldadas de sus mercenarios no lo explicaba todo, ni mucho menos. Ya hemos visto que los empresarios militares solo podían ejercer su profesión en tiempos de guerra, y que sus regimientos estaban organizados para propiciar, como cualquier sociedad comercial, el mayor beneficio posible. En consecuencia, se configura ante nosotros otra línea argumental menor ligada a las compañías individuales y los capitanes que las consideraban propiedad suya.

Debido a la escasez de dinero en efectivo que acosaba a los gobiernos, quienes los dirigían daban por supuesto —o querían creer— que, cuando surgiese la necesidad, los capitanes dispondrían del capital suficiente para pagar los premios de enganche, prestar a los soldados cuanto precisaban para pertrecharse —y aún, en muchas ocasiones, para no ir descalzos— y financiar el alimento y el forraje cuando no llegasen los fondos prometidos. De los coroneles al mando de los regimientos, que bien podían

ser dueños de varias compañías, no se esperaba menos, pues de hecho, no era extraño que tuviesen títulos y tierras. Con todo, a la hora de cubrir las necesidades de sus hombres con dinero propio, tanto estos como los capitanes se trocaban en prestamistas que, como cabe esperar, aspiraban a cosechar intereses; pero también pretendían sacar provecho de su principal negocio: las compañías y los regimientos.

Nuestros empresarios militares, acosados siempre por la incertidumbre debida a los retrasos en los pagos gubernamentales, observaban este rompecabezas de operaciones desde todos los ángulos posibles en busca de beneficios[58]. Tal cosa se manifestaba sobre todo en los oficiales que pretendían obtener un puesto más elevado, un número mayor de sirvientes, mejores vestimentas, una mesa más generosa o un excedente capaz de cubrir las necesidades de las familias y las tierras que los aguardaban. Algunos, de hecho, habían contraído deudas durante la inversión inicial de capital al tener que pagar atavíos, víveres y monturas o incluso comprar una compañía de soldados. Cada moneda que caía en sus manos suscitaba la pregunta de si iba a poder conservarla. Lo mismo cabía decir de las sumas que desembolsaban en concepto de salario o alimento, armas, bestias de carga y otras necesidades. Había ocasiones en las que los capitanes se permitían hacer juegos de manos poco lícitos, y así, no faltan testimonios que hablen de soldados famélicos mandados por oficiales bien alimentados y vestidos de punta en blanco. En lo más intenso de las guerras de conciencia y religión de Francia, los adalides, tal como hemos visto, podían no mostrar reparo alguno en poner pies en polvorosa con el dinero con que habían de pagar a sus hombres. El acto de luchar por Dios no tenía por qué afianzar la honradez de sus participantes. Por ello no sorprende las deserciones en masa de reclutas que se daban, por ejemplo, en España cuando un grupo de soldados detectaba que su capitán buscaba el beneficio propio a sus expensas.

El fraude entre los oficiales del ejército saltaba a la vista sobre todo cuando había que reunir tropas ante el funcionario gubernamental encargado de supervisarlas[59]. En estos casos se otorgaba al comandante de la compañía una suma específica —la paga del soldado— por cada soldado de a pie o jinete cuya presencia en la revista pudiese confirmar el inspector. Todo apunta a que eran raros los lugares en que las filas no estuviesen salpicadas de impostores (*passe-volants*), a quienes se desembolsaba una suma mínima por ejercer de figurante. Los alemanes decían que no es piquero todo el que lleva pica. Los gobernantes sabían de esta estafa y no ignoraban que se había convertido en una plaga, pero les resultaba imposible ponerle fin, y los oficiales al mando de las tropas se preparaban para capear el temporal. Cuando era posible, como ocurría en campaña o tras una escaramuza o combate, presentaban nóminas de soldados en las que incluían también los muertos y los desertores, y si la compañía era de su propiedad, la tentación de hacer tal cosa resultaba muy difícil de eludir.

En este período florecieron también otras muchas formas de fraude, tal como es posible vislumbrar en una de las investigaciones más detalladas que llegaron a efectuarse en relación con la corrupción militar en los albores de la Edad Moderna en Europa: la que se emprendió respecto de la guarnición milanesa de principios de la década de 1580[60].

Milán tenía acuartelamientos para los soldados de la Italia española, aunque la guarnición de su gran fortaleza, el *castello*, apenas superaba los mil hombres, de los cuantos solo algo más de seiscientos eran militares. El favoritismo y los sobornos abundaban en aquella comunidad cerrada. Hacer turnos de guardia era de rigor, salvo para quienes gozaban de un trato especial. Las provisiones de boca eran más caras que en la ciudad —y de peor calidad— a pesar de hallarse exenta de impuestos de consumo; pero dado que las soldadas iban siempre con retra-

so, la mayoría de los soldados debía comprarlas a crédito y en el fortín. Por ello se encontraban endeudados a perpetuidad. Asimismo, se les deducía regularmente cierta porción de la paga para un hospital de la ciudad, aunque lo cierto es que la mayor parte de dicho dinero se la embolsaba el castellano. Aunque los primeros en llegar llevaban sus propias armas, se les obligó a comprar una más a un precio excesivo, a menudo después de haberla remozado para que pareciera nueva. Los soldados, además, se vieron obligados a comprar mensualmente ciertas cantidades de pólvora cuyo precio se había incrementado a fin de obtener beneficios, destinada a efectuar las salvas con las que recibir y honrar a las gentes de relieve.

Los malos de esta película eran el señor del castillo, don Sancho de Guevara Padilla, y el teniente Bartolomé Palomeque. Este había llegado a obligar al tabernero de la fortaleza a pedirle prestados doscientos escudos a un interés del 30 por 100, pagaderos en cuotas mensuales. Por desgracia para la justicia, al final de las pesquisas, que culminaron en 1586, se declaró al castellano no culpable de corrupción, y tanto fue el tiempo que hubo de transcurrir hasta completarse, al fin, el proceso judicial, que el teniente murió antes de sufrir pena alguna.

Si bien no puede decirse que las condiciones que se daban en la guarnición milanesa fuesen habituales, dadas la inflación galopante del siglo XVI y las oscilaciones de los precios del pan, la conducta de los responsables del castillo revela el cinismo y los abusos que podían hallarse en tiempos y lugares de escasez. Milán ni siquiera se encontraba directamente en zona de guerra, y sin embargo, los oficiales de toda Europa se veían arrastrados a detectar cualquier ocasión de sacar provecho del fraude, y las minorías gobernantes, manipuladas por las castas privilegiadas, no podían evitar que se presentara la tentación.

Así y todo, cabe decir algo en favor de los oficiales; poner de relieve un factor atenuante, sobre todo en tiempos de guerra,

cuando los fondos gubernamentales se consumían con rapidez: pese a la vistosidad de su atuendo, también ellos podían pasar hambre en el campo de batalla y aún caer en la pobreza por la incapacidad del Estado para cumplir los compromisos con ellos contraídos. Sobre todo en la Francia del siglo XVII se daban casos de capitanes y coroneles arruinados por las cantidades colosales de dinero que habían invertido en sus unidades, y empujados a estafar si, a su vez, querían salvarse en el ámbito de las finanzas. El cáncer de la corrupción, por lo tanto, tenía sus raíces, en gran medida, en los defectos del naciente Estado impositivo.

El patrón militar empezaba a abandonar la escena a finales del siglo XVII. Sin embargo, la búsqueda de beneficios privados procedentes de las finanzas de regimientos y compañías estaría presente en todo el XVIII. Los nobles prusianos más modestos hicieron sus carreras militares en calidad de oficiales y sus fortunas a partir de tan ansiados ingresos. Los hidalgos franceses compraron y vendieron compañías para obtener ganancias, y los coroneles españoles destinados en los Países Bajos convirtieron los puestos más cómodos y ventajosos de sus regimientos en sinecuras para clientes, parientes, criados, amigos y sirvientes de sus familias.

Capítulo 3
A SACO

Cuando hablamos del saco o saqueo de una ciudad empleamos una metáfora basada en la idea de meterla en un costal (*saccus*, en latín) y llevársela, y por extravagante que pueda resultar, lo cierto es que la imagen no se halla muy lejos de la realidad. En Brescia, en 1512; en Amberes, en 1576, y en Magdeburgo, en 1631, como veremos, los soldados salieron del escenario de su violencia con tanto botín encima como podían cargar o transportar sus caballos y sus carros.

Saquear una ciudad, sin embargo, no era solo despojarla de sus bienes y dejar atrás un rastro de destrucción, sino también matar a voluntad, violar a sus mujeres y azotar a los habitantes hasta hacer que revelasen el paradero de los objetos de valor que habían escondido: dinero, joyas, vajilla, sedas y muebles preciados. Otra fuente provechosa de pillaje —la más lucrativa, a menudo— eran los rescates que se exigían a cuantas personas fuera posible, y en particular a las que gozaban de caudal y buenas conexiones.

Si miramos a la Italia renacentista, daremos con que la península fue víctima de cuatro sacos extraordinarios. El de más infausta memoria fue el que arrasó la Roma papal en 1527, cuando los soldados, españoles y alemanes en su mayoría, se cobraron el dinero que se les debía con las riquezas de los cardenales, aristócratas, banqueros, embajadores y ciudadanos acomodados. Sin embargo, la primera plaza de consideración tomada por asalto en aquel siglo fue Brescia, ciudad lombarda si-

tuada ochenta kilómetros al este de Milán. La siguió Génova, en la costa ligur, en 1522, y la principesca Mantua correría una suerte similar en 1630, en un asalto que supuso la dispersión de los restos de una de las colecciones de arte más célebres de Europa, creada a lo largo de más de dos siglos por la familia gobernante de los Gonzaga.

Sin embargo, los hubo de menor envergadura —no para las víctimas, claro está— en lugares como Ravena y Prato, en 1512; Lodi, en 1516; Como, en 1521, y Pavía, en 1528[1]. La luminosidad de las ciudades de Italia sedujo a los principales monarcas de Europa, que convirtieron la península en el «teatro de operaciones» de las reivindicaciones territoriales de los reyes franceses de la casa de Valois, los príncipes de la Habsburgo de España y los del Sacro Imperio Romano Germánico.

Brescia (1512)[2]

Los elementos que propiciaron la pesadilla de Brescia se remontan al mes de enero de 1512, fecha de la conspiración puesta en marcha por los nobles de la ciudad contra el gobernador de la Francia ocupante con la intención de devolver el gobierno de la ciudad a la República de Venecia. Los próceres locales, quienes nunca habían dejado de tener peso en la vida pública, estaban a punto de sumergirse, a ellos mismos y a su municipio, en el horror.

Aquella ciudad añosa que hundía sus raíces en la antigua Roma sabía desde hacía mucho cómo prosperar, y las treinta y cinco mil almas que la poblaban —Londres tenía a la sazón unos sesenta mil habitantes— la convertían en uno de los centros urbanos más grandes de Europa, dotado de industria textil, siderúrgica y metalúrgica[3]. La habían gobernado los duques milaneses de Visconti hasta que se la arrebataron los venecianos en la década de 1420. La relación con esta ciudad marinera resultó ventajosa en lo comercial, y aunque hubo un sector de la noble-

za que aceptó el cambio de régimen, el otro, compuesto por prohombres contrarios a la dominación veneciana, hicieron frente común con los franceses[4].

En el tiempo que nos ocupa, Brescia había pasado a manos de Francia solo tres años antes, durante la primavera de 1509, cuando la extraordinaria alianza de potencias europeas reunida contra Venecia desmanteló brevemente el Imperio continental de esta. Los ejércitos franceses se hicieron con Brescia, Bérgamo y Cremona para restituirlas a continuación al gobierno títere del ducado de Milán, sometido por entonces al rey de Francia.

Los galos supieron de la conspiración de 1512 la víspera del asalto que planeaban contra ellos los conjurados. Enseguida desplegaron sus fuerzas para arrestar, interrogar y decapitar a veintenas de ellos entre el 21 y el 22 de enero, amén de aprovechar la ocasión para confiscar sus propiedades. El cabecilla, el conde Luigi Avogadro, veterano de guerra, logró huir de la ciudad y corrió a encontrarse con sus cómplices venecianos y sus propios mercenarios, que se hallaban ya camino de Brescia. El plan había consistido en abrir una de las puertas de la ciudad en plena noche y así dejar entrar a los soldados de Venecia y al resto de mercenarios furtivamente en la ciudad a fin de tomar por sorpresa a la guarnición que la defendía.

Sabedores de que los franceses habían reducido a nueve centenares de hombres el contingente que los representaba en Brescia, Avogadro y el adalid veneciano, Andrea Gritti, decidieron seguir con lo planeado pese a haber perdido la ventaja que les brindaba un ataque por sorpresa. Por el camino se les unieron varios miles de gentes del campo. Cuando recibió noticia del avance, el oficial francés que gobernaba la ciudad reunió a la nobleza local y rogó a sus integrantes que colaborasen en la defensa de la ciudad. Todo apunta a que recibió poco más que la callada por respuesta. A la vista de este resultado, las familias francófilas le instaron a pertrecharlas con armas; pero él se negó

tras llegar a la conclusión de que ni siquiera de ellas podía fiarse.

El 2 de febrero, al toque de tambores y trompetas, efectuaron el primer ataque a Brescia los mercenarios de Avogadro y los voluntarios que se les habían agregado, y un tanto después, las tropas venecianas. Los campesinos escalaron los muros de la ciudad después de dos horas de feroz combate, y los conspiradores irrumpieron en Brescia mientras los franceses se retiraban a la fortaleza que dominaba la ciudad. Los de Avogadro asaltaron y saquearon las casas de los mercaderes milaneses y de los francófilos Gambareschi, aláteres nobles de los condes de Gambara, con lo que sumaron al asedio la condición de guerra civil. Los cañones de Gritti, sin embargo, carecían de la potencia suficiente para acallar a la artillería de la fortaleza, con la que los franceses estaban sembrando el terror en la ciudad.

En Bolonia, entre tanto, el joven Gaston de Foix, comandante supremo de las fuerzas francesas, enterado de la catástrofe, puso en marcha a su ejército para llegar cuanto antes a Brescia. Espoleado por el humillante golpe recibido en medio de una guerra con el ejército español en Italia y resentido por la campaña italiana de propaganda contra el «bárbaro francés», no estaba de humor para mostrarse clemente. El 16 de febrero había llegado ya a los muros de Brescia, devastado las afueras y matado a unos ochocientos de cuantos combatían del lado de los venecianos. Aguardó dos días antes de enviar a la ciudad a un heraldo para exigir la rendición y comunicar su intención de respetar la vida y la propiedad de los rendidos. Los de Brescia rechazaron la invitación ante el convencimiento de que Ramón de Cardona se hallaba de camino al frente de un ejército español con la intención de entablar batalla con las fuerzas de Francia. Un error fatal, siendo así que, conforme a las costumbres que gobernaban en aquel tiempo la actividad bélica, si una ciudad no

aceptaba las condiciones de capitulación y era tomada al asalto a continuación, quedaba sujeta en el acto al pillaje del agresor.

La noche del 18 al 19 de febrero, subieron lentamente a la fortaleza por una escalera de emergencia más de seis mil mercenarios franceses, suizos y alemanes, formados en una columna de dos en fondo. Al alba había quinientos jinetes franceses apostados fuera de la puerta de San Nazzaro. Todas las entradas se hallaban ya rodeadas, y los soldados tenían permiso para saquear y matar a todo aquel que no perteneciese a una familia de gibelinos, partidarios de Francia. Para hacerlo aún más macabro, el asalto coincidió con la semana de carnaval.

Cuatro horas después, los combatientes franceses comenzaron a descender a la ciudad desde el castillo enarbolando «el pendón de la muerte[5]». La intensidad de los fuegos de arcabuz no fue óbice alguno para que siguieran avanzando. Algunos se abrieron paso hasta la puerta de Torlonga, que abrieron para dejar paso a un nuevo aluvión de mercenarios franceses. El olor de la derrota hizo que cundiera el pánico entre la caballería ligera de los venecianos, formada por ballesteros dálmatas que se dirigieron a la de San Nazzaro y la forzaron. Algunos lograron escapar, aunque los caballeros franceses que aguardaban frente a ella, y que irrumpieron entonces en la ciudad, mataron a muchos de ellos a su paso. Avogadro y los suyos siguieron luchando con denuedo, aunque no pudieron evitar que los aplastaran, en tanto que Gritti y sus hombres se vieron rodeados por tres costados. La batalla no duró mucho. Se hicieron prisioneros, de los cuales se eligió a los «caballeros» y oficiales del lado veneciano, incluido el acaudalado Andrea Gritti, para pedir por ellos rescate; pero a Avogadro y los otros «traidores» de Brescia no tenían intención de salvarles el pellejo por dinero: los decapitaron, a ellos y a dos de los hijos de Avogadro, antes de despedazar en cuartos cada uno de los cadáveres y exponer los restos en las puertas de la ciudad y la plaza de la gobernación de la ciu-

dad; lo bastante cerca del suelo, sin embargo, para que pudieran alcanzarlos y desgarrarlos los perros. La advertencia ante futuros actos de deslealtad no podía ser más explícita.

Mientras tanto, la ciudad se había deshecho en gritos y llantos ante las arremetidas de soldados extranjeros mal pagados que se expresaban en un batiburrillo de lenguas diferentes y habían visto ya su número muy menguado por las bajas[6]. Al verse ante una población rica y rebelde con autorización para matar, no dudaron en caer sobre el paisanaje. El saco duró tres días, de jueves a domingo, y los testigos de vista dieron cuenta de escenas escalofriantes de torturas, violaciones, carnicerías y robos con violencia. Cierto ciudadano boloñés por nombre Cesare Anselmi, que luchó en las filas de De Foix, elaboró una de las descripciones más completas de aquellos hechos, si bien de cuando en cuando se dejó llevar por la exageración y la imaginación:

> Mi alma parece querer abandonarme cuando pienso en ello. Ni en conventos ni en otros lugares sagrados se estaba a salvo… Se veían soldados armados repartirse monedas y joyas sin haber tenido aún tiempo de despojarse de los cascos… En tres días infligieron toda clase de tormentos a los malhadados habitantes de uno y otro sexo para obligarlos a revelar el lugar en que tenían escondidos sus dineros y objetos de valor. Con las mujeres se empleó todo género de violencia deshonrosa, y no había rincón de la ciudad en el que no se oyeran, de noche y de día, los gritos más pavorosos de los desgraciados… o de las mujeres que se resistían a quienes trataban de violarlas. Muchas de ellas preferían arrojarse por una ventana buscando la muerte antes que satisfacer con su cuerpo la lujuria brutal de quienes habían matado a sus padres, sus esposos, sus hijos y sus hermanos, y que seguían desvalijando, incendiando y arruinando sus casas. Muchas se mataban con cuchillos, y otras, fingiendo haber aceptado gustosas su suerte, acababan con la vida de quienes las profanaban, en muchos casos en el lecho mismo, sin dárseles un adarme de que después fuesen a morir de forma cruel a manos de otros…
>
> Las había también que, tras hallar muerto a un ser querido, se pasaban horas llorando, abriéndose las carnes o rezando ante el cadáver. Y causaba espanto contemplar a muchos de aquellos soldados abyectos que, al reparar en una mujer hermosa que lloraba desconsolada una pérdida así, llegarse a la doliente y, alzándole las faldas, tratar de deshonrarla en ese mismo instante y sobre aquel cuerpo sin vida[7].

Tras hacer hincapié en que muchas de las agredidas estaban muertas, desfiguradas o tenían desgarradas las vestiduras, concluía: «Te aseguro [estaba escribiendo a un amigo] que hallándome en aquella ciudad, pese a contar con la apreciación de los franceses por ser de Bolonia y haberlos acompañado para ser testigo, informarme y escribir de aquella operación… sufrió mi alma tamaña angustia que lamenté en lo más hondo no solo haber acudido a aquel lugar, sino también haber nacido». A su decir, estuvo un tiempo ansiando la muerte, pues en cada casa a la que entraba, «de día o de noche, no hallaba otra cosa que caballeros y ciudadanos desesperados a los que habían arrancado las vestiduras y atado las extremidades, golpeado los genitales, quemado los pies sobre las brasas, metido astillas entre los dientes o introducido un palo o un cuchillo en la boca, entre la lengua y el paladar, hasta que, incapaces de hablar y haciéndose entender por signos, se mostraban dispuestos a revelar el lugar en que escondían sus cosas de valor».

Al tomar Brescia por las armas el 2 de febrero, los hombres de Avogadro habían despojado de vestimenta y pertenencias a los soldados franceses muertos y heridos, y tal cosa no había ayudado a que los de De Foix tomasen simpatía a las gentes de la ciudad. En todas las naciones europeas era costumbre que los habitantes de una plaza ocultasen sus posesiones más preciadas en iglesias y conventos ante la amenaza de actos de pillaje, con la esperanza de que allí estarían seguras. Sin embargo, los soldados conocían bien este ardid. El noble Innocenzo Casari, prior del convento de San Juan Bautista, nos dice que los franceses mataron a más de cien personas, tanto religiosos como seglares, en la catedral, incluidos tres penitentes y un sacerdote delante mismo del altar principal[8]. Los soldados también cargaron contra algunas de las iglesias parroquiales, cuyos suelos mancharon de sangre con los azotes y otros medios de tormento, resueltos a echar mano a las joyas, el dinero y otros bienes de va-

lor de menor importancia que habían salvaguardado allí los fieles. Al rector de la iglesia de Santa Ágata le propinaron patadas brutales hasta que desveló el codiciado secreto que guardaba, y entonces «lo robaron todo». El propio Casari se vio obligado a pedir prestadas cien monedas de oro para sobornar a un oficial francés que parecía ir a ahogarse por la rabia cuando le espetó sus exigencias a voz en cuello. Sin embargo, en contra de lo que había esperado, la suma no fue garantía alguna de protección para el edificio, pues no bien hubo marchado aquel, irrumpió un grupo de soldados alemanes y comenzó a destrozar armarios y cofres para hacerse con cuanto había de valor y podían acarrear. Hasta intentaron someter a rescate a algunos de los monjes. Acabaron por alojarse regaladamente en el monasterio durante una semana. Allí estuvieron «a cuerpo de rey», y no dudaron en llevar prostitutas y otras mujeres, incluidas «mozas respetables» a las que «forzaron con brutalidad para satisfacer sus ignominiosos apetitos».

«Al banco [benéfico] del Monte de Piedad —sigue diciendo Casari— le robaron más de cien mil monedas de oro». A los religiosos de cada monasterio los golpearon y les hicieron pagar un rescate por el edificio en que vivían, y a algunos los castigaron con la muerte. «A unos cuantos sacerdotes los quemaron vivos; al noble Cristoforo Guaineri le amputaron los brazos y lo hicieron morir sobre carbones encendidos, y a un mercader rico por nombre Antonio [del Sacro Fonte] lo desollaron estando aún con vida. A dos de mis hermanos, Ottobono y Girolamo, y a Angelo, hijo de aquel, los colgaron de pies y manos, y habrían muerto de no haber mediado el pago de 90 piezas de oro».

> La ciudad, rica en gentes y dotada de capital y de comodidades de todo género, particularidades en que ninguna otra en Italia podía comparársele, quedó reducida de la noche a la mañana a algo miserable y abyecto que movía a compasión. Los patricios y grandes que se veían antes en calles y plazas, engalanados con atuendos fastuosos y acompañados de todo un séquito de siervos y acólitos, al verse despojados de cuanto tenían, dejaron de aparecer en público por vergüenza y ahora se ocultan en sus hogares y viven encerrados en sus

palacetes vacíos y ruinosos… Las calles, en otro tiempo concurridas, convertidas en viva imagen de la prosperidad de la ciudad, están huérfanas de almas vivientes.

En los días que siguieron al saco, «la ciudad y sus aledaños quedaron convertidas en cementerios. Por todas partes yacían hediondos cadáveres insepultos». El testimonio de Casari recibe la confirmación del de un soldado veneciano: «No había modo alguno de caminar por las calles sin pisar muertos». Un tercer testigo habla de la transformación: «Sacaron a los muertos de Brescia en carro como si fueran excrementos[9]».

El número de víctimas mortales que se dan en guerras y catástrofes siguen suscitando, aún en nuestros días, no poco debate. En este caso, las distintas estimaciones oscilan entre los seis mil y los dieciséis mil muertos (imposible contar lisiados y mutilados); pero esta última cantidad, ofrecida por Sanudo en su célebre diario, pretende incluir también las bajas del lado francés. Con todo, si tenemos que optar por una suma concreta, quizá la de ocho mil almas, una cuarta parte de la población de la ciudad, sea la más acertada.

También lo saqueado es objeto de numerosas conjeturas. Cuando el ejército francés avanzó hacia Brescia desde Bolonia, sus oficiales tenían pocos motivos para pensar en el pillaje, y de cualquier modo, la acción fue tan precipitada que tampoco hubo tiempo de reunir carros o carretas para el transporte del botín. Los soldados darían con ellos, y con las bestias de carga necesarias, en Brescia y sus inmediaciones; y al parecer, saldrían de la ciudad con unos cuatro mil vehículos cargados de despojos[10]. Todo apunta a que la mayor parte de estos se puso a la venta en las ciudades que encontraron de camino en la siguiente marcha. Tal como hemos visto, se despojaron de sus tesoros ocultos iglesias, monasterios y hogares. Los rescates produjeron una cantidad ingente de dinero en metálico: los oficiales, a los que correspondía la parte más sustanciosa del saqueo, habían

tomado a todos los varones de más de ocho años para poner precio a la cabeza de todos los que, a su entender, debían de tener algún valor monetario. A las víctimas se las escogía por sus ropajes, y sobre todo, por las casas en que vivían.

Una semana después del saco, los adalides franceses completaron sus actos con más sangre al ejecutar a otro grupo de conspiradores de Brescia y volver a cuartear sus restos para exhibirlos en puntos destacados de la ciudad hasta que «los perros dieron cuenta de la mayor parte[11]».

No es difícil percibir cierto tufo literario en las aseveraciones de Cesare Anselmi relativas al heroísmo y el martirio voluntario de las mujeres de Brescia frente a la amenaza de violencia sexual. No es que el suicidio o la ejecución astuta de los violadores fuesen imposibles dadas las circunstancias; pero lo cierto es que una acción así resultaba insólita en extremo, y de hecho, quien esto escribe no conoce ninguna otra fuente que, describiendo acontecimientos similares ocurridos en Italia o en otras partes de Europa, proporcione ejemplos de semejante resistencia suicida. Por lo tanto, es recomendable no tomar al pie de la letra muchos de los testimonios que nos presenta Anselmi.

Sin embargo, existe un relato lleno de patetismo que bien puede ajustarse a los hechos de 1512 que nos ocupan. Niccolò Tartaglia, matemático que se cuenta entre los más brillantes del siglo XVI y, por irónico que resulte, experto en ingeniería militar, tenía doce años y se hallaba en Brescia cuando se produjo el impetuoso asalto, y como muchos de sus conciudadanos, corrió con su madre y su hermana a buscar resguardo en la catedral. «Habían desvalijado nuestra casa, pese a que no había mucho que llevarse[12]». Él era menudísimo para su edad, y no se sabe qué pudo hacer para provocar el cruel incidente que narra, y que debió de producirse a raíz de irrumpir los soldados en el templo. ¿Fue sin más un acto de resistencia física u oral? Nada

nos dice al respecto su descripción, que se centra en la violencia desplegada:

> En presencia de mi madre, me asestaron cinco heridas gravísimas: tres en la cabeza, de tal guisa que por las tres me asomaron los sesos, y dos en el rostro, de tamaña consideración que más parecería un monstruo si no me las cubriese ahora la barba. Uno [de los golpes] me atravesó la boca y los dientes, y me quebró en dos el paladar y la quijada. De resultas de esta herida, quedé incapaz no ya de hablar si no era desde lo hondo de la garganta y como una urraca, sino de comer, siendo así que me era imposible mover mínimamente la boca o la mandíbula, quebrantadas en todas sus partes. Hubieron de alimentarme con líquidos solamente, y con gran trabajo. Con todo, lo más lacerante era no disponer de dineros con que comprar los ungüentos necesarios, por no decir ya con que pagar a un médico: mi madre tuvo que atenderme y tratarme con sus manos, y sin más bálsamo que el expediente de mantener mis heridas siempre limpias, para lo cual remedó el ejemplo de los perros, quienes se lavan las llagas lamiéndolas con la lengua. Con tales cuidado y prudencia, sanaron todas tras unos meses.

Niccolò pasó un tiempo tartamudeando cuando trataba de hablar, y de ahí le vino el remoquete de *Tartaja* que le asignaron las criaturas de su vecindario, y que él adoptaría más tarde como apellido, pues su padre, el humilde Micheletto (es decir, Miguelito), había carecido de nombre de familia alguno.

La brillantez de Niccolò Tartaglia tiene mucho de maravilloso si tenemos en cuenta que en toda su vida solo asistió a clases durante catorce días, con un tutor que le enseñó a leer. Y sin embargo, fue el primero en traducir al italiano los *Elementos* de Euclides.

Amberes (1576)[13]

Entre la década de 1560 y la de 1570, el norte de Europa experimentó una nueva oleada de fervor religioso. Los calvinistas, protestantes revolucionarios, habían entrado en su período más combativo, y después de llevar a Francia al borde de una guerra civil por asuntos de fe, se estaban introduciendo en Alemania y los Países Bajos con la intención de acabar con el «papismo» y con la «puta de Babilonia», la vieja Iglesia. El rey de España Felipe II, que había heredado de su padre, Carlos V, emperador de

los Habsburgo, los Países Bajos, aseguró que prefería perder su reino un buen número de veces a mandar sobre «herejes», y semejante voto se traduciría en sufrimiento para millones de personas.

Algunas de las glorias de la España de los albores de la Edad Moderna (los triunfos conquistadores, el vigor político, la ambición, la formación de un Imperio mundial…) iban a recibir la primera paletada de tierra sepulcral en los Países Bajos. El camposanto en que ocurriría tal cosa iba a ser la guerra de los Ochenta Años (1567-1648), entablada, por un lado, para mantener la sumisión de los pueblos rebeldes a los reyes de España, y por el otro, para seguir exentos de la dominación extranjera. En los momentos críticos, la parte del oro y la plata de las Indias que correspondía a la corona no iba a ser suficiente para pagar los ejércitos movilizados para hacer frente a la «desobediencia» de valones, flamencos y neerlandeses. En realidad, cuando se traducía en soldadas, dicho tesoro fabuloso se reducía a sumas irrisorias.

Por más que los historiadores la interpreten a menudo desde el punto de vista político, la prolongada tragedia de la guerra de los Ochenta Años recibió también el impulso de un motor social poderoso: la religión. En sus primeros años, se entendió como un enfrentamiento total entre evangélicos calvinistas y católicos llegados —tanto oficiales como clases de tropa— de la frontera religiosa de la península Ibérica. Los españoles, que habían desterrado a los judíos y derrotado a los musulmanes, pueblos que rechazaban el uso de imágenes en el culto religioso, toparon de manos a boca en los Países Bajos con el furor iconoclasta que estalló el día 10 de agosto de 1566 y comenzó a correr como la pólvora[14].

Aunque era normal que las agresiones a las imágenes religiosas estuviesen precedidas por sermones calvinistas pronunciados en los campos aledaños a las ciudades, a los que a menudo asis-

tían varones armados de picas y espadas, el movimiento más furioso comenzó en municipios modestos del oeste de Flandes y avanzó hacia el este; a continuación, hacia el norte hasta llegar a Amberes, y se transmitió a las ciudades vecinas hasta alcanzar Ámsterdam, La Haya y otros centros urbanos cuando tocaba a su fin el mes de agosto. Cientos de iglesias y capillas sufrieron sus ataques y saqueos, y quedaron marcadas por los estragos de bandas de entre treinta y cuarenta iconoclastas que actuaban como punta de lanza. Eran minoritarias, pero estaban muy organizadas y acaudilladas con pericia. En muchos casos, los trabajadores que integraban sus filas recibían dinero por emplear porras, hachas, cuchillos y martillos para destruir o llenar de pintadas estatuas, altares, cuadros, fuentes bautismales, libros de todo género, vestiduras y otros objetos. Aunque las leyes consideraban delitos capitales desde 1523 las herejías que empezaban a cobrar fuerza en aquel momento, nadie se atrevía a invocarlas contra el fervor iconoclasta. Las autoridades locales se echaban a temblar, daban un paso atrás o quedaban paralizadas por las divisiones. Si bien es cierto que durante los cuarenta años anteriores se había ajusticiado a unos mil trescientos «herejes», no lo es menos que se trataba en su mayoría de anabaptistas a los que se consideraba con desdén alborotadores de «baja estofa». Los calvinistas, sin embargo, eran harina de otro costal. Eran muchos los que procedían de las clases respetables; pero desde el punto de vista legal, la guerra que habían declarado a las imágenes constituía un acto manifiesto de alteración del orden público y de rebelión en que se fundían, además, la política y la religión. Estos dos ámbitos habrían de ser indivisibles a lo largo de tres generaciones.

Los iconoclastas tomaron como inspiración los sucesos ocurridos en la nación vecina de Francia, en la que había estallado en 1562 una guerra civil entre hugonotes y católicos, y en la que, a la vuelta de un año aproximadamente, se habían hecho

con el dominio político temporal de más de una veintena de ciudades los reformistas evangélicos. De hecho, en la década de 1560 se habían dado varias ocasiones en las que se habría dicho que los hugonotes iban a barrer toda Francia en una victoria general para la causa calvinista. Estaban encantados de que hubiese ejércitos dispuestos a abrazarla.

Cuando el duque de Alba llegó a Bruselas en agosto de 1567 con la investidura de gobernador español de los Países Bajos, tenía planes de imponer a dicho pueblo la obediencia política y religiosa. Para hacer valer sus designios lo acompañaban diez mil soldados españoles e italianos, y no bien alcanzó su destino, comenzó a reclutar millares de mercenarios alemanes y neerlandeses. En los quince meses siguientes, sus huestes derrotaron a cuatro ejércitos diferentes y al incipiente Estado disidente del príncipe Guillermo de Orange, el Taciturno, protestante moderado que en aquel momento se adhirió a una postura mucho más intransigente. El Tribunal de los Tumultos, nombrado por el duque, ordenaría más de mil ejecuciones y otras sanciones por rebelión y traición. Las más inquietantes en un mundo regido por las relaciones corteses fueron la pena capital a que se condenó a 16 nobles y la decapitación de dos condes católicos: el de Egmont y el de Horn, cuyas cabezas se expusieron en el cadalso clavadas en sendas picas. La revuelta había ido más allá de las convicciones religiosas para quedar dominada por una actitud política.

Aquel «grande versado en latín, francés e italiano, y que hablaba también algo de alemán», conforme a la descripción del historiador Jonathan I. Israel, perdió su puesto en 1573 por causa de las intrigas palaciegas de Madrid[15]. En los Países Bajos dejó por legado un verdadero tumulto de rabia contra sus tasas, sus ejecuciones, sus brutales soldados y la carnicería inmisericorde de paisanos que había ordenado en las ciudades rebeldes de Naarden, Zutphen y Malinas.

Bruselas era la capital de los Países Bajos españoles, pero Amberes, puerto floreciente poblado por unos noventa mil habitantes, era la mayor ciudad neerlandesa y el núcleo del comercio de la región, ya que en ella se efectuaba el 75 por 100 de las transacciones.

Los sangrientos hechos que iban a producirse allí se desencadenaron por la muerte del gobernador general, don Luis de Requesens, en marzo de 1576. El rey Felipe II se había declarado en bancarrota el año anterior, y tal circunstancia había supuesto la desintegración de la mayor parte del ejército de Flandes ante la falta de pago. Las unidades se hallaban a un paso del amotinamiento, dispuestas a atacar a los ciudadanos, y la inquietud era cada vez mayor. El Consejo de Estado de Bruselas asumió poderes plenos y se propuso actuar en nombre del rey hasta la llegada de Madrid del siguiente gobernador general.

El citado órgano bruselense, que contaba con Jerónimo de Roda como único integrante español, entró en conflicto con el ejército. A finales del mes de julio de 1576 acabó por sublevarse un contingente de soldados españoles que llevaba varios años sin recibir su salario, y tras marchar a Brabante, saqueó Alost (Aalst), ciudad pequeña situada a no mucha distancia de Bruselas. El consejo los declaró fugitivos en rebeldía contra el rey, y decretó que quien topara con ellos tenía permiso para matarlos. Asimismo alentó a los Estados Generales de los Países Bajos (con sede en Brabante) a movilizar a sus soldados para proteger la provincia de los furiosos amotinados. Sin embargo, los oficiales españoles de otras guarniciones, ante la marcada escasez de personal y temiendo ataques armados de los Estados Generales, se negaron a dar la espalda a los sediciosos. La división entre el consejo y el ejército se trocó en verdadero cisma.

Transcurridas varias semanas, las acciones del consejo comenzaron a chocar por moderadas y dóciles a los celosos partidarios del príncipe de Orange, y tal circunstancia se tradujo el 4

de septiembre en un ataque repentino de los soldados de los Estados Generales, quienes arrestaron a los integrantes del consejo e hicieron un llamamiento a todos los Estados de los Países Bajos para que convocasen una reunión[16]. Su objetivo más ambicioso consistía en hacer caso omiso de diferencias religiosas y librar a los Países Bajos de toda fuerza armada española. Los regimientos de valones (belgas francófonos) desertaron del ejército para ponerse a las órdenes de los Estados Generales, y se hizo cuanto se pudo por persuadir a los mercenarios alemanes a abandonar las filas reales ofreciéndoles un anticipo de su soldada.

El único consejero español, Jerónimo de Roda, escapó al arresto de los soldados del 4 de septiembre tras ser alertado por el saqueo de su casa y la muerte de uno de sus sirvientes. Huyó a Amberes para refugiarse en la ciudadela de reciente construcción, que se hallaba guarnecida por dos centenares de soldados españoles. Las relaciones entre el gobernador de la ciudadela, Sancho Dávila, y el de Amberes, Federico (Frederik) Perrenot, señor de Champaigney, también católico y militar, estaban dominadas por el odio y el resentimiento. La crisis financiera española había dejado al ejército de Flandes al borde del desmoronamiento al reducir, en tres años, de 54 500 a unos ocho mil el número de sus soldados. Y en el momento que nos ocupa, a finales de septiembre, los que quedaban estaban recibiendo el trato de «traidores» al rey de España por un Consejo de Estado faccioso. En octubre entraron en el río Escalda las naves de las fuerzas protestantes del príncipe de Orange, y se apostaron ante Amberes para permanecer allí un buen número de días y disparar algún que otro cañón contra la ciudadela.

A esas alturas, los soldados españoles no representaban sino una cuarta parte del ejército de Flandes: el resto estaba conformado por alemanes y valones en su mayoría, y por mercenarios italianos, ingleses, franceses y aún albaneses[17]. Cuando, a fina-

les de octubre, llegaron a Amberes los alemanes que, no habiendo visto satisfecho aún el pago de su salario, habían sido convocados a la ciudad, iban gritando: «¡Dinero! ¡Dinero!»[18]. Su comandante, el conde Otto Eberstein, vacilaba entre Sancho Dávila y Champaigney. En el último instante optó por aliarse con el segundo, quien, en consecuencia, incumpliendo un acuerdo previo, permitió que las tropas de los Estados Generales entrasen en Amberes al alba del 3 de noviembre[19]. Algunos de los oficiales y soldados rasos de Eberstein se sintieron traicionados por semejante acción y se dirigieron a la ciudadela para unirse a los españoles.

En el plazo de aquel sábado de noviembre, envueltos en una niebla espesa y bajo los fuegos, no muy intensos, de la artillería de la ciudadela, unos once mil amberinos cavaron trincheras y erigieron terraplenes defensivos ante la embocadura de las tres calles que llevaban a la fortaleza, amén de colocar en disposición de combate las bocas de fuego y apuntarlas a aquella. Los parapetos temporales se habían alzado hasta alcanzar la altura de una pica: entre cuatro y cinco metros, aproximadamente. De Roda y Sancho Dávila, entre tanto, habían entablado contactos con los soldados de Lira (Lier), Mastrique (Maastricht) y Breda, y algunos de ellos se hallaban ya en la ciudadela o de camino a ella. Entonces se hizo un llamamiento a los amotinados de Alost, valones en su mayoría, quienes se presentaron en Amberes a las nueve de la mañana del domingo, 4 de noviembre, después de seis o siete horas de marchas forzadas. La funesta falta de previsión de que dieron muestras los hombres de Champaigney permitió a los soldados del ejército de Flandes entrar sin ser notados en la ciudadela por una puerta alta situada en el lado oriental de la ciudad.

Cuando analizamos estos acontecimientos desde el presente, resulta difícil que nuestra mentalidad democrática no simpatice con las gentes de Amberes. Sus gobernantes habían puesto el

dogal al cuello de todas ellas al promover prácticamente un saqueo, y la única salida consistía en hacer frente y derrotar al contingente, minúsculo pero profesional por demás, que guarnecía la ciudadela. Las fuerzas de Champaigney contaban con ocho mil o diez mil soldados, mil de ellos montados. Muchos eran veteranos del ejército de Flandes, y contaban además con la ayuda de una milicia local de catorce mil hombres. Por su parte, los soldados de que disponía Sancho Dávila en la fortaleza debían de ser unos cinco mil, de los cuales pertenecía a la caballería una quinta parte. A los doscientos que conformaban la guarnición se habían sumado más de cuatro mil mercenarios alemanes, españoles, valones, italianos, ingleses y de otras naciones.

Una vez reunido el número de hombres que deseaban comandar, los adalides de la ciudadela atacaron casi de inmediato. Los amotinados de Alost, que habían defendido con vehemencia este primer asalto, salieron de la fortaleza antes del mediodía enarbolando su insignia «blasfema» —al decir del historiador protestante decimonónico M. P. Génard—, en la que se representaban la Virgen y el Niño por una cara y un Cristo crucificado por la otra[20]. Al llegar a las trincheras, en donde fue muerto su capitán, se vieron obligados a reducir su paso por un momento. Sin embargo, tal como señaló George Gascoigne, testigo inglés de los acontecimientos: «es cosa de maravilla considerar cómo lograron invadir, atravesar y ganar trincheras de semejante altura aquellos infantes y jinetes[21]». Llegado ese momento ya estaba pisando los talones a los amotinados de Alost la unidad alemana que conformaba la siguiente oleada salida de la ciudadela[22].

Un regimiento alemán que luchaba del lado de Champaigney arrojó sus armas al suelo, en tanto que otros se limitaron a cambiar de bando para unirse a sus antiguos camaradas. De los milicianos no se veía rastro alguno, aunque muchos de ellos de-

bían de encontrarse entre los arcabuceros y mosqueteros que disparaban desde las ventanas del ayuntamiento. Algunos de los valones y de los alemanes de Eberstein que habían elegido defender a los amberinos combatieron con ferocidad entre quince y veinte minutos antes de que los arrollaran.

Muchos de los mercenarios de Champaigney debieron de considerar imparable por su velocidad y su espíritu la arremetida de los de la ciudadela. Sin embargo, lo cierto es que los atenazaba en igual medida el desorden y la falta de planificación, causados en parte por el hecho de que algunos de ellos hubiesen pasado la noche bebiendo y recreándose. Habían llegado incluso a robar a los ciudadanos y a abusar de ellos, hasta obligar a Champaigney a interponerse entre víctimas y acosadores, espada en mano y poniendo en riesgo su integridad física, y ordenar su regreso a las trincheras. Todo apunta a que el conde Eberstein, gran aficionado a la bebida, también se hallaba ebrio aquella mañana fatal.

Las violentas batallas, incluidas las cargas de la caballería, se dieron en torno al gran ayuntamiento, la Bolsa, sita en la plaza principal del mercado, y en diversas calles de la ciudad. Los intensos fuegos de quienes disparaban desde las ventanas de aquel llevaron a los adalides españoles a ordenar que se incendiase el edificio. Este recibió daños de consideración, y el fuego se extendió a las casas distinguidas colindantes. En poco más de dos horas se completó la derrota del ejército de Champaigney, quien escapó junto con otros en dirección al Escalda a fin de embarcar en una de las naves del príncipe de Orange que aguardaban en sus aguas. A Eberstein, en cambio, el peso de la armadura lo llevó a ahogarse mientras trataba de subir a bordo.

A partir de este punto, las distintas fuentes —que ya se muestran parcas en la descripción de los enfrentamientos armados— ofrecen testimonios contradictorios respecto de las atrocidades de los días que siguieron. Pese a ser Amberes ciudad ca-

tólica, se hallaba en estado de rebelión, y en consecuencia no se tuvo compasión alguna con sacerdotes ni edificios religiosos. De Roda mandó poner fin al pillaje transcurridos un día o dos, y volvió a dar la orden el día 8 de noviembre, esta vez con más contundencia, aunque demasiado tarde ya: la violencia de aquella turba humana alcanzó su punto más alto durante los tres primeros días. Aunque no falta quien considere que la conducta de los mercenarios ingleses, antiguos soldados del ejército del duque de Alba, fue la más salvaje de todas, sería insensato tratar de distribuir grados de culpa entre los diversos grupos de combatientes[23]. A los amberinos los obligaron a golpes a revelar el lugar en que habían escondido sus pertenencias más preciadas. Mujeres y muchachas fueron víctimas de agresiones sexuales, algunas tras ser arrastradas a la ciudadela. Se pidió rescate no solo por las personas, sino también por bienes inmuebles. Aun así, no acabamos de dar con indicadores manifiestos de la escala de la violencia desplegada, y los diversos testimonios varían en grado notable en cuanto al número de muertos (de 7500 a 18 000) o las casas destruidas por el fuego (de 600 a 1400[24]).

Si bien es fácil dar por sentado que el valor del botín obtenido debió de ser colosal, conviene abordar las estimaciones del «expolio» de Amberes con cierto grado de escepticismo. Aquel centro mercantil, el más importante de los Países Bajos, dotado de una colonia nutrida de banqueros y mercaderes extranjeros, se contaba entre las cuatro o cinco urbes más ricas de Europa. Todo parece indicar que los capitanes españoles y alemanes eligieron y explotaron partes distintas de la ciudad para someterlas a su pillaje desenfrenado. George Gascoigne atestigua que tres días después del saco no quedaba en Amberes «dinero ni tesoro algunos si no era en manos de asesinos y rameras, pues no había Don Diego que no recorriese las calles acompañado de su fulana, ni buscona que no fuera cargada de cadenas y ajorcas de oro[25]». Cierto testimonio asevera que los soldados se hicieron

con dos millones de florines en monedas de oro y plata, y con una cantidad mayor aún en objetos de uno y otro metal y en mobiliario[26]. Cabe imaginar que el total pudo equivaler a más de dos años de los ingresos anuales que percibía la corona española de las riquezas de las Indias a finales de la década de 1570. Cierto informe oficial redactado por el *Magistraat* y perdido en la actualidad tomaba como referencia una serie de notas que situaban el valor total del pillaje en cinco millones de florines. Parece ser que no hubo casa que no se librara del expolio. Solo el botín obtenido de la residencia de Champaigney equivalía, según algunos, a unas sesenta mil coronas.

Para muchos de los saqueadores, lo obtenido fue poco más que una ilusión, dada la ubicuidad del juego entre los mercenarios y la despreocupación que imperaba en sus filas, sobre todo ante semejante aluvión monetario. Lo más seguro es que los primeros días pasase de mano en mano una cantidad ingente de dinero y objetos de valor.

En realidad, tal circunstancia era norma en toda Europa: tras el saco de una ciudad se vendían por mucho menos de su valor bienes de toda clase, dado que los soldados que lo efectuaban deseaban hacerse, sobre todo, con dinero sonante o con alhajas y otros objetos valiosos fáciles de vender. Por eso tales tesoros atraían de inmediato a los mercaderes y prestamistas de los alrededores, y también a los del municipio, pues sabían que la mayor parte de los despojos, aún de los que procedían de sus propios hogares, iría a parar a los mercados de centros urbanos próximos y distantes. Y aunque los extranjeros que vivían en Amberes, y entre los que había comerciantes de España y Portugal, no se libraron del pillaje, también ellos sacaron tajada junto con los florentinos, los genoveses y otros. Parece ser que desde Amberes se distribuyeron tapices de gran valor a través de cierto negociante español. Apenas comenzó a superarse la conmoción provocada por los primeros días de violencia —y el 7 de no-

viembre ya habían empezado a registrarse bautizos por toda la ciudad—, surgió toda una multitud dispuesta a recobrar sus pérdidas vendiendo los frutos del saco[27]. El clima moral en que se encontraba sumida la población se había alterado de forma espectacular de la noche a la mañana.

Si los comerciantes ricos y los prestamistas traficaban con los despojos, los pobres —jornaleros, criadas, artesanos…— tampoco se sustrajeron a la tentación, en muchos casos ayudando a hacer públicos los bienes de conocidos del vecindario. Marie de Soeto, sirviente flamenca de una familia española, se situó al frente de un grupo de soldados durante el pillaje sistemático de determinadas casas, y bien podría ser que cooperase incluso en las torturas a que se sometió a algunos a fin de obtener información acerca del paradero de los tesoros ocultos[28]. Vicios aparte, su deslealtad y su crueldad poseen cierto tufo de venganza o ajuste de cuentas en un mundo de subordinados, azotes, obediencia y servidumbre en el que se abría todo un abismo entre pobres y ricos.

El hambre de los soldados se traducía en cólera, que por lo común descargaban sobre los paisanos inocentes. La ciudadela de Amberes estaba bien provista de víveres, y por lo tanto los combatientes no sufrían dicha necesidad; pero lo cierto es que no habían recibido su paga, y querían botín. Dado que habían puesto en peligro sus vidas, deseaban que se les abonara lo que se les debía con el interés más alto posible, que tenían intención de cobrarse en forma de despojos. Tenían licencia para saquear y estaban dispuestos a matar, pero esto último no se contaba entre sus prioridades, al menos si las víctimas se mostraban inclinadas a revelar sus escondites. Y los amberinos sabían que sus agresores, encabezados por los insurrectos de Alost, pertenecían a las filas de un ejército al que no habían remunerado.

Los investigadores modernos han concluido que la llamada «furia española» desplegada en Amberes produjo unas dos mil

quinientas muertes, si bien Léon Voet y Jonathan I. Israel hablan de varios centenares. El primero, tras estudiar diversos mapas históricos de la ciudad, señala que «probablemente [fueran] poco más de cien» las viviendas destruidas por el fuego[29].

Champaigney y el Consejo de Estado de Bruselas cometieron varios errores políticos y logísticos alarmantes. Además, la flota protestante del príncipe de Orange, conformada por un centenar de naves que acechaban desde el Escalda, sirvió para aumentar la inquietud y la rabia de los de la ciudadela en los días previos al saco, sin hacer, en cambio, nada por ayudar a la ciudad, como si los caudillos protestantes desearan dar un escarmiento a aquella urbe católica.

Magdeburgo (1631)[30]

Corría la primavera de 1631. El Sacro Imperio Romano Germánico, corazón geográfico de Europa, se había visto arrastrado al sangriento torbellino religioso y político de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), cuyo telón de fondo conviene recordar brevemente.

El conflicto estalló con el enfrentamiento entre Fernando II, emperador de la casa de los Habsburgo, católico acérrimo que reclamaba para sí el reino de Bohemia (la República Checa de nuestros días), y uno de los príncipes más destacados del Imperio: el elector palatino Federico V, calvinista tenaz que había tratado de hacerse con dicha corona cuando se la ofreció la nobleza de la nación. Las diferencias religiosas entre el emperador y el elector se revelaron nefastas para el Imperio. Los aliados de Federico conocieron la derrota en la batalla de la Montaña Blanca (1620), una verdadera catástrofe para los hidalgos bohemios. La siguió una asombrosa transferencia territorial por la que la mitad aproximada de todos los bienes raíces de Bohemia pasaron, en concepto de botín de guerra, a manos de los cortesanos de los Habsburgo y los altos oficiales de su ejército.

Sin embargo, la necesidad de pagar y alimentar a los soldados no tardó en convertirse en el asunto más angustioso de todos. Hans de Witte, principal banquero de aquel conflicto y prestamista de Wallenstein, el egregio militar del Imperio, acabaría por caer en la bancarrota y suicidarse, y el mismísimo general moriría a manos de sus compañeros con el beneplácito del emperador. El don que poseía a la hora de mantener unidos a los combatientes sirviéndose de recursos financieros inexorables lo había convertido de cualquier manera en un personaje peligroso.

El Edicto de Restitución del emperador Fernando, documento de infausta memoria publicado en marzo de 1629, pendería como un mal presagio sobre la Alemania septentrional. Se centraba en la célebre Paz de Augsburgo (1555), y exigía la devolución a la Iglesia católica de todas las propiedades y derechos que le habían arrebatado —de forma ilegítima, según aseveraba — los príncipes y las ciudades protestantes desde 1552. El escrito amenazaba en particular a los grandes príncipes-obispos del norte.

A principios de la primavera de 1631, la ciudad luterana de Magdeburgo, sede episcopal de relevancia en otro tiempo, fue presa del fuego. Pese a los recientes estragos de la peste, la Dama (*Magd*, en alemán) seguía siendo un centro mercantil de relieve de veinticinco mil habitantes y no disimulaba su orgullo por haber resistido a dos sitios anteriores: el primero puesto por el elector Moritz de Sajonia, allá por 1550-1551, y el segundo, por Wallenstein en 1629. Cuando el León del Norte, el protestante Gustavo Adolfo, rey de Suecia, entró en guerra en julio de 1630, Magdeburgo fue la primera ciudad imperial libre que se puso de su lado, con lo que transgredió la ley que prohibía a todos los príncipes y ciudades libres del Imperio formar alianzas contra el emperador. Gustavo se hallaba atravesando Brandeburgo a la cabeza de un ejército con la intención de avanzar en

dirección suroeste hasta Sajonia, y los generales Tilly y Pappenheim, al frente de las huestes imperiales y de la Liga Católica, caían sobre Magdeburgo en abril y mayo de 1631, y la asediaban con más de veinticinco mil soldados de infantería y caballería. El rey de Suecia ya tenía un gobernador militar en la ciudad: Dietrich von Falkenberg, noble de Hesse dotado de una voluntad de hierro, que había entrado allí durante el otoño de 1630. Uno de los muchos rumores que corrían sobre él aseguraba que había jurado preferir verla reducida a cenizas a entregada a los católicos.

En 1629, en el momento en que se produjo el ataque de Wallenstein, las divisiones políticas que imperaban en Magdeburgo habían llevado a los de la clase alta a hacer un llamamiento a la lealtad para con el emperador, y aunque cierto colectivo de moderados se avino en grado considerable con tal propuesta, cierto grupo militante de luteranos radicales exigía romper con el soberano católico[31]. En un primer momento, todo hacía pensar que estos últimos habían encontrado no poco apoyo entre el pueblo llano. Llegada la primavera de 1631, con el Edicto de Restitución aún fresco y Gustavo Adolfo no muy lejos, la lealtad hacia Fernando había perdido su impulso, o sus simpatizantes habían optado por guardar silencio. Además, el consejo rector reestructurado de la ciudad, dominado a la sazón por Falkenberg, logró resistir hasta el final los ruegos de Tilly tocantes a la capitulación.

Al alba del 20 de mayo, cuando las tropas de Pappenheim, hartas de buen vino, tomaban al asalto el paño noreste de las colosales murallas de Magdeburgo, encaramándose a ellas con cuatrocientas escaleras de mano, el gobierno municipal, por increíble que resulte, seguía debatiendo la conveniencia de entrar en conversaciones con el general imperial Tilly[32]. Jürgen Ackermann, uno de los oficiales de Pappenheim, describió el ataque en estos términos: «Tal era el estruendo que formaban

los mosquetes, los morteros incendiarios y el gran cañón que nadie podía ver ni oír nada. Nos seguía un buen número de unidades de apoyo, tantas que se llenó de ellas el terraplén, oscurecido de soldados y escalas de asalto… [D]espués de caídos varios cientos de hombres, irrumpimos por sobre las defensas e hicimos huir a los que quedaban[33]».

Ante la presencia intimidatoria de Dietrich von Falkenberg, las autoridades municipales habían descartado toda idea de rendición; pero de pronto, aquella mañana fatal, hubieron de despertar a la cruda realidad. Habían tocado a rebato desde la aguja de San Juan, y cuando el burgomaestre, Otto von Guericke, se presentó en el ayuntamiento gritando que los croatas se hallaban ya en la ciudad, recorriendo la Fischergasse y saqueando, la reacción del concejo fue de sorpresa. Solo entonces salió Falkenberg de la reunión y echó a correr hacia su caballo para hacerse cargo de la defensa.

Algo se había torcido de forma calamitosa, y no por obra de traidores ni de espías. En las horas que antecedieron al amanecer, la guardia nocturna no había reparado en los preparativos que hicieron los sitiadores antes de lanzar su impetuoso ataque, a despecho de la presencia protectora de oficiales suecos intramuros de la ciudad, y de dos mil quinientos soldados y una milicia local de cinco mil varones. Los ingenieros imperiales habían drenado parcialmente el gigantesco foso de la ciudad, y habían mandado al ejército a obligar a los campesinos de los aledaños a rellenar algunos tramos con materiales sólidos con la intención de facilitar el avance hasta las murallas y la colocación de escalas de asalto. Aun así, muchos de los infantes imperiales entrarían a la plaza empapados de las aguas del foso.

El sitio había comenzado a principios de abril con el bloqueo gradual del río Elba y la interrupción de la llegada de provisiones a la ciudad. Para ello habían sido necesarias sangrientas escaramuzas y la muerte —también en el lado imperial— de

cientos de mercenarios. En las primeras semanas de mayo, para agravar la animosidad que habían causado ya las pérdidas sufridas por unos y otros, los soldados católicos y los evangélicos dieron en lanzarse insultos cargados de odio y resentimiento por encima de parapetos y murallas: unos insultaban a la Virgen María, en tanto que los otros prometían violar y gozar a las esposas y las hijas de los asediados en el momento de la invasión[34]. Esta clase de dicterios era común en las ciudades cercadas. Desde los muros que los protegían, los de la milicia civil habían usado también armas de fuego y arrojadizas para mutilar y matar a sus atacantes.

Las afueras, entre tanto, habían sufrido bombardeos. De noche y de día, durante dos o tres días de mayo, la propia plaza se vio hostigada por treinta cañones grandes y seis morteros que vomitaron unos mil ochocientos proyectiles diarios e infligieron daños de consideración a casas, iglesias y torres. Los defensores, por su parte, apenas pudieron emplear su artillería, dada la aguda escasez de pólvora[35].

Cuando los mercenarios del Imperio —un batiburrillo multilingüe de combatientes hambrientos e iracundos que no habían recibido las soldadas que se les debían— irrumpieron en Magdeburgo, llevaban permiso para matar y saquear por haber rechazado repetidas veces el concejo de la ciudad el llamamiento de Tilly a la rendición confiando en el auxilio de Gustavo Adolfo. Y de esto, así como de la carnicería que siguió a estos hechos, cabe responsabilizar en gran medida a Falkenberg, el gobernador militar de la ciudad, ya que, aún sospechando y temiendo que no iba a estar en la mano del rey sueco acudir al rescate de Magdeburgo, había colmado al pueblo y a los concejales de promesas sobre su llegada inminente, quizá con la esperanza de que las fuerzas imperiales acabarían por desesperar y alzar el sitio. Al coro de evangélicos y predicadores fanáticos de la ciudad no le había sido difícil, pues, granjearse su apoyo al

sostener que valía mucho más resistir y morir como héroes que resignarse a vivir bajo el «yugo papista». Mientras, intramuros no habían dejado de extenderse rumores y asertos, basados muchos en supuestos augurios y portentos referentes a la historia de Magdeburgo y la suerte que aguardaba a la ciudad[36]. Algunos prometían la salvación, en tanto que otros apuntaban a la posibilidad de una hecatombe, y no escaseaban las referencias a Troya, Babilonia, Tebas, Jerusalén y otros casos presuntamente paralelos de la Antigüedad.

Herido de muerte durante la primera hora de combates callejeros, Falkenberg trató con denuedo de ocultarlo a fin de evitar que cundiera el pánico entre los suyos. No tardó en morir[37]. Llegados a la ciudad, los soldados de Pappenheim avanzaron hasta la puerta de Kröcken y la abrieron para dar paso a la caballería imperial, que entró seguida de más compañías de infantería. Los defensores contraatacaron con un ímpetu pasmoso desde las ventanas de los edificios y en las calles, lo que costó la vida a cientos de los atacantes. Parece ser que fue entonces cuando bien los hombres de Pappenheim, bien quienes luchaban del lado protestante prendieron fuego a varios edificios, quizá con la esperanza de distraer al contrario. Sea como fuere, la maniobra no tuvo efecto alguno en los acalorados enfrentamientos que se estaban dando en las calles: apenas hubo que esperar dos horas para que la hueste de Pappenheim triunfara frente a quienes defendían la plaza, tal como anunció la unidad de caballería imperial que recorrió la Lackenmacherstrasse al son de tambores y trompetas.

Otto von Guericke, testigo de todo ello, describió en estos términos el proceder de los soldados a la hora de hacerse con el botín: «Si irrumpía en una casa una banda de saqueadores y el cabeza de familia estaba en posición de darles algo, esto servía para salvaguardarlos, a él y a los suyos, de daño alguno, aunque solo hasta que se presentaba otro soldado con las mismas exi-

gencias. Las desgracias llegaban de veras cuando se habían entregado todos los objetos [de valor] de la vivienda y no quedaba ninguno para dar. Los soldados no dudaban entonces en asaltar y aterrorizar [a sus víctimas], a disparar contra ellas, colgarlas o abrirles las carnes a tajos» por haber escondido, a su decir, sus bienes preciados. En consecuencia, en el lapso de un par de horas «fueron muertos de modos diversos hombres, mujeres y niños… Es imposible hallar palabras que hagan justicia a lo que allí ocurrió[38]».

Se sucedían los actos de pillaje y homicidio cuando llegó a la ciudad un viento intermitente que propagó el incendio —que nadie se había preocupado de extinguir— por la agregación de edificios apiñados. Doce horas después, la mayor parte de Magdeburgo se hallaba reducida a cenizas aún calientes. La catedral, un monasterio, las casas situadas en las inmediaciones del Mercado Nuevo y una serie de construcciones dispersas sobrevivieron de un modo u otro; pero de mil novecientos edificios solo se salvaron unos dos centenares. El ayuntamiento y todas las iglesias del casco antiguo quedaron arrasados por las llamas: la de San Juan, la de San Ulrico («la más hermosa de todas… ornada por pinturas espléndidas»), la de Santa Catalina, la de Santiago, la de San Pedro y otros tres templos parroquiales[39].

Aunque los historiadores, llevados por el fervor de los prejuicios religiosos, han atribuido la culpa del incendio a asaltantes o defensores según su credo, el sentido común parece indicarnos que los ejércitos que saquean una ciudad no buscan destruir los frutos de sus conquistas: pretenden hacerse con los despojos y, por lo tanto, hacen lo posible por amparar los bienes que tanto codician. En el caso de Magdeburgo —y en aquel tiempo se habló mucho de ello—, el fuego debió de ser, más bien, obra de los residentes de la plaza vencida, resueltos a distraer al enemigo e, impulsados por el fanatismo, impedir que la ciudad y sus riquezas cayeran en manos de los odiados imperialistas católicos.

Entre los evangélicos los hubo, de hecho, que lo consideraron una suerte de martirio heroico. En todo caso, si, como se dijo también, fue Pappenheim quien mandó quemar un puñado de casas, tenía que estar pensando, sin lugar a dudas, en una operación limitada[40].

Poco importaron las llamas a los «vencedores», quienes siguieron recorriendo las calles en busca de botín. Algunos de ellos, de hecho, se dejaron llevar por la codicia de tal modo que acabaron sus días atrapados en sótanos al derrumbarse los edificios incendiados sobre ellos y los tesoros que habían acaparado[41]. Además de dinero y bienes, los soldados tomaron mujeres para hacerlas sus concubinas. La muerte por inanición ya había hecho estragos entre los pobres: la ciudad llevaba semanas sin recibir alimentos, y el precio de los comestibles más básicos que quedaban intramuros se hallaba fuera del alcance de los más necesitados. Los vencedores, por lo tanto, no pretendieron obtener rescate por estos; pero sí los pusieron a su servicio para que identificasen a los acaudalados o los ayudaran a reunir los despojos obtenidos y sacarlos de la ciudad[42]. No obstante, sí convirtieron en rehén a todo aquel por quien alguien podía estar dispuesto a pagar cierta cantidad, incluidos los concejales y los oficiales suecos que habían sobrevivido a la batalla. Los piqueros partieron por la mitad sus lanzas de cuatro o cinco metros para poder buscar despojos con más facilidad, y los adalides de aquella hueste multilingüe no se mostraron menos ávidos de botín que los soldados de a pie. Algunos de ellos ayudaron a familias enteras a salir intactas de Magdeburgo, aunque tras estipular un precio, sin embargo también se dieron casos en los que tanto los oficiales como los mercenarios «de humilde cuna» mostraron compasión y asistieron a los vencidos.

Dentro y fuera de las murallas murieron unas veinte mil personas, incluidos los sitiadores caídos, el 20 de mayo y los días siguientes. «El Elba estuvo dos semanas enteras obstruido por

los cadáveres de las víctimas[43]». Si fueron muchos los que perecieron en la batalla o a manos de los saqueadores, mucho mayor debió de ser el número de los que perdieron la vida por el humo y el fuego. Todo apunta a que la población de la ciudad cayó, casi de la noche al día, a unos cinco mil habitantes. Pese a que una parte considerable de los muertos estaba constituida por soldados y otros forasteros, como aldeanos de pueblos vecinos que habían acudido en multitud a Magdeburgo cuando el ejército imperial comenzó a cercar la urbe, quizá la catástrofe fuese aún más devastadora de lo que hace pensar la extrapolación de quien esto escribe. Cierto censo de 1632 halló solo 449 residentes intramuros, «y una porción considerable de la ciudad siguió en ruinas hasta 1720[44]». En las obras de reconstrucción efectuadas los meses siguientes al saco, mientras los supervivientes y otros cavaban entre los cimientos de las casas para acceder a los sótanos destruidos por las llamas, dieron con restos humanos que en ocasiones pertenecían a familias enteras que debieron de congregarse en su interior con la intención de morir juntas o huir de la violencia de los mercenarios que buscaban despojos.

Días después del trágico asalto se emplearon horcas para ensartar y reunir las porciones de los cadáveres desmembrados por la furia de los soldados o por los edificios derrumbados. Los numerosos cuerpos dispersos se montaron en carros para llevarlos al río y lanzarlos a su corriente purificadora; pero el Elba —si vale la personificación— no siempre era el mejor de los cómplices, ya que algunos de los cuerpos, al parecer, quedaron flotando en posturas espantosas con la cabeza o alguna extremidad fuera del agua[45].

Recapitulación

Si nos hemos centrado en Brescia, Amberes y Magdeburgo ha sido por los motivos siguientes: la tragedia ocurrida en la

primera casi nunca ocupa como debería las páginas de los historiadores, pese a la riqueza de los testimonios que poseemos al respecto, por haber quedado eclipsada por el Saco de Roma (1527). En consecuencia, parecía justo subrayar la ciudad en el mapa de las guerras europeas. Amberes y Magdeburgo se vieron sometidas a la depredación más destructiva que conoció la Europa de comienzos de la Edad Moderna, y sin embargo, los historiadores militares tampoco acostumbran a dedicarles más de una serie de descripciones breves que raras veces van más allá de un párrafo.

Al contemplar desde el presente el saco de estas tres urbes es fácil percibir que las víctimas que sobrevivieron a los asaltos bien pueden verse inclinadas a exagerar las crueldades perpetradas por los atacantes desbocados, en particular cuando había divisiones religiosas y lingüísticas de por medio. Cabe, pues, tomar con recelo el número de víctimas que se presenta en declaraciones como, por ejemplo, la que habla de diez mil muertos cuando los datos demográficos no permiten pensar en más de tres mil. Mucho más difícil de sopesar resultan, en cambio, los testimonios de empalamientos o quema de niños. Semejantes actos criminales no eran habituales, aunque abundan las fuentes que aseveran que en ocasiones se metía fuego a fortalezas rurales y a las casas de los pueblos cuando se sabía que con ellas arderían familias enteras, incluidos los menores. Aun así, no debemos perder de vista que la cultura popular de aquellos tiempos aprobaba las ejecuciones públicas de naturaleza sangrienta; la tortura como procedimiento judicial ordinario, y la exhibición de pinturas que representaban los cuerpos desgajados de los mártires. Semejantes ostentación y aceptación podían empujar a las gentes a actos extremos de violencia.

La profusión de lenguas diferentes que se daba en los ejércitos propiciaba malentendidos trágicos, y la reacción confusa de las víctimas que se encontraban ante un idioma extranjero po-

día llegar a provocar más violencia aún por parte del hablante. Con todo, el ejército multilingüe fue un rasgo habitual de los enfrentamientos bélicos ocurridos en Europa hasta finales del siglo XVIII.

Al observar los casos de Brescia, Amberes y Magdeburgo, advertimos una pauta de soldados iracundos, autoridades políticas propensas a dar traspiés, violencia sin freno y yerros garrafales por parte de los gobernadores de las ciudades atacadas. La falta de pago que sufrían los combatientes ponían de relieve lo despiadado —e innecesario muchas veces— de las medidas de los dirigentes políticos: los reyes de España y Francia, el emperador Fernando II, el rey Gustavo Adolfo y los ministros que los rodeaban. Al depender del empleo de fuerzas militares multitudinarias, no tardaron en tener que enfrentarse, a la hora de decidir mover guerra contra otro ejército, al hecho de que sus recursos escaseaban demasiado y estaban demasiado mal gestionados y sometidos a malversación para retribuir a los mercenarios. En consecuencia, eran más que cómplices en la práctica universal de vivir a costa del paisanaje que imponía entre los soldados la falta de dinero efectivo.

Las batallas que se libraron en las tres ciudades ponen también de relieve el error que suponía depender de milicias civiles y otros soldados voluntarios, que poco podían hacer frente a combatientes profesionales en un enfrentamiento armado. El fanatismo religioso (en el caso de Magdeburgo), las divisiones políticas internas (en el de Brescia) y la planificación desmañada ayudaron a arrojar a las tres ciudades al infierno suicida que hemos conocido en el presente capítulo.

Capítulo 4
ARMAS Y PRÍNCIPES

Armas nuevas

Conforme al derecho romano, un Estado soberano es el que no reconoce superior alguno en lo que al gobierno de sus asuntos concierne. Y lo cierto es que a principios del siglo XVI no existía en propiedad nada así en Europa, y que habría de transcurrir otra centuria para que los derroteros de la política europea propiciasen tal cosa[1]. Aunque acompañado de complejidades y peros, llegaría con la segunda parte del siguiente, dotado además de una significación aún mayor.

La potestad para hacer la guerra a gran escala fue la fuerza que impulsó de forma decisiva la conformación del Estado moderno; pero dependía a su vez del poder de cobrar impuestos y la capacidad crediticia, o lo que es igual, de la posesión de los elementos necesarios para pagar los combates[2]. También podemos invertir el orden de los factores y decir que el poder de elevar los gravámenes o crear obligaciones fiscales nuevas exigía un cuerpo cada vez mayor de funcionarios, aún cuando se emplearan en calidad de contratistas. De este modo, el Estado estaba adquiriendo un peso mayor dentro y fuera de la nación, así como un carácter belicoso más acentuado. No cabe, pues, sorprenderse de que en Inglaterra, cuando tocaba a su fin el siglo XVII, el dominio de que gozaba el Parlamento sobre la administración de las arcas lo convirtiese en el poder decisivo del Estado en muchos sentidos[3].

Conviene tener presente lo expuesto al estudiar las nuevas armas del mundo renacentista, un aspecto de dicho período que cumple analizar sin lugar a dudas, habida cuenta de las consecuencias siniestras que tendrían para la población civil[4].

El uso de la pólvora en los campos de batalla europeos data del siglo XIV, momento en que aparecieron en escena dos armas nuevas: el cañón de artillería y las armas de fuego portátiles. Sin embargo, la historia de sus primeros pasos va ligada sobre todo al primero, y en particular a su uso en el asedio de los codiciados centros de riqueza y acción: las ciudades. Estas estaban circundadas, de manera inevitable, por grandes murallas y torres defensivas, a menos que las resguardaran, como en el caso de Venecia o el de Amberes, las aguas. En los sitios se habían empleado tradicionalmente contra ellas las catapultas gigantes, que tenían su máximo representante en el fundíbulo. Este ingenio podía lanzar piedras de hasta media tonelada, aunque su carga habitual rondaba los cien kilos, y salvar distancias de unos doscientos metros con pesos de treinta kilos. Su empleo fue común hasta principios del siglo XV, cuando la irresistible difusión de la artillería explosiva hizo que esta le fuese ganando terreno hasta hacerlo desaparecer en gran medida cuando tocaba a su fin la centuria.

La fabricación de la pólvora —mezcla de carbón, salitre y azufre— mejoró a finales del siglo XIV, y el perfeccionamiento posterior hizo que los costes de producción cayesen un 80 por 100 durante el siglo XV —si bien nunca lo bastante para contentar a los reyes y las ciudades libres ni a sus sistemas tributarios —. La artillería de fuego había alzado el vuelo, y sobre los centros urbanos de Europa comenzó a planear una clase distinta de terror a medida que empezaba a oírse con mayor frecuencia el estruendo penetrante de la nueva arma, audible a varios kilómetros.

En los albores del siglo XV, el mastodóntico fundíbulo de cinco plantas topó con la competencia de la bombarda, conformada por grandes piezas de hierro forjado con forma de duela ceñidas por aros del mismo material. Podían superar las cinco toneladas de peso, y disparaban bolaños, piedras a las que se había dado forma esférica. Sin embargo, hacía falta pericia para que no estallaran y matasen a los artilleros. Medio siglo después comenzaron a verse sustituidos por cañones más seguros que se cargaban por la boca y se hacían de bronce fundido. También se introdujo una forma nueva de proyectil: la bala de hierro, creada por los franceses en la década de 1440. Era más densa que el bolaño, aunque más ligera, y tenía un alcance y un impacto destructivo mayores. No obstante, los empeños de los gobernantes en reducir gastos hicieron que las bolas de piedra siguieran empleándose en fechas tan tardías como la década de 1580.

Después de 1450, la fabricación de piezas de artillería comenzó a centrarse de forma más selectiva en la cuestión de tamaños y calibres; en la búsqueda de cañones de campaña más ligeros y de formas más pesadas para las baterías de asedio. Asimismo, los expertos comenzaron a diseñarlos con vistas a que pudieran asentarse en cureñas de mayor movilidad. Se pretendía, claro está, poder transportar los trenes de artillería con más rapidez. Resulta significativo de la cultura de aquel período el que los más ligeros adoptasen denominaciones como las de *sacre, falcón* o *falconete*, procedentes de una de las actividades más características de la nobleza: la cetrería. Su peso oscilaba entre doscientos kilos y una tonelada, y las balas de hierro eran de entre una y seis libras (entre medio kilo y tres kilos, aproximadamente). El príncipe de los pesados, el cañón real o doble, cuya carga útil era de cien libras (45 kilos) por disparo, podía llegar a pesar nueve toneladas. La culebrina, otra pieza de artillería pesada, contaba con variantes más ligeras y se empleó con

profusión en el campo de batalla. Poseía un calibre moderado y un alcance considerable, y recibía el nombre de su cañón, más largo y grueso.

El terreno, las condiciones meteorológicas, las provisiones, las consideraciones tácticas y otras circunstancias determinaban las variaciones que se daban en el uso de la artillería en combate. Y los generales que servían en campaña solían tener opiniones encontradas sobre el momento y la manera en que cumplía emplear las diferentes piezas. Pese a los esfuerzos que se hicieron a fin de normalizar los calibres por mor de la eficacia, resulta notable que no se obtuvieran grandes resultados al respecto. En las batallas de la guerra de los Treinta Años se empleó toda clase de armamento. William Guthrie, una de las principales autoridades en lo tocante a dichas contiendas, describe la artillería utilizada como «una maraña imposible de desenredar por más que se investigue», ya que «todas las armas estaban fabricadas a mano en esencia y variaban en mayor o menor grado». En efecto, era muy probable que cada cañón fuese diferente del resto, «una obra de arte única[5]». Europa aún tenía que entrar en la era fabril.

El advenimiento de la artillería pesada añadió más carros y bestias de carga —bueyes y caballos— a las columnas serpenteantes de los ejércitos. Así y todo, las nuevas armas y los adelantos tecnológicos que las acompañaban, incluida la fundición de cañones de bronce, no tardaron en adaptarse en todas partes, y llegado el año 1500 habían llegado incluso a las estepas rusas. Sin embargo, dado que los soldados de a pie y los jinetes marchaban a la par que los trenes de artillería, el paso de los ejércitos se hizo muchísimo más lento, en particular sobre terrenos barrosos o escarpados; y esta circunstancia se traducía en desastre o en penuria repentina para el paisanaje inocente al aumentar las probabilidades de que los soldados hiciesen presa en las gentes de las tierras por las que avanzaban.

Si la artillería condicionó la historia inicial de la pólvora, lo cierto es que las armas de fuego portátiles —con el arcabuz a la cabeza— no tardaron en aparecer. Una vez comprendido que una carga explosiva podía lanzar un proyectil mortal a través de un tubo, los expertos metalúrgicos dieron pronto con la forma de hacer cañones de mano. En torno a 1430, los husitas de Bohemia, considerados herejes, estaban empleando ya cilindros huecos cargados con pólvora en sus victoriosos combates contra los ejércitos alemanes[6]. En 1453, en la batalla de Castillon (cerca de Burdeos), la última de la guerra de los Cien Años, el maestro artillero Jean Bureau empleó, al parecer, tres centenares de ellos para ayudar a exterminar a una hueste inglesa de diez mil hombres.

En 1496 apareció en las filas de la infantería española durante la batalla de Atella, y años más tarde, en la de Ceriñola, un nuevo arcabuz: el de llave de mecha[7]. Su funcionamiento se basaba en la unión de una carga explosiva y un sistema de ignición compuesto por una cazoleta, un mecanismo disparador y una cuerda de combustión lenta (la mecha) impregnada en salitre. Para hacerlo funcionar, había que bajar esta última hasta la cazoleta.

Aunque todas las armas de fuego portátiles primitivas eran difíciles de manejar, pesadas y muy poco precisas a distancia, resultaban mortales disparadas de cerca, o de lejos si acertaban de lleno en el blanco. A los adalides de campo, en consecuencia, les parecían lo bastante eficaces para emplearlas en la batalla, y los ejércitos comenzaron a emplearlas en número cada vez mayor.

Todo apunta a que el primer arcabuz de avancarga salió de los talleres de los metalúrgicos alemanes algo después de 1450. Medía entre noventa centímetros y un metro, y estaba montado sobre una culata nada ligera que elevaba su peso a unos cinco kilogramos. Descargaba balas de hierro o plomo de unos dos-

cientos gramos con un alcance efectivo de en torno a cien o doscientos metros.

En tanto que esta arma se sostenía con las dos manos y podía descargarse apoyada en el hombro, su descendiente inmediato, el mosquete de llave de mecha, más pesado y destructivo, solía montarse sobre una vara ahorquillada antes de dispararse. Lo emplearon por vez primera las tropas españolas en Italia, a principios del siglo XVI, quizá ya en la batalla de Ceriñola, en 1503. En 1591, cierto observador inglés aseveraba «que una bala de plomo de mosquete podía atravesar la mejor armadura a doscientos metros; una común, a cuatrocientos, y matar a un hombre sin armadura a seiscientos[8]». Sin embargo, esta ventaja quedaba contrarrestada por la capacidad de los combatientes para disparar el arcabuz ligero —semejante a una carabina primitiva— a caballo, lo que hizo que se adaptase enseguida para ser utilizado en unidades enteras de caballería.

Entre tanto, en torno a 1500, los armeros alemanes más innovadores ingeniaron la pistola de llave de rueda. Lo más probable es que trabajasen en contacto con artesanos como los que, en aquel tiempo, estaban confeccionando piezas de metal con la meticulosidad necesaria para fabricar relojes de escaso tamaño movidos por resorte de acero. La pistola, aparecida por vez primera en Nuremberga (Núremberg), medía unos treinta centímetros y estaba diseñada para defenderse de los sitiadores desde lo alto de las murallas y los parapetos de la ciudad. Su mecanismo era relativamente sencillo, pues consistía en un muelle que, al ser liberado por el gatillo, hacía girar un disco estriado (la rueda a la que debe el nombre) que se rozaba así con la piedra que había engastada en la estructura y con la que producía chispas que encendían la carga de pólvora[9]. Dado que podía dispararse con una mano, no tardaron en adoptarla los jinetes, pistoleros montados (o *Reiter*) que llevaban al menos dos de estas armas —aunque lo más frecuente era que el número fuese de tres

o cuatro—, bien sujetas al correaje propio, bien ocultas, cuando entraban en combate. A mediados del siglo XVI, los gobernantes contrataban nutridas unidades mercenarias de *Reiter* alemanes, ejemplo vistoso del cambio que estaba experimentando la caballería, arma que había dejado de ser exclusiva de la nobleza.

Con todo, el rápido crecimiento del número de jinetes ligeros, armados con arcabuz o con pistola, no era un simple aspecto de la ciencia militar, aislado de las gentes de la ciudad y el campo. En los amplios aledaños de los lugares en que se producían los asedios y las escaramuzas, aquellas unidades nuevas tenían la facultad de moverse con mayor facilidad de un lado a otro, y matar y depredar en un radio mayor. En las guerras italianas, las guerras civiles religiosas de Francia y la guerra de los Treinta Años serían miles las aldeas y municipios menores que habrían de sufrir la violencia de aquella caballería rapaz.

Todas las balas de las primeras pistolas superaban la velocidad del sonido[10]. Los experimentos efectuados al respecto han revelado que las de llave de rueda no tienen demasiado que envidiar a sus equivalentes actuales en este sentido, aunque la velocidad de los proyectiles disparados por el arcabuz y el mosquete sí es de la mitad de la que alcanzan los fusiles de asalto de finales del siglo XX.

Solo queda mencionar una última innovación: la pistola y el mosquete de llave de chispa, cargadas por la boca. Aunque no se usó mucho hasta finales del siglo XVII, tiempo en que se introdujo también la bayoneta, poseía un mecanismo de disparo más eficaz. El mosquete o escopeta doblaba el ritmo de disparo obtenido con anterioridad, podía apoyarse en el hombro y era más ligero y preciso; pero lo cierto es que debe considerarse más una arma del siglo XVIII[11].

En el mundo rural, vasto y mal vigilado, en el que tan común era en ocasiones el bandidaje, las armas de fuego portátiles

y la pólvora no tardaron en llegar a la población civil. Eran muchos los granjeros franceses y alemanes que tenían un arcabuz a finales del siglo XVI. De hecho, no era difícil poner a la venta las que traían de la guerra familiares o vecinos, si bien la pistola, más costosa y difícil de manejar, tardaría un tiempo en verse de forma regular fuera del ejército. Los médicos tenían ocasión de sobra para desesperarse ante las heridas de bala, más temibles y difíciles de tratar que las estocadas o los cortes de las armas de punta y filo de toda la vida: la pica, la flecha y la espada. Los paisanos también iban a poder atestiguarlo.

Los cambios experimentados por las armas y tácticas ofensivas llevaron aparejada necesariamente la adaptación de los métodos de defensa, y sobre todo en lo tocante a la salvaguarda de las ciudades[12]. No bien se convirtió el cañón en el principal destructor de murallas y terraplenes, los arquitectos militares se centraron en las necesidades defensivas y diseñaron formas nuevas de fortificación. Concluyeron que no había ninguna más eficaz que las construcciones dotadas de baluartes en ángulo. Las dotaron de murallas más bajas y gruesas, precedidas por la parte de fuera por un amplio terraplén de empinadura marcada. El conjunto estaba circundado por una zanja y contaba, por supuesto, con las citadas posiciones defensivas poligonales desde las que disparar al exterior. Intramuros, fuera de la vista del atacante, erigieron plataformas en las que emplazar la artillería, que constituía un añadido fundamental: una batería de cañones capaz de responder a los sitiadores con los fuegos necesarios para neutralizar o acallar los suyos.

Quienes se hallaban al cargo de las ciudades descubrieron enseguida que este nuevo estilo de fortificación se hacía dispendioso hasta el extremo, no solo por el coste de los materiales, sino también por el de la mano de obra requerida, a pesar de que en Europa las labores manuales más humildes —cavado, acarreo, cantería, mampostería…— resultaban baratísimas.

Una vez más, hallamos un cambio tecnológico de consecuencias nefastas para la población rural, dado que toda guerra o emergencia militar solía dar lugar a decretos que obligaban al campesinado de los aledaños de las ciudades a trabajar sin remuneración: derribar árboles, arrasar zonas suburbanas o deslomarse en la mejora de emplazamientos defensivos y terraplenes que recorrían el trazado tortuoso de las murallas. De igual modo, era inevitable que los ejércitos enemigos que pretendían poner cerco a una plaza demostrasen también ser maestros en el arte de ponerlos a sudar sangre.

En cualquier caso, debido a lo elevado de los costes que tal cosa suponía, eran pocas las ciudades que llegaban a estar protegidas del todo y en todo momento por estas nuevas formas de construcción. Aunque Amberes, Lille y Turín harían grandes empeños en este sentido, en las postrimerías del siglo XVI no había una sola de las grandes urbes que pudiera «preciarse de poseer una muralla completa y protegida por entero por bastiones[13]». Defenderlas durante un asedio, por lo tanto, se convertía a menudo en una verdadera pesadilla, y no era raro que, ante una amenaza seria por parte de un ejército, abriesen las puertas y se rindieran sin más a fin de evitar el saqueo posterior.

La Europa medieval ya sabía —de sobra— que la guerra siempre era cara[14]. Los siglos XII y XIII conocieron un gran auge en la práctica de amurallar los suburbios ante la proliferación de ejércitos pequeños. En 1275 aproximadamente, los costes militares habían comenzado a dar al traste con las ambiciones políticas de veintenas de aspirantes a príncipes, ciudades independientes y caudillos regionales. En Italia, esta situación hostigó a los tiranos locales y a diversas repúblicas aristocráticas. No obstante, después de 1500 volvió a elevarse el precio a causa de las armas de fuego, la construcción de estructuras defensivas renovadas y la creciente demanda de soldados profesionales que, además, habían de servir durante períodos más prolongados.

Salvo raras excepciones, los Estados más poderosos —España, Francia y la Alemania de los Habsburgo, así como, más tarde, la República de los Países Bajos e Inglaterra— eran los únicos que podían permitirse hacer la guerra conforme a las nuevas circunstancias. Tampoco era suficiente para un príncipe modesto concentrarse en aumentar y mejorar su artillería. Alfonso de Este, duque de Ferrara, lo hizo a principios del siglo XVI, pero sus cañones no brindaron una independencia real a Ferrara en aquel mundo cambiante, y los miembros de su familia hubieron de servir de mercenarios para los gobernantes de España, Francia, el papado y el Imperio, ya que no les era dado reclutar ejércitos lo bastante numerosos para dar apoyo a semejante armamento. Europa, sujeta a las ambiciones desbocadas de los príncipes, necesitaba más mano de obra en tiempos de guerra, y los soldados profesionales eran costosos en exceso, hasta —por extraño que resulte— cuando quien los contrataba se ahorraba su paga, tal como veremos más adelante. Si las armas tradicionales de la infantería —el arco, la pica, la espada y la ballesta— exigían una destreza particular, no puede decirse menos de las nuevas.

En el siglo XIV, los arqueros y otros soldados de a pie habían comenzado ya a poner en tela de juicio la supremacía de la lanza y la caballería pesada, tan distintivas de la vieja nobleza guerrera. El caballero de antaño necesitaba un corcel, una armadura y una lanza, y debía su gloria a los choques de las cargas a caballo. Sin embargo, los estadios últimos de la guerra de los Cien Años (1337-1453) fueron testigos del fin del auge de este género de combatiente, que conoció una suerte semejante a la del fundíbulo. Cada vez era más frecuente que se viera obligado a desmontar de su cabalgadura para luchar al lado de los soldados de a pie. El cambio producido en la composición de los ejércitos, cuyo centro de gravedad se iba trasladando lentamente del caballo a la infantería, quedó marcado en 1476 en las batallas

de Grandson y Morat, que enfrentaron a los piqueros suizos y los jinetes de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. En ellas, los bloques disciplinados de mercenarios armados con picas de más de cinco metros derrotaron a una fuerza de caballería de no poco renombre respaldada por la artillería del duque. Huelga decir que en aquel tiempo las armas nuevas carecían de la capacidad necesaria para otorgar la victoria en el campo de batalla si no se combinaba con el número suficiente de soldados de a pie y caballeros.

Al haberse trocado su territorio en escenario de las guerras italianas libradas por Francia y España, los italianos fueron los primeros que sufrieron este género nuevo de guerra durante un tiempo prolongado (1494-1559[15]). Las mejores fuerzas de combate del siglo XVI eran los tercios españoles, los cuadros pobladísimos de los piqueros suizos y los regimientos de lansquenetes alemanes[16]. Como la venta de los segundos, la «comercialización» de piqueros mercenarios de Alemania (lansquenetes) fue un negocio floreciente en el siglo XVI. El son de sus tambores, que marcaba el ritmo de la marcha, podía ser lo bastante estruendoso para causar molestias en el oído, y en ocasiones no debía de ser extraño que los habitantes de las ciudades pensaran que se trataba del espeluznante eco de los cañones reales empleados para batir las puertas y murallas de las poblaciones[17].

Las unidades de infantería no tardaron en combinar picas con bocas de fuego. Mucho antes del final del siglo XVI, una compañía de combatientes suizos podía consistir en doscientos piqueros, treinta mosqueteros y otros tantos arcabuceros. Las unidades mercenarias de piqueros suizos y alemanes se hicieron célebres luchando en nombre de diversos príncipes: franceses, españoles, daneses, suecos y alemanes, a los que, además, se unió después de 1570 la nueva República de los Países Bajos. La temida arma del rey de España, el regimiento de infantería

—o tercio—, combatió por primera vez de forma sostenida en Italia, y a continuación, en los Países Bajos y el norte de Francia. En el campo de batalla, el tercio se presentaba como un cuadro denso conformado por piqueros y arcabuceros.

Los nobles a caballo, protegidos por una armadura pesada y armados de lanza, solo sobrevivieron hasta la segunda mitad del siglo XVI en Francia: en el resto de naciones habían desaparecido casi por completo. En España, a excepción de algunos hidalgos, las gentes de alta cuna habían abandonado las unidades de caballería, si no era para servir en calidad de oficiales, aún antes de que los Países Bajos se convirtieran en campo de martirio para las fuerzas españolas. Y en Alemania, como hemos visto, el acto de guerrear a lomos de caballo pasó a ser cosa de arcabuceros y pistoleros.

Dejando a un lado el uso táctico de la artillería, el cambio fundamental que experimentó la infantería, trocada en arma decisiva en el campo de batalla, se verificó sobre todo en la proporción de piqueros frente a los mosqueteros. Si en torno a 1600 el número de unos y otros era casi igual, llegado 1635, en plena guerra de los Treinta Años, el de los mosquetes doblaba al de las picas[18]. Con todo, cuando tocaba a su fin el siglo, el señor de Vauban, mariscal de Francia e ingeniero militar de gran pericia, seguía insistiendo en que los regimientos de infantería contaran con un 25 por 100 de piqueros, por el sencillo motivo de que los soldados de mosquete, si no iban precedidos por aquellos, se hallaban demasiado desprotegidos ante los sables y las pistolas del enemigo durante las cargas de caballería.

Los historiadores militares se han extendido mucho sobre las bondades de las formaciones de combate «a la antigua» (consistente en unidades densas de infantería) frente a las tácticas «lineales» introducidas por los neerlandeses y el rey Gustavo Adolfo de Suecia. A fin de aumentar la movilidad de sus ejércitos, estos últimos empleaban hileras más largas de soldados de a pie

y de menos hombres en fondo. Armados con arcabuz o mosquete ligero, los que constituían el frente disparaban una descarga y se apartaban a continuación para formar una línea nueva en la retaguardia de la formación mientras volvían a cargar sus armas. No obstante, el debate implícito en esta cuestión, con todos sus peros y posibilidades —el enfrentamiento, por ejemplo, de los tercios y las formaciones lineales—, es pábulo para los expertos del campo de batalla y estrategos aficionados.

Sea como fuere, conviene aclarar un punto en relación con el tamaño y la conformación de los ejércitos, dado el impacto inmediato que tuvo en la población civil. Allí donde la guerra se redujo a incursiones y escaramuzas, como ocurrió en regiones que sufrían una escasez aguda de alimentos, aquellos concedían una mayor importancia a su caballería. Los jinetes —dragones y pistoleros— podían reunir víveres con más facilidad, y por este motivo, después de la devastadora victoria lograda por el Imperio frente al ejército sueco en Norlinga (Nördlingen) en 1634, la proporción de soldados de caballería en las fuerzas activas se acrecentó durante la guerra de los Treinta Años hasta pasar de un 30 por 100 a un 50 por 100 o más. La caballería, por lo tanto, seguía teniendo una importancia fundamental en cuanto instrumento bélico.

Si bien es cierto que los artilleros podían acometer las colosales murallas de ciudades grandes y pequeñas con una fuerza desconocida hasta entonces, no lo es menos que las nuevas fortificaciones, dotadas de baterías de artillería defensivas, contaban con más posibilidades frente a los ejércitos atacantes. La Rochela, París, Augsburgo, Viena, Turín y otras muchas plazas, como Metz y Casale, lograban rechazar los intentos de escalada por parte de sus sitiadores. Aun así, este éxito no era, por lo común, sino lo más vistoso de los acontecimientos: en las sombras que lo rodeaban y que pocos han explorado se hallaban los efectos del hambre: la muerte de multitudes de paisanos asediados,

y la de muchos de quienes los cercaban, víctimas en ocasiones de la inanición y no solo de las epidemias. En Flandes, el sitio español de Ostende (1601-1604) se saldó con 80 000 víctimas mortales del lado atacante y 60 000 del de los defensores. En 1573, el cerco real del gran puerto protestante de La Rochela supuso la muerte de unos 10 000 asediadores; pero en el de 1628, acción de guerra de efectos exterminadores, perecieron, en su mayoría de hambre, 15 000 habitantes de una población de entre 18 000 y 20 000 almas[19]. Más adelante tendremos ocasión de conocer los resultados del terrible sitio de Mantua de 1630.

La fabricación de armamento impuso, aún en la Europa preindustrial, un grado elevado de especialización, en particular porque muchas de las labores requeridas exigían una gran precisión en el trabajo del metal y toda una serie de operaciones en minas, fundiciones y talleres. Estas empresas se gestionaban en ciudades como Augsburgo, Nuremberga, Brescia y los concurridos centros urbanos de los Países Bajos. En Italia, los compradores acudían a Milán, Brescia y Bérgamo, principales productores de armaduras y armas con que contaba la península. Sin embargo, en los albores del siglo XVII, la primacía en el ámbito de la elaboración de armas de fuego y de toda clase había pasado a manos de los Países Bajos[20].

Los neerlandeses, precoces republicanos incondicionales y mercaderes emprendedores, producían todo género de armas para el mercado libre, desde picas, espadas y alabardas hasta pistolas de llave de rueda, granadas de mano, arcabuces de llave de mecha y cualquier pieza de artillería imaginable. La acaudalada Ámsterdam era la principal productora de estos artículos, aunque algunas de las ciudades de menor entidad poseían sus propias especialidades. Así, por ejemplo, Gouda, fabricaba mecha; Utrecht, armaduras y granadas, y Delft y Dordrecht, armas portátiles y pólvora. Los armeros de las Provincias Unidas también

producían cañones de armas de fuego, mecanismos disparadores y otras partes que después se ensamblaban en otro lugar. Con todo, también importaban, entre otras cosas, hojas de espada de Alemania.

Los gobernantes y ejércitos de toda Europa adquirían armas «listas para llevar». «Durante los preparativos que hizo Siena para la guerra en la década de 1550 se compraron arcabuces en lotes de 500[21]». Aunque debieron de fabricarse en una de las ciudades del norte de Italia, lo más seguro es que estos lotes llegaran a Siena a través de intermediarios venecianos. Sin embargo, llegado 1590, podrían haberse obtenido perfectamente de los neerlandeses, que habían desarrollado un mercado extraordinario de exportación armamentística. La relación de sus clientes resulta pasmosa: vendían armas a toda clase de compradores de Portugal, Polonia, Inglaterra, Rusia, Dinamarca, Venecia y hasta Marruecos, y por supuesto, de Suecia, Francia y Alemania. Lo variado de sus mercancías puede juzgarse a partir de cierta venta efectuada en Ámsterdam en 1622:

> El conde Cristián de Brunswick adquirió todo lo necesario para pertrechar a un pequeño ejército de 7000 hombres; a saber: 3000 mosquetes, 3000 armaduras completas, 3000 picas, 1000 armaduras completas para caballería, 1000 arcabuces con bandoleras, 10 000 libras [4500 kilogramos] de pólvora, 20 000 libras [9000 kilogramos] de mecha y 20 000 libras de balas de mosquete a razón de 20 por libra (lo que hace un total de 200 000 balas), además de 1000 granadas de mano[22].

Si añadimos que el valor de todo este material superaba en el mercado los 100 000 florines, estamos hablando de una suma que, en 1620, ascendía a la paga mensual de más de tres mil artesanos cualificados, o dicho de otro modo, al 8,5 por 100 aproximado de la recaudación fiscal anual de Frisia, la segunda provincia en riqueza de la República de los Países Bajos[23].

Europa se había abierto paso hacia un nuevo mundo político, al que habían dado forma las guerras de príncipes enérgicos y un puñado de ciudades dadas a trapisondas pero poderosas,

entre las que destacan Venecia y Ámsterdam. Sin embargo, por encima de todo, para las principales potencias belicosas, se trataba de un mundo que requería poder contar con crédito u obtener dinero prestado con facilidad y a espuertas. La riqueza procedente de los impuestos y los dominios principescos —principal fuente de ingreso de los gobernantes alemanes y las testas coronadas de España y Francia— suponía solo una fracción de las cantidades necesarias para meter en campaña y abastecer a los ejércitos que reunía su ambición desmedida. Cuando se hallaban en el campo de batalla, las tropas tenían que desembolsar dinero sonante si querían tener víveres y otras provisiones. Los comerciantes de los aledaños querían ver monedas de oro y plata, aunque en ocasiones se avenían a fiar si se les ofrecían garantías irrefutables.

Aquí es donde se acaba el fingimiento político y llega el turno de los banqueros: los señores capaces de reunir y prestar con inmediatez el dinero necesario[24]. Sus extensas redes eran las arterias por las que se transferían de una parte a otra de Europa el efectivo o el crédito. Disponían de los contactos necesarios y podían acudir a cierto número de depositarios. Sin embargo, como cabe esperar, los movía la promesa de obtener beneficios de sus operaciones, y así, sus préstamos se hallaban garantizados por ingresos futuros procedentes de impuestos diversos, venta de bonos, prebendas o, en el caso de la casa de los Fúcares del sur de Alemania, derechos muy lucrativos sobre minas de plata y cobre.

La capacidad para mover dinero y crédito a lo largo y ancho del continente poseía una importancia fundamental. Los ejércitos se hallaban muy extendidos, y así, había tropas francesas destinadas en Italia, Alemania y España; regimientos españoles en los Países Bajos, Francia, Italia y Alemania, o mercenarios venecianos y neerlandeses en Alemania y aún en alta mar. Los ejércitos suecos combatieron en Polonia, Rusia y Alemania, y

era posible encontrar a mercenarios de la Alemania de los Habsburgo no solo en Italia, sino en las fronteras de Polonia, Francia y los Países Bajos. Dado que habían de recorrer a pie largas distancias, las líneas de provisiones no podían abastecerlos de cuanto alimento necesitaban para los soldados y sus monturas, y por lo tanto, emplearon como proveedores los pueblos y ciudades por los que pasaban.

El Estado «soberano» naciente estaba tomando fuerzas y demostrándolo sobre la marcha, ampliando considerablemente sus fronteras con ayuda de sus soldados y tratando de mantener durante años este estado de cosas. El pago de las colosales deudas contraídas en consecuencia tuvo que hacerse extensivo a varias generaciones, tal como vamos a poder ver con más detalle. Ningún Estado medieval se las había compuesto para hacer semejante cosa, aunque tampoco había habido uno solo capaz de contar con los recursos que otorgaban el miedo y la coacción continuados ni los diversos grados de lealtad. En la Europa de la primera Edad Moderna existían más de uno de dichos Estados, y Francia y España se hallaban a la cabeza en este sentido. El mero hecho de disponer de la porción suficiente de inquietud y lealtad entre sus vasallos les permitió recaudar impuestos nuevos una y otra vez. De hecho, los súbditos más acaudalados se habituaron a invertir en la deuda «soberana» mediante la compra de bonos del gobierno. De este modo era posible sostener durante años las colosales deudas de guerra.

Los derechos de los príncipes

El concepto que se tenía hace un tiempo de aquel período de la historia del Viejo Continente se basaba en parte en el nombre que recibió de los historiadores de la época: «la Edad del Renacimiento y la Reforma». Esto sugiere que fueron dos los acontecimientos que dieron forma a los siglos XVI y XVII: *a*) el revivir de las artes y el conocimiento secular, junto con un interés

apasionado en el mundo de la Antigüedad, y *b*) la insurrección protestante contra la Iglesia católica de Roma, abanderada por la disidencia del monje agustino Martín Lutero en 1517.

Hoy, sin embargo, los estudiosos sitúan el Renacimiento y la Reforma en un marco más completo y de entramado más denso. Esta nueva orientación sitúa, cuando menos para algunos expertos, la supremacía del cambio en el nacimiento de los Estados soberanos. En nuestros días, el panorama europeo de aquel período ha quedado ensombrecido por la guerra, las deudas y unas cotas sin precedentes de imposición fiscal.

Es posible abordar la cuestión de los Estados soberanos a través de la acuñación y los sistemas monetarios. La Europa de 1500 se hallaba sumida en una vorágine de monedas diferentes; lo cual no quiere decir solo que existiera todo un mar de piezas de oro, plata, cobre, vellón y otras aleaciones; sino también monedas troqueladas y puestas en circulación por miríadas de gobiernos territoriales. Solo en la península Itálica había más de una veintena de ellas, acuñadas en Venecia, Milán, Génova, Florencia, Roma y Nápoles, así como en Lucca, Siena, Ferrara, Mantua, Bolonia, Urbino, Perusa y otros lugares de menor importancia. En España y Francia circulaba una variedad notable, y Alemania también troqueló veintenas en tiempos del Imperio: solo en la Baja Sajonia había a principios del siglo XVII treinta diferentes. En los Países Bajos, en donde se tabulaban con gran cuidado las monedas extranjeras en circulación, las ordenanzas recogían «grabados de más de mil piezas diferentes» a fin de facilitar su identificación[25].

Tan pasmosa diversidad de monedas constituía una verdadera pesadilla para los viajeros, pero no para quienes las cambiaban, entre los que no faltaban comerciantes astutos que recorrían cientos de kilómetros a fin de ejercer su profesión. Uno de ellos era Lippo di Fede del Sega, cambista de segunda llegado

de un pueblecito de los aledaños de Florencia que pasó varios años en Francia tratando de obtener ganancias.

Allá donde hubiese un título legal para acuñar moneda era posible encontrar una autoridad legisladora y disposiciones locales destinadas a impartir justicia; o dicho de otro modo: los rudimentos de un Estado. La autoridad en cuestión había de tener «relaciones exteriores» y un cuerpo más o menos numeroso de soldados destinado a su defensa. Con todo esto, ya tenemos un semiestado en miniatura como los de aquellos lugares en los que el emperador alemán había otorgado o vendido los derechos de acuñación bien a la ciudad, bien al potentado.

Cuando Europa salió de la Baja Edad Media, el curso que siguió el cambio fue abriendo senda a través de la maleza de microestados. La fragmentación política —como también la tendencia contraria— parece tener su origen en la Italia superior, que se reveló entre los siglos XII y XIII como un hervidero de comunas urbanas. Ciudades como Milán, Pisa, Génova, Padua, Pavía, Verona, Florencia, Lucca, Perusa o Siena se habían apartado de la sujeción nominal al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Sin embargo, llegado el siglo XV, la mayoría de ellas se habían visto incorporadas por la guerra y la conquista a los territorios de las potencias regionales de más entidad: Venecia, Milán, Florencia y la monarquía papal. Esta congregación de la autoridad dispersa prosiguió en Italia hasta bien entrado el siglo XVI.

Si miramos a Francia, daremos con un proceso de incorporación paralelo, producido al reclamar la corona una serie de provincias autónomas (antiguos feudos de los reyes franceses): Normandía en 1358; Guyena en 1451; Borgoña (y Artois por poco tiempo) en 1477; Provenza, Anjou y Maine en 1481; Orleans en 1499; Angulema en 1515; Auvernia y el condado de

Borbón en 1527, y Bretaña en 1532. La nación fue engordando.

España conoció una tendencia similar con la unión de Castilla y Aragón, así como durante la conquista de Navarra y Granada. La expulsión del emirato nazarí de Granada se completó en 1492, tras una guerra inmisericorde de diez años para la que los monarcas de Castilla y Aragón «mantuvieron en todo momento un ejército de cincuenta mil hombres y trece mil caballos[26]».

En Alemania, en cambio, el movimiento consolidador se vio frustrado por los príncipes regionales, quienes, a su decir, actuaban en nombre de las «libertades germanas» y las costumbres locales. Los emperadores hubieron de llegar a diversos acuerdos o ceder a sus exigencias, incluidas las formuladas por algunas ciudades imperiales y por numerosos señores menores, quienes, como los duques de Baviera o los electores de Sajonia y Brandeburgo, administraban sus territorios en calidad de gobernantes autónomos o independientes. Éstos consultaban a los más pudientes en asambleas representativas (*Landstände* o «estamentos»), recaudaban impuestos, reunían ejércitos no muy numerosos, administraban justicia, aprobaban leyes, acuñaban su propia moneda y dirigían su política exterior. La guerra de los Treinta Años (1618-1648) pondría de relieve de forma sangrienta los peligros de la fragmentación alemana.

La empresa bélica constituía una característica evidente de la soberanía. No obstante, los costes de una guerra podían hacer que un gobernante se tambaleara, dado que, como hemos visto, debían cubrirse sobre todo con la recaudación fiscal, y los impuestos requerían la aprobación de las asambleas representativas constituidas por los nobles, las minorías selectas urbanas y el clero. No había modo alguno de evitar este paso si no era mediante la violencia ejecutiva, y semejante expediente daba origen a conflictos y aún a rebeliones. Además, la necesidad de ob-

tener el consentimiento de las clases superiores en el ámbito tributario se hallaba tan presente en los reinos de España, Francia e Inglaterra y en los países del Báltico como en las repúblicas urbanas de Génova, Venecia y los Países Bajos. El poder de los monarcas distaba mucho de ser absoluto: su autoridad fiscal, y aún la legisladora, se hallaba constreñida por no pocas limitaciones.

Frente a una invasión o agresión no provocada, todos los gobernantes tenían el deber de defender las tierras sobre las que reinaban. Por lo tanto, cualquier conflicto militar les otorgaba el derecho de armar y reunir gentes de guerra, ya fueran milicias locales, ya combatientes llegados de fuera. Las primeras solían satisfacer casi siempre las necesidades defensivas más habituales, aunque a principios de la Edad Moderna era común que resultaran de escasa utilidad en un conflicto prolongado.

El derecho de los príncipes a reunir un cuerpo militar conformado por vasallos era una vieja prerrogativa feudal que subsistió como un fantasma hasta el siglo XVII, pese a que ya en el XII habían comenzado aquellos y las ciudades autónomas a recurrir a mercenarios. La contratación de guerreros profesionales surgió de la necesidad de hacer frente al alcance cada vez mayor de las guerras, que comenzaron a estallar con más frecuencia en los siglos XII y XIII, de la mano de la poderosa expansión económica de Europa. A principios del siglo XIV, las mejores unidades estaban conformadas siempre por mercenarios. En un continente dominado por las guerras, era cada vez más normal que se confundiese la obligación de los príncipes de defender su territorio con el derecho a reunir ejércitos hasta para emprender agresiones. No era difícil hacerlas pasar por acciones defensivas, pues la distinción podía diluirse en sutilezas, y a ningún príncipe audaz o despierto le costaba dar con un modo de obtener lo que deseaba.

Sin embargo, los príncipes también recibían ayuda de otro ámbito distinto: el carácter hereditario que atribuían a su cargo de dinastas. Esta línea de argumentación legal tomaba las vestiduras de un derecho divino, sobre todo cuando se hallaba en juego un territorio en disputa —lo que incluía, por lo tanto, la posible necesidad de emplear fuerzas armadas—. Si el pensamiento político de la primera Edad Moderna europea admitía un axioma inamovible, era sin lugar a dudas la idea de que los derechos dinásticos se hallaban arraigados en la ley «natural». En consecuencia, en una Europa de gran empuje económico en la que los gobernantes observaban con más celo sus fronteras, se llevó el estandarte de estos privilegios monárquicos hereditarios a la vanguardia de las relaciones internacionales, en donde permanecería hasta el siglo XIX.

Los linajes principescos se propagaban como un abanico a través de matrimonios y descendencia a fin de procurar sustancia legal a las reivindicaciones territoriales. El casamiento era el procedimiento por el que se fabricaban las dinastías; pero cuando un príncipe tenía el poder y la altivez necesarios, también a sus bastardos los abarcaba la sombra de su majestad, contraían desposorios notables y poseían un gran protagonismo en asuntos bélicos. Tal fue la suerte que conoció Margarita de Austria, duquesa de Parma y gobernadora de los Países Bajos (1559-1567), nacida de una sirvienta y del emperador Carlos V.

En los albores de la Edad Moderna, cuando el monarca francés Carlos VIII acaudilló a veinticinco mil soldados a lo largo de toda Italia para hacerse con el reino de Nápoles, lo hizo invocando una conexión distante y una reivindicación de los duques de Anjou que se remontaba al siglo XIII. Cuando su sucesor, Luis XII, invadió Lombardía en 1499 con la intención de reclamar el ducado de Milán, tomó por argumento el matrimonio, celebrado más de cien años atrás, de una princesa de los Visconti, por nombre Valentina, con Luis de Orleans.

Las minorías selectas de Europa prestaban oídos a las reclamaciones de los soberanos de España y Francia, de los príncipes alemanes y los gobernantes de la casa de los Habsburgo, así como a las de señores de menor importancia, aún cuando estos competían por poner más tierras a merced de su influencia política. Las reivindicaciones dinásticas territoriales giraban siempre en torno a una cuestión de prerrogativas legales, honor, deber e incluso adecuación al derecho «divino y natural».

La mismísima diplomacia se hallaba gobernada por supuestos relativos a los privilegios de las dinastías, sin importar el proceder de quienes gozaban de ellos. El rey Carlos VIII de Francia —una caricatura andante de escasa estatura, piernas flacas, cabezón considerable y cómica nariz picuda— no era sino una manifestación pública del convencimiento de que la sangre real podía elevar a los seres más extraños a la cima de Estados poderosos. Con la invasión de Italia (1494-1495), asombrosa decisión que tomó por cuenta propia, no buscó otra cosa que aventuras y gloria, además de alimentar sus sueños de emprender una cruzada heroica contra los turcos otomanos. Su sucesor, Luis XII, también puso la mira y su hueste en Italia, empujado por nobles depredadores y atraído no por los disparates de los sueños de caballerías, sino por la riqueza palpable de las ciudades septentrionales de Italia.

Un rey heredaba no solo determinado dominio personal, sino también un Estado y sus tierras, considerados como algo semejante a una propiedad privada. Poco importaba que la nacionalidad, la lengua o la religión de sus territorios acertaran a ser diferentes de las suyas: todo se fundaba en el derecho dinástico, la justificación legal a la que habían recurrido los monarcas de Francia y España en las guerras que habían empeñado entre 1494 y 1559 para hacerse con el señorío de Italia.

Cabe preguntarse si, entre tanto, estaban haciendo algo estas reivindicaciones dinásticas por los súbditos y ciudadanos con

cuyos impuestos se estaban costeando aquellos enfrentamientos bélicos; o simplemente por el estado de derecho. Y la respuesta no es otra que poco o nada. La guerra, de todos modos, era, como la diplomacia, cosa de príncipes y cortesanos, y no un asunto que pudiesen tratar los vasallos del campo ni la ciudad en sus conversaciones banales. Sin embargo, tal como hemos visto, era algo que exigía dinero, dinero procedente de las cargas fiscales, y esto obligaba a los príncipes a recurrir a los representantes más sobresalientes de la nobleza y la burguesía acomodada. Con ellos sí tenía que consultar y, por supuesto, debatir. Las dos partes habían de servirse de toda su elocuencia, de amenazas y de cualquier clase de ardid, y aunque las soluciones variaban, los príncipes más fuertes solían obtener parte de los fondos que deseaban e incurrían en deudas. Más tarde sería también necesario negociar el pago de estas.

El árbol genealógico de los Habsburgo (o Austrias), la dinastía más poderosa de toda la historia de la Europa occidental, no representa más que los huesos descarnados de un animal desaparecido: la criatura real solo aparece ante nosotros cuando revestimos esta estructura con dominios heredados, guerras, deudas públicas e impuestos, junto con errores y tragedias espantosos. También se dieron, claro está, aspectos más amables, como donaciones a monasterios, conventos e iglesias, o encargos efectuados a un buen número de artistas de relieve; pero todo esto nos aparta de los motores de la dominación de los Habsburgo.

La fortuna de esta casa comenzó con el duque de Austria, el emperador Maximiliano I (m. 1519), cuyo matrimonio con María de Borgoña supuso la herencia de los Países Bajos y determinadas porciones de Francia por parte de su hijo, Felipe el Hermoso. Este, a su vez, se desposó con Juana, heredera de Castilla y Aragón, y su hijo, Carlos V (m. 1559) recibió la corona española, los Países Bajos, Austria, el Franco Condado y, en Italia, el reino de Nápoles. «Todos ellos reinos y territorios —

señaló en sus memorias— otorgados por Dios a su persona[27]». En 1519, compró la corona imperial a los siete electores del Imperio con 850 000 florines que había obtenido de prestamistas alemanes, y tal cosa le permitió reclamar el ducado de Milán, feudo nominal del Imperio desde antiguo[28]. Bien gestionada, la cantidad con que los sobornó habría bastado para pagar las soldadas de unos veinticuatro mil combatientes de a pie del ejército veneciano y de otros.

Este «empresario de guerra», tal como lo ha definido cierto historiador, trató entonces de dominar la política de buena parte de la Europa occidental[29]. Acabó por abdicar entre 1555 y 1556 y dividir sus territorios, aunque sus herederos recibieron también de él deudas prodigiosas. España, los Países Bajos, el Franco Condado y las tierras que poseía en Italia fueron a su hijo Felipe II, y las de Alemania, a su hermano Fernando I, quien lo sucedió a la cabeza del Sacro Imperio Romano.

La guerra se convirtió en el oficio de los principales Habsburgo. Carlos V, que pasó más de treinta años en movimiento casi constante, trasladándose de un lado a otro a caballo, en barco o en carruaje, dedicó buena parte de su reino y sus recursos a luchar contra los reyes de Francia por el dominio de determinadas porciones de Italia. Su hijo Felipe II (m. 1598) y los dos Austrias que lo siguieron en el trono de España pusieron a Castilla al borde de la ruina económica con los conflictos que empeñaron en los Países Bajos. Entre las décadas de 1580 y 1590, Felipe II también llevó a sus ejércitos a las guerras de religión de Francia, y más tarde, los emperadores Fernando II (m. 1637) y Fernando III (m. 1657) reinarían sobre un territorio sangrado y diezmado por la guerra de los Treinta Años.

No bien podían obtener de los banqueros el dinero suficiente para poner un ejército en el campo de batalla, los príncipes metían sus dominios en guerra con relativa facilidad. Sin embargo, una vez que estos emprendedores habían congregado la ciudad

ambulante en que se convertía su hueste, se hacían necesarias cantidades ingentes de dinero en efectivo y de crédito para mantenerlo, trasladarlo y proseguir la guerra. Era entonces cuando los gobernantes y sus consejeros debían desplegar las dotes de mando de que tanto se preciaban.

Capítulo 5
ASEDIOS

Aunque por su grado de violencia y derramamiento de sangre podría parecer que el saco de las ciudades presentaba la cara más atroz de la guerra, lo cierto es que, pese a lo traumático de tal experiencia, los tres días aproximados de torturas, robos y violaciones no tenían por qué ser el dechado de la crueldad más extrema. Los cercos prolongados tocaban todos los aspectos del conflicto bélico, incluidos la provisión de víveres y el uso de la artillería. El ataque continuado a una plaza —en el que se sumaban los horrores de la muerte por falta de alimento a los de la que infligían las balas y la espada— podía trocarse en una operación aún más homicida que las de pillaje.

Siena, que será nuestro punto de partida, nos ofrece una introducción notable a los pavores del hambre en medio de un asedio. La sigue Sancerre, ciudad francesa no muy populosa, productora del vino que lleva su nombre y presente en las crónicas de Europa merced a la pluma de un denodado pastor calvinista. Con todo, el escenario del sitio más terrible de aquel período sería París, y Augsburgo, una de las principales víctimas de la guerra de los Treinta Años, perdió a más ciudadanos por causa de la hambruna que cualquier otra ciudad alemana.

Siena (1554-1555)[1]

Las guerras italianas (1494-1559) fueron conflictos dinásticos entre los reyes de Francia y España. Ambas partes reclamaban para sí el rico ducado de Milán y la corona de Nápoles,

aunque en realidad luchaban por la dominación política de toda la península Itálica. Las ciudades más acaudaladas y populosas de esta, pródigas en impuestos y en pericia comercial, constituían trofeos relumbrantes. Y una península dividida en Estados menores constituía una vía expedita —una verdadera invitación— para los ejércitos mercenarios de las casas reales de Valois (francesa) y Habsburgo (hispanoalemana). Ningún Estado italiano —ni la orgullosa República de Venecia ni los fragmentados Estados Papales, y mucho menos la Florencia de los Médicis— podía hacer frente al poderío armado de sus oponentes reales, cuyos ejércitos, combinados, disponían de entre veinticinco y cuarenta mil soldados de a pie, entre diez y quince mil jinetes y dilatados trenes de artillería. En la década de 1550, Toscana se convirtió en el foco de ignición de la península. Al considerar que la República de Siena, Estado cliente de escasa magnitud, representaba uno de los nudos más débiles de la red de posesiones que tenía frente a los designios franceses, el emperador Carlos V decidió hacerse fuerte allí mediante la construcción de una fortaleza nueva en el punto más elevado de la ciudad. Fue una operación costosísima que hubo de sufragar la propia Siena, cuya población había mermado hasta las veinte mil almas. La firme oposición de la ciudadanía, sin embargo, no impidió que comenzasen las obras a finales de 1550, ni que prosiguieran sin descanso. Con todo, cuando tocaba a su fin el mes de julio de 1552, ayudados por Francia, los sieneses se alzaron contra la modesta guarnición de soldados españoles y los obligaron a abandonar la ciudad. Los insurrectos corrieron a derruir el fortín nuevo. Había estallado la guerra, y los representantes de Carlos V en Italia no dudaron en buscar el dinero necesario para empeñarla.

Temerosos del paso de los combatientes, los campesinos y otros integrantes de la población rural comenzaron a trasladarse a Siena hasta casi duplicar su población. A finales del mes de di-

ciembre, la ciudad acogía también a 10 500 mercenarios encargados de su defensa (de los cuales 500 pertenecían a la caballería), la mitad aproximada del número de paisanos que habitaban en ella de ordinario. Estas cifras elevaron de forma inmensurable la cantidad de provisiones diarias que necesitaba la ciudad, y suscitaron de forma casi inmediata la cuestión de los «indeseables» o las «bocas improductivas» (o *bocche inutili*), mordaz referencia a los pordioseros que diezmarían los víveres disponibles una vez que el enemigo pusiera cerco a la plaza tal como se esperaba. El concejo municipal adoptó las medidas necesarias para la construcción de nuevos molinos de harina y el acopio de grano, cecina y queso. Sin embargo, pensando también en poner las cosas difíciles al enemigo, se registraron los campos en veinte kilómetros a la redonda a fin de confiscar o destruir todos los bienes comestibles e imposibilitar así el avituallamiento de los sitiadores.

Carlos V y sus enviados, siempre necesitados de efectivo con que llevar a término sus ambiciones bélicas, obligaron a Cosme I, duque de Florencia y protegido del emperador, a reunir y costear un ejército de diez mil soldados con el que colaborar en el asalto a Siena. Para ello, este hubo de quebrantar un acuerdo secreto sellado con el rey de Francia, Enrique II, y además, declararse francamente a favor de España y el Imperio, pedir prestadas grandes sumas de dinero en diferentes partes de Europa y atosigar con impuestos a los florentinos. Como acicate último, Cosme temía y odiaba a la pequeña multitud de exiliados republicanos de Florencia que se estaba congregando en Siena para apoyar con fervor la revuelta contra Carlos V. De hecho, pretendían derrocarlo a él mismo y volver a instaurar a continuación la República Florentina. Las ramificaciones de la batalla de Siena se extendían de los banqueros de Amberes, Augsburgo, Génova y Venecia al virrey español de Nápoles. Los mercena-

rios alemanes no tardarían en unirse a las tropas italianas y españolas que iban a enfrentarse a las francesas en Siena.

Llegado el mes de marzo de 1553, las fuerzas imperiales de Toscana estaban a punto de alcanzar los veinte mil soldados de infantería y caballería. No hubo que esperar mucho para que comenzaran las operaciones contra los territorios sieneses. Pietro Strozzi, uno de los peores enemigos del duque Cosme, a quien habían encomendado el cargo de gobernador militar de las fuerzas francesas destinadas en Toscana, llegó a Siena el 2 de enero de 1554. El mando de los ejércitos de la ciudad iba a recaer sobre el noble francés Blaise de Monluc, quien, sin embargo, no llegaría a la plaza hasta mediados de julio por hallarse seriamente enfermo[2]. Strozzi y Monluc se encargaron de disponer todo lo necesario para preparar a la ciudad para un asedio prolongado. Así, por ejemplo, se reguló fuertemente la venta de pan, y todo aquel que no contase con reservas de harina tuvo que solicitar una licencia especial para adquirir de un panadero concreto dos piezas pequeñas diarias (ración que no tardó en reducirse a la mitad). Entre tanto, el marqués de Marignano, al frente de las tropas imperiales y de Médicis destinadas en Toscana, había emprendido acciones de tierra quemada destinadas a impedir la llegada de víveres a Siena. Sus soldados estaban tomando al asalto los pueblos y otros municipios aledaños, y ejecutando sin remilgos a cuantos se resistían a su avance.

El verano de 1554 resultó desastroso para Strozzi[3]. Sus quince mil soldados, sin paga en su mayoría, sufrían escasez de alimentos y aún de agua; sus filas se hallaban diezmadas por la deserción, y para colmo, perdió una batalla de relieve cerca de Marciano a principios del mes de agosto. Los mercenarios de Marignano, en cambio, se presentaban cada vez más robustos, dado que recibían provisiones diarias de pan de los territorios de Cosme. Entre tanto, además, los combates librados en los

campos se estaban volviendo más violentos por una y otra parte.

En Siena, tanto los paisanos como los soldados veían reducirse las raciones diarias de los alimentos más básicos por causa de un bloqueo cada vez más riguroso. Entre las autoridades civiles y militares estallaron amargas disputas en torno a la cuestión de si cumplía expulsar o no de la plaza a las bocas improductivas; riñas que, en ocasiones, daban la impresión de ir a provocar enfrentamientos agresivos. ¿Qué cabía entender por *improductivo*? ¿Se trataba solo de los mendigos, o también de mujeres, niños, enfermos y ancianos? ¿Y las mujeres de la clase alta: eran «improductivas» a la hora de luchar por rechazar a los asediadores?

La teoría militar, representada, por ejemplo, por *De' discorsi di guerra* (1582), obra de Bernardino Rocca, no se andaba con finezas a este respecto. A su ver, cuando una ciudad sufría asedio y escaseaban las provisiones de boca, se hacía necesario poner al otro lado de los colosales lienzos de las murallas a todo aquel que no fuera de provecho. La determinación de a quién había que considerar en esta categoría recaía, como cabe esperar, en las autoridades locales, tanto militares como civiles. Sin embargo, la teoría marcial disponía con igual ferocidad que era obligación de los sitiadores, las huestes apostadas extramuros, matar o devolver de un modo u otro a la plaza cercada a cualquier persona que fuese expulsada de ella[4].

En agosto de 1554 se decidió que todo aquel que no fuera de Siena tendría que salir de la ciudad so pena de azotes brutales, en el caso de las mujeres, o en el de los hombres, de tormento de garrucha —consistente en colgar al reo de los brazos, atados a la espalda, y dejarlo caer para frenarlo en seco antes de que llegase al suelo, lo que a menudo le provocaba la dislocación de los hombros—. La ciudad se estaba viendo abocada a una penuria alimentaria angustiosa, y entre los pudientes no faltaba quien, tras recoger sus posesiones más valiosas, buscase median-

te pago un modo de abandonarla; lo que en ocasiones llegaba a comportar la compra de salvoconductos al mismísimo duque Cosme[5]. A esas alturas, quien lograba introducir víveres de manera subrepticia en la ciudad podía amasar toda una fortuna. Sin embargo, quien tal cosa hacía se arriesgaba a ser ajusticiado en el acto en caso de ser descubierto. El marqués de Marignano tenía los árboles de los alrededores «exornados de cadáveres» tras haber ahorcado a quien descubría tratando de burlar el bloqueo[6].

Strozzi y Monluc, ignorantes de cuánto tiempo sería necesario resistir el cerco, pensaban en la manera de aprovisionar a sus soldados, e insistían en la necesidad de expulsar de la ciudad a las bocas inútiles. No obstante, el Concejo de los Ocho, institución civil, la expresión solo era aplicable a los menesterosos, habida cuenta de que la escolta armada que debía acompañarlos extramuros no podía impedir a los soldados del enemigo matar, mutilar, torturar o deshonrar a las víctimas desterradas. Y lo que más temían los prohombres sieneses era que Strozzi y Monluc quisieran incluir en la purga a las «bocas respetables»; es decir: las esposas y los hijos de los integrantes de la clase política y la acaudalada.

Después de reunirse para tratar el asunto, la asamblea especial de ciento cincuenta de «los más distinguidos» ciudadanos de Siena determinó de forma categórica que no podía aceptar la orden general de Strozzi, «primero por amor a nuestro país, y segundo por el honor de sus mujeres y familias… y si dijeren que tal es la vía que se ha de tomar para garantizar la seguridad de la tierra que nos ha visto nacer y que, por ende, debe anteponerse a todo lo demás, la respuesta será que nuestra patria no son las murallas [de la ciudad], sino nuestras familias y su honor[7]». Por lo demás, todos estaban a favor de expulsar a «la canalla» (*la poveraglia*), pues, al cabo, carecía de honor o patria que salvaguardar o conservar.

El debate prosiguió a medida que menguaban los víveres disponibles. No tardaron en oírse opiniones a media voz que hablaban de pactar con los sitiadores; pero Strozzi y Monluc, combatientes profesionales y oficiales del rey de Francia, se hallaban en Toscana para defender una ciudad de los enemigos del monarca y no tenían intención alguna de hacer componendas. Monluc seguía sin recobrar del todo la salud, y lo que es peor: en una batalla entablada a principios del mes de agosto Strozzi había perdido cuatro mil hombres, y el número de heridos graves, entre los que se incluía él mismo, era muy similar. Los soldados comenzaron a desertar, y todo apunta a que algunos se pasaron al lado alemán a cambio de comida y dinero. Los adalides franceses tenían que pensar ante todo en sus tropas, y entre sus consideraciones principales debía destacar su alimentación. Por eso no podían dejar a un lado el repugnante problema de las bocas ociosas de la ciudad.

Durante la tercera semana de septiembre de 1554 se vivieron escenas dolorosas cuando se hizo salir de la plaza a unos mil doscientos ciudadanos pobres. Sin embargo, el pavor que suscitaba la idea de una nueva ronda de expulsiones detuvo en breve aquella purga. No era extraño, tanto allí como en otros lugares de Italia y el resto de Europa, que las órdenes religiosas y las instituciones benéficas de cierta entidad tuviesen sus propias reservas de cereal, y por tanto, apenas cabe sorprenderse de que Strozzi, puesta la mira en los pródigos graneros del hospicio de Santa Maria della Scala, llevase un tiempo exigiendo la ejecución de los huérfanos y los indigentes de dicho establecimiento[8]. La noche del 5 de octubre se desterró a unos setecientos de sus beneficiarios, escoltados por un grupo de militares que tenían orden de velar por su seguridad. Sin embargo, cerca del municipio de San Casciano cayó sobre uno de los convoyes, portador de más de doscientas cincuenta criaturas de entre seis y diez años, una compañía de mercenarios españoles y alema-

nes. En total murieron más de un centenar de hombres, mujeres y niños. El marqués de Marignano aseveraría más tarde haberlos enviado de nuevo a Siena.

Scipione Venturi, responsable del hospicio, se encaró, al parecer, con Strozzi, a quien juró no permitir la salida del edificio de más de sus refugiados hasta estar seguro por entero de que no corrían peligro alguno. En el altercado que tuvieron a continuación con el patriciado de la ciudad, Strozzi y Monluc, que exigieron una mayor autoridad respecto de la ciudad, acabaron por hacerse con parte del grano que almacenaba Venturi, y hasta trataron de expulsar a los 45 chiquillos de uno y otro sexo que quedaban en el establecimiento. Sin embargo, los muchachos, cuyas edades iban de los diez a los quince años, se pusieron a gritar como descosidos y fueron conducidos de nuevo intramuros. En noviembre, la ración diaria de pan se redujo en Siena a 250 gramos para el paisanaje y 400 para la soldadesca. No había casa derribada por bala de cañón a la que no despojasen de cuanto podía servir de leña para calentarse y cocinar.

Aunque las fuerzas de que disponía Monluc se habían reducido ya a 2800 soldados de a pie y 300 de a caballo, la ciudad estaba bien fortificada y resistió a otro bombardeo en diciembre. La noche de Nochebuena, sus hombres rechazaron el asalto con escalas de dos mil alemanes. Sin embargo, a esas alturas debían de estar columbrando ya el final, ya que, apenas comenzada la segunda semana del mes de enero, Monluc se levantó de su lecho de doliente y, tras restregarse vino tinto en las mejillas con el fin de ocultar su palidez y ataviarse con sus mejores galas, se dirigió a las autoridades civiles de la plaza para instarlas a hacer caso omiso del ultimátum y las lisonjas del duque Cosme[9]. La operación nocturna encubierta que emprendió avanzado el mes no hizo sino subrayar el problema de las provisiones alimentarias. Con la intención de reducir el número de «bocas», salieron de la ciudad sin ser notados ochocientos alemanes con

la intención de unirse a Strozzi en la fortaleza de Montalcino. La acción fue costosísima, pues muchos fueron muertos de camino en una emboscada. Como era de esperar, las fuerzas que habían apostado en la región el Imperio y los Médicis superaban con creces en número a las francesas, que se hallaban dispersas y no iban más allá de los cinco mil soldados de infantería y unos cuantos cientos de jinetes. La guerra, entre tanto, había reducido el interior rural de Siena a un erial en el que los perros hambrientos que revolvían los restos en busca de algo que echarse a las fauces mordisqueaban los cadáveres humanos[10].

Con Cosme —pues era él, y no los emisarios de Carlos V, quien tenía potestad para negociar a esas alturas— se empezó a hablar en serio de capitulación poco después del 10 de marzo, aunque tal cosa no supuso tregua alguna en los empeños en expulsar de Siena a las bocas improductivas. Los sitiadores hacían volver a la ciudad a los desterrados en escenas por demás desagradables. Los embajadores, entre tanto, entraron en tratos e hicieron una serie de promesas. La noche del 5 al 6 de abril, en virtud de un acuerdo secreto al que había llegado con el marqués de Marignano, Monluc salió de la ciudad con un grupo nutrido de exiliados republicanos de Florencia y rebeldes del Imperio, carne de cadalso todos ellos[11]. Cosme firmó el documento de rendición el 17 de abril, y cuatro días más tarde abandonó Siena lo que quedaba de las tropas francesas. Con ellos partieron 242 nobles con sus familias y un grupo de 435 ciudadanos armados, también acompañados de los suyos y de sus criados[12]. Marcharon hacia la modesta plaza fortificada toscana de Montalcino, en donde se había asentado la República Sienesa en el exilio, escoltados por un escuadrón de caballería y una compañía de la infantería imperial. De una población de unos veinte mil habitantes, sin contar los forasteros que habían acudido a la ciudad antes del sitio, quedaron en Siena unas seis

mil personas. Algunas habían muerto en combate, pero la mayoría había huido o había sido víctima del hambre.

Marigniano entró en la ciudad rendida al son de las trompetas y redoble de tambores, y rodeado de banderas y estandartes.

Las memorias de Monluc, sus *Commentaires*, que tal fue el título que les asignó, nos ofrecen el punto de vista de uno de cuantos vivieron el asedio desde Siena[13]. Las dictó cuando habían transcurrido más de quince años de los acontecimientos, y a despecho de la afectación y el engreimiento al que se abandona en ocasiones su autor, ofrecen detalles que no se conocían hasta entonces.

Si al llegar a Siena, o poco después, disponía de una guarnición de entre ocho mil y diez mil soldados, acabó el asedio con menos de mil ochocientos. Del resto, la mayoría murió en manos del enemigo, como les ocurrió a los mercenarios alemanes poco después de su partida y a otros que también pusieron pies en polvorosa. Durante las últimas semanas del asedio, la ración diaria de Monluc consistía en una pieza pequeña de pan de unos doscientos cincuenta gramos, un puñado de guisantes hervidos, algo de panceta y malvas, planta frondosa de tallo velludo; esto nos permite imaginar lo que debió de ser la alimentación de la mayoría de los sieneses. Monluc vio a personas caer muertas en las calles por causa del hambre.

En lo tocante a la expulsión de las bocas ociosas de la ciudad, su postura era tan severa como la de Strozzi. Cuando, en algún momento posterior a la primera semana de enero de 1555, se le otorgaron poderes dictatoriales durante un mes, puso manos a la obra junto con una comisión de seis hombres y elaboró una lista de los «improductivos» con al menos 4400 nombres. El abominable cometido de la expulsión recayó sobre un caballero de la Orden de Malta y un contingente de entre veinticinco y treinta soldados. Acorralaron a los indeseables por grupos y lle-

varon extramuros a aquellas gentes vociferantes y gemebundas. Casi todos eran menesterosos «que vivían del sudor de su frente». Monluc reconoce que jamás llegó a contemplar semejante sufrimiento. Al parecer, los soldados enemigos los hicieron volver una y otra vez a la ciudad a patadas, garrotazos y estocadas, y aquel ir y venir despiadado y sangriento duró ocho días. Las víctimas lucharon por subsistir comiendo hierba y otras plantas, aunque al final murieron tres cuartas partes de ellos, de hambre o a manos de los sitiadores, y en algunos casos después de perder orejas y narices. Los que sí lograron sobrevivir y escapar, conforme a la relación de Monluc, fueron en su mayoría mujeres a las que habían tomado los soldados por la noche «para solaz propio» y habían dejado huir a continuación. «Tales son las consecuencias de la guerra. Por frustrar los designios del enemigo, nos vemos forzados a veces a ser crueles. Por ello ha Dios de tener piedad de los varones de mi condición [o sea, los soldados], culpables de tantos pecados y causa de tantas miserias y padecimientos».

Asegura —y su afirmación está avalada por la experiencia vivida en los campos de batalla de Europa— que los soldados de Marignano también sufrieron por la escasez de alimentos. Es de sospechar que lo que quiere decir es que conocieron momentos de privación. El pan les llegaba de lejos. Las caravanas de mulas que transportaban las provisiones de Florencia y otros puntos tardaban cinco o seis días en alcanzar las líneas de combate, y era frecuente que el mal tiempo y los errores retrasasen la entrega. Los campos estaban asolados y los molinos derruidos en cuarenta metros a la redonda de Siena. No había forraje para los caballos, y las unidades de caballería estaban paralizadas. Las pocas monturas que quedaban para uso de los altos oficiales se nutrían con pasto que había de transportarse muchos kilómetros. Monluc es por entero creíble cuando afirma que el marqués de Marignano había perdido más de una tercera parte de

sus hombres —a causa de la deserción, las enfermedades y la muerte en combate— al terminar el sitio: la proporción se compadece por completo con las que se daban en las guerras de los siglos XVI y XVII. Hacía tiempo que los sieneses y los propios soldados de Monluc habían empezado a comerse a los animales de compañía y los que vagaban abandonados por la ciudad. Hasta las ratas se convirtieron en un bien preciado que se vendía a un precio nada desdeñable. «No hay nada en la naturaleza —concluye— que sea más terrible que la hambruna».

El impacto de los costes y los horrores superó al cabo al dique de Florencia, hostigado por las deudas, y en determinado momento del mes de enero de 1555 se dispuso a buscar la paz casi con tanto entusiasmo como los propios habitantes de Siena. Con todo, hubo de esperar a finales del mes de marzo para estar en posición de hacer fuerza en las negociaciones en grado suficiente para hacer cesar la lucha. Resultó que el acuerdo no gustó a Carlos V, quien tuvo la sensación de que se habían dado demasiadas concesiones a los perdedores, aunque Cosme supo defenderse declarando —con razón— entre otras cosas que el hambre y la espada habían matado a diez mil personas en Siena[14].

En Montalcino se instauró, con el apoyo de Piero Strozzi y los franceses, una República Sienesa que prolongó su existencia hasta la Paz de Cateau-Cambrésis de 1559, y en 1557 se entregaron formalmente Siena y sus territorios al duque Cosme.

Sancerre (1572-1573)[15]

Dieciocho años después de la batalla de Siena, en un momento devastador de las guerras de religión de Francia, llegó el turno de Sancerre, ciudad sita en lo alto de una colina que habría de sufrir un asedio aún más angustioso. Aquella plaza fuerte de los hugonotes se hallaba amurallada y se había conformado en torno a un alcázar, a orillas del Loira y a unos ciento ses-

enta kilómetros al oeste de Dijon. El sitio se produjo al final de una serie de matanzas que supuso la muerte de más de tres mil protestantes en diversos lugares de Francia. Sin embargo, los desmanes homicidas habían tenido su comienzo en París, el 24 de agosto de 1572, la víspera del día de San Bartolomé, con una carnicería en la que perdieron la vida unas dos mil personas.

Aquel otoño, Sancerre acogió a quinientos refugiados hugonotes entre hombres, mujeres y niños. Los católicos que quedaban en la ciudad pasaron a ser minoría. A finales del mes de octubre se presentó de improviso el señor De Fontaines, noble eminente de la región, con la esperanza de entrar en la plaza y hacerse con las riendas. Al negarse a prometer a los reformistas la libertad de culto, para lo cual adujo que no había recibido del rey tal potestad, le prohibieron el acceso, y él respondió que bien sabía lo que tenía que hacer. Había estallado la guerra: aún no habían transcurrido dos semanas cuando la ciudadela se vio obligada a repeler un ataque tempestuoso.

Temiendo un asedio, los habitantes de Sancerre comenzaron a evaluar sus provisiones alimentarias y otros recursos. El siguiente relato procede de una de las crónicas de primera mano más notables de la historia de Europa: la *Histoire mémorable de la ville de Sancerre*, de Jean de Léry, publicado en la ciudad portuaria protestante de La Rochela cuando todavía no hacía dos años del sitio[16].

Nacido en la población borgoñona de La Margelle, Jean de Léry (1534-1613) se hizo protestante a los dieciocho años y ejerció casi dos años (1556-1558) de misionero en Brasil, tal como refiere en su célebre *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil, autrement dite l'Amérique*. Más tarde, tras un segundo período de estudios transcurrido en Ginebra, regresó a Francia para predicar la palabra de Dios en calidad de pastor calvinista. Temiendo por su vida ante las matanzas de agosto de 1572, hu-

yó a Sancerre en septiembre para convertirse a continuación en uno de los dirigentes más destacados de la campaña de resistencia de los hugonotes.

Al estar los reyes de Francia entre los principales promotores de las guerras italianas (1494-1559), la península se trocó en escuela de artes bélicas de miles de hidalgos franceses, y las guerras de religión de Francia estuvieron, en consecuencia, acaudilladas por oficiales aguerridos en ambos lados de la brecha confesional. A Sancerre le sobraban en noviembre de 1572, y a su número había que sumar el de trescientos soldados profesionales y el de otros trescientos cincuenta a los que estaban adiestrando en el uso de las armas. La ciudad contaba asimismo con ciento cincuenta productores de vino de segunda dispuestos a hacer las veces de soldados de la guardia, y además, con las murallas defensivas que la envolvían. En el punto culminante de los enfrentamientos, la guardia nocturna dispondría incluso de cierto número de mujeres arrojadas armadas con alabardas, espontones y barras de hierro. Para ocultar su sexo, se tocaban con sombreros o cascos al objeto de esconder los largos cabellos[17].

Desde el mes de noviembre, los campos que rodeaban Sancerre fueron testigo de escaramuzas tan frecuentes como sangrientas, provocadas en su mayoría por los defensores hugonotes, que protagonizaban salidas denodadas a fin de combatir al enemigo, incautarse de provisiones o acopiar víveres para el sitio que se avecinaba. Llegado el mes de diciembre, estaban robando grano y ganado en incursiones nocturnas. La noche del 1 al 2 de enero, por ejemplo, irrumpieron en una aldea de los alrededores y regresaron a la plaza con «el sacerdote del lugar hecho preso y cuatro carros cargados de trigo y vino, amén de ocho bueyes y vacas con que alimentar a la ciudad[18]». Estas expediciones se sucedieron durante todo el invierno, aunque se hicieron más cruentas, menos frecuentes y más peligrosas a medida

que estrechaban su cerco en torno a Sancerre unos ejércitos reales cada vez más nutridos. Entre tanto, en la ciudad se habían desatado las disputas internas por los desacuerdos provocados por la multitud de refugiados; las blasfemias de los soldados, que ofendían a los hugonotes, y el orgullo de los oficiales rivales.

A finales del mes de enero, las fuerzas enemigas que se aglomeraban en torno a la base del «monte» de Sancerre ascendían a unos 6500 soldados de infantería y más de quinientos jinetes, sin contar con los caballeros voluntarios y otros combatientes de los alrededores. Llegado el 11 de aquel mes, las gentes de la ciudad habían resuelto en asamblea general «que era necesario enviar extramuros a los pobres, cierto número de mujeres y niños y todos aquellos que no sean aptos para otra cosa que comer[19]». Sin embargo, los varones a los que se asignó tan repugnante encomienda omitieron llevarla a término, «en parte por haber cedido al clamor que tal medida desencadenó, y por consiguiente no se puso a nadie al otro lado de las puertas de la ciudad». Esto constituyó, al decir de Léry, un craso error, porque a la sazón, los indeseables podrían haber partido a donde hubiesen deseado; «lo que habría evitado la gran hambruna… que tanto sufrimiento causó» más tarde.

Los de Sancerre ni siquiera se molestaron en responder al llamamiento a la rendición que formuló el gobernador regional el 13 de enero. Claude de la Châtre los informó de que la hueste allí congregada tenía por misión subyugar la plaza conforme a las órdenes del rey; motivo por el que sus hombres y él comenzaron a atrincherarse en serio, para lo cual crearon una red de zanjas y fortificaron las casas del pueblo de Fontenay, al pie de la altísima Sancerre. A principios de febrero reunieron piezas de artillería y comenzaron de inmediato a batir un día tras otro el fortín de los hugonotes. En los cuatro días que fueron del 21 al 24 de febrero, la ciudad recibió más de 3500 cañonazos. Léry

habla de «una tormenta» de bombas, escombros y cascotes de casas y muralla que «atestaban el aire como moscas». Aun así, murieron muy pocas personas —por obra de Dios, opina—, para gran pasmo de los atacantes[20].

Aquel fue, al decir de Léry, un invierno glacial en el que no faltaron la nieve ni el hielo, y los hugonotes dieron gracias al Señor por ello, ya que para nadie fue más inclemente que para los soldados enemigos acampados. La Châtre, sin embargo, ya estaba haciendo minar los muros con la intención de poner explosivos y abrir brecha en ellos.

Los comentarios que hace nuestro autor sobre el clima resultan reveladores. En la Europa de aquel tiempo imperaba en las plazas atacadas el convencimiento casi universal de que el simple paso del tiempo destruía a los sitiadores por obra del hambre, las incomodidades, las enfermedades y la deserción. Las sórdidas condiciones en que vivían los mercenarios los hacían propensos a morir por la desnutrición, las heridas y las dolencias, y la de convertirse en prófugo se volvía una solución muy tentadora; sobre todo cuando los que huían lo hacían por parejas o en grupos reducidos. Si había algo seguro era que, aún cuando la hueste sitiadora podía comenzar la campaña con dinero en los bolsillos, a medida que pasaban las semanas, este se agotaba y aumentaba más y más lo que tenía de seductor el hecho de abandonar el ejército. Por lo tanto, cuando no se hallaba negociando capitulaciones, no había nada más esperanzador para la ciudad cercada que resistir cuanto fuera posible hasta que la desesperación empujara a desertar a los restos maltrechos de las unidades de asedio. Así y todo, para hacer tal cosa, la plaza hostigada debía disponer de amplias reservas alimentarias.

Los de Sancerre, alertados por un cautivo, sabían que debían esperar y repeler un asalto de envergadura el 19 de marzo, y también que estaría precedido por una serie de explosiones de minas y por un feroz bombardeo. Lograron rechazar el ataque,

y la descripción de Léry se detiene fugazmente en una niña que había estado trabajando a su lado, acarreando tierra para las defensas de la ciudad, cuando la alcanzó una bala de cañón que la destripó ante sus ojos: «los intestinos y el hígado le reventaron por entre las costillas[21]». Murió en el acto, y si él mismo sobrevivió fue, a su decir, porque así lo quiso Dios. Los defensores perdieron a 17 soldados además de a la niña; pero las bajas del enemigo ascendieron a 260 muertos y unos doscientos heridos.

Aunque los bombardeos no cesaron, nunca se perdió un gran número de vidas entre los vecinos de Sancerre. Cuando los realistas erigieron al lado de las murallas dos estructuras imponentes dotadas de ruedas y guarnecidas con arcabuceros que, desde lo alto, disparaban a los sitiados apostados en los adarves, los soldados hugonotes salieron en grupos por la noche para incendiarlas sin ser vistos. En los numerosos enfrentamientos armados que se dieron, y a fin de mantener la unidad y no dejar decaer la moral, los sitiados cantaban himnos y enarbolaban con ellos su inclinación evangélica. Sin embargo, durante todo este tiempo se iba configurando, poco a poco y en silencio, un enemigo cuya mortalidad sería mayor que la de los cañonazos diarios de los realistas. Estaba tomando forma en torno a las menguantes reservas alimentarias de la ciudad. Había vino a espuertas, pero la carne de cerdo y de ternera, el queso y —por encima de todo— la harina se estaban agotando y adquiriendo precio de oro.

Los de Sancerre enviaron mensajeros a las comunidades protestantes del Languedoc a fin de solicitar ayuda militar; pero los hugonotes de allí también estaban en guerra. Poco a poco, y haciendo frente a los gritos estentóreos de queja, el ayuntamiento se vio obligado a requisar todo el trigo que seguía en manos privadas y almacenarlo en un depósito comunal para hacer pan para el municipio.

Entre marzo y abril mataron y guisaron los burros y los mulos de que se servían para acarrear peso por la empinada subida de más de 360 metros que presentaba la colina en que se asentaba la ciudad, hasta habérselos comido todos al final del segundo mes. Más adelante, al prolongarse el sitio, tuvieron ocasión de arrepentirse de haber acabado con las bestias de carga con tan goloso abandono. En mayo comenzaron a matar caballos después de que el concejo determinase que debían descuartizarse para venderse en las carnicerías. Se fijaron los precios por debajo de lo que habrían permitido las férreas tenazas de la oferta y la demanda; pero entre julio y agosto, cuando Sancerre comenzó a ir a la quiebra, se elevaron por los aires los precios de esta carne, incluidos los de la cabeza y las vísceras. Según refiere Léry, la mayoría opinaba que era preferible a la de burro o mulo, y que sabía mejor hervida que asada. Lo más seguro es que su relato, por lo común objetivo, presentara aquí pinceladas de humor negro.

A continuación llegó el turno de los gatos, «y bastaron quince días para que se diera cuenta de todos ellos[22]». Por supuesto, los perros «no corrieron mejor suerte… y se comieron con igual desembarazo con que se consumía el cordero en otro tiempo». También su carne se puso a la venta, y Léry ofrece una relación de precios al respecto. Había quien los ingería enteros asados, aderezados con hierbas y especias. «Los muslos de los de caza resultaban especialmente tiernos, y recordaban al lomo de liebre». Fueron muchos los que «se dieron a cazar ratas, topos y ratones». Los niños pobres sentían particular predilección por estos últimos; los «hacían al carbón, las más de las veces sin quitarles el pellejo ni las vísceras, y más que ingerirlos, los devoraban con inmensa avidez. No había cola, pata o piel de rata que no sirviera de alimento a una multitud de menesterosos atribulados».

El 2 de junio se tomó la decisión de expulsar a algunos de los pobres de la ciudad, aunque su número se había reducido ya por el hambre y la enfermedad. Aquella misma noche, «partieron de la ciudad unos setenta por propia voluntad[23]». La ración esencial se redujo a un cuarto de kilo de pan diario por persona, fuera cual fuere su posición o condición social, y aún en el caso de los soldados. Ocho días más tarde, había disminuido a la mitad, y a continuación, a medio kilo semanal, hasta que, a finales de junio, se agotaron las reservas de harina.

Sin embargo, la imaginación de los famélicos habitantes de Sancerre los llevó a encontrar más alimento del que jamás hubieran podido soñar en el pellejo de «bueyes, vacas, ovejas y otros animales», que una vez lavados, restregados y raspados podían hervirse con paciencia o aún «asarse en la parrilla como callos». Había quien, añadiendo un tanto de grasa a la piel, elaboraba «fricasé o estofado, en tanto que otros la preferían en vinagreta[24]». Léry llega a detallar el proceso que hay que seguir antes de cocinarla, y señala, por ejemplo, que el cuero de becerro resulta «tierno y delicado» hasta un extremo insólito. El de las especies más comunes «se vendía como callos en los puestos del mercado», y a un precio nada baladí.

Con el tiempo, los sitiados comenzaron a comer «no solo pergamino, sino cartas, títulos de propiedad y libros impresos y manuscritos», que hervían hasta que quedaban glutinosos y podían «hacerse en fricasé como si fueran callos». La búsqueda de alimento, sin embargo, no acababa aquí: además de las pieles de los tambores, aquellas gentes hambrientas acabaron por comer las partes más duras de las pezuñas de caballos, bueyes y otros animales; piezas de guarnición y otros objetos de cuero; huesos viejos recogidos de la calle, y cualquier cosa que tuviera «una pizca de humedad o gusto», como malas hierbas y arbustos. Los de Sancerre montaban guardia en el jardín por las noches.

Con todo, el hambre no se detenía, y derribaba a su paso una barrera tras otra. Los sitiados se echaban a la boca paja y sebo de vela, y molían las cáscaras de los frutos secos para hacer con ellas algo semejante a pan. Hasta llegaron a reducir a polvo pizarra para hacer una pasta mezclada con agua, sal y vinagre. Los excrementos de quienes comían malas hierbas eran como estiércol de caballo, y Léry asegura, implorando ser creído por sus lectores y aludiendo a las lamentaciones de Jeremías: «Doy fe de que se recogían heces humanas con el fin de consumirlas» paladares que en otro tiempo habían degustado manjares delicados[25]. Había quien comía excremento de caballo «con gran avidez», y quien recorría las calles en busca de «toda clase de inmundicia» cuyo «solo hedor bastaba para intoxicar a quienes la tocaban, por no hablar ya de quienes se la echaban a la boca».

El último estadio fue el del canibalismo, aunque debió de darse antes de lo que pudo saber Léry[26]. Él aborda este asunto citando ante todo el capítulo 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio, que hablan de asediados a los que el hambre empuja a usar de alimento a sus propios hijos, y a continuación añade que los vecinos de Sancerre «vieron perpetrar este crimen prodigioso… dentro de sus murallas. Ello es que el 21 de julio se descubrió y confirmó que un viñador por nombre Simon Potard, su esposa Eugene y una anciana que con ellos vivía, llamada Philippes de la Feuille y conocida también como *l'Émerie*, habían dado cuenta de la cabeza, los sesos, el hígado y las entrañas de su hija de unos tres años, muerta de hambre y languidez[27]». Él vio lo que quedó de su cadáver, incluidos «la lengua cocida, un dedo» y otras partes que estaban a punto de comerse cuando los descubrieron de improviso, y no se abstiene de enumerar cuantas partes de aquel cuerpo diminuto había metidas en la olla, «mezcladas con vinagre, sal y especias, listas para guisarse al fuego». Aunque había visto a los «salvajes» de Brasil «co-

merse a sus prisioneros de guerra», nada antes le había causado semejante impresión.

El matrimonio y la anciana confesaron de inmediato tras ser arrestados, aunque juraron no haber matado a la criatura. Potard aseguró que la idea se la había dado L'Émerie. Él había abierto el saco de lino que envolvía el cuerpo de la chiquilla para desmembrarla y echarla a la cazuela. Su esposa insistía en haberlos encontrado guisándola. No obstante, el día mismo de su detención, los tres habían recibido una ración de sopa de hierbas y vino que las autoridades juzgaron suficiente para mantenerlos durante aquella jornada.

Al investigar la vida del matrimonio Potard, el concejo supo que se habían granjeado cierta reputación de «borrachos, tragones e inhumanos con sus otros», a lo que se sumaba que habían convivido amancebados antes de desposarse. De hecho, se descubrió que habían sufrido expulsión de la Iglesia reformada, y que el cabeza de familia había matado a un hombre. La autoridad municipal actuó entonces de forma expeditiva: a Simon lo condenaron a la hoguera; a su esposa, a la horca, y a la anciana, que había muerto en prisión al día siguiente del arresto, la exhumaron para quemarla.

En caso de que algún lector pudiera pensar que tales condenas pecaban de severas, Léry deja claro que «cumple considerar el estado al que se había visto reducida la ciudad de Sancerre, y las consecuencias que podría haber acarreado el no imponer una pena rigurosa a quienes habían consumido la carne de aquella criatura», aún estando ya muerta. «Pues era de temer (y de esto ya hemos visto indicios) que el hambre, cada vez más atroz, acabase por empujar a los soldados y al pueblo no ya a devorar los cadáveres de quienes han muerto por causas naturales, en el campo de batalla o por otro motivo, sino a matarse unos a otros por tener alimento[28]». A esto añade que quien no ha conocido el hambre no puede entender adónde puede llevar-

nos, y a este respecto refiere un diálogo curioso: Cierto habitante de Sancerre le había preguntado famélico si sería obrar mal y ofender a Dios comerse las nalgas de alguien recién muerto, sobre todo por tratarse de una parte del cuerpo que él juzgaba «tan hermosa». La cuestión le pareció «odiosa», y no pudo menos de responder al punto que tal acto convertiría en una bestia a quien lo hiciera.

Entre tanto, se había producido otra purga de indigentes. Muchos de ellos habían sufrido expulsión en el mes de junio, aunque, tal como cabía esperar, los sitiadores les impidieron acceder a las trincheras: tras matar a algunos y herir a otros —de los cuales debieron de mutilar sin duda el rostro de unos cuantos—, hicieron volver al resto a varazos. Dado que también tenían vedado el acceso a la ciudad, aquellos desterrados subsistieron un tiempo tomando aquí y allá yemas de vid, malas hierbas, caracoles y babosas. Al final, «la mayoría pereció entre las trincheras y el foso». Con todo, el interior de la ciudad tampoco ofrecía garantía alguna: allí también morían las gentes, tanto en los hogares como en las calles, y «sobre todo los niños de menos de doce años», cuyos huesos en ocasiones «les punzaban la piel[29]».

A finales del mes de junio iban a oírse murmullos cuando los más famélicos alzaron la voz para pedir la rendición de Sancerre. La ciudad, sin embargo, se hallaba sometida a la intransigencia de los fanáticos religiosos, a los más acomodados y a los militares, y en consecuencia, los descontentos recibieron órdenes de acallar sus protestas o abandonar la plaza si no querían que los arrojasen desde lo alto de sus altísimas murallas. Sancerre era una isla en un vasto territorio de católicos hostiles, y aún así, los que más hambre sufrían no dejaron de salir furtivamente de sus confines y pasarse al enemigo por más que acechara la muerte, ya que, de cualquier modo, la amenaza también era constante en aquella fortaleza amurallada. En una fecha tan tar-

día como la del 30 de julio desfilaron por las calles 75 soldados para dar testimonio de su voluntad de resistir «en defensa de la Iglesia [verdadera]»; aunque lo cierto es que no pasaban de ser una minoría, dado que a esas alturas Sancerre seguía contando con al menos otros 325 soldados. Entonces, el 10 de agosto, desesperados y afectados por los rumores relativos a las pérdidas sufridas por los hugonotes en otras partes de Francia, los capitanes de la guarnición anunciaron que el ejército estaba dispuesto a capitular, y que sus hombres preferían morir por la espada a sucumbir de hambre. El debate entablado en el concejo encendió las pasiones: estallaron las diferencias, se enardecieron los ánimos y se desenvainaron espadas y dagas; pero al día siguiente imperó, al cabo, el sentido común.

Las negociaciones informales que ya se habían emprendido con el enemigo revelaron que el comandante del sitio, La Châtre, tenía intención de perdonar la vida a todos los derrotados. Las conversaciones duraron más de una semana. Los campos que rodeaban Sancerre eran un verdadero yermo en cincuenta kilómetros a la redonda. Al final se fijaron y aprobaron las condiciones de la rendición el día 19[30].

En medio de un clima diferente y de acuerdo con el nuevo mandato del rey, los de Sancerre podían conservar su culto calvinista. Se respetaría el honor y la castidad de sus mujeres, así como el pleno derecho de los ciudadanos sobre todos sus bienes y propiedades inmuebles, y no habría confiscaciones. Sin embargo, los rendidos habrían de hacer frente a una sanción de 40 000 libras que serviría de pago al ejército sitiador. Dado que semejante suma acarrearía la ruina a las familias acomodadas, se concedió a los habitantes la amarga potestad de vender, enajenar o disponer de la cantidad de bienes que estimaran oportuna.

El 20 de agosto comenzaron a llegar pan y carne del exterior, y en el trasiego de gentes que se produjo, Léry fue el primer va-

rón al que se dejó salir de Sancerre. Pese a haber ejercido de representante de los asediados durante las negociaciones, se le proporcionó un pase especial y una escolta de varios soldados por temer La Châtre que pudiese ser atacado a causa de su oficio de pastor protestante. Además, se decía en las filas del enemigo que había sido él quien había enseñado a los de la ciudad a subsistir con cuero y pieles. Lo siguieron en su marcha los soldados hugonotes, acompañados algunos por sus esposas y sus hijos.

Aunque parece ser que había ofrecido de buena fe las citadas condiciones de rendición, La Châtre tuvo que salir a la carrera hacia Polonia a fin de hacer frente a una misión real, y dadas las furias que imperaban en aquella época, iba a ser punto menos que imposible para los ministros del monarca garantizar su cumplimiento. El odio era intenso, y Sancerre presentaba no pocas ocasiones de rapiña.

Sacerdotes y monjes entraron en la ciudad a finales del mes de agosto, y los católicos comenzaron a desmantelar murallas y puntos defensivos[31]. Retiraron el reloj de la ciudad, las campanas «y todos los demás signos» de una municipalidad concurrida, con lo que redujeron en efecto a Sancerre a la condición de mero pueblo. Muchas casas, y en particular las que estaban vacías, sufrieron asalto y quedaron sin un solo mueble. Con el tiempo, todo aquel que quiso abandonar la ciudad hubo de pagar rescate, y quienes permanecieron en ella, pese a haber sufrido confiscación de algunas de sus posesiones, tuvieron que abonar unas tasas especiales que los dejaron, a la postre, casi en la indigencia. Asimismo, se reprimió en su momento su credo. La suerte que habría de correr el calvinismo en Francia empezó a cobrar forma en París, La Rochela, Ruan y otras ciudades.

La publicación de las memorias de Léry transformaron el sitio de Sancerre en un acto de resistencia legendaria, sobre todo entre los hugonotes; pero la extraña alimentación con que trató

de paliarse aquella hambruna intrigó a cuantos tenían conocimiento de ella. ¿De veras habían comido polvo de pizarra? Algunas de las afirmaciones del pastor parecían superar los límites más extremos de la imaginación. París habría de aprender aún un par de cosas de las recetas de Léry.

Dada la premura con que dio su obra a la prensa nuestro hugonote, es probable que haya en ella momentos de exageración y aún de ficción, en particular respecto de la escala de los bombardeos a que fue sometida la ciudad. No obstante, los rasgos generales que presenta del asedio, y de los atroces mecanismos del hambre, concuerdan del todo con las consecuencias que se daban en los cercos de los siglos XVI y XVII.

París (1590)[32]

La ferocidad de los enfrentamientos religiosos podía hacer que se prolongaran las guerras, pero no alterar su naturaleza técnica. Otro tanto cabe decir de los sitios, tal como pone de manifiesto el dogal que se puso en torno a París durante la primavera y el verano de 1590.

Las guerras de religión de Francia se habían trocado a la sazón en un conflicto relativo a la cuestión del linaje de los príncipes, ya que el año anterior habían asesinado a Enrique III, y Enrique de Navarra, pretendiente legítimo del trono, era protestante. Sin embargo, los integrantes de las casas de Guisa y de Borbón, y los caudillos de la poderosa Santa Liga, parecían estar dispuestos a dar la vida antes que permitir que accediera a la corona. Y bien podría haber sido así, a juzgar por la guerra que movió contra ellos como Enrique IV y al mando de un ejército de veinte mil soldados.

El rey, quien no hacía mucho había salido vencedor en Ivry y Mantes, acaudilló a su hueste hasta las afueras de París en abril de 1590 con la intención de cercarla y declarar el bloqueo. No iba a ser sencillo, pues aún disponiendo de entre tres mil y cin-

co mil jinetes, el cerco que se había propuesto abarcaba unos cincuenta kilómetros, por no hablar de los problemas que suscitarían los empeños en patrullar la región por la noche, la aceptación de sobornos por parte de los soldados y la tenaz resistencia de los parisinos. Enrique cortó el tráfico por el Sena disponiendo su artillería en una y otra margen del río y en diferentes puntos de su recorrido a fin de frustrar cualquier intento de usar sus aguas para hacer llegar víveres a la ciudad.

Los 220 000 habitantes de París se prepararon para resistir. Las reservas de trigo solo daban para un mes, y las de avena se reducían a unos mil quinientos toneles de gran tamaño. Dado que los alimentos se encarecieron de manera vertiginosa casi de inmediato, se asignó a ciertas panaderías de diversas partes de la ciudad el cometido de vender pan a los pobres a precios reducidos. Se contrató enseguida a tres mil lansquenetes para que ayudasen a dirigir la defensa; se derruyeron numerosas construcciones de la periferia a fin de privar de protección al enemigo, y el duque de Nemours, al mando de la salvaguardia de la plaza, distribuyó 65 piezas de artillería a lo largo de las murallas para responder a los fuegos del rey Enrique. Desesperadas por prolongar la defensa, las autoridades ordenaron a continuación la expulsión de «trescientos mil campesinos, bocas improductivas y mendigos, gentes de las que podría decirse que habían entrado en la ciudad obligadas por el enemigo», conforme a la declaración de cierto testigo del episodio[33]. Sin embargo, omitieron supervisar a los encargados de llevar a cabo esta misión, que se limitaron a no hacer nada para después recurrir a pretextos como «el honor y la grandeza» de París, a pesar, según el mismo testimonio, «de que en todas las demás ciudades bien administradas es común tal práctica en ocasiones semejantes». De resultas de este hecho, París no iba a tener que esperar mucho para sufrir una aguda escasez de alimentos.

Las incursiones, las escaramuzas, los robos y los bombardeos se convirtieron en el amargo pan de cada día de la periferia y los campos aledaños. Con el paso de los meses de mayo y junio, la falta de dinero con que pagar a los soldados y comprar provisiones se tradujo en acritud y en penurias en ambos lados. Las tropas de Enrique, cuyo atuendo se fue trocando en harapos, pasaban hambre de manera ocasional, y dentro de la ciudad, los nobles, los ricos y los diversos embajadores extranjeros y obispos provinciales tuvieron que rascarse el bolsillo a fin de pagar a los soldados a los que se había contratado para la defensa de la plaza. Los párrocos de las iglesias hubieron de donar la plata de la que pudiesen prescindir, también para costear los salarios y provisiones de boca de los mercenarios. Bernardino de Mendoza, legado diplomático de España, ofreció a diario calderadas de gachas de salvado de avena a más de dos mil pobres vergonzantes o respetables, en tanto que las órdenes religiosas, de los capuchinos a los jesuitas, tuvieron que avenirse, a regañadientes, a dejar que las autoridades comprobaran e hiciesen inventario de sus reservas de alimento[34]. Este hecho, sin embargo, no minó su disposición a tomar las armas frente al «herético» pretendiente del trono.

Pese al triste renombre que adquirieron los sitios de Sancerre y Siena, todo apunta a que su ejemplo había caído en saco roto, siendo así que no hubo ciudad europea de relieve —a excepción, tal vez, de Turín en 1706— que almacenase el alimento suficiente para lograr la resistencia planificada de la autoridad local ante la inminencia de un cerco prolongado. Y la escasez de fondos públicos fue siempre el motivo fundamental de esta falta. Los ingresos urbanos no bastaban para hacer frente a los cargos, pues la base imponible era demasiado exigua y porosa; la deuda constituía una posible barrera, y los pudientes podían llegar a consentir en dedicar solo una cantidad modesta, y no más, a alimentar a los necesitados.

En julio, tras habérselas compuesto para conseguir más fondos y a despecho de la disconformidad de sus harapientos soldados, Enrique IV pudo añadir a sus fuerzas de asedio dos mil infantes gascones y ochocientos jinetes a fin de estrechar el dogal tendido en torno a la capital[35]. El 9 de julio, sus hombres tomaron un sector relevante de la periferia y la guarnición de Saint Denis, perteneciente a la Santa Liga, en donde había quedado anulada toda resistencia por efecto de la hambruna. Esta última fue la fuerza determinante en aquella campaña, y no los cañones de asedio de Enrique IV, demasiado diseminados, alejados de los objetivos importantes e incapaces de provocar ningún daño serio en el interior de la ciudad.

Las multitudes famélicas de París habían comenzado sus lamentaciones entre diez y doce días después del comienzo del asedio; a principios, pues, del mes de mayo. La minoría gobernante dispuso enseguida que debían contrarrestar su angustia con procesiones religiosas, plegarias públicas ofrecidas durante toda la noche y oficios especiales en las parroquias. Cuando el hambre se exacerbó, el pueblo siguió confiando en la compensación que ofrecían estas letanías y rituales. Cierto testigo anónimo nos informa de que el embajador Mendoza, uno de los pilares con que contaba en París la Santa Liga, «hizo acuñar monedas de dos céntimos y medio con las armas de España y arrojarlas a puñados a las multitudes que se agolpaba en los cruces, y que por ello gritaba: "¡Que viva el rey de España!"[36]». A fin de reforzar la resistencia, el cardenal Gondi, legado papal en París, comenzó a brindar generosas indulgencias y remisiones de pecados.

Los más fanáticos, entre tanto, hubieron de pasar no poca vergüenza. Cuando se dio orden al colegio de los jesuitas de abrir su almacén de alimentos para poder hacer inventario de su contenido, el rector recurrió al legado papal para solicitar una exención. El presidente de la sociedad de mercaderes no dudó

en enfrentarse a aquel con la siguiente objeción: «¿Y por qué iban a estar dispensadas vuestras mercedes de esta visita? ¿Acaso valen más sus vidas que las nuestras?»[37]. Sus palabras aplacaron al religioso, y las autoridades pudieron descubrir así que los jesuitas tenían trigo y bizcocho suficientes para un año cuando menos. Sus despensas contenían «también una gran cantidad de carne salada que habían hecho secar de este modo para conservarla mejor, por más que en su casa había más víveres que en las cuatro mejores de París». De hecho, al decir de quien de esto informa, todas las comunidades religiosas de la ciudad tenían bizcocho para al menos un año: «hasta los capuchinos, de los que se dice que no viven de otra cosa que de lo que se les da a diario, y que nada guardan para mañana por preferir repartirlo entre los pobres, estaban bien aprovisionados; cosa que maravilló a muchos».

Una vez que se obtuvo la ayuda de los monasterios para avituallar a los hambrientos, las autoridades analizaron la situación de los pobres y hallaron dos grupos de familias: había 7500 que, teniendo algún dinero, carecían del suficiente para comprar pan, y 5000 que ni siquiera poseían eso. El clero se avino a alimentar una vez al día, durante un período de quince, a los que se encontraban en la miseria absoluta y a auxiliar económicamente al resto para que pudiesen comprar cuatrocientos gramos diarios de pan, también durante medio mes. Sin embargo, el pan económico iba a llevar impresas «las armas de la ciudad»; lo que significa que se esperaba de los pobres que estuviesen asimismo agradecidos al concejo que gobernaba París.

Y aquí topamos de pronto con el tema de los animales de compañía de la ciudad. Todos los menesterosos —los mismos que estaban a punto de recibir las citadas limosnas— recibieron orden de llevar sus perros y sus gatos a determinado almacén tres días antes del comienzo de la distribución de víveres. «Entonces se mató a cierto número de ellos para guisarlo en gran-

des calderos con hierbas y raíces… y se distribuyó entre los pobres la sopa resultante. A cada uno de ellos se le dio una porción de carne de perro y de gato, amén de una onza [treinta gramos] de pan, en tanto que los menos pobres recibieron una libra [cuatrocientos gramos] de pan corriente a treinta céntimos la pieza mientras hubo existencias, y a continuación bizcocho a cuarenta céntimos la libra. Expirados los cuarenta días, se exoneró a los eclesiásticos de sus obligaciones respecto de este asunto[38]».

Aunque este relato poco entusiasta sale de la pluma de un observador que simpatizaba poco con el rey Enrique y se mostraba crítico con la Santa Liga, lo cierto es que no distorsiona en nada el resumen de los acontecimientos. Había llegado el mes de julio, y París se hallaba angustiada por una crisis existencial.

Se envió a una serie de intendentes policiales a las murallas para que se reunieran con los subordinados civiles del rey Enrique para «rogar con encarecimiento a su majestad que permitiera la salida de la ciudad de algunos de los menesterosos». El monarca rechazó la petición y declaró que «no debía salir una sola persona». Más tarde, sin embargo, persuadido por cuanto había visto y oído, autorizó el traslado de tres mil habitantes, si bien al final fueron unos cuatro mil los hambrientos que lograron conformar, a empellones, parte de este grupo. Los sitiadores hubieron de recurrir a la violencia para restañar la sangría de refugiados.

Pedro Cornejo (o Pierre Corneio), español residente en la capital de Francia y partidario acérrimo de la Santa Liga, informa de los sufrimientos de los «ricos acomodados», quienes habían tenido que cambiar las «carnes delicadas» que solían comer con «pan de avena, burro, mulo y caballo, alimentos que, además, se daban poco y eran muy costosos[39]». A finales del mes de julio o principios del de agosto, a medida que se aceleraba el ago-

tamiento de las reservas alimentarias, «toda la gloria triunfal de la ciudad, sus hermosos tapices, las vajillas de plata, las joyas y piedras preciosas, los espléndidos carruajes, coches y caballos destinados al paseo de damas y caballeros se había cambiado… por las calderas de gachas, las malas hierbas cocidas sin sal y la carne de caballo, burro y mulo con las que subsistían a esas alturas aquellos pobres cristianos. Hasta las pieles de estos animales se vendían guisadas, y se comían con tanto apetito como si fueran las mejores viandas del mundo».

Los varones sobre los que recaía el mando de la ciudad prolongaron su lucha hasta la segunda semana de septiembre, de modo que cuando menos ellos y los mercenarios que los defendían tuvieron alimento suficiente para resistir las hostilidades de las tropas de Enrique IV. A esas alturas, sin embargo, habían sido víctimas del hambre muchos de los que en otro tiempo habían vivido bien, y semejante situación extrema estaba minando su voluntad de resistencia. Hacía mucho que habían desaparecido de aquel gran espacio urbano las malas hierbas y el césped, arrancadas para servir de sustento, y los jardines privados se habían visto despojados de su follaje si no se hallaban bajo la protección —cabe suponer— de hombres armados. Cuando reflexiona sobre las penurias que conocieron los ricos, Cornejo recuerda las memorias de Léry y la afirmación de que los de Sancerre habían llegado a consumir polvo de pizarra y piedra, y añade que en París se mezcló todo con vino. Con todo, «eran pocos y casi todos gentes armadas y soldados[40]».

Los más desfavorecidos, llorando por pan, estallaron en ruidosas manifestaciones callejeras; pero, dado que lo que querían solo podía obtenerse por medio de la capitulación ante Enrique IV, las autoridades los dispersaron brutalmente. El 9 de agosto acallaron otro levantamiento popular y acusaron a los participantes de herejes sediciosos. Los golpearon, los encarcelaron y pidieron rescate por ellos, además de colgar a algunos[41].

Las plegarias se multiplicaron en la ciudad, y también el número de muertos de inanición, en particular después de expirar los quince días durante los cuales brindó su ayuda el clero. «Había mañanas —asevera Cornejo— en que podían verse en las calles cien, ciento cincuenta y, a veces, hasta doscientos muertos de hambre[42]».

Semejante situación desembocó en horrores indecibles. El 15 de junio, el embajador español, que había sido testigo de una gran hambruna entre los soldados de su nación destinados en los Países Bajos en la década de 1570, presentó una propuesta singular al concejo de la ciudad. Pensando en el modo de obtener alimento para los necesitados, recomendó que moliesen los huesos de los muertos que yacían en el Cementerio de los Inocentes y mezclaran con agua el resultado para elaborar algo semejante al pan. Todo apunta a que nadie de cuantos oyeron la receta puso objeción alguna al respecto. Fue quizás en esta ocasión cuando Mendoza habló de un incidente reciente en el que los persas redujeron a quienes defendían un fortín turco a comer una sustancia «hecha de hueso pulverizado».

En consecuencia, cuando eran ya tantos los pobres de la ciudad que habían consumido guisos hechos con pieles, césped, malas hierbas, desperdicios, bichos, cráneos de perros y gatos y todo género de inmundicias, los parisinos comenzaron a comer los huesos de sus muertos en forma de pan. Se oían con insistencia noticias que hablaban de canibalismo. Nuestro testigo anónimo ofrece con gran detalle la historia de la dama parisina que, tras perder, pese a todas sus riquezas, a sus dos hijos por causa del hambre, los descuartizó y cocinó para comérselos[43]. El talante moral de la ciudad llevó a algunos varones a hablar abiertamente de la cuestión de la antropofagia. Pierre de l'Éstoile observa que «hacia el final [del asedio]… los más bárbaros… comenzaron a perseguir por las calles a niños y a perros… y tres de ellos acabaron, de hecho, devorados». Y asegura

haber oído sostener «a cierto católico de renombre… que había menos peligro [en lo tocante al más allá] en comerse a una criatura en tales circunstancias que en reconocer… a un hereje»; es decir: al rey Enrique.

Llevadas a tal extremo las ideas por los miedos y la furia de los de la Santa Liga, difícilmente cabía pensar en una decisión racional y en un posible entendimiento de los fanáticos con el monarca.

Dado que la ciudad parecía al borde del suicidio y los intransigentes religiosos seguían con las riendas en la mano, se hacía necesario que llegase pronto el final, y lo hizo por los vericuetos de la política internacional.

El rey de España, opuesto al «hereje» y amigo de los de la Santa Liga, había ordenado al duque de Parma, caudillo suyo, que avanzase con su ejército de Flandes hasta Francia para enfrentarse a las fuerzas de Enrique. De mala gana, puesto que se hallaba inmerso en las misiones, más propias de un Sísifo, que se le habían encomendado en el norte, el duque de Parma envió en un primer momento tres o cuatro mil hombres con orden de auxiliar al de Mayena, Carlos de Guisa, poseedor de una hueste de la Santa Liga demasiado exigua para retar a la que había acampada en torno a París. El de Parma pasó al fin a Francia a mediados de agosto, tras ceder ante una presión más insistente, al frente de un ejército de 14 000 soldados, y el día 23 se hallaba en Meaux, en donde se reunió con él el de Mayena con sus 10 000 infantes y 2000 jinetes. De la noche a la mañana, pues, Enrique IV se vio obligado a abrir el andrajoso dogal de 27 000 soldados que había dispuesto en torno a París, pese a que sus hombres no veían la hora de saquear la ciudad. Salió deprisa con la intención de entablar combate con el duque de Parma y la esperanza de vencerlo con rapidez y regresar enseguida al asedio. Al ver alejarse a sus soldados, los parisinos salieron corriendo de la ciudad para buscar qué comer, y quedaron pasmados al

ver que apenas había nada que encontrar, ya que toda la región, a muchos kilómetros a la redonda, «había quedado esquilmada por los cuatro meses de estancia del ejército sitiador[44]».

Enrique IV se dio cuenta de que había encontrado de sobra la horma de su zapato en el duque de Parma, vástago de una célebre casa papal (la de los Farnesio) y el mejor de los generales de sus días, célebre por no acudir al campo de batalla sino cuando las circunstancias le hacían pensar que podía hacerse con una victoria aplastante. En aquella ocasión no se produjo combate alguno, y llegado el primer día de septiembre, el rey hubo de convencerse de que tendría que renunciar al sueño de conquistar París. Sin embargo, dado que tenía aún en su bagaje dos mil escalas de asalto, no pudo menos de emprender un último intento desesperado de escalar sus muros. El día 9, los de la ciudad rechazaron el ataque que acometió entre las puertas de Saint Jacques y Saint Marcel. Su ejército topó con una espectacular línea de resistencia conformada por mil trescientos sacerdotes jesuitas armados, «y los terraplenes no tardaron en verse plagados de defensores resueltos[45]». El rey se retiró, y la ciudad pudo empezar a contar sus muertos. Años más tarde, tras su conversión pública al catolicismo (1593), Enrique obtendría la lealtad de la anhelada capital, y también de otras ciudades francesas.

En lo que duró el asedio murieron de hambre no menos de trece mil personas, aunque el número total de bajas debió de estar en torno a las treinta mil como mínimo. En términos generales, en los primeros tiempos de la Europa moderna, la proporción de habitantes de las ciudades que vivían precariamente, consideradas pobres o indigentes, era de entre el 18 y el 25 por 100, si no mayor. Una quinta parte de la población de la Florencia del siglo xv aparecía relacionada como *miserabile* en los registros fiscales de la ciudad. Lubeca y Hamburgo tenían entre un 20 y un 25 por 100 de sus gentes viviendo de ayudas públi-

cas en 1500, y en 1618, los funcionarios fiscales de Augsburgo colocaron al 48 por 100 de sus residentes en la categoría de los menesterosos. En los Países Bajos —y en el resto de las naciones europeas, tal como hemos visto— era muy probable que se gastara «la mitad de los ingresos de la familia pobre media» solo en comprar pan[46]. En nuestros días, en cambio, los pobres del Reino Unido dedican a su alimentación el 20 por 100 aproximado de lo que ganan, en tanto que en Estados Unidos este gasto representa en el ciudadano «medio» el 7 por 100 de sus ingresos[47].

Sin embargo, en el momento mismo en que se ponía sitio a una ciudad, los precios del pan y del resto de víveres se ponía por las nubes. Podían bastar una semana o dos para que se duplicara el número de pobres y se extendiera el hambre lo suficiente para trocar en mendigos a artesanos y burgueses atribulados. París, que poseía una población de 220 000 almas, se convertía durante un cerco en el terreno ideal para treinta mil víctimas mortales de resultas de la inanición, la desnutrición, la enfermedad y la violencia de los soldados apostados al otro lado de las puertas de la ciudad, adonde se aventuraban a pasar los más desesperados en busca de algo que llevarse a la boca.

Augsburgo (1634-1635)[48]

En septiembre de 1634, cuando comenzó a poner sitio a Augsburgo un ejército imperial, había muerto ya el rey Gustavo Adolfo: la francachela que había organizado en Alemania a lo largo de veintinueve meses cesó en el campo de batalla de Lützen, cerca de Leipzig, en noviembre de 1632. Tilly y Pappenheim también habían dejado este mundo, y Wallenstein, que fue asesinado a sangre fría en febrero de 1634.

En aquel tiempo, pues, habían desaparecido varios de los generales más brillantes de la guerra de los Treinta Años, conflicto que sería la tumba de muchos caudillos y de miles de nobles de

todas partes de Europa. ¿Cómo iba a ser menos que un matadero para las gentes de a pie? En 1635, Luis XIII había llevado a Francia a la guerra con la intención de poner la zancadilla a las ambiciones de los Habsburgo de Alemania y España ayudando a sufragar el ejército de mercenarios suecos, principal defensor de la causa protestante en Alemania y enemigo número uno de Fernando II, cabeza del Sacro Imperio Romano.

Augsburgo, que contaba unos 45 000 habitantes al comienzo de la guerra, había perdido más de 15 000 en el momento del asedio, víctimas de las malas cosechas generalizadas, la escasez y las enfermedades. Sin embargo haría falta tener muy poca imaginación para creer que los supervivientes habían acabado por acostumbrarse a sus enemigos. No; pero no tenían más remedio que armarse de valor y seguir afanándose, y lo cierto es que demostraron poseer unas reservas inmensas de humanidad.

La ciudad presentaba una marcada división entre ricos y pobres. La mayor parte de su población, conformada por modestos artesanos de la industria textil, vivía sumida en la economía de subsistencia y pasaba hambre cuando fracasaban las cosechas. Pasaban la vida con un ojo puesto en el tamaño de los panes, en las mudanzas del tiempo atmosférico y en la producción agrícola. Las revueltas del pan de enero de 1622 habían desembocado en el asalto y pillaje de panaderías, y el temor de que se produjeran alteraciones serias había llevado al concejo de la ciudad a hacer donativos ocasionales de grano.

Pese al predominio de que gozaba en la ciudad el protestantismo, los católicos habían gozado de cierta libertad de culto hasta que el Edicto de Restitución de 1629 sembró la inquietud entre los evangélicos al amenazar al parecer los derechos de propiedad de las iglesias luteranas de Augsburgo. Esta intranquilidad se disipó —aunque fueron otras a ocupar su lugar— cuando el ejército sueco tomó la ciudad en abril de 1632 y apostó en ella una guarnición. El puño de la autoridad militar introdujo

de inmediato restricciones a los católicos[49]. El 23 de abril fueron expulsados del concejo municipal por orden de la corona sueca. El 3 de mayo las fuerzas de Suecia confiscaron todas las armas de los «papistas», quienes en julio recibieron orden de permanecer en sus hogares hasta nuevo aviso. A todo aquel que cursaba estudios con los jesuitas se le dieron dos días de plazo para abandonar la ciudad so pena de muerte. Unos meses más tarde, en noviembre, se hizo público un decreto por el que se prohibía a los católicos, bajo la misma pena, acudir a la iglesia con independencia de su condición social. Dicho de otro modo: los ricos y los nobles también debían andarse con cuidado.

Entre tanto, los suecos decidieron reforzar las murallas y otras defensas de la ciudad mediante la adición de revellines y otras obras exteriores. El 15 de mayo llegaron unos cuatro mil soldados, todos ellos con orden de acantonarse en casas particulares. Sus sueldos se emplearían para pagar el alimento y la bebida. Tres días más tarde, los nuevos patronos comenzaron a armar a los protestantes y a organizar una milicia con todos los varones sanos y fuertes[50]. En julio, a fin de acelerar la construcción de las defensas de la ciudad, decretaron que de cada familia debía ir una persona a trabajar a diario en las obras. Estos hechos ofrecen un elocuente testimonio del apremio con que se conducían los ejércitos suecos en Alemania. Sus oficiales, tan lejos de su tierra natal, sabían que la mayor parte de sus soldados y todos sus recursos materiales —incluidos los pagos en metálico o en especie— tenían que proceder del lugar en que se encontraban destinados en cada momento. Si de fuera —de Francia, por ejemplo— les llegaban ayudas, tanto mejor; pero estas no bastaban para cubrir las necesidades de dichos ejércitos acaudillados por suecos.

El que los recién llegados fuesen a gastar sus soldadas en Augsburgo, pues, no significaba que estuvieran llevando ningún género de riqueza a la ciudad, sino todo lo contrario: cuanto

desembolsasen iba a proceder de la subida de los impuestos locales de consumo, de una nueva carga de contribución urbana, de los abusos cometidos en el sistema de alojamiento de los soldados y del saqueo de castillos, casas, pueblos y granjas en los distritos de los alrededores, incluidas ciudades tan alejadas como la de Memmingen, situada a noventa kilómetros. Este botín, sin embargo, acabaría por redundar en menoscabo de Augsburgo, ya que el robo y la destrucción de la riqueza rural estaba llamado a provocar subidas notables en el precio de los alimentos. El daño sufrido por los cultivos y el ganado añadió más penuria a la merma que habían ocasionado en la producción de cereales en aquella región de Baviera y la Suabia oriental la guerra y el mal tiempo en los albores de la década de 1630. El hecho de que hicieran un alto en el camino seis mil jinetes en los pueblos que rodeaban Augsburgo —tal como ocurrió, durante casi una semana, el 27 de mayo de 1632— no hacía sino agravar la pobreza ya marcada de la región. Y en muy poco tiempo, ya que dos o tres años antes del sitio de 1634-1635, el hambre, ese destructor sigiloso, se había ido abriendo paso en dirección a Augsburgo, y quienes se hallaban al mando estaban transformando la ciudad misma en una pequeña guarnición-estado.

El vínculo existente entre el hambre y las fuerzas de ocupación quedó subrayado por la orden militar del 26 de julio de 1632 que dictaba que el campesinado local debía talar los miles de árboles, muchos de ellos frutales, que conformaban el espeso cinturón de follaje situado en torno a la ciudad[51]. Desde el punto de vista estratégico, su desaparición privaría al enemigo católico de un lugar en que ocultarse, al tiempo que brindaba madera para las construcción de los perímetros defensivos de la ciudad. De poco sirvió el amargo resentimiento con que acogieron los habitantes de la periferia rural la destrucción de tantos árboles: todos tuvieron que acatar, sin más, las órdenes. Para colmo, el 3 de enero de 1633, la ciudad ordenó la expulsión de

todos los campesinos refugiados, si bien permitió que permaneciesen en su interior quienes optaran por colaborar en los trabajos defensivos de las murallas a cambio de poco más de medio kilo diario de pan. La orden quedó anulada ocho días después por otra que los obligaba a todos, así como a los extranjeros, a salir de inmediato de Augsburgo y volver a sus tierras. La disminución de las reservas de alimento estaba provocando no poca angustia. Los ciudadanos tenían alojados en sus hogares entre cuatro mil y cinco mil soldados, y las demandas de alimento —y en particular de grano— se habían vuelto feroces en un momento en que el 20 por 100 de la población estaba conformado por militares.

Llegado el mes de abril de 1633, el interminable ir y venir de soldados había hecho que el interior rural de Augsburgo perdiese un gran número de caballos y vacas por causa del pillaje de las tropas suecas. Había muchos campos en barbecho, y aunque se había prohibido la venta de botín en la ciudad, casi todos —y en primer lugar los oficiales— hacían caso omiso de tal disposición. Las calles y espacios abiertos de Augsburgo eran hervideros de caballos y cabezas de ganado fruto del pillaje, así como de carros y carretas cargados de objetos de cobre, utensilios de peltre, ropa de cama, vestidos y montañas de efectos personales diversos. Buena parte de estos despojos, que en aquel momento «se vendían por sumas irrisorias», había pertenecido al campesinado[52]. Pero aún había más: la violencia que ejercían los soldados en el ámbito rural había hecho que muchos campesinos se las ingeniaran para entrar de forma subrepticia a la ciudad ante el miedo a perder la vida o alguno de sus miembros, contraviniendo las órdenes dictadas por las autoridades y soslayando las protestas de los ciudadanos. Llegaban en carros, acompañados de sus familias y cuantos alimentos podían transportar, y en su interior mismo vivían, en lugares atestados de otros vehículos en los que luchaban por subsistir en circunstancias pavorosas.

En los próximos uno o dos años serían muchos los que perderían la vida dentro o fuera de las murallas.

No cabe, pues, sorprenderse de que en el contexto general del sur de Alemania, la violencia militar ejercida en los pueblos provocase alzamientos campesinos contra los mercenarios y los funcionarios locales, tal como ocurrió en la Alta Austria en 1626 y 1632-1636, y en Suabia, Brisgovia y Sungovia, cerca de Augsburgo, entre 1633 y 1634. Todos ellos, sin embargo, fueron reprimidos brutalmente. Una de las rebeliones de Austria terminó con la matanza de cuatrocientas personas: mujeres, niños y ancianos[53].

El principal cronista de la vida de la ciudad de Augsburgo en la década de 1630 fue Jakob Wagner, hijo de un mercader acomodado. No hacía mucho que había cumplido los sesenta, y se revela como un observador atento de los sucesos cotidianos que, además, goza de una posición excelente para evaluar las tensiones crecientes entre burgueses y soldados. El alojamiento de estos, los nuevos impuestos, las «contribuciones», las rondas nocturnas y los interminables afanes que exigía la construcción de defensas en las murallas habían generado un hondo resentimiento entre las gentes de la ciudad. Los militares, por su parte, y en particular sus adalides suecos, se mostraban más inexorables en sus demandas a medida que aumentaba su hostigamiento por parte de las tropas imperiales. A finales del mes de abril de 1633 había estallado en el ejército sueco un motín encabezado por oficiales y motivado por la falta de pago que venían sufriendo todas las unidades desde 1631. Sus integrantes ni siquiera habían recibido los botines que les habían prometido en las batallas de Breitenfeld (1631) y Lützen (1632). Oxenstierna, el responsable de las fuerzas de Suecia en Alemania, dio con una solución a la revuelta en la cesión de territorios conquistados y señoríos —de hecho y mediante títulos— a sus generales, para que pudiesen pagar así a sus oficiales y para que estos, a su

vez, satisficieran las exigencias de sus soldados[54]. Entre tanto, aún antes de la rebelión, resultó imposible dominar a una soldadesca a la que, en efecto, se había invitado a hacerse con cuanto pudiera para subsistir.

Resulta, pues, que a los combatientes que sirvieron en Augsburgo se les pagó, sobre todo, en especie: en alimentos, botín tomado de extramuros o cualquier otra cosa que pudiesen sacar a los anfitriones en cuyos hogares se hallaban alojados.

Llegado el verano de 1634, la aniquilación de las normas y las líneas de abastecimiento civil a que daba lugar la guerra había llevado al comercio de la ciudad al borde del desmoronamiento. Muchas de las tierras vecinas habían quedado esquilmadas por la acción de los ejércitos que por allí habían pasado, y en algunos lugares hacía más de un año que no se veía un pan. Sin embargo, los impuestos y las demandas intimidatorias de los soldados jamás amainaban. Los ciudadanos se vieron obligados a vender sus posesiones a fin de satisfacer las tasas bélicas, y los comerciantes adinerados comenzaron a declararse en bancarrota ante la amenaza de ruina financiera. Jakob Wagner recoge los nombres y las pérdidas sufridas en los casos más notables, y lo cierto es que algunas de las cantidades que refiere son colosales. En un caso, por ejemplo, se habla de 169 764 florines, y en otro, de 163 909, sumas que bastaban para adquirir docenas o aún veintenas de casas en Augsburgo. Con semejantes pérdidas no era raro que algunas familias patricias pasasen a engrosar las filas de quienes se hallaban a un paso de la indigencia, pues tampoco podían contar con los réditos de sus inversiones[55].

Aún estaba por llegar lo peor: el 6 de septiembre de 1634, las fuerzas imperiales, españolas y bávaras destruyeron al ejército sueco en Norlinga. Algunas de las unidades victoriosas recibieron entonces la orden de tomar Augsburgo, en cuyos muros hostigarían a un concejo municipal que había resuelto ya defen-

der la ciudad hasta la última gota de sangre y a expensas, de ser necesario, de «todos los bienes terrenales que Dios le había concedido[56]». Los croatas y otros dragones imperiales irrumpieron en la región para saquear cualquier res que hubiese quedado con vida y prender fuego a los molinos, amén de matar en sus incursiones a cuantos burgueses hallaban a su paso. El 3 de octubre bloquearon el río Lech con la ayuda de otras unidades y desviaron su curso para privar de agua a la ciudad. El día 14, los campesinos locales, situados por encima, lograron desbloquear los canales de riego y hacer que volviese a fluir el río hacia Augsburgo. Los burgueses, temerosos de que una nueva intervención del enemigo dejase inservibles las instalaciones fluviales destinadas a moler el grano, comenzaron a construir ochenta molinos de tracción humana y animal.

Los habitantes se volvieron entonces contra el concejo municipal. Los pobres, deseando a toda costa evitar la muerte y la ruina propias de un asedio prolongado, pues sabían que serían los primeros en sucumbir de hambre, apoyaron la idea de negociar la rendición. En los enfrentamientos provocados por el miedo y la rabia, la ciudad fue obsequiada con numerosas rimas y poemas sediciosos[57]. Esta furibunda producción circulaba de forma subrepticia o pasaba de boca en boca en respuesta a un concejo que había determinado aplastar toda oposición pública a la postura evangélica que había adoptado frente a los sitiadores.

Si antes había costado a la ciudad almacenar reservas alimentarias, a finales del mes de octubre resultaba imposible hacer entrar nada en cantidad suficiente debido al estrechamiento progresivo del bloqueo, y los empeños en atravesar el cinturón de soldados se penaban —tal como podemos suponer sin duda a estas alturas— con mutilaciones, con la muerte, con «azotes crueles» y aún con la demolición de la casa de quien tal cosa intentaba. El precio de los alimentos se desbocó, y los más necesi-

tados comenzaron a implorar que se les diese trabajo en la línea defensiva de la ciudad a cambio solo de pan, aún cuando las obras habían acabado no hacía mucho. Los concejales trataron de atender sus ruegos, y para ello planificaron más defensas. No hubo que esperar mucho para que las «piezas de pan» se «cortaran en porciones a diario para distribuirlas entre los pobres. En ese instante se hacía más trabajo por pan que antes por dinero, y la contemplación de una cosa así resulta dolorosa por demás[58]».

Cuando se agotó la leña para calentarse y cocinar, los soldados irrumpieron en las casas vacías para dejarlas sin vigas. A finales de año, cuando comenzaron a caer enfermos de disentería, se trocaron en un quebradero de cabeza aún mayor para las autoridades. Sin embargo, si había algo indisputable era que cumplía tener a las tropas alimentadas y satisfechas, pues al cabo, se argumentaba, eran las únicas capaces de evitar que Augsburgo cayese en manos de las fuerzas imperiales. Dado que se les suponía dispuestos a dar su vida en las murallas y terraplenes de la plaza, los combatientes debían figurar junto con las principales familias de esta en los primeros puestos a la hora de efectuar el reparto, cada vez más magro, de alimentos. Los pobres «improductivos» —desde el punto de vista de la economía imperante en la resistencia ante un asedio prolongado— debían ser sacrificados. No obstante, por brutal que resulte la paradoja, de no morir a causa de las enfermedades, los soldados se contaban entre quienes más probabilidades tenían de subsistir en un cerco que desembocara en capitulación. El hambre, en cambio, siempre aniquilaba a los pobres.

Cuando los patricios de Siena aseveraban en 1554 que la conservación de la ciudad iba ligada a la de la vida y el honor de las damas de las clases altas más que a la de sus murallas, estaban diciendo, en efecto, que la supervivencia —de algunos, cuando menos— era más importante que dichos muros.

En enero de 1635, estando Augsburgo a un paso de agotar sus reservas alimentarias, el concejo municipal albergaba cierto temor a una revuelta popular y hasta recelaba de que los soldados, en su afán por huir de la imparable extensión de la hambruna, pudiesen llegar a un acuerdo secreto con los asediadores imperiales. Sin embargo, las riendas siguieron en las manos de los mandamases civiles y militares, quienes de hecho decidieron por unanimidad el 8 de enero que defenderían la causa protestante cuanto les fuera posible. Tal afirmación resultó ser una bravata, ya que bastaron doce días para que los concejales se echaran atrás y votasen negociar «con los papistas», si bien los evangélicos, apoyados por los oficiales del ejército, lograron marcar el rumbo de las negociaciones incluso en aquel momento.

Los soldados siguieron reclamando una ración diaria de setecientos gramos de pan, más del doble de lo que recibía el paisanaje. Sin duda tuvieron que insistir, ya que la venta al público de dicho producto había acabado a finales de diciembre. Después de aquel mes, cuando los ciudadanos lograban alguna pieza de las que se distribuían en las pocas panaderías, todas ellas bien vigiladas, trataban de regresar a sus hogares sin ser advertidos y mirando a todas partes a fin de evitar el riesgo de que los asaltara la soldadesca. Las bestias de carga, los caballos y los perros de compañía habían desaparecido de las calles y de las casas. Se los habían comido a todos, y otro tanto había ocurrido con las pieles. Tampoco debió de quedar planta comestible alguna antes de la llegada de aquel invierno gélido que heló las aguas del foso que circundaba el exterior de las murallas. En lo que respecta a comer carroña, quienes más habían acusado el azote del hambre hacía tiempo que se habían echado a la boca la carne de los caballos que se descomponían en las calles.

El inevitable consumo de carne humana se introdujo en escritos y conversaciones. Los enterradores se quejaban de los

cuerpos que les llegaban con los senos y otras partes carnosas amputados. Era obvio lo que tal cosa significaba. «No pudo menos de horrorizarse… el soldado sueco que, tras robar la cesta de la compra a una mujer, descubrió en su interior carne de un cadáver[59]». Cuando los ciudadanos supieron de estas mutilaciones comenzaron a arrojar a los muertos al río. Wagner estaba convencido de que la desesperación de los campesinos los hacía más propensos a las atrocidades del canibalismo que los habitantes de la ciudad. Sin embargo, al hablar de la incidencia de estas prácticas en Augsburgo, Johann Georg Mayer, pastor de un pueblo vecino que había hallado refugio entre sus murallas, declaró que «los cuerpos de los vivos se tornaron entonces en sepultura de los de los muertos».

Entre tanto, los pobres habían comenzado también a morir de frío.

¿Por qué estaban tan resueltos los concejales de la ciudad a dejar que prosiguiera el asedio? ¿Qué esperaban conseguir en unas negociaciones que se prolongaron durante dos meses homicidas? En enero y en febrero murieron de hambre o frío en sus calles muchos cientos de personas. La voluntad de rebelarse contra el concejo se vio quebrantada por los efectos enervantes de la hambruna, y de los famélicos paisanos apenas cabía esperar que sirviesen de centinelas en las murallas. Ya no había peligro alguno de revuelta. ¿Qué se había hecho de la esperanza de recibir socorro de las fuerzas suecas? Aquel ejército había quedado despedazado en Norlinga, y sus restos habían huido hacia el norte, a Sajonia y Hesse, perseguidos u observados por el enemigo católico. El sitio de Augsburgo fue una operación de limpieza en torno a una ciudad de la que se esperaba que sucumbiese al monstruo de la inanición y no al estruendo de los cañones ni al asalto.

Sin embargo, los que se habían empecinado en resistir siguieron su linde. Los predicadores luteranos de inclinación evangé-

lica remacharon sus palabras de aliento: Dios iba a acudir en ayuda de aquella ciudad piadosa. Sus oponentes, que pretendían obtener una capitulación más humana, no dudaron en parafrasearlos en tono sarcástico con la siguiente pregunta retórica: ¿qué esperaba el concejo de los ciudadanos, que se hicieran mártires denodados?

En vista de los miles de soldados que había acantonados en Augsburgo, debemos dar por supuesto que los oficiales de Suecia tuvieron un peso decisivo en la decisión de prolongar aquella terca defensa, y que al mismo tiempo trataron de lograr cualquier género de concesión por parte del general Matthias Gallas, al mando de las fuerzas imperiales. Resulta impresionante que pudiesen sostener tanto tiempo esta actitud, pues de haber tomado la ciudad al asalto como se temía, los sitiadores habrían pasado a cuchillo a toda la guarnición y perdonado la vida solo a los oficiales para pedir un rescate por ellos (merced con la que se pretendía garantizar un trato idéntico a los adalides del ejército imperial capturados).

Por otra parte, ¿qué esperaban obtener Gallas y sus fuerzas a cambio de su indulgencia? Tenían la intención de marchar sobre una ciudad imperial intacta en un contexto pacífico. Además, Augsburgo era hogar de muchos «papistas». Sin embargo, cabe pensar que, más concretamente, lo que buscaba Gallas era salvar las vidas de cientos de sus hombres, que habrían perecido sin duda mientras escalaban las murallas y saltaban a la plaza. Los alemanes tenían aún fresco el saco de Magdeburgo, como una espina que seguía clavada en su memoria, y dado que los oficiales imperiales eran muy conscientes de las terribles condiciones que debían de estar dándose intramuros de Augsburgo, no tenía que serles difícil imaginar las consecuencias que podría traer el hecho de irrumpir en la ciudad en una oleada de violencia y sangre.

Las condiciones de rendición del acuerdo de Löwenberg, suscrito entre el 22 y el 24 de marzo de 1635, confirmaron el derecho de los protestantes de la ciudad a practicar su fe. Sin embargo, no deja de ser revelador el que dicho artículo se hubiera ofrecido a la ciudad mucho antes. Después de la victoria lograda por los católicos en Norlinga, los príncipes protestantes moderados habían pasado a respaldar al emperador de los Habsburgo Fernando II, y tal mudanza quedó plasmada en la Paz de Praga (el 20 de mayo). Cabe, pues, preguntarse si la feroz resistencia de Augsburgo valía el sacrificio de miles de vidas. Los oficiales del ejército y un grupo dominante de concejales tuvieron que decir por fuerza que sí, en tanto que la mayor parte de los habitantes de la ciudad debió de decir que no.

De hecho, los artículos firmados en Löwenberg dan testimonio de que los oficiales tenían motivos de peso para insistir en una resistencia obstinada, pues garantizaban no poca protección a la guarnición sueca: autorizaban a los soldados a salir de la ciudad con todos sus estandartes, armas, carros y acompañantes; comprometían al enemigo a permitir que partieran con seguridad de la plaza, junto con todo aquel que desease abandonarla con ellos, y aseveraban que se dejaría que los soldados se dirigieran a su destino, Érfurt, a su paso y haciendo cuantas detenciones estimaran oportunas, así como que llevasen con ellos su propio alimento y forraje, siendo así que toda la región se hallaba sumida en la desolación y la escasez[60]. Si, no obstante, se las componían para lograr provisiones de boca por el camino, no habrían de pagar por ello. Cualquier soldado que hubiese servido con anterioridad en el ejército imperial o el bávaro tendría derecho de regresar a sus filas, como también todo aquel que, sin haber formado parte de él, deseara hacerlo. Se produciría un canje amistoso de prisioneros, y por último, los soldados que se vieran obligados a permanecer en la ciudad por estar he-

ridos o enfermos recibirían los cuidados necesarios hasta hallarse en condiciones de regresar a sus regimientos.

El espíritu de camaradería que se daba entre los soldados cruzaba en ocasiones de un frente al otro. De hecho, esta afinidad se hizo más fuerte durante la guerra de los Treinta Años, en especial cuando, tras 1631, se convirtió en norma la costumbre de obligar a combatir a los soldados capturados en las filas del vencedor. Después de la derrota aplastante sufrida en Norlinga por el ejército sueco, la hueste victoriosa topó con que muchos de sus cautivos habían servido con anterioridad en el ejército imperial. En consecuencia, volvieron a integrarlos enseguida en unidades de Baviera y de los Habsburgo.

Los suecos habían sido testigos directos de las consecuencias del hambre, y habían oído hablar de los casos de canibalismo. Sin embargo, cuando partieron de Augsburgo junto con las tropas que tenían a su mando, pudieron decir que, en resumidas cuentas, no les había ido nada mal. A los ciudadanos, sin embargo, no les era dado aseverar lo mismo: el número de sus muertos había crecido de forma alarmante en el transcurso de la guerra. Su población, que contaba unas 45 000 almas en 1618, se había reducido a unos 16 500 habitantes diecisiete años más tarde. La ciudad seguía existiendo físicamente, a diferencia de Magdeburgo; pero los mercaderes, diplomáticos y otros viajeros que la hubieran conocido con anterioridad habrían quedado pasmados ante el espectro, la sombra desvaída que quedaba de ella.

Dado que la guerra acudía de forma inevitable a donde abundaban las gentes, el alimento, las provisiones, no cabe sorprenderse de que todas las ciudades europeas de cierta consideración salieran de la Baja Edad Media rodeadas por murallas defensivas con las que repeler a los ejércitos merodeadores. Las «leyes de la guerra», que no eran sino costumbres, dictaminaban que a un asedio victorioso debía seguir un saqueo si no me-

diaba una rendición negociada. Sin embargo, no era probable que se dieran actos de pillaje si no se había producido antes un combate sostenido tal como ocurrió en Amberes.

Aun así, toda norma no escrita puede quebrantarse, y una ciudad podía saquearse o tratarse con clemencia a despecho de una capitulación o de una resistencia tenaz. El resultado dependía de la condición de las fuerzas de sitio y de sus oficiales. Ante un ejército frágil e indisciplinado, las costumbres mismas presentaban una consistencia escasa.

Capítulo 6
LOS EJÉRCITOS: CIUDADES AMBULANTES, CIUDADES MORIBUNDAS

[V]eo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios.

Lazarillo de Tormes (1553).

La ciudad se mueve

A mediados del siglo XVII, un ejército de veinte mil hombres con una comitiva de entre diez y veinte mil acompañantes poseía más personas que las más de las ciudades europeas. Hamburgo, la mayor metrópoli de Alemania, tenía entre cincuenta y sesenta mil habitantes. Por lo tanto, si elevamos la magnitud de una hueste a treinta o cuarenta mil soldados de a pie y caballeros, y a continuación añadimos a su acompañamiento y su bagaje, obtendremos una multitud capaz de desbordar los seis o siete núcleos urbanos más poblados de Europa: Londres (con casi 400 000 almas), París (con 250 000), Nápoles (con 250 000), Ámsterdam (con 135 000) o Sevilla y Roma (con 125 000 cada una[1]).

En 1600, Europa disponía ya de 220 ciudades con más de diez mil vecinos. Leipzig, por ejemplo, tenía 15 000; Turín y Bristol, 20 000; La Rochela, más de 20 000, y Gante, 30 000. Todas estaban amuralladas, y otro tanto puede decirse, cuando menos en Alemania, del 40 por 100 de las que poseían poblaciones de menos de mil residentes. La mayoría del resto, ciuda-

des pequeñas y pueblos grandes, se hallaba expuesta al azote de los ejércitos.

Los números explican el título de este capítulo: hasta las huestes pequeñas, como la de diez mil mercenarios que se dirigió a Florencia en noviembre de 1494, eran verdaderas ciudades andantes[2]. Estos diez millares conformaban una comunidad móvil con necesidades diarias de pan, bebida y otros alimentos, y cuando se hallaban en campaña incluían también carreteros, herreros, carpinteros, panaderos y otros artesanos. Los florentinos salieron a las calles a contemplar a esta soldadesca y al rey de Francia Carlos VIII, que entró a caballo en la ciudad «lanza en ristre y espada desnuda en mano». El son de los tambores y las gaitas hacía aún más extraño el espectáculo que ofrecían los galos mientras atravesaban la ciudad a fin de recibir la bendición en la catedral. Fascinados en lo externo y aterrados en lo más hondo, los florentinos sabían que habrían de pasar días dando alimento y albergue a aquellos invasores. Al final resultaron ser diez, pero la ocupación podría haber durado semanas, y la idea de semejante experiencia —que bien podría haber exigido un contacto físico estrecho— se hacía, sin más, inimaginable. Los hombres del rey tenían intención de alojarse en la ciudad. Días antes se habían elegido con cuidado a tal fin muchos centenares de casas, que en aquel momento se presentaban identificadas con tiza. Borrar estas marcas constituía un delito capital. No cabía dudar de la seriedad del asunto: además de exigir las mejores camas —en conformidad con la proverbial conducta de la soldadesca—, era muy probable que aquel aluvión de forasteros los dejase casi en cueros. Llevaban ya más de tres meses en campaña.

Si cuando Carlos VIII y sus soldados partieron al fin de la ciudad el 28 de noviembre, sus anfitriones corrieron a ofrecer cantos de alabanza, ¿qué no habrían hecho si hubiesen logrado mantener fuera de sus murallas a un ejército como el que reu-

nió el emperador Carlos V en 1544 para invadir Francia? Aquello sí que era una ciudad ambulante: 47 000 combatientes en total, entre los que se incluían 18 000 lansquenetes, 10 000 soldados de infantería de España, otros tantos procedentes de los Países Bajos españoles, 5000 jinetes de la caballería pesada alemana y otros 4000 de la caballería ligera llegados tanto de Italia como de los Países Bajos. Semejante colonia móvil comprendía también 1400 zapadores; 200 carros de provisiones, tirado cada uno de ellos por ocho caballos; 63 cañones de gran porte tirados por 3500 caballos, y 70 embarcaciones fluviales montadas en los carros[3]. Estaban destinadas a servir de pontón, y su tripulación también formaba parte de la caravana. El tren de provisiones debía de transportar tanto munición como víveres. Los oficiales y los soldados también disponían de centenares de carros, y aún quedan por mencionar los carreteros, los herreros y el resto de acompañantes. A esta multitud de hombres, mujeres y niños hay que sumar unas veinte mil cabalgaduras cuando menos, dado que la caballería solía disponer de dos o tres de reserva para cada uno de sus integrantes.

Sin que medie descripción detallada alguna de testigos de vista es imposible que ningún historiador pueda transformar en imágenes históricas precisas el espectáculo de aquel ejército imperial. Semejante cometido debe recaer, pues, en la imaginación del novelista.

En las condiciones insalubres de la Europa anterior a la industrialización, nuestras ciudades ambulantes propendían a contraer y transmitir enfermedades epidémicas como la peste o el tifus. Era entonces cuando se trocaban en ciudades moribundas.

Cuando uno de estos ejércitos llegaba como un aluvión a un pueblo de, digamos, el sur de Alemania o el norte de Francia, podían transcurrir, dependiendo de su magnitud, un día o dos hasta que pasaba por entero. Los soldados no se movían con

más rapidez que sus bagaje y sus trenes de artillería, tirados a menudo por bueyes. Los campesinos locales que no habían huido antes por el miedo no olvidarían jamás la visión, el estrépito y el hedor de aquella horda interminable; y si se trataba de una hueste azotada por la enfermedad, su contemplación debía de asombrar a más de un espectador como algo sobrenatural: una verdadera procesión salida del infierno.

La búsqueda apremiante de alimento y acomodo también podía hacer que un ejército se dispersara. Durante las campañas invernales, los integrantes de las ciudades ambulantes de la guerra de los Treinta Años podían diseminarse en no pocos kilómetros, y como la hueste de Ambrosio Espínola entre 1620 y 1621, que hizo invierno a lo largo del curso medio del Rin, cerca de Maguncia, acantonarse en más de cincuenta ciudades pequeñas y pueblos[4].

Cuando tocaba a su fin la primavera de 1704, Francia se hallaba en guerra con tres adversarios: Inglaterra, la República Neerlandesa y el Imperio. La iniciativa había pasado a manos del duque de Malborough, quien desde un punto situado al noroeste de Colonia salvó los cuatrocientos kilómetros que lo separaban del Danubio al frente de un ejército de diecinueve mil hombres que, además, atrajo a sus filas a otros diez mil por el camino. La marcha, que comenzó el 19 de mayo y tardó un mes en completarse, se cuenta entre las hazañas logísticas más célebres de la historia militar moderna[5].

El abastecimiento del ejército de Marlborough se había planificado con gran detalle. Debido al peligro que suponía la superioridad de las fuerzas del enemigo, se pretendía que la marcha se desarrollara con el mayor sigilo y celeridad posibles. Por lo tanto, ni siquiera cabía plantearse la presencia de una cola de acompañantes. Los intervalos de tres o cuatro días de dura caminata quedaban interrumpidos por uno dedicado a cocinar y descansar. Por donde pasaban, recibían las provisiones que les

proporcionaban sus aliados. El duque encabezaba aquel ejército suyo comprendido por británicos, neerlandeses y soldados de otras nacionalidades, y con él atravesó el Mosela, el Rin y Maguncia, y pasó por Heidelberg, Eppingen y Geislingen antes de poner rumbo al este, a Donaverte (Donauwörth), a orillas del Danubio, para encontrarse con las tropas de apoyo del emperador Leopoldo I. Su destino final, que alcanzaría a la vez que el príncipe Eugenio de Saboya, jefe de operaciones del emperador, era Blenheim, en donde iba a obtener su renombrada victoria sobre la hueste francesa.

El hecho de disponer de pan, bebida y carne durante todo el camino mantuvo alta la moral de sus hombres, a quienes no se hicieron demasiado arduos los veinte kilómetros diarios aproximados de marcha, a pesar de un episodio de lluvia torrencial que hizo que la artillería quedase atorada en el lodo. Una vez llegados al Danubio, en donde habían de unírseles las fuerzas del príncipe Luis de Baden-Baden, entablaron y ganaron una onerosa batalla contra la fortaleza de Schellenburg en Donaverte el 2 de julio.

Sin embargo, dado que su afán por eludir al enemigo los había llevado a aligerar la carga de los víveres, llegados allí tuvieron que buscar su propio alimento y el de sus caballos y bestias. El abastecimiento que habían recibido hasta entonces se detuvo de forma abrupta. En aquel mismo instante hubo que dar solución a aquel problema fundamental de intendencia mediante un asalto colosal y homicida a Baviera, cuyo gobernante, el elector Maximiliano Manuel, se hallaba coligado con el rey de Francia. Las fuentes de que disponemos confirman que Marlborough autorizó un «saqueo ilimitado», y la señorita Christian Davies, que luchó en sus filas disfrazada de hombre, observó: «desvalijamos miserablemente a los pobres habitantes… No respetamos nada, y matamos, incendiamos o destrozamos de cualquier otro modo cuanto no podíamos llevar con nosotros». Ella

se hizo con «vestiduras de hombre y de mujer, algunas de ellas de terciopelo, y un centenar de gorros neerlandeses… robados de una tienda. Todo lo vendí al peso a un judío que seguía al ejército para adquirir el fruto de nuestro pillaje». Asimismo se agenció «varias piezas de vajilla: cucharas, copas, jarras, etc., que compró el mismo mercader concienzudo por el precio que él mismo fijó[6]».

La campaña de saqueo, pillaje e incendios que emprendió Marlborough mientras recorría con rapidez los campos bávaros y unas cuatrocientas poblaciones de la región le reportó dos satisfacciones: alimento y botín (o pago) para sus soldados, y la dispersión de las tropas de Baviera, que tenían que haberse unido a las de Francia para combatir al ejército del duque. De hecho, aquel expolio estuvo a punto de llevar al elector a romper con sus aliados franceses.

Aunque la célebre victoria de Blenheim (o Blindheim) fue posible por la planificación logística de su marcha de Bedburg al Danubio, quienes se encargaron de costearla en realidad fueron los granjeros, campesinos y aldeanos bávaros, que pagaron tanto en lágrimas como con sus posesiones materiales.

Para abordar la cuestión central de la intendencia en la Europa de la primera Edad Moderna, nada mejor que examinar con detenimiento un ejército no muy nutrido embarcado en el océano Atlántico para recorrer varios centenares de millas náuticas.

El 27 de junio de 1627 se hizo a la vela desde Inglaterra el duque de Buckingham con una flota de cien embarcaciones y al mando de poco menos de seis mil soldados de a pie y mil de a caballo[7]. Puso proa al golfo de Vizcaya y la isla de Ré, situada sobre el puerto de La Rochela, el último baluarte con que contaban los protestantes en Francia, sometido en ese momento al asedio implacable del ejército francés. La expedición tenía por

objetivos colmar de gloria al duque, en parte para aplacar al Parlamento, y reforzar la resistencia de los hugonotes frente a la corona francesa. Aunque Buckingham, amante del esplendor y gran favorito de Carlos I de Inglaterra, carecía de experiencia militar, lo movía el convencimiento de que no necesitaba tenerla, puesto que, siendo noble, poseía de forma natural las dotes de mando necesarias. Además, contaba con la asistencia de oficiales por demás avezados en los campos de batalla continentales. La empresa se tornaría en una verdadera pesadilla, y el desastre se vería agravado en su momento culminante por la total falta de raciones alimentarias.

El 12 de julio, no bien arribar a Ré, hubieron de empeñar una escaramuza tan breve como sangrienta. Los franceses se retiraron entonces a la ciudadela de Saint Martin. Aunque tomarla al asalto requería un asedio resuelto, y pese a que los expertos de que se había rodeado consideraban inexpugnable aquel fortín de altos muros, el arrojado duque dudó en aceptar el reto. Solo había otro obstáculo: las provisiones de boca tendrían que llegar de Inglaterra tras cruzar entre cuatrocientas y quinientas millas de mar abierto: aquella isla era demasiado pequeña para proporcionarles víveres de forma continua.

Los adalides de la expedición habían subido a bordo con una cantidad de alimento que juzgaron suficiente para tres meses. Sin embargo, cometieron un error de cálculo descabellado, y las raciones comenzaron a escasear antes de que hubiese transcurrido una semana del desembarco, en parte por la presencia de 4500 bocas más: las de los tripulantes de la flota, a los que obligaron a auxiliar a los soldados de infantería en el bloqueo de la fortaleza a fin de evitar que el ejército francés del continente —situado a solo cuatro kilómetros de ellos— avituallase a los asediados.

Los responsables de la expedición, tanto los de Londres como los que rodeaban a Buckingham, hubieron de hacer frente

de súbito a unas cuantas cuestiones fundamentales: ¿cuántas toneladas de alimento —pan, bizcocho, ternera, mantequilla, queso, cerveza…— hacían falta para alimentar al mes a entre diez y doce mil soldados? ¿Cuántas embarcaciones debían hacer poner en franquía para transportarlas a Ré, y cuál tenía que ser su arqueo? ¿Cuántos viajes de ida y vuelta al golfo de Vizcaya iban a tener que efectuar los convoyes de abastecimiento? ¿En qué grado iban a alterar todos estos datos las condiciones meteorológicas? Y la más importante: ¿de dónde iban a sacar el dinero o el crédito necesarios para pagar las provisiones?

Todos estos interrogantes se tradujeron en una álgebra inescrutable. Los responsables de la intendencia militar del ejército y la armada tenían formas diferentes de calcular el suministro necesario, y las estimaciones relativas a seis meses de alimentos para una hueste de diez mil hombres variaba de las 8200 a las 12 000 toneladas de víveres. El peso medio de las naves que debían encargarse sería de 250 toneladas; ¿o quizá de 300? El tonelaje determinaba la carga que podía transportar cada una de ellas. Sin embargo, por encima de tan atribuladas consideraciones seguía pendiente la cuestión del pago. ¿A quién correspondía hacer el desembolso? ¿A qué comerciantes iban a recurrir? Era de todo punto impensable que el Parlamento fuese a brindar un solo penique: muchos de sus diputados habían montado ya en cólera con el rey y su favorito, principales impulsores de aquella expedición, no por el empeño en ayudar a La Rochela, sino por la reputación de manirrotos que ambos se habían granjeado.

En lo que duró aquella angustiosa empresa, que se prolongó del mes de julio al de noviembre, las acciones y discusiones acometidas en Londres acabaron por reducirse a un drama asombroso de indecisiones, esperanzas infundadas, prisas, confusión, rumores, opiniones opuestas y pasmosas irresponsabilidades. La mayoría de los sitiadores apostados en la isla de Ré —una «tur-

ba» de reclutas forzosos y combatientes recién salidos de un descalabro militar previo— debió de ver reducidas una vez y otra sus raciones. Sin embargo, todo apunta a que las provisiones esenciales para los oficiales de más categoría se mantuvieron intactas. Era costumbre que estos militares recibiesen raciones extraordinarias, destinadas sobre todo a sus sirvientes. Y el duque de Buckingham, uno de los hombres más odiados de Inglaterra, no era precisamente amigo de la vida ascética. Al decir de dos historiadores, este caballero «despilfarraba diez mil libras esterlinas en su propio séquito», y retrasó la partida de la expedición a fin de celebrar «mascaradas y banquetes de despedida», mientras «sus soldados, reprimidos en embarcaciones de transporte ancladas en el Támesis, morían a razón de cincuenta por día[8]».

Uno o dos días después de desembarcar en Ré, *sir* Alan Apsley, encargado de intendencia de Buckingham, solicitó a Londres el envío de más alimentos, aunque no se mostró muy preocupado, ya que «esperaba que la ciudadela [francesa] cayese en cuestión de una semana». El cálculo resultaba de nuevo descabellado. Los funcionarios de Londres propusieron enviar las provisiones sobrantes de la expedición de Cádiz de 1625, incursión de resultados calamitosos, aún cuando los oficiales se habían quejado ya «de que los víveres se habían echado a perder y hedían como los desperdicios de una leonera[9]».

Amén de lo que pudieron sablear o saquear a los habitantes de la isla, los sitiadores no recibieron más alimento hasta el 25 de septiembre, y ni siquiera este cargamento bastó para más de tres o cuatro semanas más, a pesar de que se esperaba de quienes se hallaban al cargo que reservarían las raciones de tres semanas para el viaje de regreso a Inglaterra. Entre tanto, dado que su número se había visto mermado por las bajas causadas por el enemigo y las enfermedades, el bloqueo inglés de la ciudadela se había convertido en un verdadero colador. Tanto fue así, que una noche de luna nueva de finales de aquel mes, los

franceses se las compusieron para hacer llegar al interior de la plaza una barcada de provisiones junto con varios miles de soldados más. A la mañana siguiente espetaron pollos para mofarse de los ingleses mostrándoselos desde sus altos terraplenes. Aturdido, Buckingham se negó sin embargo a darse por vencido, aún cuando su impresionante hueste había quedado reducida a unos cuatro mil soldados después de la agregación de algunos más. En Inglaterra, sus críticos clamaban por su destitución; pero él tenía demasiada insolencia para dejarse vencer, y el 27 de octubre ordenó a sus hombres emprender una última acometida a la ciudadela. El resultado fue una matanza: llovía a mares, y los franceses no tuvieron dificultad alguna en repelerlos, pues las escalas de asalto eran demasiado pequeñas para los muros de la plaza. No podían estar menos preparados. Hasta en la retirada, mientras se abrían paso hasta los barcos que los llevarían de nuevo a Inglaterra, hubieron de batirse con los soldados franceses que los atacaban. Por si fuera poco, el mismo día que dejaron la isla, el 7 de noviembre, arribó a sus costas una flota de refresco llegada de Plymouth con un modesto cargamento de víveres para ellos y más soldados, de los cuales la mayoría debía de estar conformada por reclutas forzosos.

El experimento de la isla de Ré, cuyo desarrollo tuvo como telón de fondo las relaciones entre determinados personajes londinenses, causó no pocos desvelos a *sir* William Russell, Filippo Burlamacchi y *sir* Sackville Crow, financieros de renombre. Todos tenían contactos en el ramo alimentario, habían ayudado a sufragar la desastrosa incursión emprendida contra Cádiz en 1625 y habían recibido repetidas solicitudes de préstamo para adquirir las provisiones de emergencia que se necesitaban en Ré. Sin embargo, sabedores de que el rey Carlos no podía esperar subvención alguna de un Parlamento airado, temían tener que afrontar más pérdidas. El monarca se hallaba aún en deuda con ellos por la financiación de la aventura gaditana, y sus limi-

tados recursos ya se encontraban hipotecados para algunos años. En consecuencia, los ingresos de que disponía habían sufrido una reducción considerable. Los costes totales de la expedición de Ré podrían rondar, calculando a la baja, las 250 000 libras, y las rentas anuales que percibía él —derivadas del derecho real de aprovisionamiento, tutela, monopolios y otros recursos de la corona— eran de 500 000 y ya se habían gastado. Y aunque su condición real le permitió pedir prestado más de un millón de libras entre 1624 y 1628, inspiraba poca confianza entre los banqueros. El despilfarro de diez mil libras en que incurrió Buckingham para obsequio de su séquito dice mucho del modo como administraban su dinero el rey Carlos y su corte.

Si hay algo de lo que podemos estar seguros a juzgar por la práctica común en la Inglaterra de la época, es de que los soldados que se las ingeniaron para regresar de Ré jamás iban a percibir las pagas que se les adeudaban. A diferencia de Crow, Russell y Burlamacchi, serían toda su vida acreedores de la corona inglesa. Con todo, Buckingham tuvo su merecido, por inaudito que pueda parecer en el ámbito en que se movía: aún no había transcurrido un año cuando fue asesinado por un joven teniente furibundo.

La médula de la intendencia: los víveres

El alimento constituía el elemento más necesario e incierto de cuantos debían tenerse en cuenta a la hora de hacer marchar y abastecer a los ejércitos, pues a no ser que formara parte del bagaje de la hueste en campaña, suscitaba cuestiones tan constantes y urgentes como: ¿Habrá suficiente en la próxima ciudad, en el siguiente punto de aprovisionamiento, en la próxima extensión de campo raso? ¿Habrán encontrado algo los exploradores? ¿Enviarán los contratistas las vituallas prometidas? Geoffrey Parker ha observado con perspicacia que «nadie hablaba del número de *soldados* que había en marcha, sino de *bouches* o

bocas que cumplía alimentar[10]». Y ya hemos tenido ocasión de ver que en las ciudades sitiadas se hablaba de «bocas improductivas».

Aun en los casos en que había alimento en los convoyes que acompañaban a los ejércitos se hacía necesario reponer el más básico de todos, el pan, cada dos o cuatro días, según hiciera calor o frío. El bizcocho constituía una solución de emergencia, aunque los soldados siempre preferían el pan, y un ejército de diez mil hombres en movimiento, que exigía unas nueve toneladas y media de grano diario para elaborarlo, podía abrumar con facilidad los molinos y otras instalaciones panaderas de cualquier región[11]. La provisión diaria de entre cinco y diez toneladas adicionales de trigo destinadas a molerse y cocerse de inmediato solo era posible si mediaba una planificación cuidadosa, o a través del robo —con o sin violencia—, las subidas abruptas de impuestos bélicos o un aluvión monetario de origen diferente. Sin embargo, no era nada frecuente que los ejércitos dispusiesen de dinero contante. De hecho, este tampoco podía crear en unos cuantos días, ni siquiera en una o dos semanas, molinos u hornos nuevos, ni reunir tantas toneladas de cereal llegadas de puntos remotos. Cierto estudio ruso del siglo XIX determinó que, si un ejército debía operar sin almacenes de provisiones, tenía que ceñirse a regiones «cuya densidad de población supere los 35 habitantes por kilómetro cuadrado[12]». Es decir: las partes más fértiles de Europa. En 1607, a pesar del gran número de ciudades de que disponían los Países Bajos, «[e]l tren de aprovisionamiento del ejército neerlandés incluía tres molinos de viento prefabricados, tres de agua, 26 de mano, 25 equipos de panadería y las herramientas necesarias para construir molinos y manejar el grano[13]».

La escasez de alimentos llevó a la ruina a veintenas de ejércitos de la Europa de principios de la Edad Moderna. El sitio de la ciudad protestante de La Rochela, impuesto por las tropas

reales durante la primavera de 1573, nos brinda un claro ejemplo de este género de desmoronamiento logístico[14]. El duque de Anjou, hermano del monarca francés, acaudilló un ejército contra aquel puerto bien fortificado entre el mes de enero y finales del de junio de aquel año. Los 7000 soldados que se hallaban a sus órdenes no tardaron en trocarse en unos 18 000, pese a que se le habían prometido 40 000 hombres respaldados por 60 cañones de asedio. Los dos lados debieron de haber rezado por una campaña breve, siendo así que a ambos preocupaba ante todo el alimento. Los de La Rochela habían hecho acopio de víveres, pero los precios subieron enseguida y las provisiones comenzaron a menguar; en tanto que los de Anjou esquilmaron los campos adyacentes y se vieron obligados a recortar sus raciones, al tiempo que se afanaban —en vano— por conseguir alimentos de lugares más lejanos. Les habían prometido un suministro diario de 30 000 panes, 10 800 pintas de vino (siendo una pinta 0,93 litros) y 9000 kilogramos de carne de ternera, y lo cierto es que en las primeras semanas del cerco pudieron recibir parte de estas provisiones. Sin embargo, su número no tardó en reducirse, y a finales del mes de marzo los soldados del rey comenzaban a sentir hambre. En abril, su vida había empezado a correr peligro. Muchos mostraban síntomas patentes de inanición. Los sitiadores habían acabado con los víveres y el forraje que ofrecía aquella región, pero lo más alarmante del mes de mayo y junio giraba en torno a la pregunta de si cabía disponer de algún género de alimento aunque fuese a cambio de dinero.

En Metz, en 1552, hacia el final del sitio imperial fallido de aquella monumental fortaleza urbana, sabemos por el célebre cirujano Ambroise Paré, quien participó en tales acontecimientos, que no había un ápice de alimento que pudiera comprarse en los alrededores: todo se había consumido, si no lo había escamoteado alguien para atesorarlo[15].

En los alrededores de La Rochela se producían escaramuzas sangrientas casi a diario, y las enfermedades, las muertes y la deserción diezmaban las filas reales. Las municiones destinadas a los colosales cañones se agotaron estando aún las tropas sometidas a los «fuegos devastadores de los 175 cañones de todos los calibres imaginables» que tronaban desde la ciudad. Cuando al fin se alzó el sitio a finales de junio, los asediadores habían perdido más de la mitad de sus combatientes: unos diez mil soldados de a pie y jinetes. Tres cuartas partes de los oficiales, pertenecientes en su mayoría a la nobleza, habían perdido la vida o sufrido heridas. El recuerdo de La Rochela ardería en muchos corazones, protestantes y católicos, durante varias generaciones.

Años después, en la otra punta de Europa, en un enfrentamiento entre polacos y rusos, los primeros pusieron sitio a la ciudad moscovita de Pskov durante nueve meses[16]. Las poblaciones vecinas estaban muy dispersas, y el ejército tuvo que recibir de fuera las provisiones o saquearlas. Sin embargo, la búsqueda de botín comestible exigía excursiones prolongadas, y los carros polacos de abastecimiento debían ir custodiados por su célebre caballería ligera. En septiembre de 1581, en los primeros estadios del sitio, los polacos habían empezado ya a salvar setenta kilómetros a fin de dar con el sustento necesario para hombres y monturas, para lo cual eran necesarios viajes de ida y vuelta de hasta seis días. Estaban esquilmando la región, y llegado el mes de enero siguiente, sus salidas de reconocimiento y saqueo podían durar casi un mes, dado que los carreteros y los jinetes que los acompañaban recorrían punto menos que 350 kilómetros en cada sentido.

En las estepas de la Rusia meridional, territorios de escasa densidad de población, la caballería ligera de los tártaros de Crimea recurrió a un arbitrio adicional, consistente en llevar cabalgaduras de sobra al campo de batalla a fin de emplearlas como alimento si surgía la necesidad. Y Moscovia —estamos to-

davía en el siglo XVI— había empezado a emplazar graneros para sus cuerpos de tropas.

A finales del siglo XVI, el camino que seguía el ejército español para llegar a Flandes lo llevaba de Milán a Saboya y, tras pasar los Alpes, atravesaba el Franco Condado, Lorena, Luxemburgo hasta los Países Bajos. Siguiendo la práctica adoptada por los franceses a principios de la década de 1550, los españoles se servían de un sistema de etapas (*étapes*) por el que se detenían en ciudades pequeñas y pueblos en los que distribuían víveres entre la soldadesca[17]. El llamado «camino español» era una ruta renombrada y regular que no solía estar sometida a la mudable fortuna de la guerra. Sin embargo, de cuando en cuando era normal que los soldados tuviesen que pagar para disfrutar del alimento disponible, y si no tenían dinero o no habían recibido su remuneración, pasaban hambre. Las tribulaciones empezaban de veras cuando llegaban a los Países Bajos, en donde pronto se agotaban las soldadas y las tropas habían de subsistir en los campos de batalla.

La organización del abastecimiento del camino español corría a cargo de una serie de funcionarios (comisarios o *commissaires*) que debían comunicar las necesidades a los mercaderes de las diversas etapas. Había, por lo tanto, contratistas privados o mayoristas de provisiones llamados *municioneros*, los *munitionnaires* a los que recurrirían tantas veces los franceses en el siglo XVII. Los comisarios recurrían a sus servicios para que proveyesen de víveres a las unidades o instalaran graneros y los abastecieran. Si la cosecha no había sido mala, el avituallamiento no tenía por qué comportar dificultad alguna en tiempos de paz. De los municioneros podía esperarse incluso que adelantaran su género a crédito. En tiempos de Luis XIV, las compañías de abastecimiento repartían el riesgo entre sus socios. Sin embargo, cuando la corona dilataba u omitía el pago —mal crónico en

tiempos de Richelieu, en la década de 1630 y principios de la de 1640—, era fácil que se desatase el caos y dejara de distribuirse el alimento. Los contratistas se eximían de toda responsabilidad en estos casos, muy frecuentes con los giros inesperados que daban los acontecimientos en tiempos de guerra.

Lo más habitual era que los ejércitos sufriesen derrota no por la falta de armamento o de valor, y ni siquiera por las pérdidas sufridas en el campo de batalla, sino por quedar destruidos por las enfermedades y la hambruna. Y si el primer factor no siempre dependía de la intendencia dado el desarrollo alcanzado por la ciencia en aquel momento, del segundo no puede decirse lo mismo.

Ya hemos visto que los soldados británicos temían y repudiaban la idea de verse enviados a Irlanda, porque era frecuente que el servicio militar en aquellas tierras supusiera la muerte por enfermedad o inanición. Las provisiones con las que desembarcaban los ejércitos no tardaban en agotarse. En 1643, en solo una semana, las fuerzas realistas del marqués de Ormond destinadas en Leinster, conformadas por entre cuatro y siete mil soldados de infantería y caballería, dieron cuenta de «49 248 libras de mantequilla [una libra equivale a 453 gramos], 49 649 de queso, 447 toneles de trigo y de centeno, 367 toneles de guisantes y 356 de avena[18]». La economía local no podía hacer nada por reponer semejantes cantidades, y menos aún cuando las operaciones militares habían arrasado los campos y las granjas. Unos años más tarde, en 1648, el conde de Inchiquin se lamentaba en estos términos: «[V]arios de mis hombres han muerto de hambre después de subsistir un tiempo consumiendo carne de perro y de gato».

Las hambrunas y las malas cosechas eran poco menos que crónicas en la Europa de este período: eran características de la época y de las economías de subsistencia del continente. En mayor o menor grado y de un modo más o menos continuo pa-

saba hambre entre un 15 y un 20 por 100 de la población, dependiendo de las condiciones meteorológicas, la producción de los campos, los precios y el aprovisionamiento. En tiempos de guerra, sin embargo, la proporción podía ascender a un 60 por 100 o más en las regiones afectadas. Los soldados, por ende, siempre albergaban entre sus principales preocupaciones la relativa a los víveres que podrían tener en un futuro. El pan constituía un alimento fundamental. Al decir de Geoffrey Parker, setecientos gramos «al día se consideraban la ración mínima para la subsistencia de un soldado[19]». No obstante, por sí sola, semejante cantidad acarrearía una muerte lenta por inanición a quien no la complementase con otras vituallas. Estando en campaña, lo que podía suponer caminar entre seis y ocho horas diarias con una carga moderada, un combatiente necesitaba ingerir entre 3400 y 3600 calorías en dicho período, y los setecientos gramos de pan solo proporcionaban unas 1875. Si no se echaba a la boca nada más, estaría condenado a sufrir retortijones por el hambre. En la guerra de los Treinta Años no faltaron momentos en los que las tropas famélicas que irrumpían en una aldea en busca de algo que comer perdían los estribos al no dar con una sola migaja, y aullando de rabia, prendían hogueras y quemaban algunas de las casas.

Carros y caballos

En 1522, Enrique VIII de Inglaterra, aliado del emperador Carlos V, hizo embarcar a diez mil soldados con destino a Calais[20]. Al arribar a sus playas, el 20 de agosto, marcharon hacia el interior con provisiones para no muchos días hasta llegar a Doullens, a unos ciento doce kilómetros de distancia. Una vez allí, se agotaron los víveres. Calais y Saint Omer disponían de «vituallas a montones», pero los empleados públicos encargados del abastecimiento no podían hacerlas llegar al frente por la escasez desesperada de caballos y carros. A principios de octubre, diezmadas sus filas por obra de la deserción y las enfermedades,

el ejército de Enrique emprendió la retirada a Calais, adonde llegó humillado el 15 de octubre.

Lo más llamativo es que un año más tarde volvió a repetirse una secuencia de acontecimientos casi idéntica. Otros diez mil soldados británicos se encontraron sin alimentos y aún sin munición, debido, una vez más, a la mala gestión del transporte y los carros de aprovisionamiento, después de desembarcar en Calais a finales de agosto y llegar a Boulogne con la intención de sitiarla. El resultado fue, de nuevo, la retirada a la cabeza de puente a mediados de noviembre.

En las operaciones acometidas contra los escoceses en las fronteras septentrionales del reino, los ingleses se vieron hostigados con frecuencia por la falta de carros y, por ende, por el hambre. Todo apunta a que costaba aprender las lecciones que se recibían en el terreno de la intendencia.

La necesidad de animales, carros y carretas se encuentra estrechamente ligada al aspecto fundamental de la intendencia, siendo así que al ofrecer transporte permitían la distribución de alimentos. Sin vehículos de ruedas ni bestias no podía haber provisiones de boca, a no ser que llegasen por agua o se compraran, robaran u obtuviesen por otros medios en el lugar en que se hallaran las tropas, junto con los vehículos necesarios.

Forraje y víveres aparte, los caballos ocupaban siempre el primer lugar de los bienes saqueados por los ejércitos, y si el hambre era mucha, los seguían las cabezas de ganado. Sin embargo, ninguna hueste necesitada habría hecho ascos a un buen carro: un verdadero tesoro para su tren de aprovisionamiento. Entre 1581 y 1582, cuando pasaron por el municipio español de Antequera, los mercenarios alemanes del rey robaron 350 bueyes y 150 carros para su bagaje. Más tarde devolvieron 85 de las bestias, aunque no los vehículos[21].

Todo apunta a que había ciertas normas flexibles en lo tocante al número de carros que correspondía a determinada cuota de hombres o caballos. En medio de las guerras de religión de Francia, cierto contrato firmado por los hugonotes requería una carreta por cada cuatro o seis caballos, en tanto que los lansquenetes trataban de disponer de una por cada diez hombres. A principios del siglo XVII, un ejército podía tener uno de estos vehículos por cada 15 soldados, y entre dos y cuatro caballos por carro. Los 24 000 combatientes que participaron en la campaña de 1602 de Mauricio de Nassau marchaban con un tren de 3000 carretas: una por cada 80 hombres. Cuatro años después, también en los Países Bajos, la hueste de 15 000 soldados de Ambrosio Espínola contó con entre 2000 y 2500 carretas, lo que hace una media de entre 6 y 7,5 personas por vehículo. En 1629, cierto ejército de 11 000 españoles e italianos necesitó 673 mulas: una por cada 16 o 17 de ellos[22]. La cantidad de carros y bestias dependía en parte de las provisiones que hubiera que transportar.

De cuando en cuando, los comisarios del ejército recurrían al servicio de los carreteros para que avituallaran a los soldados sobre la marcha, tal como ocurría, por ejemplo, en el camino español y en Saboya y Lorena. Sin embargo, la mayor parte del acarreo que se efectuaba a través de los Alpes se verificaba a lomos de mulo. En ocasiones se lograba que los municipios que servían de etapa prestasen alguna de estas bestias para el transporte de provisiones a corta distancia. Sin embargo, a la hora de devolver a los machos resultaba que dos terceras de cada tres se hallaban maltrechos o habían muerto por un uso inadecuado.

El número de carros y carretas de un ejército no nos dice nada —como tampoco, por lo común, las fuentes de que disponemos— de cuál era el empleo exacto que se les daba: cuántos se destinaban a los oficiales, a la clase de tropa, al acompañamiento, al pan y otros víveres, al forraje y al acarreo de armas, muni-

ción, tiendas y demás arreos propios de un ejército en campaña. Lo más probable era que una fuerza de combate bien pertrechada llevase consigo hornos portátiles y molinillos de mano para el trigo, el centeno y otros cereales. También el ornato y los distintivos de clase social. Los atavíos de los oficiales de la nobleza —botas, vestidos, sombreros, plumas y demás galas— desplazaban en ocasiones a la artillería. En las décadas de 1620 y 1630, el ejército de Flandes, pese a ser mucho más fuerte que el neerlandés, transportaba a menudo menos cañones de sitio y de campaña porque, según señala un experto, los adalides «empleaban el tren de artillería para su equipaje personal[23]». El campo de Marte, en donde se esperaba que demostrase su valor la aristocracia, era también el lugar en que exhibir los ornamentos de su identidad, y la vanidad ponía los aderezos por delante de los cañones.

No debemos olvidar las necesidades añadidas que imponía el saqueo de ciudades y pueblos, ya que el botín resultante exigía el uso de carros. ¿Cómo, si no, iba a ser posible su transporte? En 1512, durante el saco de Brescia, una de las cosas de las que más se lamentaban los franceses era que, en su premura por llegar a la ciudad, no habían tenido tiempo de hacerse con los vehículos necesarios en el momento de salir.

En sus reflexiones sobre las ciudades ambulantes, Géza Perjés, el estudioso más fascinante de la intendencia del siglo XVII, imaginó un ejército de 40 000 soldados de a pie y 20 000 caballeros, a los que añadió 20 000 caballos de tiro para el tren de aprovisionamiento, 90 000 raciones de pan, entre las que se contaban las adicionales para las necesidades añadidas de los oficiales y para todo el personal auxiliar: carreteros, herreros y otros artesanos, zapadores, etc[24]. El resultado de sus cálculos racionales resultaba alarmante por lo inviable: un ejército de semejante magnitud, con más de 11 000 carros, las provisiones intactas y un espacio mínimo entre un vehículo y otro, habría

alcanzado una longitud de 198 kilómetros. Aun cuando hubiera logrado moverse a gran velocidad —a unos 25 kilómetros diarios—, la separación entre la vanguardia y la retaguardia de la columna habría sido de ocho días de marcha.

El ejercicio de Perjés tenía por fin el de determinar los límites numéricos que imponía la intendencia a los ejércitos de principios de la Edad Moderna. Observó que los expertos del período —Montecuccoli, Turenne…— los situaban en cincuenta mil soldados. Los estudios recientes han demostrado que una hueste así no podría mantenerse unida más de unos cuantos días, a no ser que dispusiera de suficientes puntos de aprovisionamiento o recibiera víveres y forraje de manera regular por otros cauces. Esto, sin embargo, era un imposible dados los recursos administrativos de los Estados de aquel período, y cualquier empeño en alimentar a los cincuenta mil hombres con lo que ofrecían las tierras por donde pasaban los habría llevado a dispersarse en muchos kilómetros a la redonda mientras buscaban con qué acallar el hambre. El de entre 25 000 y 35 000 soldados es un límite mucho más realista, y hasta este número, acampado en las regiones más fértiles de Europa —Francia, el valle del Po y Renania—, se habría visto obligado a vagar constantemente a medida que agotaban las reservas locales y esquilmaban los campos a su paso.

En consecuencia, los grandes ejércitos en campaña estaban condenados a tener soldados famélicos por imposición de las condiciones existentes en la Europa de la primera Edad Moderna. Por eso sus marchas eran, al parecer, de unos 20 kilómetros diarios de promedio, en tanto que hoy suele ser de entre 35 y 40.

A finales del siglo xv, los caballos de batalla eran un bien escaso en Italia. Los de calidad costaban al menos treinta ducados de oro, y los mejores, entre ochenta y noventa —el equivalente a los ingresos de dos años de un maestro artesano de los astille-

ros de Venecia—.[25] La venta de monturas en Milán y las ferias de primavera de Como, Chiasso y otros puntos de Lombardía atraían a mercaderes no solo de toda la Italia septentrional, sino también de Alemania y Suiza[26]. No obstante, seguía habiendo escasez de los ejemplares adecuados, en parte porque no era extraño que los soldados hambrientos vendieran o empeñaran sus cabalgaduras.

En el siglo XVII, el norte de Europa fue testigo de máximos insólitos en el precio de los caballos de batalla. En la década de 1640, el ejército de Flandes importaba miles de caballos desde lugares tan remotos como Cerdeña, Nápoles y sobre todo Polonia. España misma no andaba sobrada de tales animales por el número considerable de los que se agotaban o morían en un espectáculo extremadamente popular: la tauromaquia. El historiador R. A. Stradling nos informa de que en los Países Bajos, en 1646, el precio de un caballo de batalla de calidad era de más del doble del valor de «un galeote negro y doce veces el de un soldado irlandés de infantería» (lo que dice mucho de las condiciones en que se hallaban los varones e Irlanda que combatían en el continente[27]).

Debemos dar por supuesto, en consecuencia, que los oficiales de caballería trataban a sus monturas con el mayor de los cuidados. Sin embargo, hasta los rocines exigían atención. El Departamento Veterinario del ejército británico publicó en 1908 un informe que llegaba a la siguiente conclusión: «Cumple considerar a los animales de un ejército dedicados al transporte como si valiesen su peso en oro», y por lo tanto, «ningún cuidado ni supervisión son demasiado grandes ni demasiado estrictos[28]». Tales argumentos habrían recibido la aprobación de cualquier soldado de caballería polaco, ruso o tártaro de los siglos XVI y XVII, y sin embargo, las condiciones lamentables en que se hallaban los ejércitos de la Europa occidental, sobre todo en tiem-

pos de guerra, hacía punto menos que imposible brindar a los caballos el celo que merecían.

En circunstancias cercanas a la hambruna, en lo más intenso de la guerra de los Treinta Años, los campesinos de cierto lugar del suroeste de Alemania —si bien la escena debió de repetirse en incontables ocasiones— contemplaban a un soldado croata que, montando en cólera al ver que su cabalgadura se negaba a avanzar, le golpeaba la cabeza sin descanso. El animal se derrumbó y murió, y los aldeanos, tan aturdidos como famélicos, corrieron a comérselo. Cabe preguntarse si debía su fin a la extenuación o simplemente al hambre[29].

En un día, un caballo puede transportar sin dificultad una carga de una quinta parte de su peso, aunque no más, y requiere entre nueve y once kilos de alimento, o aún trece o más en caso de que la labor sea ardua. Para colmo, tal como ha señalado cierto historiador experto en cuestiones de intendencia, la mitad de su sustento «debe estar conformada por grano, y la otra, por forraje»; es decir: paja o heno. Sin embargo, cuando se ha «desgastado tras varios días de trabajo excesivo y dieta inadecuada», el animal se vuelve inservible, y en tiempos de guerra lo más seguro es que lo sacrificaran, pues para recobrarse del todo habría necesitado alimentarse bien y descansar cuatro o cinco meses.

No resulta, pues, sorprendente que los caballos fuesen el primer objetivo de los soldados entregados al pillaje una vez satisfechas las necesidades alimentarias propias, ni que los siguieran la avena, el heno y la hierba. Los caballos, vendidos ilegalmente «por soldados de caballería que no habían recibido su sueldo», también «morían en gran número durante las campañas prolongadas y los inviernos inclementes[30]». Y lo que es peor: dado que era común que se abusara de ellos y no recibiesen el sustento que requerían, el único modo posible de sustituir al que moría consistía en robar otro. Sin embargo, este expediente tenía

un efecto secundario inmediato en las comunidades locales, pues a menudo detenía las labores de una granja, en donde, por ejemplo, se atrasaban la aradura y el transporte de la producción —que en terreno accidentado podía trocarse en una verdadera pesadilla—. En estos casos, los campesinos pasaban hambre igual que los soldados.

La campaña que acaudilló durante la primavera de 1645 el general sueco Lennart Torstensson subrayó la importancia que revestía la correcta nutrición de las cabalgaduras[31]. A finales del mes de marzo hizo avanzar a sus dieciséis mil soldados hacia Viena, la capital imperial, y fue incapaz de atacarla pese a hallarse solo a un día de marcha de ella, en parte —tal como revela el experto William Guthrie— porque «la escasez de forraje de finales del invierno había debilitado a su caballería», y por consiguiente, «los caballos enfermaron y, en muchos casos, murieron[32]».

Los ejércitos de entre veinticinco y treinta mil hombres no fueron poco frecuentes en las guerras de religión de Francia ni en la guerra de los Treinta Años. Era de vital importancia que pudiesen disponer a diario de pan o de harina, y no lo era menos que los regimientos de caballería, que representaban una tercera parte aproximada del total de un ejército, contaran con forraje. Una hueste tan nutrida podía moverse con no menos de veinte mil caballos, si incluimos los de carga y tiro. John Lynn y otros han puesto de relieve que era impensable que una fuerza así transportase su propio pasto, pues necesitaba unas quinientas toneladas diarias. Los animales, pues, debían obtener su alimento en las tierras por las que pasaban, y esto exigía expediciones de forrajeros que bien podían estar conformadas por miles de hombres que cabalgaban en círculos cada vez más amplios con el fin de conseguir pasto verde o seco[33]. La necesidad llevaba a los ejércitos de un lugar a otro, y muchas de sus monturas, pese a todo, morían de manera inevitable de extenuación

o de hambre. En la campaña que libraron contra los hugonotes entre 1568 y 1569 en una porción de Francia que se extendía desde Saumur hasta Limoges y más allá, «los 30 000 hombres y… 15 000 animales» del ejército real no pudieron dejar de moverse, pues en cuestión de días acababan con los víveres y el pienso de los lugares por los que pasaban[34].

Las mismas limitaciones logísticas eran aplicables a los nutridos ejércitos de la guerra de los Treinta Años, lo que explica que deambulasen, de forma que podría parecer errática, en busca de valles y vegas en las que poder dar con alimento para hombres y bestias. Los ejércitos suecos de las décadas de 1630 y 1640, comandados por Banér, Torstensson y Wrangel, eran máquinas monstruosas especializadas en buscar y comer.

Quienes servían a caballo solo lo montaban en combate, y el resto del tiempo caminaban a su lado a fin de preservar su salud[35]. De todas las cabalgaduras que poseía un ejército, las de las unidades selectas de caballería eran las mejor cuidadas y las que más probabilidades tenían de recibir sus raciones de forraje. Sin tener en cuenta las bajas que se producían en acción, los que tiraban de cañones y carros eran los primeros en morir.

Caravanas y acompañantes[36]

En 1615, cierto observador alemán señaló que «quien recluta hoy un regimiento de soldados alemanes no adquiere solo tres mil guerreros, sino también las cuatro mil mujeres y niños que encontrará con ellos con certeza[37]».

El comentario identifica un rasgo universal de los ejércitos europeos: en los escenarios bélicos de la época destacaban las esposas, los hijos y las demás mujeres que seguían a las columnas de soldados. Con todo, en la estela de un cuerpo de tropas también caminaba toda una variedad de lacayos de oficiales y otros asistentes. En las postrimerías del siglo xv, Carlos VIII, rey de Francia, declaró «que alimentaba a diario de 48 000 a 50 000

bocas para mantener a un ejército de 20 000 combatientes[38]». Las mujeres que los acompañaban no tenían por qué ser sus esposas: viudas, concubinas y prostitutas también formaban parte de la muchedumbre que remataba las serpenteantes formaciones de soldados. En 1544, tras la invasión de Francia por parte del rey Enrique VIII, hubo un gran número de mujeres que cruzó el canal de la Mancha a fin de unirse a sus fuerzas[39].

Si era o no esta cola de acompañantes mayor que la bestia misma es algo que no puede determinarse en ausencia de estudios bien fundados. En los Países Bajos y Alemania, durante la guerra de los Treinta Años se dieron casos en los que los acompañantes eran más que los soldados, aunque por lo común no era así. El estudio que dedica Geoffrey Parker al ejército de Flandes revela que su número podía equivaler a entre el 8 y el 53 por 100 del de la unidad de combate. En el caso del conflicto mencionado, la opinión reciente mejor informada sostiene que la proporción era a menudo de un acompañante por soldado[40].

Además de mujeres, niños y lacayos, podían encontrarse entre ellos diversos artesanos, como carpinteros, ruederos y herreros, amén de vivanderos (vendedores de alimentos y bebidas), prestamistas, curanderos, veteranos y toda suerte de parásitos. Aquel colectivo formaba una verdadera comunidad, la sociedad del ejército de la Europa de la Edad Moderna temprana. Aun así, nuestra ciudad itinerante, plagada de aflicciones, no habría podido ir muy lejos sin el solaz, las comodidades ni el trato familiar que brindaban las mujeres. Y si los gobernantes lo toleraban era porque sabían que no podían reunir un ejército numeroso ni mantenerlo unido sin un reguero de acompañantes. En este sentido, era el gobierno mismo el que había dado origen a esta sociedad extraña, divorciada en extremo de los modos del mundo cotidiano de la ciudad, el pueblo y el campo. Desdeñados y temidos por todos, estos «extraños» eran tenidos por gen-

tes sin Dios, por una turba inmoral que daba acomodo a ladrones, matones, rameras, asesinos y a todo género de enfermedades contagiosas.

A partir de 1660, las autoridades civiles y militares introdujeron regulaciones más estrictas contra las esposas que seguían a los ejércitos, y más aún contra las prostitutas. Las leyes dictadas con respecto a estas últimas incluían penas como las de marcarles el rostro o amputarles la nariz y las orejas. Aun así, la costumbre de acompañar a los ejércitos se prolongaría, aunque no con tanta fuerza, hasta el siglo XVIII, y las guarniciones hubieron de introducir las medidas necesarias para hacer sitio a las esposas e hijos de los soldados[41].

Si las mujeres que viajaban con los oficiales lo hacían en carromato, no puede decirse lo mismo de la mayor parte de las otras, cuyos hombres eran demasiado pobres para tener caballo si no era por obra del pillaje. En este caso, sin embargo, la necesidad no tardaba en obligarlo a vender el animal, tal como atestigua el diario de Peter Hagendorf, soldado que combatió en la guerra de los Treinta Años. Las más de las mujeres del tren de acompañantes marchaban a pie, cargadas de ropa, cacharros de cocina y sacos en los que transportaban otras posesiones, así como, en muchos casos, de una criatura o dos. Cuando no se alojaban en casas particulares como los soldados, dormían en tiendas, en cabañas endebles o al raso; conque debían ser fuertes si no querían morir de agotamiento, por enfermedad o durante el parto. Durante el tiempo que pasó Hagendorf deambulando con distintos ejércitos (de 1624 a 1649) que lo llevaron de un lado a otro de Alemania y más allá de sus confines, la muerte se llevó a su primera esposa y a siete de sus hijos. Cuando, por el contrario, era la mujer quien perdía a su esposo o compañero en el campo de batalla o por causa de alguna dolencia, se veía de inmediato condenada a la indigencia, sobre todo si tenía hijos. ¿Qué podía hacer? Darse a maquinaciones que le permitie-

sen conseguir trabajo extra en el tren de abastecimiento o quizá mendigar, robar o prostituirse. O conformarse con quedar relegada; pero en ese caso, ¿adónde podía ir? Cabía la posibilidad de regresar al lugar de origen. Los hijos varones de soldados aspiraban a entrar en el ejército en calidad de lacayos de los oficiales, aunque también los había que se convertían en ladronzuelos de segunda. Las viudas añosas y los soldados viejos se aferraban a aquel mundo porque no conocían otro o no tenían ningún lugar mejor al que dirigirse.

Las mujeres pagaban con creces su unión sexual con un soldado: se dejaban la piel lavando, cosiendo, guisando, acarreando, buscando alimento, negociando con vendedores de tres al cuarto, administrando el botín, colaborando con los forrajeros, moliendo grano a mano y cavando trincheras. Lo hacían todo menos disparar armas de fuego y empuñar picas, aunque también se daban casos de hombres muertos en el campo de batalla que resultaban no ser tales: «Mientras administraba los últimos sacramentos a los moribundos de Leucate en 1637, el obispo de Albi topó con varias mujeres de uniforme abatidas por el enemigo[42]».

Y aún queda por mencionar uno de los servicios más importantes que prestaban: la escasez crónica de cirujanos de campaña, a los que se pagaba poco más que a los artesanos cualificados, las situaba en primera línea a la hora de cuidar de los enfermos y vendar las heridas de los soldados.

A tenor de lo expuesto, no cabe dudar de por qué conformaban el corazón mismo del mundo creado en torno al tren de abastecimiento. En él eran también necesarias otras muchas personas, como ruederos o herreros; pero las mujeres y los niños ofrecían la atmósfera, las imágenes y los sonidos del hogar. No sorprende, pues, que, tal como han podido comprobar los historiadores, el número de paisanos de las caravanas se doblara con creces en el curso de la guerra de los Treinta Años, a despe-

cho de todas las penurias. Si los desposeídos seguían a los soldados exterminadores, estos buscaban a su vez el impulso moral que solo podían proporcionarles las mujeres y los niños, como pone de relieve el diario de Peter Hagendorf.

Tampoco debemos pasar por alto otra figura clave del mundo que se desenvolvía alrededor de los trenes de provisiones: la del vivandero, minorista de alimentos, bebidas, tabaco y otros géneros como prendas de vestir, objetos de cuero y zapatos usados[43]. Peteer Burschel ha llegado a aseverar que un ejército sin vivanderos era un ejército pobre, un ejército sin paga, un ejército hambriento y —podemos permitirnos añadir— un ejército miserable y moribundo[44].

Ninguna hueste podía pasar en campaña sin la venta de provisiones así. Los vivanderos acaudalados tenían sus propios carros, y cualquiera de ellos, pobre o rico, podía optar por dejar un tren de abastecimiento para unirse a otro. Aunque en ocasiones había quien recelaba de ellos por miedo a que fuesen espías, lo cierto es que la mayoría estaba conformada por simples vendedores de alimentos, cerveza y coñac. Las mujeres destacaban en este comercio, y como los hombres, anunciaban a voz en cuello su género muy de mañana. *La pícara Coraje*, novela de Grimmelshausen escrita alrededor de 1670 —y en la que basó Bertold Brecht su *Madre Coraje*—, presenta el retrato de una de ellas. Aunque está tratado con no pocas dosis de exageración y fantasía, los rasgos generales de este personaje abusivo, extremo, cínico y terrenal evocan, si se consideran en el contexto de la guerra de los Treinta Años, la ética de aquella época abusiva. Obligada a vivir de su ingenio, sus bravatas, sus encantos, los despojos con que logra hacerse y su disponibilidad sexual, Coraje —que es también el nombre de su vagina— no tiene más opción que mostrarse arrojada y ambiciosa. Sin embargo, acaba sumida en la enfermedad y la fealdad, como la guerra misma.

El que los más de los vivanderos eran mercaderes de tres al cuarto se deduce por el hecho de que los ejércitos numerosos se echasen al campo con cientos de ellos en sus caravanas. En una hueste de 14 000 soldados, pongamos por caso, podía haber 220 de ellos en plena guerra de los Treinta Años: una media de uno por cada 64 hombres, contando solo los combatientes[45]. Las ordenanzas del ejército español limitaban su número a tres por compañía; pero estas raras veces superaban los trescientos efectivos, y de hecho, lo más frecuente era que rondasen los doscientos a lo sumo. Si en sus tiempos más pobres de vivandera, Coraje no tuvo más remedio que caminar mientras pregonaba de un lado a otro coñac y tabaco solamente, productos que acarreaba en un saco que llevaba a los hombros, en épocas mejores disfrutó de un mulo o un pollino, y hasta fue propietaria de al menos un carro, como otros comerciantes adinerados. Estos, los más pudientes, eran los que suscitaban de cuando en cuando la suspicacia del paisanaje más humilde, ya que constituían la vanguardia del ejército que se aproximaba a una población y, llegados allí, corrían a los centros urbanos para adquirir la mayor cantidad posible de alimento, con lo que hacían que se disparase de súbito el precio de la carne, el queso y otros comestibles.

Tampoco faltaban negociantes sin interés alguno en la venta al por menor: los mercaderes, prestamistas y usureros que traficaban con casi todo, desde campanas robadas de iglesias hasta tapices carísimos, hatos de caballos y ganado, vestimentas fastuosas o alhajas. De los más avispados se podía esperar que supiesen algo más que rudimentos de dos o tres lenguas: francés, español y alemán sobre todo, aunque algún que otro idioma eslavo habría sido de gran utilidad en determinadas partes de Alemania. Siempre lograban hacerse un hueco en las caravanas que seguían a los ejércitos que estaban a punto de saquear una gran ciudad o un municipio acaudalado, cuyos botines podían brin-

darles ganancias colosales. Pagando con dinero contante, compraban trofeos a precios relativamente bajos y luego los llevaban en sus carros a otras plazas para venderlos por valores más cercanos a los del mercado. Los soldados querían moneda en efectivo con la que comprar alimento y bebida, ropa y zapatos; dinero que poner sobre la mesa de juego: no podían cargar con objetos pesados cuando se trasladaban si no disponían de un caballo o de espacio en uno de los carros, y el vivandero rico que ejercía de prestamista siempre estaba dispuesto a aligerar su carga.

Era común que hubiese soldados en deuda con estos comerciantes. Esta forma de servidumbre resultaba casi inevitable habida cuenta de la pobreza en que vivían y su dependencia del crédito. Sin embargo, de un modo u otro tenían que acabar por saldar sus cuentas, ya que los vivanderos se hallaban bien protegidos tanto por los oficiales como por las regulaciones militares. No sorprende que fuesen a menudo objeto de los dicterios de sus deudores, sobre todo los judíos; pero incurría en delito grave quien atacase a alguno[46]. Los más adinerados poseían, sin lugar a dudas, contactos en los cuarteles generales del ejército, pues al cabo, en tiempos de guerra y dado el ámbito comercial en que se movían, era normal que dominasen las artes del soborno. Huelga decir, en consecuencia, que los vivanderos prestamistas se atraían la inquina del soldado común. Cuando se encontraban atrapados en el caos y la violencia del combate, eran de los primeros en ser desvalijados o muertos. Con todo, los más ricos y despiertos se afanaban por encontrarse siempre en el lado vencedor.

A lo largo de los siglos XVI y XVII, esta figura fue clave en la venta de un aluvión de riquezas provenientes del saqueo, desde los carros y las reses de los campesinos pobres hasta el esplendor de las joyas más preciadas, de bibliotecas y de colecciones céle-

bres de pintura. Sin embargo, los mercaderes de las ciudades vecinas solían llevarse lo más valioso de los botines.

Acantonamientos

Maximiliano de Baviera se quejaba en una carta de 1637 remitida al emperador Fernando III del proceder de los soldados destinados en su ducado, quienes ocupaban las chozas de los campesinos más pobres cuando buscaban dónde alojarse en lo peor del invierno y los arrojaban junto con sus familias a «la nieve y los bosques… en donde mueren y se pudren de frío y hambre». Solicitaba del emperador que pusiera «fin cuanto antes a la distribución de cuarteles de invierno», aunque al mismo tiempo reconocía que los combatientes también se hallaban «depauperados, desnudos, extenuados, famélicos y en tales condiciones que mueven a compasión[47]».

En 1594, enfrentado a subordinados hambrientos y levantiscos que no habían recibido su soldada, el coronel Francisco Verdugo, al mando de las fuerzas españolas destinadas en Frisia (el extremo septentrional de los Países Bajos), no pudo evitar que los oficiales alojasen a varias compañías de caballería en casas de gentes tan pobres que hubieron de salir «a pedir limosna para sustentar [a] sus hijos y soldados», lo que incluía también a los lacayos de estos últimos[48]. La contemplación de semejante escena, a su decir, habría causado lástima al más cruel de los hombres, y sin embargo, sus hombres no dejaban de maltratar a sus desdichadas víctimas.

La práctica de acantonar a los soldados en casas de paisanos —el tema que más se ha obviado en la historia de la guerra— era universal en la Europa de los tiempos que nos ocupan. Por lo común, las familias que los acomodaban debían proveerlos de uno o varios lechos, uso de la cocina, leña, sal, vinagre, velas y otros bienes. En tiempos de paz, al menos en teoría, estos servicios se hallaban regulados, y las familias debían recibir reem-

bolso o desgravación fiscal de sus gastos. Sin embargo, lo cierto era que ni siquiera cuando no había guerra se satisfacían por entero estas cuentas, y de todos modos nadie iba a avalar la honradez, salud ni humanidad de los acantonados.

Aún podía ser peor: en tiempos de conflicto no era difícil que las tensiones palpables que plagaban esta práctica se trocasen en episodios de brutalidad. Los príncipes se quedaban sin dinero; los soldados, sin paga y sin nada que llevarse a la boca, y las normas que regían esta actividad se abandonaban. Aquellos extraños a los que nadie había invitado exigían, además, pan, carne, vino o cerveza, más camas, más leña y más de todo, y quien se resistía pagaba con golpes, con heridas y aún con la vida misma.

El drama del soldado despreciable que en tiempos de guerra se sumaba a los menesterosos en sus casuchas o los echaba de ellas se repetiría en escenas que parecían no tener fin. Y los pobres pasaban del hambre a la inanición. Sin embargo, las víctimas no siempre se dejaban intimidar. Tal como veremos, las situaciones generadas podían ser lo bastante opresivas para generar revueltas y escaramuzas.

Las «contribuciones» podían ser tan malas como la obligación de alojar a los soldados. Al hablar de las requisas efectuadas por el oficial sueco Georg Mittelstedt en la Pomerania occidental en 1637, cierto historiador revela que se exigió a un grupo de pueblos la entrega de las siguientes raciones diarias: 5 toneles de cerveza, 90 kilogramos de pan, 2000 litros de avena, 4 carretadas de heno «de calidad», «diversas especias para mí y mis oficiales», 1000 litros de mantequilla, 17 litros de sal, 30 velas y también, «para la cocina del capitán de caballería y otros oficiales, 2 ovejas, 12 gallinas, 6 gansos y 30 huevos». Asimismo, se informaba a los aldeanos que, si omitían suministrar a diario todos estos artículos, serían los jinetes quienes se encargarían de ir a recogerlos[49].

En noviembre de 1494, como hemos visto, la entrada en Florencia de una hueste francesa enfrentó a esta república con el problema que suponía el acantonamiento de unos diez mil soldados. Distribuidos en cientos de casas particulares, iban a vivir y a dormir durante diez días en la ciudad más célebre del Renacimiento europeo. Pese a su condición de aliados del rey de Francia, los florentinos se sumieron en una gran angustia ante el temor de que la operación desembocara en cualquier momento en una carnicería. Sabían que los soldados no eran de fiar en tiempos de guerra.

Era frecuente que los combatientes topasen con casas exentas de alojarlos. En Francia, en particular, había ciudades y pueblos enteros que gozaban de este privilegio, bien por haber pagado para ello, bien por hallarse bajo la égida de un noble influyente o un oficial con buenos contactos. Otro tanto cabe decir de los particulares que disponían de las conexiones adecuadas y podían comprar o solicitar inmunidad al respecto. Además había determinadas clases de individuos que no estaban sometidas a esta obligación: nobles, clérigos, concejales municipales, recaudadores y quienes desempeñaban un empleo real. Este género de exenciones se daban a todas horas y en toda Europa.

En octubre de 1678, la ciudad francesa de Vervien, cuya población ascendía a 6500 habitantes, hubo de ofrecer alojamiento a otros tantos soldados de la nación durante un breve período[50]. Si suponemos una media razonable de cuatro personas por familia, el municipio debía de contar con unas 1625 familias, y si los militares se distribuían de manera equitativa, cada una de ellas debía acoger a cuatro. Sin embargo, dado que algunas de las gentes principales de la ciudad debieron de acogerse a la prerrogativa de que disfrutaban, muchas casas tuvieron que verse obligadas a acomodar a cinco, seis o más de ellos. Cabe concluir que los pobres y los más humildes se vieron obligados a pagar por encima de sus posibilidades, pues aún cuando los

soldados durmiesen de dos en dos o tres en tres en un lecho, tal como era costumbre, en tiempos de guerra se desataban sus abusivas exigencias.

No hace falta añadir que los oficiales recibían los mejores aposentamientos. La pirámide social se hallaba más consolidada si cabe en los ejércitos europeos que en el ámbito civil. Siempre que era posible dormían en ciudades, en tanto que a los soldados se les alojaba en pueblos a fin de exonerar de tal carga a los burgueses. En la Italia superior, allá por el año 1500, las tropas se acomodaban casi siempre en el campo, y raras veces en zonas urbanas.

Los acantonamientos hacían que recayera sobre el paisanaje el peso de todos los ejércitos de Europa. No en vano decían los rusos que a los soldados los colgaban del cuello de los campesinos[51]. Esta práctica se prolongó hasta el siglo XVIII, hasta que empezó a fomentarse la construcción de barracones en Francia, Alemania, España y los Países Bajos. Con todo, en el XVII, siempre que era posible, los pueblos y burgos con derecho de mercado sacaban los dientes y se resistían a las demandas de la soldadesca. En determinadas partes de Alemania, en tiempos de guerra, las gentes del campo sellaron alianzas entre pueblos a fin de matar a sus opresores. Las consecuencias podían ser nefastas: entre finales de la década de 1620 y la de 1630 se reprimieron con gran brutalidad revueltas masivas de campesinos en distintas partes de Alemania y Austria.

El suroeste de Francia, y en particular en Périgueux y Bergerac, se dieron al menos cuarenta sublevaciones frente a compañías montadas de soldados franceses que pretendían acantonarse en la región. Estaban bien organizadas y se servían de puestos de vigilancia, campanas con las que dar la alarma, iglesias fortificadas, milicias, campesinos armados con mosquetes y, de cuando en cuando, son de tambores. En ocasiones contaban in-

cluso con la colaboración de empleados públicos del lugar. Los levantamientos no tardaban en desembocar en batallas en toda regla, siendo así que las gentes armadas del campo atacaban a los soldados a las puertas de los municipios o les tendían emboscadas en sus tierras al verlos aproximarse al pueblo que debía acogerlos. En agosto de 1636, la milicia ciudadana de Périgueux, conformada por cuatrocientos hombres, expulsó a una unidad de caballería de cierto burgo sujeto a la jurisdicción de su municipio. Los habitantes de Le Dorat, en la región de la Marca Baja, rechazaron en agosto de 1639 a una compañía de jinetes a los que «acribillaron» con disparos de arcabuz. En «Abjat, en mayo de 1640; Gradignan, en mayo de 1649, y en Chéronnac, en agosto de 1649», los aldeanos repelieron a las unidades de caballería gracias a sus iglesias fortificadas. De hecho, en la década de 1640, el modesto municipio aquitano de Abjat resistió por medio de las armas frente a las compañías de caballería del rey durante un lustro al menos.

Yves-Marie Bercé, historiador de estos acontecimientos, resume su opinión sobre las revueltas campesinas ante los soldados confrontando el ideal trabajador de las comunidades rurales con la existencia nómada, resuelta, ociosa y poco previsora del soldado[52].

Ejércitos moribundos

En 1660, la ciudad borbonesa de Sancoins negó la entrada a tres mil hombres de armas alegando disfrutar de un privilegio que la eximía de acantonarlos. Sirviéndose de «ardides traidores para irrumpir en la plaza», conforme a la relación que del hecho presenta John Lynn, la soldadesca hizo entonces «cuanto le vino en gana: violar, saquear y atracar[53]». Robaron caballos y aún obligaron a las mujeres a pagar si querían que les devolvieran las criaturas de pecho que les habían arrebatado. Mucho más fre-

cuente que semejante atrocidad era la salvaje ignominia de forzarlas en público en las calles de municipios no muy nutridos.

Aun así, pese a todas estas exhibiciones de fuerza bruta, los ejércitos de tiempos de guerra adolecían en aquel período de una gran fragilidad: bastaba poco para destruirlos por intermedio de las enfermedades y el hambre. El poderío de que hacían gala en los pueblos no era ningún espejismo, sino una realidad bien palpable; pero esta violencia explosiva ponía de relieve su endeblez. Los soldados robaban y atormentaban a los inocentes por la frecuencia con que se veían ellos mismos a un paso del exterminio no en el campo de batalla, sino por su débil salud. En las décadas centrales del siglo XVII, la tasa de mortalidad de los ejércitos franceses podía alcanzar, aún en tiempos de paz, una media anual del 25 por 100, en tanto que la que presentaron los de toda Europa durante el siglo completo parece haber estado entre un 20 y un 25 por 100. En cambio, la anual de la población civil se hallaba en torno al 3 o el 4 por 100, proporción que se reducía más aún entre los jóvenes de entre diecisiete y veintiséis años[54].

El tema de los ejércitos moribundos, ligado a las poblaciones pobres cuya suerte compartían, se repite en estas páginas como un estribillo. Los soldados, que a menudo se encontraban atrapados en el frío gélido y, como sus monturas, desnutridos o cuajados de piojos al sol del verano, eran campo fértil para las epidemias. Tales circunstancias hacen pensar que la agonía de un ejército numeroso debía de ser un espectáculo trágico, en particular cuando se producía a lo largo de dos o tres semanas. Vimos algo así en el primer capítulo con la hueste del vizconde francés de Lautrec durante el cerco que impuso a Nápoles en el verano de 1528. En aquel caso, el tifus se extendió de súbito entre las filas de los sitiadores y los mató a diestro y siniestro. En el mes de agosto, transcurridas apenas tres semanas, pasaron de atacantes a asediados: los soldados italianos y españoles, que

estaban bebiendo ya aguas «nauseabundas» y comiendo pan «hediondo», salieron de Nápoles y los circunvalaron, los pasaron a cuchillo y diseminaron a los supervivientes de una fuerza militar otrora orgullosa[55].

Los ejércitos podían morir de otra manera, más metafórica, aunque conducente, en igual medida, a su ruina: la deserción. Los soldados podían abandonar las filas con gran rapidez, y aún en masa, o en menor número, menoscabando de forma constante un cuerpo de tropas hasta hacerlo desaparecer como unidad de combate. Los motivos eran siempre los mismos: impagos, hambre, enfermedades, abusos por parte de los oficiales, imposibilidad de soñar siquiera con un permiso o resistencia tenaz a la recluta forzosa. A la hueste de 45 000 hombres que congregó Gustavo Adolfo en Nuremberga a finales de agosto de 1632 le bastaron tres semanas para que se pusieran en fuga unos once mil de sus integrantes[56].

La historia de la guerra revela que los ejércitos europeos nunca se vieron más afectados por la deserción y los motines como en este primer período de la Edad Moderna. El ejército español de Flandes encabezaba la lista, pues entre 1570 y 1606 conoció 45 sublevaciones[57]. Con todo, las nutridas fuerzas suecas e imperiales de la guerra de los Treinta Años no le iban muy en zaga, pues no era extraño que se desmoronaran, abatidos y sin soldada, a mitad de campaña.

En 1552, el emperador Carlos V tenía poco más de 55 000 soldados cercando la colosal plaza fortificada de Metz, ciudad imperial libre que poco antes habían tomado los franceses. Solo hicieron falta los meses de noviembre y diciembre para que se viniera abajo semejante hueste. La mitad se esfumó por causa de «la deserción, las enfermedades y la invalidez[58]». El escorbuto, la disentería y el tifus fueron las dolencias que se cobraron un mayor número de vidas. El sitio se levantó en enero. En to-

tal, las enfermedades habían acabado con unos diez mil hombres. La deserción, las heridas y mutilaciones dieron cuenta de otros quince mil. Llegó un momento en que morían doscientos hombres cada día.

El rey Luis XIII comenzó a finales del verano de 1620 la prolongada campaña emprendida contra las colonias de hugonotes. Lo primero que hizo fue atacar la ciudad protestante de Montauban, sometida a la casa ducal de Rohan. Seis semanas después, cuando aún no había acabado el mes de septiembre, aquel «ejército se había visto reducido, por obra de la enfermedad y la deserción, a una cuarta parte de lo que había sido». Sin embargo, sus adalides se resistieron a abandonar el sitio hasta la tercera semana de noviembre[59].

Antes de examinar la variedad de enfermedades con que topaban los ejércitos, deberíamos observar con más detenimiento el contexto general. El ejército de Flandes, a las órdenes de don Juan de Austria y conformado por unos sesenta mil soldados a comienzos de la primavera de 1576, apenas pudo reunir a once mil ocho meses más tarde, «aislados, además, en unas cuantas fortalezas como la de Amberes o la de Mastrique». Los demás habían desertado o estaban muertos. Si en algún momento llegaron a mejorar las condiciones de las tropas españolas destinadas en los Países Bajos, lo cierto es que no va a ser fácil reunir los indicios necesarios. Donde mejor se perciben los problemas es en el ámbito de la menor de las unidades que conformaban esta fuerza militar: «La compañía de valones del capitán Pierre de Nervèse comenzó su existencia con ocho oficiales y 134 soldados en agosto de 1629», y diez meses después «solo se pasó revista a siete de aquellos y 36 de estos; lo que supone una pérdida del 70 por 100[60]».

En julio de 1586 el conde de Leicester confesaba en carta remitida desde los Países Bajos al secretario real, *sir* Francis Walsingham, «que habían desertado en el lapso de dos días qui-

nientos hombres, “muchísimos de ellos en favor del enemigo”». Más tarde prendieron a doscientos en la costa neerlandesa mientras trataban, al parecer, de regresar a tierras británicas, «y ahorcaron a “varios de ellos” para que sirvieran de ejemplo[61]». La merma sufrida por el ejército de Leicester no fue obra de las enfermedades, sino de la huida de soldados reclutados a la fuerza y del hambre, que era el primer motivo por el que los combatientes se pasaban a las filas del enemigo.

En el ejército español de Flandes se incluía siempre un número nutrido de soldados italianos cuyas desgracias no debían de ser menos que las de los regimientos de España. «En 1587 marcharon a Flandes unos nueve mil soldados de infantería de Italia, y un año después solo quedaban 3600 tras la muerte o deserción de los demás[62]». Si la enfermedad constituía la primera amenaza de defunción, el marcado descontento de las tropas también tuvo un peso considerable en el desmoronamiento de los ejércitos, tal como pusieron de relieve los motines de seis compañías italianas en 1584 y 1596. Se hallaban destinados en Aarschot, y llevaban seis o siete años sin cobrar la soldada.

Irlanda fue escenario en 1600 de la destrucción de una fuerza militar vinculada de forma exclusiva a las enfermedades. De los cuatrocientos reclutas que llegaron de Inglaterra aquel año a fin de servir en las guarniciones de Derry solo quedaban al siguiente 1500 después de que hubieran dado cuenta del resto la disentería y el tifus[63].

Los acuartelamientos de la primera Edad Moderna europea, tan hacinados que obligaban al soldado a compartir cama con uno o dos compañeros, eran caldo de cultivo para enfermedades en igual grado que los ejércitos en campaña. En la guerra de los Treinta Años morirían más reclutas jóvenes por bacilos contraídos en sus guarniciones que por las armas del enemigo. Sin embargo, en el campo de batalla, un ejército enfermo podía desembocar en una verdadera hecatombe.

Entre el mes de junio y el de julio de 1632, Gustavo Adolfo y Wallenstein se preparaba para entrar en combate en Nuremberga y sus alrededores maniobrando para acometer un enfrentamiento decisivo al tiempo que trataba de obtener la ventaja que necesitaba en número y posición[64]. Sin embargo, las enfermedades y las deserciones, que alcanzaron su cota máxima con el calor de agosto, estaban resultando nefastas para sus ejércitos. «La concentración de 55 000 soldados y unos 50 000 acompañantes —señala Peter Wilson, uno de los historiadores más destacados de la guerra de los Treinta Años— supuso la producción de al menos cuatro toneladas diarias de excrementos humanos… [a lo que hay que añadir] las deyecciones de los 45 000 caballos de batalla y de tiro. El campamento era un hervidero de ratas y moscas que propagaban toda clase de enfermedades». Con todo, a los regimientos del rey de Suecia no les iba mucho mejor: su ejército, conformado por no pocos miles de combatientes, se había escondido en Nuremberga junto con los cuarenta mil habitantes de la ciudad y cien mil refugiados, presas todos de diversas dolencias y del hambre. Si nos detenemos a pensar un instante en el acceso que podían tener a agua potable limpia, no podremos menos de estremecernos ante lo insalubre de las condiciones en que debía hallarse semejante multitud humana. Wallenstein salió victorioso de una batalla menor librada en la Alte Veste, a no mucha distancia de allí, entre el 3 y el 4 de septiembre; pero lo cierto es que apenas revistió importancia si no fue porque desmontó el mito de la invencibilidad del rey. Cuando Gustavo Adolfo escapó de Nuremberga el 15 de septiembre, había perdido «al menos 29 000 hombres», bien por el hambre, bien por las enfermedades, y entre tanto, en el espacio de dos semanas desertaron otros 11 000.

En aquel momento se separaron los dos ejércitos: el de Wallenstein estaba demasiado achacoso para andar a la caza del otro, y el del rey emprendió una retirada desfallecida pese a ha-

ber recibido refuerzos de manera reciente. Gustavo Adolfo halló la muerte dos meses después, en la gran batalla de Lützen del 16 de noviembre, de la que no salió victorioso ninguno de los lados. Wallenstein no volvió nunca a recuperarse del todo, y lo cierto es que acabó poco menos que por provocar su propio asesinato. Sin embargo, el número de soldados que guerrearon aquel día frío se hallaba ya mermado en grado sumo: Wallenstein no disponía de más de doce mil al comienzo del enfrentamiento, en tanto que a las órdenes de Gustavo Adolfo servían unos ocho mil[65].

Poco más de tres décadas más tarde, en el lapso de cinco meses (a principios de agosto de 1664), el emperador Leopoldo pudo comprobar que el ejército de 51 000 soldados que había reunido para combatir a los otomanos había perdido a más de la mitad de sus efectivos por causa de las enfermedades, la deserción y la necesidad «de guarnecer las fortalezas fronterizas[66]». Aquella hueste aún habría de seguir desintegrándose.

Las grandes enfermedades contagiosas de la época eran la peste, el tifus y cierta variedad de fiebres tifoideas y disentéricas. Huelga decir que los testimonios del momento no se muestran muy exactos a la hora de hablar de ellas. Cuando la primera de las citadas estaba muy extendida, usaban con frecuencia el término general *plaga*, y para la segunda era común recurrir a expresiones como «plaga bélica», «mal del soldado», «fiebres de campaña», «mal de la cabeza» o «fiebres húngaras[67]».

El análisis del movimiento de los ejércitos y las dolencias contagiosas ha demostrado que los soldados eran los principales transmisores de bacterias mortíferas: de la peste, por encima de todo, y a continuación de distintas fiebres letales. En Alemania, la epidemia de 1632-1637 «comenzó en el sur, en Baviera, Wurtemberg, el Palatinado Renano y la baja Renania… así como en algunas regiones de Sajonia y Silesia lindantes con Bohemia». Más tarde se propagó hacia el noreste, hacia «el Elba y

hasta Brandeburgo», y siguió avanzando hacia el este hasta llegar al Óder y Pomerania. Siguió un camino «relativamente similar al de los principales movimientos militares de aquellos años[68]».

La peste bubónica, transmitida por roedores, requería la presencia de la rata portadora de la pulga infectada, y estos mamíferos no se movían con rapidez. Sin embargo, los soldados permitían a dicho insecto —al transportarlo en la vestimenta, la ropa de cama o el equipaje— recorrer largas distancias; lo que determina la causa del avance de la enfermedad.

Las tropas en campaña solían estar plagadas de piojos y pulgas debido a la suciedad y el hacinamiento que se daban sobre todo cuando se echaban a pernoctar. Cuando Simplicius, el protagonista de la novela de Grimmelshausen, cuya acción se desarrolla en la guerra de los Treinta Años, asegura que estar infestado de piojos era «como sentarse encima de un hormiguero», hipérbole que parece tener parte de verdad fundada en la experiencia[69]. Estos parásitos y las pulgas eran portadores directos de las bacterias de la peste y el tifus. La fiebre tifoidea y el resto de calenturas disentéricas, en cambio, se debían a la ingestión de alimentos o agua contaminados con las heces de portadores humanos de la enfermedad. En los hediondos campamentos de soldados y acompañantes, lo normal era que cayesen en saco roto las regulaciones de prescribían cierto grado de higiene, y era fácil que las materias fecales llegasen al agua potable y a la cadena alimentaria.

La tasa de mortalidad de la fiebre tifoidea era de hasta un 25 por 100, y la peste doblaba esta proporción, en particular cuando el bacilo entraba en los pulmones o el torrente sanguíneo. La proporción se disparaba hasta el 50-70 por 100 de los infectados. Todo apunta a que eran muchos los soldados que se habían hecho inmunes a toda la variedad de enfermedades infecciosas. Peter Hagendorf, que escribió su diario durante la guerra de los

Treinta Años, fue uno de ellos. Y Hans Heberle, el zapatero, debe de constituir un ejemplo clásico del paisano que sobrevive a una oleada tras otra de contagios mientras los de su alrededor sucumben de peste, tifus y fiebres recurrentes.

El número de reclutas y mercenarios muertos en combate o por enfermedad que se da en los cálculos de la época solía ser fruto de simples conjeturas o de la política. Una vez que se había tomado nota de la defunción de nobles y oficiales, la labor de aproximarse al número real de víctimas se dejaba en manos del azar —resultado natural de la actitud que adoptaban los príncipes y las minorías selectas para con el soldado común—. Sin embargo, los informes relativos a los caídos, plagados de contradicciones y grandes disparidades, podían deberse también, como hemos visto, a una actitud política destinada a ocultar las pérdidas sufridas en la derrota y aún en la victoria.

Uno de los estudios más detallados al respecto, centrado en tres de las batallas más relevantes de las guerras italianas (1494-1559), llega a la conclusión de que la política, las mentiras y las ilusiones son responsables de las notables diferencias que presentan las estimaciones. El número de soldados muertos que se calcula para la batalla de Agnadello (1509) varía entre los seis mil y los veinte mil; el de los que se dieron en la de Rávena (1512), entre los diez mil y los treinta mil, y el de los de Marignano (1515), entre los ocho mil y los treinta mil[70].

Capítulo 7
DESPOJOS

Aunque ya hemos hablado de la toma de botín en abundancia durante el saqueo de las ciudades, lo cierto es que este asunto poseía una dimensión propia cuyos detalles resultan cautivadores. Aquí entran en juego prestamistas, colecciones de arte, libros, peticiones de rescate y otros intereses, entre los que se incluye el saqueo de Estados y a los que vale la pena dedicar un capítulo.

El mayor trofeo del siglo XVII procedía del palacio imperial de Praga, y en particular de su gabinete de curiosidades, en el que el emperador Rodolfo II de Austria (m. 1612) había reunido la mayor colección de obras de arte y otras maravillas de Europa[1]. Incluía cuadros de Leonardo, Miguel Ángel, Rafael, Tiziano, Tintoretto, Durero, Brueghel y el Bosco, entre otros maestros, y se completaba con más de mil quinientos objetos raros o artísticos como figuras de bronce y ámbar, vasijas de ágata y cerámica, relojes, medallas y monedas, instrumentos matemáticos y extravagancias de la India. Sin embargo, este «museo» no estaba llamado a permanecer en posesión de los Habsburgo. Al final de la guerra de los Treinta Años, estando a punto de sellarse la Paz de Westfalia y habiendo caído Praga en manos del ejército sueco, la reina Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo, se hizo con él y lo envió todo, libros incluidos, a su nación. Puede ser que este robo descarado retrasara las negociaciones mantenidas en Westfalia mientras sus soldados se apresuraban a completar el embalaje. El cargamento llegó al fin a Esto-

colmo el 14 de abril de 1649, aunque algunos artículos sufrieron hurto por el camino. Los residentes de la capital sueca llevaban varios años viendo construir palacetes costeados gracias a los despojos de guerra de oficiales procedentes sobre todo de la nobleza del país. En la breve visita que hizo en 1640, el soldado escocés *sir* James Turner halló una ciudad profusamente «hermoseada con los palacios magníficos y suntuosos que han hecho erigir los generales suecos, monumentos a las riquezas que han adquirido en la larga guerra germana[2]».

Si los historiadores hablan a menudo del pillaje de los soldados, raras veces hacen hincapié en los actos deshonestos cometidos por los príncipes en este ámbito.

Alhajas, bolsas llenas de monedas de plata y oro, vajillas, candelabros y sedas: estos eran los objetos más preciados por la soldadesca a la hora del saco. Lo normal era que empeñasen los objetos más voluminosos. Así, por ejemplo, trocaban piezas exornadas de mobiliario por dinero contante para comer, jugar o incluso desertar del ejército. Podía ser que quienes poseían un gusto más refinado prestasen más atención a cuadros, esculturas, libros, tapices y aún alfombras importadas de Oriente. De hecho, las ciudades europeas disponían de tales artículos en cantidad considerable. Las yeguadas alcanzaban unos precios nada desdeñables si se vendían conforme a su valor real en el mercado. Y había otra forma de expolio que se incluía entre las actividades más lucrativas y extendidas de las zonas en conflicto: la aprehensión y «posesión» de personas, en particular si eran ricas o tenían títulos, con la intención de exigir rescate por ellas. Como veremos, hasta las casas y los palacios podían llegar a retenerse a tal objeto. Como ocurría con todo botín valioso, los principales depredadores en estos casos eran los oficiales.

Con todo, antes de seguir avanzando en el terreno del botín susceptible de ser puesto en el mercado, conviene que echemos un vistazo a uno de un género bien diferente, bastante menos

obvio, aunque mucho más aciago: el robo de Estados, de señoríos y principados, expolio generalizado que, en cierto modo, otorgaba validez a las formas más ordinarias de pillaje. Ello es que, conforme a una máxima de la jurisprudencia romana y de la lógica, si en los asuntos del mundo se concede un derecho sobre lo grande, con más motivo deberá brindarse sobre lo pequeño por quedar comprendido en la prerrogativa más abarcadora.

En este sentido, pues, cabe preguntarse cómo hay que entender la expropiación categórica de Estados que se producía, por ejemplo, cuando un gobernador tomaba una ciudad libre o un Estado territorial por la fuerza de las armas. ¿No constituía una forma de robo, aún cuando la enmascarasen con argumentos santurrones, reivindicaciones relativas a «las leyes de la guerra», florituras retóricas y sofisterías legales? La toma de Pisa que llevó a término Florencia en 1406 fue un acto de pillaje, como también las conquistas armadas efectuadas por Venecia en la península de Italia en el siglo XV: Vicenza, Verona, Padua y, a continuación, Brescia y Bérgamo; por más que puedan considerarse, en tono más grandilocuente, adquisiciones logradas durante el proceso de «construcción del Estado». Así fue como extendieron la Serenísima República hasta regiones del interior de Lombardía.

Los enfrentamientos sostenidos por la casa de Valois y la de Habsburgo por el reino de Nápoles y el ducado de Milán en el siglo XVI no eran sino combates por despojos de guerra, así como por prestigio y supuestas cuestiones de derechos hereditarios. Cuando los príncipes alemanes impusieron a sus súbditos el credo luterano o el reformado (calvinista), y confiscaron a continuación señoríos y latifundios de obispados y órdenes religiosas de la Iglesia católica, fueron muchos los contemporáneos que lo consideraron un verdadero saqueo. Por su parte, el Edicto de Restitución de 1629, con el que trató de reclamar formalmente Fernando II los señoríos y haciendas episcopales que ha-

bía perdido la Iglesia romana en 1552, fue tenido por los príncipes protestantes por un acto ignominioso de vandalismo. En la década de 1630, el cardenal Richelieu y el rey Luis XIII se mostraron dispuestos a devastar el ducado de Lorena antes que permitir que su gobernante y los súbditos de este disfrutaran de autonomía respecto del reino de Francia. Había una soberanía en tela de juicio, sin lugar a dudas; pero la cuestión iba a zanjarse mediante fuego y acero.

Los ejércitos de la guerra de los Treinta Años llevaron a límites nunca vistos el expolio de Estados. En la campaña que emprendió para no perder las riendas del reino de Bohemia, Fernando II aplastó a la nobleza protestante levantisca (1620), expropió sus haciendas y acabó por poner la mitad del territorio bohemio en manos de propietarios nuevos, sobre todo mediante ventas que tenían por beneficiarios a sus favoritos. Las tierras de que disponía allí su ambicioso general Wallenstein en 1625 representaban una cuarta parte del total de dicha nación. Más tarde trató de obtener, como el príncipe sin tierra Bernardo de Sajonia-Weimar y por vía armada, un Estado entero para sí (el ducado de Mecklemburgo), para lo cual contó con el beneplácito de su señor.

No obstante, el más emprendedor de todos los acaparadores de tierras y Estados fue Gustavo Adolfo. En su rápido avance por territorio germano, durante el cual su ejército llegó a tener más de noventa mil soldados, adoptó una actitud cada vez más imperialista que lo llevó, en efecto, a formular un destino político y religioso común para todos los príncipes y gentes de Alemania[3]. Hasta concibió el sueño de crear una hueste de 225 000 hombres, lo que lo llevó a Francia y a España. Tras su muerte, ocurrida en 1632, su egregio ministro Axel Oxenstierna se afanó en mantener intactas las conquistas suecas distribuyendo las tierras y los señoríos conquistados entre los generales de dicha nacionalidad. Con este intento de enajenación, carente

de fundamento legal alguno, pretendía pagar sus servicios en calidad de oficiales del ejército. Ellos, por su parte, emplearían sus nuevos predios e ingresos en remunerar a sus adalides y soldados. La apropiación de botín en la Europa de la primera Edad Moderna jamás había conocido semejante alcance ni descaro.

En realidad sería exagerado afirmar que la toma de soberanías modestas o parciales sirvió para validar el pillaje cometido por los soldados en ciudades y campos. Lo cierto es que no había indicio alguno que permitiese llegar a una conclusión tan precisa. En el desorden sin ley de la guerra, la actividad adquisitiva de los príncipes podía parecer «natural» o aceptable. Los sacerdotes y pastores apuntaban con facilidad a la ira de Dios y el castigo merecido. En este clima, los oficiales y soldados bien informados no debían de tener dificultades en dar con una justificación moral para sus actos de saqueo en la conducta de sus superiores políticos. Cuando dos oficiales comunicaron al sacerdote de cierta parroquia alemana, tal como vamos a tener ocasión de ver, que sus famélicos soldados tenían derecho a parte de las propiedades de los aldeanos del lugar, estaban dando a entender que la fuerza de la necesidad podía apartar los límites legales convencionales y propiciar un modo diferente de entender la realidad. El que los gobernantes transgredieran de forma continua y con impunidad las normas morales al quebrantar todas las promesas formuladas a los soldados, y el que a continuación se entregaran al robo al no dejar a estos más opción que la de convertirse en ladrones, estaba llamado a afectar a lo que entendían por latrocinio los oficiales saqueadores que avanzaban como una plaga de langostas por las tierras sometidas a los horrores de la guerra.

Los gobernantes como Felipe II de España, el emperador Fernando II o Maximiliano de Baviera se habrían llevado las manos a la cabeza de haber oído de boca de alguno de sus alle-

gados que eran responsables, en un sentido muy real, de la rapiña salvaje, los incendios provocados y los asesinatos que provocaban sus tropas. Sin embargo, no era probable que ningún sacerdote ni ministro les dijese tal cosa, y si alguno lo hubiera hecho —la conciencia siempre trata de representarse la realidad del modo más halagüeño—, habrían dado con el modo de rechazar la acusación.

Fritz Redlich, la máxima autoridad acerca del pillaje en este período, sitúa el origen de estos actos de rapiña desbocada en la idea de las enemistades heredadas propias de la Edad Media y en las reivindicaciones de entidad cuya única reparación se hallaba en el campo de batalla[4]. Una vez que una disputa había llegado a adoptar la consideración de afrenta familiar, todo se consideraba permisible. Los adversarios contaban con el beneplácito de las costumbres para llevar al último extremo el enfrentamiento para hacer el mayor daño posible no solo al enemigo, sino también a todo aquel de quien pudiese recibir algún género de auxilio: siervos, súbditos, arrendatarios y aliados. Dicho de otro modo: el vencedor podía tomarlo todo, con independencia de que en tiempos de paz tal acto pudiera considerarse desaforado conforme a la doctrina cristiana o al «derecho natural». Aunque Redlich no lo dice, en esta forma de victoria acaparadora hay mucho de la ética guerrera de los godos «bárbaricos» y, retrocediendo aún más en el tiempo, de las legiones imperiales del ejército romano. Todo ello desembocó en la puesta en práctica de la máxima según la cual la fuerza otorga el derecho.

En la Edad Media se dio una corriente de comentaristas legales que trató de excluir a sacerdotes, religiosas, mujeres y niños de los designios de la soldadesca dada al pillaje; pero sus voces no hallaron oídos dispuestos a escucharlas. En el siglo XVII se trató de frenar el saqueo en territorio amigo, y se promulgaron leyes nuevas destinadas a regular la distribución del botín; pero

pronto quedó claro, por ejemplo, que los cañones y la pólvora capturados pertenecían a quien poseía la autoridad plena (*plena potestas*) de la soberanía; es decir: a los gobernantes. Por lo demás, eran los oficiales quienes poseían el derecho a la porción mayor de los trofeos obtenidos, y en particular los capitanes, los coroneles y sus superiores.

Los principales piratas de tierra firme de aquella época fueron los adalides de los ejércitos suecos de la guerra de los Treinta Años. Aunque procedían de una de las naciones más pobres de Europa, acaudillaban una de las fuerzas de combate mayores y más eficaces del segundo cuarto del siglo XVII, y sin embargo, pese a ser profesionales que dependían de una remuneración regular, ni ellos ni sus ejércitos podían contar con recibir su salario si este había de salir de las magras cantidades que llegaban a las arcas reales de los Vasa procedentes de impuestos y tierras: unos y otros habían de vivir principalmente de la riqueza de los países extranjeros que ocupaban o por los que pasaban. Esta necesidad suya de «contribuciones» perdía con facilidad todo sentido de la moderación. Los oficiales suecos y sus soldados, estos últimos en harapos muchas veces y siempre en peligro unos y otros, se hacían con cualquier objeto de valor al que pudiesen echar mano.

En efecto, a esas alturas, las soldadas y estipendios militares que tendrían que haber salido de los impuestos de Suecia o los subsidios extranjeros a fin de evitar que se produjeran robos en los campos, se estaban obteniendo en los campos mismos de las gentes que habitaban las tierras ocupadas. Habían transformado la guerra en una actividad autofinanciada.

Maximiliano I de Baviera poseía una colección de arte sobresaliente, rica sobre todo en obras alemanas entre las que destacaban cuadros de Durero, Holbein y los dos Cranach. Cuando Gustavo Adolfo invadió Múnich en mayo de 1632, vació el palacio ducal y las casas de los nobles e hizo sacar de la ciudad

buena parte del botín. Algunos de los objetos se pusieron en venta, y al decir de Golo Mann, «hubo tratantes de Ulm, Nuremberga y Frankfurt que corrieron a la capital con la esperanza de adquirir en subasta los artículos robados[5]». En noviembre de aquel mismo año, muerto Gustavo en la batalla de Lützen, lo que quedaba de la colección quedó diseminado al ser repartido entre algunos de sus oficiales de mayor categoría. Más tarde, cuando el duque Maximiliano trató con desesperación de recuperar sus tesoros, todos sus empeños fueron en vano. Con todo, cabe preguntarse si llegó a asaltarlo en algún momento la idea de que tampoco él mismo tenía limpias las manos, tal como vamos a ver enseguida.

Las tropas imperiales y bávaras saquearon colecciones singulares en Stuttgart y Tubinga en 1634 y 1635; pero el acto cardinal de latrocinio católico estuvo relacionado con la celebérrima Biblioteca Palatina, sita en el castillo de Heidelberg, propiedad del elector palatino Federico V, el *Rey de un Invierno* de Bohemia. Tras el asalto a Bohemia de 1622, el duque Maximiliano de Baviera declaró la biblioteca parte de su botín y la donó al papa Gregorio XV. La caravana de mulas que transportó los 196 cajones de libros salió de allí, acompañada del mismísimo bibliotecario papal, en febrero de 1623. Recorrió el curso del Rin, atravesó Múnich y se abrió camino por los pasos alpinos en dirección a Roma, en donde la recibió el siguiente pontífice, Urbano VIII[6]. En el amor tal vez no, pero en la guerra todo vale.

En las partes de Alemania que habían quedado desgarradas por el conflicto se robaron muchos miles de pinturas y de otros objetos de arte procedentes de residencias particulares y de iglesias, y se llevaron a otros puntos para venderlos o atesorarlos cuando no se perdieron o se estropearon. Los libros y el arte eran «cosa de señoritos». Los más de los oficiales y los soldados, envueltos en la vorágine del pillaje, centraban primero la aten-

ción en el dinero contante y en los objetos hechos de algún metal precioso o con incrustaciones. De las ciudades afectadas por la guerra había dos que encabezaban la lista para ellos por ser centros de producción y venta: Nuremberga y Augsburgo. El ejército sueco ocupó la primera en 1632, y la segunda, en 1634, y más tarde las dos pasaron a manos de las huestes imperiales.

Ambas ciudades se hallaban en el corazón mismo del comercio de la orfebrería, y en particular la segunda, que contaba en 1615 con 185 orífices frente a 137 panaderos. La variedad de objetos de oro y plata o con un baño de estos metales que podían obtenerse allí era inimaginable, pues todos ellos se empleaban con frecuencia en los hogares patricios, las iglesias y los edificios municipales: fuentes, floreros, copas, recipientes ceremoniales, jarras, cajas, cuencos, aguamaniles, jofainas, vasos, cálices, candelabros, centros de mesa y otros muchos artículos[7]. Más tarde, cuando acabó la guerra de los Treinta Años y regresaron a Augsburgo los orfebres exiliados, comenzaron a llegar encargos de Suecia: los oficiales suecos que habían hallado fortuna y despojos en Alemania buscaban objetos con los que decorar sus palacetes.

No obstante, si queremos analizar un ejemplo de pillaje a escala ciclópea, deberemos acudir en primer lugar al saco de Roma (1527), pues en unos días se despojó una ciudad repleta de fastuosas riquezas pertenecientes a clérigos y seglares de cuanto atesoraba: monedas de oro y plata, joyas, vajilla, colgaduras, objetos preciosos, piezas de arte eclesiástico y vestiduras resplandecientes.

El ejército italiano del emperador Carlos V, conformado por más de veinte mil combatientes acaudillados por el duque de Borbón, abrió brecha en las murallas del barrio romano de Trastévere poco después de la alborada del 6 de mayo de 1527. Aquel enjambre de soldados harapientos, famélicos y desesperados había salido de Milán tres meses antes, a principios de fe-

brero, y había estado nutriéndose de los campos por los que pasaba[8]. Estaba conformado por diez mil alemanes, cinco mil españoles, unos tres mil italianos y una serie de unidades menores de otras nacionalidades, profesionales encallecidos todos ellos. Algunos de los lansquenetes sentían una gran afinidad con el protestantismo. Mientras avanzaban hacia el sur estos mercenarios coléricos habían estallado varios motines al grito de: «¡Que nos paguen! ¡Que nos paguen!». Durante toda la marcha sufrieron una escasez crónica de pan, y las veces que tuvieron ocasión de hacerse con cantidades mayores, toparon siempre con que no disponían de los caballos y los carros necesarios para transportarlas. Problemas de intendencia, una vez más. Vino sí tenían, dado que su ruta transcurría por las regiones de Emilia, Romaña y Toscana; pero tal circunstancia solo sirvió para hacerlos más exigentes. Cuando sus oficiales supieron que el papa Clemente se hallaba negociando con la administración imperial con la esperanza de lograr la paz o una tregua prolongada, hicieron llegar esta información a sus hombres y provocaron así una nueva revuelta.

Sin duda consideraron que si daban media vuelta perderían la ocasión de saquear Florencia o Roma —pues la primera también se contaba entre los objetivos con que los habían incentivado—, y eso exacerbó su cólera. Muchos de ellos ni siquiera tenían calzado: llevaban los pies envueltos en guiñapos. El motín alcanzó extremos tan preocupantes que el mismísimo duque de Borbón se vio obligado a esconderse. Aunque fueron soldados españoles quienes saquearon su tienda y mataron a uno de sus caballeros, los alemanes también se habían alzado en armas. Amenazaron a sus capitanes con las picas en alto, y cuando su añoso comandante, el carismático Jorge de Frundsberg, famoso por la disciplina y el arrojo que desplegaban sus tropas, los arengó en términos tan enérgicos como conmovedores, no dudaron en rechazar sus ruegos. Él se desplomó sobre un tambor,

víctima de una embolia. Lo trasladaron a Ferrara a fin de que lo trataran los médicos, y jamás volvió a guerrear.

El duque de Borbón sabía que no podía atacar Florencia, ciudad adepta al papa. Su hueste no estaba en condiciones de mantener un cerco prolongado, y aunque no mucho más, los aterrados florentinos habían tenido tiempo suficiente para preparar sus defensas y hacer acudir en su auxilio a un contingente de soldados. Por tanto, el ejército imperial optó por evitar la carretera de Florencia y poner rumbo a Roma.

El asalto del 6 de mayo comenzó aproximadamente a las cuatro de la mañana, en medio de una espesa niebla[9]. Antes de las siete, los atacantes ya habían escalado las murallas por dos puntos diferentes, lo que hizo patente de inmediato la flaqueza de las defensas de la ciudad. El duque de Borbón se había situado en la primera línea de combate para acaudillar la acometida. Vestido de blanco, tal como mandaban los ostentosos cánones de la moda del momento entre los oficiales, ofrecía un blanco perfecto al arcabuz que lo abatió mientras sostenía una escala de asalto, en el momento preciso en que franqueaban sus hombres la cortina del muro. Asumieron el mando el príncipe de Orange y el mantuano Ferrante Gonzaga. Aunque la resistencia se desmoronó tras una o dos horas de arduo enfrentamiento en Trastévere, los invasores no tomarían posesión de la plaza hasta bien entrada la tarde. Los siguieron a la ciudad los acompañantes y una multitud andrajosa conformada por excombatientes, desertores, ladrones, vagabundos y otros que se habían sumado a la comitiva ante la perspectiva de conseguir las migajas del botín. Además, no tardarían en llegar mercaderes y prestamistas dispuestos a acaparar lo mejor de los despojos.

Si bien la matanza de paisanos comenzó enseguida, todo apunta a que los soldados estaban tan seguros de sí mismos que se abstuvieron de emprender su bacanal de robos hasta dominar por entero la ciudad. Sin embargo, una vez que estalló la tor-

menta, abanderada por los oficiales, no hubo modo alguno de contenerlos mientras corrían a cobrarse con espléndidos intereses la paga que se les adeudaba. Los secuestros se desbocaron, y el rescate satisfecho no eximía a la víctima de sufrir un nuevo atropello por parte de los resueltos saqueadores. Ningún varón pudiente escapó a su vandalismo, ni tampoco un solo embajador extranjero, aún cuando fuese neutral o aliado. Si la operación de someter a alguien a rescate estaba gobernada por algunas normas dictadas por la costumbre, se transgredieron todas. Los soldados exprimieron al máximo cuanto tenían a su alcance, convencidos —quizá no sin motivo— de que jamás se les iba a presentar una ocasión como aquella para hacerse ricos. Y así, por la liberación de nobles cautivos y clérigos adinerados exigieron pagos que excedían con creces el montante de los ingresos anuales de sus víctimas, que solía ser la norma en semejante negocio de tiempos de guerra. No quedó casa sin saquear, ni casi iglesias ni palacios. De estos últimos solo se libraron los pocos que habían ocupado los oficiales al mando de las tropas atacantes a fin de aposentarse en ellos, y solo porque pusieron centinelas para repeler a las bandas de soldados entregadas al pillaje.

Muchos de los ciudadanos nobles y acaudalados habían corrido a buscar protección a las residencias de diversos dignatarios, entre los que destacaban, por ejemplo, el del embajador de Portugal y el de la marquesa de Mantua, madre de Ferrante Gonzaga. Sin embargo, también estos *palazzi* se habían sometido a rescate. Tres o cuatro de ellos se vendieron —digámoslo así — por sumas que iban de los 35 000 a los 45 000 ducados de oro. Cada uno de cuantos se habían refugiado en su interior tuvo que pagar su parte del total. Sin embargo, el legado portugués tenía también en su mansión un tesoro de quinientos mil ducados en monedas, bienes y objetos de valor que habían depositado allí mercaderes prósperos, banqueros y nobles. Los

asaltantes se lo llevaron todo. Otros palacios perdieron propiedades por valor de 150 000 o 200 000 ducados. Por los cardenales pedían entre diez mil y veinte mil ducados, cuando no los arrastraron por la ciudad para humillarlos antes de quitarles la vida[10].

Es posible hacerse una idea de la pavorosa magnitud de estas sumas si tenemos en cuenta que, a principios del siglo XVI, el Estado más rico de Italia, la República de Venecia, contaba con unos ingresos anuales de poco más de un millón de ducados (1 150 000, por ser más exactos).

Sin embargo, aparte del saqueo de iglesias y conventos, no hubo acto de pillaje más revelador que el que sufrieron quienes habían ido a buscar asilo al gran palacio de los Santísimos Apóstoles, residencia de Isabel de Este, marquesa de Mantua y madre de uno de los dos adalides imperiales. Pese a todo, también ella recibió trato de cautiva. En un saco, las leyes de la guerra no admitían excepción alguna. Isabel había dejado entrar a 2200 personas bien relacionadas —1200 de ellas mujeres— a fin de brindarles protección ante la horda de asaltantes. Nada hubo, no obstante, que pudiese hacer para librarlos del pago de un rescate. Tras una serie de angustiosas negociaciones entabladas durante dos días, estando el edificio fuertemente guardado por las tropas, se alcanzó un acuerdo por el que se exigía a los prisioneros que desembolsaran un total de 52 000 ducados: 20 000 para don Alonso de Córdoba, oficial e hidalgo español; 20 000 para Alejandro Gonzaga; 2000 para los lansquenetes, y al parecer 10 000 nada menos que para el mismísimo hijo de la marquesa: el general Ferrante Gonzaga. No bien pudo salir al fin Isabel de su palacio el 18 de mayo cuando lo saquearon los soldados.

Una de los historiadores del saco asegura que los comandantes imperiales no sacaron nada del expolio de Roma por haber estado demasiado ocupados prestando dinero a parientes y co-

nocidos para que pagasen sus rescates. A su decir, la mayor parte del botín fue a parar «a los soldados rasos[11]». Y aún cuando sobre este particular es imposible hallar prueba irrefutable alguna, habida cuenta de las costumbres que imperaban entre los militares de la época, no resulta difícil deducir que una porción considerable de lo robado debió de ir a los bolsillos de todo el plantel de oficiales, cuando no de los jefes de campaña. De todos era sabido que el dinero fácil corría de mano en mano como el agua entre los lansquenetes y los integrantes de los tercios españoles. Al no haber recibido su soldada en mucho tiempo, todos ellos se hallaban endeudados. Un año más tarde, a Sebastian Schärtlin, oficial alemán poseedor de un título de hidalguía de segunda, le bastó una hora para perder cinco mil ducados en la mesa de juego. Sin embargo, en 1532 compró en Baviera el castillo de Burtenbach, junto con el mobiliario y cierto número de cabezas de ganado[12].

La orden de abandonar el pillaje que se emitió al final del tercer día cayó en saco roto, y la violencia se prolongó cinco días más. Las estimaciones relativas al dinero que se obtuvo del botín y de los rescates van de los cuatro a los doce millones de ducados de oro —más de cuatro veces el montante de los ingresos públicos anuales de Venecia—.[13] Una parte modesta de los trofeos se vendió poco después en la plaza romana del Campo de' Fiori: «ropajes de seda y raso bordados de oro, vestiduras de lana y de lino, anillos, perlas y otros artículos costosos[14]».

Si no se ha abordado aquí la matanza que se produjo en el saco de Roma es porque el presente capítulo está dedicado al pillaje. Los historiadores de este episodio sostienen que se asesinó a miles de personas. Schärtlin, capitán de lansquenetes, aseguraba que el número de muertos ascendía a seis mil[15]. El día del asalto, mientras corrían por las calles tras haber escalado las murallas, los soldados mataron a todo aquel con quien toparon. Uno de los adalides imperiales, por nombre Prospero Colonna,

llegó a Roma el 10 de mayo para encontrarse con que habían desvalijado su palacio y sembrado de cadáveres las calles. Tal como ocurría con frecuencia en el saco de una ciudad, los habitantes iban a tener que acometer la desagradable labor de recoger los muertos y deshacerse de ellos. Y eran muy pocos los que se ofrecían a hacerlo, a despecho de la generosa remuneración que se ofrecía para compensar el hedor y el terror de semejante quehacer.

Italia nos sirve de foco desde el que abordar la cuestión general de los despojos, y más exactamente la de botines tan copiosos como los que se tomaron en la invasión de Brescia, Génova, Roma y municipios de menor importancia como Prato o Como. De hecho, fue en las guerras italianas (1494-1559), en las que nunca se perdieron de vista las ricas ciudades del norte de la península, donde aprendieron los ejércitos a no saquear —costumbre común en la guerra medieval— al llegar a un centro urbano de relieve, sino a batallar con la esperanza o la expectativa de hacerse con tesoros propios de reyes. Fue esa misma actitud la que llevaron los lansquenetes a Alemania o a Francia los oficiales del ejército real. Muchos de los que regresaban a esta última nación, incluidos los soldados rasos, se verían arrastrados a las guerras de religión que se libraron en su suelo (1562-1598), y la lección aprendida durante el saco de ciudades italianas pasaría de allí a la guerra de los Treinta Años de mano de los lansquenetes que habían luchado tanto en el lado de los católicos como en el de los protestantes en tierras francesas.

Al hablar del asalto sufrido por Brescia en 1512, cierto contemporáneo bien informado estimaba en tres millones de escudos el valor del tesoro acaparado por los franceses. Aseveraba que la cantidad de botín con que regresaron a su hogar los más de ellos les permitió abandonar la ocupación de soldado, y aunque es cierto que semejante afirmación resulta exagerada, no nos es difícil suponer que debió de haber entre los combatientes

que volvían quien empleara los despojos obtenidos para comprar tierras, invertir en palacetes familiares o establecerse como comerciante[16].

Génova fue la siguiente gran ciudad saqueada antes que Roma. El asalto a su gran puerto de mar se dio inmediatamente después de la victoria obtenida por el ejército imperial en la batalla de Bicoca, cerca de Milán, sobre el cuerpo principal de las fuerzas francesas destinadas en Italia. El 27 de abril de 1522, sirviéndose de arcabuces y cañones, las tropas imperiales destrozaron dos nutridos cuadros de quince mil piqueros suizos que acababa de contratar el rey de Francia[17]. A continuación, tras un breve retraso, el ejército triunfante acometió Génova, dominada por los franceses, y la guarnición de 6200 soldados que la defendía.

Sin embargo, estaba a punto de ocurrir algo extraordinario: la clase gobernante genovesa quedó dividida en dos facciones de nobles[18]. Una de ellas se congregó en torno al clan de los Fregoso y sostuvo las riendas de la ciudad con apoyo de los franceses, y la otra, cuyos dirigentes se hallaban en el exilio, estaba encabezada por otra casa noble: la de los Adorno, que servía, junto con muchos de sus seguidores, en las filas del ejército imperial que se aproximaba a las puertas de Génova. Además, cuando llegaron a las afueras se les unieron cientos de campesinos, aparceros locales y otros partidarios de la familia, todos ellos armados.

El ejército imperial, conformado por veinte mil soldados alemanes, españoles e italianos y acaudillado por el marqués de Pescara y por el noble romano Prospero Colonna, avanzó hacia Génova aplastando cuanto hallaba a su paso, y entró por la puerta destruida de San Miguel al caer la tarde del 30 de mayo de 1522. Se había roto toda resistencia. Cuando comenzó la batalla, el dogo de la ciudad, Ottaviano Fregoso, ya estaba tratando de negociar la rendición. Cuando irrumpieron en la plaza

los españoles de Pescara, Colonna, que había estado parlamentando por separado con los emisarios de Fregoso, se vio empujado a añadir al ataque sus tropas alemanas.

Ocurrió entonces algo sin precedentes: gracias a la influencia crítica de los exiliados de los Adorno que formaban parte del ejército invasor, se dio a los soldados imperiales la orden de confinar sus pasiones al saqueo propiamente dicho: no debía cometerse asesinato ni violación algunos, y lo cierto es que las fuentes de que disponemos no hablan de un solo caso. Pescara y Colonna lograron, de un modo u otro, contener a sus mercenarios y contentarlos solo con el botín. Uberto Foglietta, describió este como «una gran cantidad de joyas de plata y oro, piedras preciosas; aparte de muebles de valor incomparable, carentes de parangón en ninguna otra ciudad italiana, los saqueadores se hicieron con inmensas sumas de dinero procedentes del rescate satisfecho por los ciudadanos, sus viviendas y sus hijos[19]».

El saco duró dos o tres días, desde la noche del 30 de mayo al 2 de junio. Todos los ciudadanos lo sufrieron, pues el ejército no hizo distingos entre facciones; lo que significa que también se desvalijó y secuestró a las familias partidarias de los Adorno. Foglietta añade un detalle alarmante: refiere, «no sin vergüenza», que los genoveses del bando imperial «cubrían sus espíritus con el mismo hábito que los enemigos extranjeros, como quien contrae una enfermedad por contacto, y así, ocultaban sus rostros con máscaras e irrumpían en los hogares de sus convecinos para robarles como si buscaran botín en una ciudad extraña que por razón de guerra ha quedado expuesta a saco[20]». Cierta letrilla muy acertada de aquel asalto afirmaba que hasta «las calderas de la colada» se habían llevado de las casas. Con más motivo desapareció buena parte del «arte y otras riquezas muebles». Con todo, gracias a cierto acuerdo extraordinario, hubo algunos lugares de relieve que se libraron de aquella bacanal de ro-

bos, y en particular la casa de aduanas y el palacio del gran banco de San Jorge[21].

Al ver pender sobre ellos la amenaza del nuevo ejército francés que acababa de pasar los Alpes, los adalides imperiales hicieron salir de Génova a sus hombres, cargados de botín, el 4 de junio. Los Adorno, sin embargo, quedaron al frente del ayuntamiento. Los primeros se dirigieron al norte, al Piamonte, con la intención de tener vigilados a los franceses y vivir de lo que hallaran en los campos: Lombardía había quedado demasiado devastada para que resultara fácil dar en ella con alimento para hombres y caballos.

En la Europa septentrional, el asalto a Magdeburgo (1631) desembocó en un gran incendio que provocó la pérdida de buena parte del codiciado botín, tal como hemos visto en el capítulo 3. Sin embargo, la escala de los tesoros ofrecidos por el saco de Amberes (1576), ciudad de mercaderes, navieros y banqueros internacionales, se aproximó a la del de Roma de 1527. Cierta estimación oficial situaba los despojos obtenidos en torno a los cinco millones de florines de oro.

El siguiente que cabe analizar es el saco de Mantua (1630), no solo por la naturaleza de lo robado, sino también porque en este episodio, ocurrido en medio de la guerra de los Treinta Años, fueron a unirse los horrores de la peste a los del ejército saqueador[22]. La historia comienza en 1629, con un enfrentamiento entre dos ramas diferentes de la casa de los duques Gonzaga de Mantua: la de los Nevers y la de los Guastalla. Carlos de Nevers, que encabezaba la sección francesa, se había hecho con las riendas de la ciudad. El título de duque requería la firma y el sello del emperador Fernando II, y Nevers no los tenía, aunque sí el apoyo del rey Luis XIII de Francia.

Las tropas imperiales —treinta mil de a pie y seis mil de a caballo— entraron en Lombardía durante el otoño de 1629, y a

finales del mes de octubre comenzaron a poner cerco a Mantua unos diez mil de ellos, pertenecientes sobre todo a la infantería. La región había sufrido durante el año anterior una verdadera catástrofe agrícola, y el valle del Po se hallaba amenazado por la hambruna. Apenas se había cosechado grano; las lluvias torrenciales habían provocado inundaciones y retrasado el funcionamiento de los molinos, y la presencia dilatada de los soldados alemanes había impuesto una presión intolerable sobre las reservas de alimento. Mantua rechazó con gran derramamiento de sangre las acometidas imperiales de aquel mes de diciembre, y los sitiadores levantaron el asedio en Navidad para asentarse en los campos aledaños en lo que duraban el invierno y la primavera, período en el que exigieron onerosas contribuciones a los terratenientes de la nobleza y vivieron sobre todo de lo que les daba la tierra.

Tocaba a su fin el mes de mayo de 1630 cuando reanudaron el ataque a Mantua. En esta ocasión, los soldados del emperador derrotaron con facilidad a un ejército veneciano muy poco resuelto, aliado con el duque arribista, e impusieron enseguida un cerco estrecho en torno al casco antiguo, que tomaron finalmente al asalto el 18 de julio. No obstante, cabe subrayar que toda la operación se llevó a término en medio de un brote de peste, cuyo bacilo debieron de llevar a la región en octubre de 1629 los soldados mismos. En la primavera de 1630, la enfermedad se hallaba presente en toda la urbe y sus campos. En la primera murieron por ella veinticinco mil soldados de la defensa y habitantes de la ciudad —incluidos refugiados— durante los cuatro meses que transcurrieron entre marzo y mediados de julio. En las semanas anteriores a la captura de la plaza murieron al día entre 250 y 300 afectados, cuyos cuerpos pasaban días enteros yaciendo en las calles[23]. Los vientos suaves transportaban el hedor de la muerte a través de las ventanas, y sin embargo, tal era el afán de los invasores por satisfacer las reivin-

dicaciones del emperador respecto de aquel ducado, feudo imperial, que sostuvieron el sitio y la toma de la ciudad pese a la carnicería que estaba provocando la plaga. ¿No los impulsaría más bien la promesa del pillaje? Cuando al fin entraron a Mantua, dieron con entre seis y siete mil supervivientes de aspecto enfermizo donde en otro tiempo hubo treinta millares de vecinos. Todo apunta a que el ansia de botín de los oficiales, y en particular de los generales, no fue menos feroz que la de las clases de tropa, cuyos integrantes habían muerto o desertado en abundancia. De hecho, solo llegaron a entrar en la ciudad doce mil de los treinta mil soldados de a pie originales, a los que, sin embargo, siguieron muchos centenares de acompañantes y parásitos atraídos por la depredación.

No bien tomada la plaza, el general Johann von Aldringen apostó tres mil hombres alrededor del palacio ducal a fin de no dejar entrar a nadie sin motivo ni salir ninguno de los bienes que contenía. El edificio, que había albergado otrora la mayor colección de arte de Europa, reunida a lo largo de más de doscientos años, había quedado despojado de sus cuadros y esculturas más importantes por obra del duque Vicente II en 1627 y 1628. Este los había vendido al rey de Inglaterra por intermedio de un agente secreto, y la transacción había provocado repulsión e ira entre sus vasallos[24]. Sin embargo, en julio de 1630, el palacio seguía repleto de estatuas y poseía cientos de pinturas importantes, por no hablar de alfombras, tapices, colecciones de armas, medallas y camafeos, el servicio de mesa de oro, la vajilla de cristal y de plata, joyas, un mobiliario imponente y, claro está, la gran biblioteca ducal.

Todo ello se montó en carros y se sacó de la ciudad, en teoría con destino al emperador, aunque los beneficiarios eran, en realidad, los oficiales de más alta graduación. El principal general, el italiano Rambaldo Collalto, y en particular su mano derecha en el campo de batalla, Aldringen, se apropiaron de los objetos

más valiosos, y hubo otros dos caudillos —el borracho Mattia Galasso (también llamado *Gallas*) y Ottavio Piccolomini— que también tomaron posesión de sendas porciones nada desdeñables del botín. El resto de objetos se dispersó en grado sumo al pasar a las manos de sus subordinados inmediatos, si bien algunas de las pinturas y parte de los libros se despacharon, al parecer, con la mayor despreocupación imaginable.

Entre tanto, no quedó palacio en la ciudad —ni casa, por humilde que fuera— que no quedase vacío de artículos de valor. Resulta imposible hacer una estimación de las fortunas que se sacaron a carretadas de las residencias de los nobles. La judería y sus cinco casas de crédito quedaron saqueadas por entero, y los 1800 judíos de Mantua se vieron expulsados de la ciudad sin que se les permitiera llevar consigo más de tres ducados por persona —en octubre, sin embargo, se les permitió regresar—. Se calcula que los cinco bancos debieron de perder unos «800 000 escudos[25]».

Aunque se pretendía limitar a tres días los actos de pillaje, los saqueadores y los compradores estuvieron vendiendo o sacando botín de la ciudad los catorce meses siguientes, que fue el tiempo que duró la ocupación militar. Buena parte de los despojos procedía de iglesias y conventos. El ejército imperial estaba actuando en nombre de Fernando II, ferviente católico; los generales eran oficiales católicos, y en teoría, la mayor parte de los hombres que servían a sus órdenes era católica. Sin embargo, nada de esto hizo que se alterasen «las leyes de la guerra». Una plaza tomada al asalto estaba sujeta a rapiña durante tres días, y lo estaba en su totalidad, salvo en los casos excepcionales en los que, como en Génova, los comandantes victoriosos convenían en indultar determinados lugares.

Solo el saqueo del palacio de los Gonzaga se ha valorado en mil ochocientos millones de ducados, «el triple de los ingresos fiscales del reino de Nápoles», o «varias veces el valor» de la par-

te que recibía la corona española de la plata que se obtenía en México en un año[26].

En las calles de aquella ciudad invadida por la peste se desató una actividad frenética que en algunos casos dio lugar a visiones muy poco usuales, como la que ofrecían las esposas o concubinas de soldados que se despojaban «sin pudor» en público de sus ropas mugrientas e irrumpían en las casas notables para arrebatar por la fuerza la vestimenta a sus habitantes —por más que estas no se dejaran robar con facilidad—, y tras ataviarse con tal trofeo, correr de nuevo a la calle para bailar imitando los ampulosos movimientos de brazos de las gentes de alta cuna: toda una demostración de triunfo frente a la muerte causada por la peste. Más importante para el mercado fue el hecho de que la compra de botín alcanzara enseguida pleno rendimiento, pues los prestamistas y mercaderes, y en particular los procedentes de Milán y sus alrededores, no habían dudado en seguir a los soldados a Mantua[27]. Más tarde aparecerían los objetos robados en Milán, Cremona, Roma, Como y otras ciudades. A Brescia, por ejemplo, llegaron muebles y tapices, y a Bérgamo, diez pinturas en 1635. Hasta se robaron artículos de los carros que transportaban el botín del general Aldringen. Cierto coronel alemán tomó posesión de parte de la vajilla de plata y de los retratos de los príncipes de Gonzaga. Un obispo pariente de Aldringen se hizo con la porción principal de la biblioteca ducal. Aun así, la peste, el calor del verano y la premura por acabar antes de tres días hicieron imposible llevar la cuenta de los miles de objetos saqueados. Con exclusión de los más valiosos, quienes más saquearon apenas tuvieron una idea aproximada de la cuantía exacta de cuanto estaban arrebatando. Los soldados se deshicieron de muchas pinturas cuando no las destrozaron, y hubo libros procedentes de las bibliotecas mejores y más antiguas de Europa que se vendieron al peso en el mercado.

Fernando II impuso condiciones severas a Carlos de Nevers, el Gonzaga francés, antes de investirlo con el ducado de Mantua. Este se vio obligado a dar tierras a la rama italiana de la familia y a rendir varias ciudades del Piamonte al duque de Saboya. Sin embargo, lo único que obtuvo en el palacio ducal de Mantua fue el edificio vacío, en el que aún quedaban, cierto es, los frescos de Mantegna, siendo así que nadie parecía haberse atrevido a robarlos con pared y todo. A los saqueadores debió de amedrentarlos la idea de tener que trasportarlos en carros.

Los economistas y los historiadores han considerado a menudo que la guerra constituye un estímulo económico. Sin embargo, si reflexionamos sobre el saco de ciudades, y en particular sobre el que sufrieron Amberes, Roma y Mantua, ¿podemos decir que el pillaje puso en circulación grandes cantidades de capital «excedente» que estimularon los negocios y el trabajo en ámbitos como el de la construcción o el fomento de la iniciativa empresarial? William H. McNeill sostenía que la guerra «intensificaba el intercambio mercantil», en tanto que el experto en historia de la economía Richard Godthwaite «hacía hincapié en la reincorporación de la paga de los soldados a la economía[28]». Con todo, si queremos seguir el tortuoso razonamiento que parece comportar esta afirmación, habremos de preguntarnos si la dispersión explosiva de capital constituye un estímulo material positivo. ¿Ayuda a mover la riqueza, crea empleo y reconstruye el capital, al tiempo que lo aumenta? Y en caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿deberíamos plantearnos la destrucción «constructiva» de granjas pueblos y ciudades a fin de estimular nuestra economía? Antes de 1628, la población de la provincia de Mantua era de unas trescientas mil personas. Con su devastación, debida a la peste y la guerra, pagó un precio material y moral incalculable por el saco de Mantua. ¿Tendrían que haber agradecido los supervivientes al ejército imperial la

oportunidad que les brindaron de reconstruir granjas, casas, graneros y establos?

Procede quizá que un capítulo dedicado a los actos de rapiña de los ejércitos de la primera Edad Moderna se cierre hablando del saqueo «callado», el que no podía hablar con el acento de las clases elevadas para dar a entender el «buen gusto» que llevaba aparejada la colección de objetos de arte, ni la presencia de valores de mercado en los tapices y las joyas robados. Nos referimos al saqueo de alimentos para hombres y bestias, caballos y cabezas de ganado de aldeanos y gentes del campo. Semejante botín no tenía comparación con los que se elevaban muy por encima de la economía de subsistencia, ni acumulaba una gran plusvalía: era pillaje de conservación que consumían con rapidez los mismos soldados hambrientos y sus monturas, y sin embargo, poseía también un valor real, casi podríamos decir que incalculable o «infinito», siendo así que el alimento robado suponía la vida o, en su ausencia, la muerte.

La vida humana misma debe ser, en cierto sentido, el denominador común de todo valor, y los historiadores, en su búsqueda de una objetividad fantasmagórica, no deben dar la espalda a las cuestiones éticas suscitadas por el análisis de la política y la diplomacia.

Capítulo 8
EL INFIERNO EN LAS ALDEAS

Si el relato de una violación o un asesinato perpetrados en determinado pueblo nos desasosiega y queda impreso en nuestra memoria, la comisión de miles de estos crímenes en cientos de poblaciones se convierten en simples números que, como tales, tienden a dejarnos impasibles. La imaginación no es capaz de entender la forma del terror en semejantes cantidades. Por este motivo, la historia de la guerra en la Europa rural está llamada a permanecer en el ámbito de la sociología; en convertirse en un recuento de números y abstracciones, y a permanecer oculta en este sentido. Sin embargo, las garras del hecho bélico se manifestaban siempre también en torno a las murallas de las ciudades en el apogeo de los asedios y en los campos, avanzando con los ejércitos en sus marchas serpenteantes y llevando el terror a los pueblos y los burgos.

En la década de 1620, la táctica favorita de cuantas se pusieron en práctica en los Países Bajos durante la guerra librada entre España y la República Neerlandesa consistió en recaudar dinero para los soldados haciendo profundas incursiones en territorio enemigo para arrebatárselo a las gentes que lo habitaban. Cuando se negaban a pagar, los soldados reducían a cenizas sus pueblos. En mayo de 1622, el príncipe Federico Enrique de Nassau «se embarcó en una expedición así y saqueó la región septentrional de los Países Bajos con 3000 jinetes, 2300 mosqueteros y seis cañones[1]». Avanzando hacia el sur hasta los muros mismos de Bruselas, aquel ejército no muy nutrido incendió

setenta pueblos, y las tropas del príncipe «regresaron a la República con despojos, dinero y algunos rehenes». Aquí no vemos rostro alguno.

Tampoco vemos uno solo en la conquista de Pisa que protagonizó cierto ejército florentino en 1406. La operación fue una cuestión de guerra total contra el paisanaje. Los mercenarios florentinos asolaron y saquearon a voluntad los campos pisanos, y buena parte del botín —en forma, por ejemplo, de grano y de ganado— acabó por ponerse a la venta en Florencia. Un siglo y medio más tarde, durante la batalla librada por la dominación de Siena (1554-1555), las fuerzas florentinas e imperiales sangraron y desvalijaron las granjas y aldeas sienesas en oleadas de destrucción bajo la supervisión política del admiradísimo mecenas Cosme I, duque de Toscana de la casa de los Médicis, quien siguió los acontecimientos con gran interés, pendiente en todo momento de los costes de sus mercenarios e informado de las tácticas de su jefe de operaciones, el marqués de Marignano.

Dado que más del 60 por 100 de los ejércitos estaban constituidos por gentes humildes procedentes del campo o de un burgo, era probable que los campesinos fuesen víctimas de su semejantes. Quienes ordenaban las bacanales de destrucción que se daban en la Europa agraria eran oficiales y dirigentes de la nobleza territorial y urbana, que tendían a tener a la población rústica por personas tardas o arteras, despreciables y toscas, nacidas para trabajar la tierra con el fin de producir el alimento necesario para quienes se hallaban por encima de ellos en la escala social. Los florentinos solían decir que el campo da buenas bestias y hombres malos[2]. En el norte de Europa, en cambio, los nobles amaban los bosques, la naturaleza y la caza, aunque en competición con el Estado impositivo, también ellos pretendían disponer de la mayor cantidad posible de los excedentes del campesinado.

Saint Nicolas de Port era una ciudad modesta del ducado de Lorena. En la década de 1630, este último se había trocado en campo de batalla de la guerra librada por Francia y Suecia, por un lado, y el duque de Lorena y el emperador Fernando II por el otro. La mañana del 4 de noviembre en 1635 entraron en aquella unos trescientos jinetes que hablaban «lenguas distintas y vestían unos a la alemana, y otros, como croatas[3]». Irrumpieron en casas e iglesias sirviéndose de hachas, y a continuación atacaron a los habitantes; les robaron las ropas, le arrancaron las vestimentas que les cubrían las espaldas y la emprendieron a cintarazos y porrazos con ellos para que confesaran dónde tenían escondidos los objetos valiosos. Con las religiosas y los sacerdotes no se anduvieron con más miramientos. Tres días más tarde —cuando ya los soldados habían abandonado el municipio— entraron cabalgando a la ciudad las tropas protestantes alemanas y suecas de Bernardo de Sajonia-Weimar. Invadieron la iglesia, en donde «violaron a las mujeres y mataron a los celebrantes golpeándolos con candelabros y cálices». Al no encontrar tanto botín como esperaban, incendiaron la techumbre de la iglesia después de untar con grasa las vigas de madera que lo sostenían con la intención de hacer más intensas las llamas. Tan feroces fueron estas que derritieron también las partes de plomo «que cayeron al suelo como lluvia en medio de una tormenta». Parece ser que las campanas también se licuaron, y que el templo quedó destrozado por completo. No contentos con ello, y a todas luces furiosos de rabia, los combatientes pegaron fuego a toda la ciudad. Corriendo de una calle a otra, incendiaron casa tras casa y mataron a todo aquel que se les ponía en medio. De las 1659 viviendas que tenía Saint Nicolas de Port en 1524 solo quedaban 45 llegado 1639.

Si las urbes conocían de primera mano las atrocidades de la guerra en ocasiones, tal como ocurría durante los saqueos o los sitios, los pueblos que acertaban a encontrarse en su camino las

experimentaban una y otra vez. En el primer capítulo, mientras repasábamos algunas de las páginas del diario escrito por el sacerdote Alexandre Dubois, tuvimos ocasión de conocer el infierno que ocasionaron los soldados en la localidad de Rumegies. Los pueblos y los pequeños burgos, carentes de reservas de alimento, sin un ápice de influencia política y las más de las veces sin la protección de las murallas, estaban expuestos no ya al paso de los ejércitos, sino también a la incursiones de los jinetes armados, bien exploradores de un ejército cercano, bien soldados dados al saqueo.

Cuando Stephen Mayer, párroco de Unteregg, logró ocultarse lanzándose entre los juncos y los excrementos de una letrina en abril de 1634, evitó caer en manos de ocho jinetes suecos[4]. La experiencia de los últimos años le había enseñado que de haberlo descubierto no lo habrían dejado con vida. Unteregg, localidad perteneciente a las tierras del monasterio de Ottobeuren, sito en la Alemania meridional, cerca de Memmingen, llevaba varios años convertida en lugar de paso de los ejércitos combatientes igual que la mayor parte de aquella zona de la Alta Suabia. Sin embargo, las desgracias intolerables habían llegado con las barbaridades de las tropas suecas en 1632. Los ejércitos imperiales no tardarían en aparecer por allí para darse también a atrocidades tales como la sangrienta matanza que provocaron en 1633 en la ciudad vecina de Kempten.

Stephen Mayer, sin embargo, temía más la violencia de los suecos. Recordaba, tal como refiere el historiador que nos acerca a estos acontecimientos, que habían «perforado una pierna» al molinero del lugar y «asado» a su esposa «en su propio horno». También habían «azotado con palos a niños de cinco y seis años» y los habían «arrastrado de un lado a otro atados con cuerdas como perros». En torno a esas fechas (1634-1635) se sacaron mediante extorsión o pillaje grandes cantidades de dinero, ganado y alimento de las tierras de Ottonbeuren. «En una

sola incursión sacaron de Günz y Rummeltshausen sesenta carretadas de botín». G. P. Sreenivisan observa que las heredades del monasterio, incluidos Unteregg y otros pueblos, perdieron más del 95 por 100 de sus caballos y su ganado. Llegado el mes de septiembre de 1634, los campesinos y hasta algunos de los granjeros ricos estaban muriendo de hambre; y para colmo llegó la peste (pero ¿de qué se iba a alimentar?). Cuando «los labriegos dejaron de cultivar los campos, y muchos de ellos huyeron», y como consecuencia «la economía se vino abajo». Entre tanto, los de los pueblos habían comenzado a consumir perros, gatos, ratones, «cueros de caballo, ramitas y ratas», además de «musgo de los árboles, ortigas y hierba como si fueran bestias». Stephan Mayer aseguraba haber oído a una mujer decir a su progenitor: «Ni se imagina la sopa tan rica que puede hacerse con ratones». No cabe sorprenderse de que Sreenivisan topara con testimonios que hablasen de canibalismo.

Los campesinos de Ottobeuren estaban atravesando el mismo infierno que envolvió a miles de pueblos alemanes durante la guerra de los Treinta Años.

La pequeña urbe alsaciana de Colmar se hallaba rodeada por viñedos destinados a la producción de vino y coñac. Las incursiones y los asaltos que se cometieron en la década de 1630 arruinaron granjas y plantaciones. Los soldados saquearon grano y ganado, y los campesinos huyeron para salvar la vida. Colmar perdió el 40 por 100 o más de su población[5].

La guerra llegó a Hesse-Kassel, a los pueblos cercanos al río Werra, en 1623, y regresó casi todos los años en forma de ejércitos que pasaban por ellos o los ocupaban[6]. La de alojarlos constituía una carga imprevista y muy desagradable para el campesinado. Sin embargo, una vez que las autoridades locales habían llegado a un acuerdo con los oficiales, la ley prohibía toda resistencia por parte del paisanaje, por abusivo que pudiera ser la conducta de los soldados. Por lo común se hacía caso

omiso de las quejas formuladas por vías oficiales. En 1626, las tensiones de la guerra habían desembocado en violencia. Los soldados mataban aldeanos e infestaban de disentería y peste sus hogares; los nobles abandonaban sus tierras, y los campesinos huían. En la década de 1630, al decir del historiador J. C. Theibault, que es quien nos refiere estos hechos, «el que los soldados lo descubrieran a uno en campo abierto era equivalente a una condena a muerte». Los aldeanos podían desaparecer de improviso. En aquel tiempo, los campos de Hesse quedaron desolados. La carne acabó por convertirse en una rareza, y las gentes del lugar apenas tenían posibilidad de acceder a «magros puñados de grano». Las hordas de ratones hallaron mucho más alimento en la región, y mientras ellos se multiplicaban, la población de Hesse-Kassel se redujo entre un 40 y un 50 por 100.

La «noche oscura del alma» que sufrió dicha región estaba llamada a repetirse sin descanso en otras partes de Alemania. En el suroeste, en el condado de Hohenlohe, a mitad de camino entre Frankfurt del Meno y Augsburgo, los impuestos bélicos sumieron a Langenburg en una verdadera pesadilla. De poco servía invocar las flacas cosechas a la hora de solicitar que se relajasen los gravámenes. Entre 1627 y 1636 aproximadamente, los mandos militares obligaron sin piedad a la comarca a satisfacer los pagos mensual y aún semanalmente. Y las órdenes podían llegar de cualquiera de los dos lados en conflicto, dependiendo de quien hubiera tomado posesión de la zona. Los «implacables agentes de los ejércitos imperiales y suecos oprimieron con brutalidad a los campesinos propietarios». Al decir del historiador Thomas Robisheaux, muchos aldeanos —entre quienes se incluían agricultores adinerados— tuvieron que vender sus activos a fin de alimentar al monstruo inexorable de la tributación bélica; deshacerse de parcelas de tierra, «las últimas reservas de grano», cabezas de ganado y, por último, manadas enteras. En 1630, sin «bueyes, caballos ni vacas siquiera con los que

tirar del arado, a los labradores les fue imposible cultivar sus tierras». Hasta «la provisión de semilla se había agotado». «Los viñedos quedaron desatendidos» en breve, y muchos campos «se tornaron en eriales o pastos[7]».

La condesa viuda Ana María de Hohenlohe se dirigió con fervor a los agentes bélicos del Imperio en 1631 al objeto de rogarles que se condujeran con paciencia para con sus súbditos[8]. Pero ni de la guerra ni de los soldados sin paga se puede esperar tal cosa; conque nadie puso fin al agotamiento de los últimos recursos de Hohenlohe. El pan comenzó a dejar de venderse al público en 1632. Cuando se acabó la harina destinada a los hornos, la compra al detalle de dicho producto pasó a ser cosa del pasado. Todo apunta a que el mes de julio de 1634 ya no quedaban alimentos en algunos pueblos cuando menos, y los habitantes de la región empezaron a morir de hambre en los campos. Volvieron a repetirse escenas como las que hemos visto antes. «Quienes subsistieron» fue, tal como ocurrió en el pueblo de Bächlingen, gracias al consumo de «gatos, perros, cortezas de árbol y rastrojos de las tierras». Sin embargo, también allí fue la hambruna acompañada de la peste, que había atacado en 1633 y alcanzó su apogeo entre 1634 y 1635, con el resultado de un descenso catastrófico de la población local y la transformación de «campos, pastos y viñedos en bosques y pantanos».

La guerra de los Treinta Años motivó toda una serie de diarios fascinantes entre los que destaca, por ejemplo, el que dedica cierto monje benedictino alemán a los años que van de 1627 a 1648[9]. Hijo de panadero, Maurus Friesenegger (1590-1655) tomó los votos sagrados a mediados de la década de 1620. De 1627 a 1638 fue párroco de la localidad bávara de Erling, cercana a Múnich, y al mismo tiempo monje del monasterio benedictino de Andechs, lugar de peregrinaje sito en lo alto de la colina que dominaba Erling. En 1640 fue elegido abad, y lo cierto

es que quizá no quepa sorprenderse, dadas las dotes oratorias que al parecer poseía.

Friesenegger se interesa por los estragos causados por la guerra en Baviera y la Suabia oriental, desde Straubing a Augsburgo y Meminga. Su diario constituye una crónica de la violencia desplegada en la región y de las vidas vividas en las rutas que recorrían los soldados en tiempos de hambruna. Algunos de sus momentos más reveladores se vuelven narraciones de gran calidad.

La región se vio afligida por la peste en 1627 y 1628. El mes de julio de 1630 fue testigo de la irrupción de una «enfermedad terrible que afectaba a vacas y caballos», y de la que también murió un gran número de ciervos, jabalíes y otros animales de los bosques vecinos[10]. La guerra se acercó aún más. En octubre de 1631, después de derrotar a los imperialistas en Breitenfeld, los suecos pusieron rumbo al sur desde Sajonia y saquearon castillos, iglesias y conventos. Semejante movimiento de tropas comportaba siempre ataques a los pueblos adyacentes. En noviembre de aquel año, el gobierno ducal de Múnich instó al monasterio de Andechs a depositar sus tesoros y objetos de valor en determinadas plazas fuertes, y le exigió un préstamo de seis mil florines para el sustento de los soldados.

Entre los meses de abril y mayo de 1632, el ejército sueco comenzó a acercarse al mundo que habitaba Friesenegger a medida que se abría paso por los pueblos que rodeaban Ratisbona, Frisinga, Augsburgo y otros lugares, dejando tras de sí un rastro de muerte, pillaje y destrucción[11]. El 18 de mayo llegó a Erling una vanguardia de 18 jinetes que irrumpieron en la abadía y pasaron dos horas robando cuanto les venía en gana. En los días siguientes fueron apareciendo otros soldados que también buscaban alimento, bebida y botín. Se hicieron con víveres, aves de corral y cincuenta cabezas de ganado, así como utensilios de cocina, vajilla y toda la ropa de cama de que disponía el edificio,

incluidas las almohadas y los cojines. Movidos quizá por la ira que profesaban a los católicos, destrozaron puertas y ventanas, arcas, vitrinas y armarios. Tras su partida, el dormitorio, el refectorio y los pasillos quedaron alfombrados de paja y excrementos de caballos y hombres. Tales eran el hedor y los «horrores» que dejaron atrás, que cinco personas necesitaron diez días para limpiar la peor parte. «No puedo decir, con todo —añade Friesenegger—, si robaron más los forasteros o los de aquí», ya que eran tantos los mercenarios que entraban y salían, que el claustro «estaba siempre a rebosar de hombres y mujeres que expoliaban cuanto les agradaba».

Quien estas líneas escribía, que iba y venía del Santo Monte (*der Heilige Berg*), tal como se conocía a Andechs, a su parroquia, situada al pie de la colina, dejó también constancia de la terrible huella que dejaron en Erling los soldados. Igual que en el castillo vecino de Mühlfeld, incendiaron la mayor parte de las casas antes de salir de la población con carros, arados, ovejas, cerdos, todas las aves de corral de que se disponían, 137 de los 140 caballos y 396 de las 400 reses.

En adelante, toda la región recibió visitas constantes de los ejércitos saqueadores, y los imperialistas «católicos» demostraron muchas veces que no eran menos brutales que los suecos «protestantes» y sus aliados alemanes. El hambre, la rabia y la pobreza que abundaban en las filas de unos y otros los hacían rapaces por igual. En julio de 1632, Erling seguía reducida a cenizas en su mayor parte. En noviembre regresaron los suecos, y los habitantes del pueblo huyeron a los bosques, menos temerosos del hielo de estos que de la voluntad de aquellos[12]. A finales del mes de diciembre llegó el turno de los croatas, que desvalijaron cuantas casas quedaban en pie y se llevaron en carros hasta gavillas de cereal. Días después, la localidad y el monasterio habrían sido víctimas de la labor de saqueo de doscientos jinetes

imperiales de no ser por una cédula de protección llegada de Múnich.

Erling recibió el invierno con la mitad de sus casas carbonizadas, en tanto que las que quedaban en pie se hallaban desprovistas de techo y de buena parte del maderamen, ya que los soldados lo habían empleado como leña para guisar y calentarse. Los vientos recios del año nuevo derribaron viviendas y árboles, y en febrero regresaron los croatas, que asaltaron el molino del lugar para dejarlo sin grano ni harina a despecho de la cédula muniquesa.

El año de 1633 trajo consigo más oleadas de saqueadores y compañías de caballería famélicas. En marzo, los vecinos tuvieron que tomar las armas para rechazar a una banda de intrusos montados. A principios de abril se sirvieron de los pocos caballos que les quedaban para efectuar la siembra de primavera, sin dejar nunca de poner centinela a fin de avisar de la llegada de gentes a caballo. No obstante, se hallaba mediado el mes cuando vieron acercarse soldados suecos y corrieron al monte. Ya no se atrevían a ocultarse en los bosques aledaños, porque el enemigo se había dado a merodear también en ellos en busca de los aldeanos. Una vez más, la tropa destrozó el maderamen de Andechs y robó vajilla, vestimenta, trigo, avena «y cualquiera de los bienes de valor que pudiesen haber depositado las gentes de Erling en el monasterio». Cuando huyeron los suecos al ver aproximarse a la caballería croata, dos de ellos fueron a esconderse en arcas de grano vacías, y los del pueblo, al encontrarlos más tarde, mataron a uno y enterraron vivo al otro con su cadáver.

Dado que Europa estaba viviendo una pequeña glaciación, el mes de mayo llegó acompañado de escarcha y un frío terrible. Los precios del grano y el pan se dispararon. Quienes viajaban solos o en caravana para transportar cereal por las carreteras se arriesgaban en todo momento a ser asaltados y contemplar la

muerte de su guardia. Y los bandidos bien podían ser soldados bajo estandartes imperiales o suecos. Durante el verano y el otoño, los robos de caballos fueron tan frecuentes como inexorables. Entre estos animales, a menudo desnutridos, tal como hemos visto, o agotados por el trabajo excesivo al que se veían obligados a someterlos los soldados de caballería y los carreteros, se daba una gran mortandad. El mes de septiembre culminó con una cosecha pésima en la que los campesinos acabaron por uncirse a los carros para hacer las labores de sus bestias. El día 13 llegó a Erling un regimiento de la caballería imperial española conformado por un millar de jinetes, y los aldeanos volvieron a poner pies en polvorosa. Las entradas del diario correspondientes a los meses de noviembre y diciembre se convirtieron en un registro de tropas que pasaban o huían, de saqueos y del persistente robo de más caballos y reses, con frecuencia obra de las incursiones de la caballería sueca. Apostados en la cercana ciudad de Augsburgo y respaldados por los protestantes de esta, los de Suecia batían las tierras de los alrededores en busca de víveres, forraje y botín. Y el 21 de diciembre pasó por Erling todo un ejército, para lo cual fueron necesarios todo un día y parte de la noche.

Al mirar los rostros de los soldados, Friesenegger se muestra sucesivamente inquisitivo, indignado, estupefacto, horrorizado, movido a compasión y, también, de forma fugaz, meditabundo. Solo tenía por cierta una cosa: que «la guerra continuada transforma en bestias a los hombres[13]». Observando siempre con ojo impávido la mudable senda de la guerra de Baviera y la Suabia oriental, se esforzó por comprender las oleadas de crueldad de los combatientes, y lo logró al reparar en que el sufrimiento que se daba entre estos era comparable al que conocían sus campesinos; circunstancia que entendió como una de las causas de semejante brutalidad. Aun así, no podía menos de condenarlos, pues al cabo, eran ellos los invasores, los forasteros. Él debía

preocuparse ante todo por sus parroquianos: las gentes de Erling. En consecuencia, se concentró en la destrucción provocada por la guerra, en el desmoronamiento de la agricultura, los efectos del hambre y la enfermedad, el espectáculo de la depauperación, y por lo tanto, en los aldeanos medio desnudos, los soldados famélicos y harapientos, en el robo de semillas de maíz y en los pueblos desiertos diseminados en los senderos de la guerra.

Lo más seguro es que una de las escenas de finales de diciembre lo acompañase durante toda su vida. Llegó un contingente más de soldados a Erling, y al no ver otra cosas que «casas vacías, sin aldeano alguno [ni tampoco alimento], ocurrió algo terrible: ardió en llamas todo el pueblo. Sacaron de las casas bancos y banquetas, echaron abajo las techumbres, encendieron hogueras pavorosas en las calles y preñaron el aire de gritos y alaridos como los que solo pueden provocar el hambre y la desesperación[14]».

De cuando en cuando, se abren paso en su diario los miedos que lo perturbaban, así como, de forma pasajera, los nombres de generales, oficiales de menor graduación y muchos otros militares de los que, sin embargo, nunca llega a ofrecer retratos individuales detallados. Su interés se centra en los acontecimientos, el material clásico de los cronistas locales, y no en los retratos chismosos de personajes concretos. Y ¿quién podría censurar que en la retahíla interminable de extraños dados al pillaje que nos presenta acabara por desdibujarse un rostro o mezclarse con el siguiente?

Lo conturbaba cierta aseveración extraordinaria hecha en mitad de la hambruna, en particular por haber sido expresada por los coroneles del Imperio. Uno de ellos había declarado de forma categórica que «lo que es del campesino pertenece con igual propiedad al soldado», y otro, italiano, repitió más tarde el aserto: «Lo que pertenece a los campesinos pertenece a los soldados,

y estos tienen una hambre extrema[15]». Friesenegger no podía aceptar lo que tal cosa implicaba —pues ¿cómo explicarlo de otro modo?—: que los combatientes estaban, en un sentido u otro, luchando por ellos, y que por lo tanto, tenían derecho a tomar las provisiones de boca que ofreciese la región, por magras que fuesen. Dos soldados acababan de morir de inanición.

Corría el mes de enero de 1634, y nuestro párroco estaba siendo testigo de la fuerza inexorable de la guerra de los Treinta Años[16]. Andechs tenía más de mil soldados hacinados en sus edificios exteriores. Aquel invierno, como el anterior, se había convertido en una pesadilla gélida. Los soldados arrancaron toda la madera que había visible tanto en el claustro como en las casas del pueblo para quemarla y calentarse con ella. Les habían prometido que enviarían alimento del cuartel general muniqués; pero no habían recibido nada. Desquiciados por el hambre, se abalanzaron sobre los pocos víveres que habían logrado conservar los campesinos, y también, en algunos casos, sobre sus zapatos y sus calcetas. Cuando partieron al fin aquel mismo mes, los aldeanos y los monjes hubieron de hacer frente al «horror» de la suciedad, los desechos y el hedor que llenaban el claustro y todo el pueblo. En Erling se habían reducido a cenizas los lechos, los bancos, los arcones y toda la madera arrancada a carros, carretas y arados. Sin embargo, tras marchar los combatientes, «se cambió un mal por otro», pues fue entonces cuando atacó la enfermedad: «la disentería, las fiebres húngaras, pústulas extrañas, dolores articulares e inflamaciones[17]». Murieron muchos parroquianos, aunque «¿cómo iba a ser de otro modo? No había medicinas, ni sosiego, ni pan, ni camas, ni paja, ni hornos, ni leña, y todo esto en medio del frío más extremo, que se prolongó del mes de noviembre hasta el de febrero, estando todas las casas expuestas a los vientos y al invierno».

Aun así, los soldados siguieron acudiendo en tropel a Erling, y en julio atacó la peste. Una de las familias perdió a todos sus

integrantes; otras, a cuatro o cinco, y los muertos quedaban a menudo insepultos: los vivos tenían miedo de acercarse a ellos. En el pueblo vecino de Kerschlach «se dio el caso de ocho o más personas que permanecieron en una vivienda seis meses después de muertas. Algunas de ellas estaban medio devoradas por los perros». Cuando el año tocaba a su fin, los quinientos habitantes de Erling se habían reducido a 190, «y de los 87 matrimonios solo quedaban 20».

No es fácil saber dónde cabe interrumpir el diario de Friesenegger, cuyos enemigos mantuvieron con altibajos su presencia hasta el final de la guerra. A principios de la década de 1640, Erling había comenzado a recomponer su vida cuando los últimos años del conflicto hicieron regresar los males pasados. Entre tanto habían aparecido otros nuevos. Las manadas de lobos, que hacía mucho que se habían esfumado, volvieron a merodear los campos y a hacer presa en el ganado sin que los campesinos pudieran hacer nada por poner freno a sus carnicerías. Más sorprendente aún resulta que toda la región hubiese de convivir varios años con hordas de «ratones de diversas clases y colores», que abundaban sobre todo en tiempos de cosechas[18]. Otras fuentes describen roedores «tan grandes como gatos», aunque Friesenegger, que no hace distinciones, debía de estar refiriéndose también a campañoles y ratones de campo, que ayudaban a engrosar las explosiones periódicas que experimentaban las poblaciones de roedores. Estas criaturas superaban los inviernos helados invadiendo campos de trigo y otros cereales y escondiendo su cosecha bajo tierra; lo que llevó a algunos campesinos a excavar el suelo en busca de tan codiciado tesoro.

Raras veces preocupa a los historiadores la suerte que corrieron pueblos como Erling, pequeño y carente de valor estratégico alguno. En este sentido, la narración de los acontecimientos que ofrece Friesenegger posee muy poca significación desde un punto de vista «histórico». Y sin embargo, la mayor parte de los

europeos vivía en localidades así, y muchos sufrieron el mismo sino. Una diócesis como la de Augsburgo tenía cuatrocientas parroquias diferentes, y cuando los ejércitos salían a los campos, sus soldados se dispersaban con gran amplitud y atravesaban un caserío tras otro en busca de víveres, forraje, caballos, reses y botín.

Sin él saberlo, pues, nuestro autor hablaba en su diario en nombre de cientos de otros pueblos de Baviera y Suabia, y también de Wurtemberg (Palatinado Renano), Hesse, Brandeburgo, la Sajonia meridional y muchos otros lugares. Todos fueron presa de la violencia y las atrocidades de los ejércitos que por ellos pasaron: imperiales, suecos y, en períodos posteriores del conflicto, también franceses.

Las descripciones que brinda Friesenegger de la vida del pueblo en tiempos de guerra presentan una gran afinidad con otros escritos, entre los que destaca el diario —casi crónica— escrito por el zapatero Hans Heberle entre 1618 y 1672.

Protestante confirmado e integrante de la milicia del distrito, conservador, casado y hombre hogareño, Heberle había nacido en el pueblo suabo de Neenstetten, sito en el territorio gobernado por la ciudad de Ulm. Su llamada de atención ante las realidades de la guerra suena por vez primera en 1625, cuando las tropas imperiales invaden dicha zona y causan estragos en varias de sus localidades. En 1628 regresaron, junto con sus «rameras e hijos» y otros acompañantes, y en determinado momento buscaron alojamiento en casi todos los pueblos[19]. En aquel momento imperaba aún una disciplina estricta en el ejército, y la violencia de los soldados se castigaba, de cuando en cuando, con la pena capital. Sin embargo, los soldados de caballería acantonados en la región ya estaban exigiendo más que la paja, el heno, la leña, la sal y las velas de sus raciones oficiales.

No obstante, cuando de veras tuvo ocasión de reparar en el carácter homicida de la soldadesca hambrienta fue en la década de 1630, después de que las tropas imperiales regresaran en 1631 al distrito de Ulm y recorrieran sus pueblos para saquearlos, incendiarlos, secuestrar a sus habitantes para pedir rescate por ellos y llevar a Ulm a imponer gravámenes especiales para la guerra. Los dos años siguientes también se sufrió en la región la plaga de la hueste imperial. Sin embargo, nadie esperaba el veneno que llegó en agosto de 1634 con un ejército protestante al mando del duque Bernardo de Sajonia-Weimar[20]. Al ser adepto a la fe evangélica, Weidenstetten —el pueblo en que residía Heberle a la sazón— no tomó precauciones al saber que se aproximaba a sus tierras. Nadie tenía al duque por enemigo, por más que, en calidad de combatiente en tiempos de conflicto armado, tampoco pudiera considerársele un amigo en toda regla. Sin embargo, los aldeanos desconocían su condición de caudillo ambicioso en grado sumo que dependía de los despojos de guerra para mantener a sus hombres, y lo cierto es que no podía pasar sin estos si lo que quería era emplear el poderío militar para crear su propio Estado.

Y allí lo aguardaban los vecinos de Weidenstetten, que habían omitido ocultar sus bienes y alejar su ganado. Los soldados de Bernardo, hambrientos y sin paga, cayeron sobre ellos y les robaron caballos y otros animales, «pan, harina, sal, manteca, ropa, tejidos y el resto de nuestras humildes posesiones. Azotaron, dispararon y apuñalaron a las gentes, y mataron a varias de ellas», amén de llevarse cuanto les fue posible. Dado que la hueste del duque se había desplegado a fin de saquear todo lo que estuviera a su alcance, se estaban dando escenas de violencia semejantes en otras poblaciones, en donde la resistencia armada se pagó con incendios y destrucción. En Weidenstetten, las llamas consumieron cinco casas y otras tantas cuadras.

La región administrativa de Ulm se convirtió en una amplia avenida para los ejércitos que avanzaban o se retiraban, y en particular después de la derrota sufrida por los suecos en Norlinga a principios de septiembre de 1634. Los aldeanos de Weidenstetten ya no esperaban la llegada del terror a pie o a caballo: no bien sabían de la llegada de un cuerpo de tropas, cargaban sus pertenencias en carros y se echaban a recorrer los veinte kilómetros que los separaban de Ulm, en donde se congregaban miles de campesinos llegados de otros pueblos que habían abandonado también sus hogares y sus escasas posesiones. Durante el largo transcurso de la guerra, Heberle y sus vecinos habrían de efectuar treinta éxodos diferentes a dicha ciudad, en donde permanecían una semana o dos —o todo un mes en determinada ocasión— con las familias hacinadas en las carretas; sucios, hambrientos y sin dinero para satisfacer los precios que habían alcanzado muchos de los alimentos; muertos de frío durante el invierno y expuestos a las enfermedades. La duración de su estadía dependía por completo del peligro que representasen los ejércitos. Entre 1634 y 1635, la peste provocó una gran mortandad en Ulm. Nuestro zapatero perdió a dos hijos, una madrastra, tres hermanas y un hermano. Los soldados, sin embargo, no dejaron de visitar los distintos pueblos, y los aldeanos pagaban cada vez con sus modestas pertenencias, recibían palizas, se exiliaban y daban la vida.

El estudio del condado de Hohenlohe ofrece una imagen muy elocuente de lo endebles que eran los cimientos de la vida del campesino. En aquella tierra ubérrima, una medida de semilla de cereal podía producir siete u ocho de grano cosechado. Tres hectáreas bastaban para que una familia de tres personas produjese la cantidad necesaria de mies para alimentarse durante un año, sin excedentes. Una de entre ocho y diez integrantes necesitaba una decena de hectáreas de tierra para subsistir. Thomas Robisheaux ha determinado que en la región de Hohen-

lohe que toma como muestra el 52 por 100 de las casas «no llegaron a producir jamás en sus reducidas parcelas la cantidad de grano suficiente para nutrirse», en tanto que otro 20 por 100, si no más, vivía al límite de la autosuficiencia. Por lo tanto, en tiempos de escasez, cuando se inflaban los precios, tenían que comprar cereal si querían mantenerse. Huelga decir, pues, que eran minoría las que lograban producir un excedente considerable que poner en el mercado[21].

Si trasladamos estas conclusiones a regiones en las que la tierra no era tan fértil —cosa, claro, mucho más común—, y en las que la tasa de rendimiento, de hecho, podía ser una cuarta o una quinta parte, repararemos sin dificultad en que el del campo alemán era un mundo de pobreza para la mayoría. Sin embargo, esta era una realidad común a casi toda la Europa agrícola. El campesinado germano más tenaz se aferraba a la vida haciendo labores agrarias remuneradas, cultivando un huerto, criando un cerdo o dos para el mercado o produciendo e hilando lino para la venta. No obstante, esta vida humilde —y aún la de los más emprendedores— podía quedar al borde del abismo de la noche a la mañana. Así, no bien entraban en escena los soldados, se propagaban el hambre y la hambruna por donde iban saqueando, incendiando y afectando de forma calamitosa al laboreo. De hecho, no era infrecuente que la desesperación los llevase a robar el grano que se guardaba para semilla. No cabe, pues, sorprenderse de que tanto paisanos como militares sufrieran desnutrición.

En las campañas emprendidas contra la población civil —que era a lo que más tiempo dedicaban los ejércitos en tiempos de guerra—, los enfrentamientos que se producían en torno a las murallas de las ciudades en mitad de un asedio constituían uno de los extremos más sangrientos de la actividad bélica ya en tiempos de la *Ilíada*. Y si semejante extremo incitaba a los soldados a actos terribles de crueldad, lo cierto es que no tenía un

efecto diferente sobre los paisanos sitiados, que sabían que estaban luchando por su vida.

En los muros de la ciudad era de esperar que asediadores y asediados se prodigaran toda clase de invectivas. Los soldados de extramuros anunciaban a voz en cuello su intención de violar a madres, esposas e hijas cuando asaltaran la ciudad, y los defensores respondían jurando castrar, despellejar o decapitar a quien osara invadirlos. En los conflictos religiosos, eran los santos y los papas, o el supuesto Dios especial de los evangélicos, quienes recibían la mayor parte de los dicterios. Dos escenas fugaces ilustran estos extremos.

En el sitio que se puso a La Rochela durante la primavera de 1573 fueron muchas las mujeres que se distinguieron por la bizarría que desplegaron en las murallas. Algunas llegaron a salir de cuando en cuando «para despojar de armas y pertrechos a los enemigos muertos». Sin embargo, ninguno de sus cometidos resultaba tan dañino para los atacantes como la ayuda que brindaban defender el frente mismo de los muros «arrojando calderadas de brea hirviendo sobre las tropas reales» que trataban de asaltarlos[22].

Más sobrecogedor —y vengativo— aún fue el recurso empleado por quienes defendían Turín a finales del mes de agosto de 1706, durante una guerra provocada por los problemas personales que tenía el duque de Saboya con el rey Luis XIV. Tras un asedio de varios meses, las fuerzas francesas decidieron al fin escalar los muros de la ciudad o hacer brecha en ellos. El asalto más enérgico fue rechazado el 27 de agosto, durante un encuentro que costó 1300 vidas a los franceses y unas 400 a los saboyanos. Al final de aquel día había cientos de franceses heridos que gemían y pedían auxilio desde las trincheras que circunvalaban la plaza. Los defensores comenzaron entonces a arrojar toneladas de leña, brea y aceite al interior de estas, y a continuación prendieron fuego a aquella amalgama de hombres

y materia inflamable, y apostaron tiradores en murallas y terraplenes para disparar a quienes, retorciéndose, trataban de escapar de aquel infierno[23]. Podemos estar seguros de que ni Luis XIV ni el duque de Saboya iban a cargar con semejante escena en sus conciencias.

El ardor de los sentimientos que se despertaban en los muros de las ciudades hostigadas, en los que el fuego o la brea hirviendo coronaban las muertes más dolorosas, tuvo parangón en las escenas dantescas vividas en las aldeas por el odio que profesaban los campesinos a la soldadesca. Entre el 20 y el 23 de agosto de 1617, unos veinte kilómetros al noroeste de Turín, el coronel de Leipzig Caspar von Widmarckter (1566-1621) dejó a cientos de sus heridos en dos ciudades diminutas: los abandonó a todas luces mientras fingía estar convencido de que los iba a cuidar el paisanaje. Cuando partió su regimiento, sus habitantes, aldeanos en realidad, ahuyentaron a los dolientes, y en uno de los casos metieron a unos cuantos en carros de heno para pegarles fuego[24].

Capítulo 9
MATAR EN EL NOMBRE DE DIOS

Los comienzos

Corría la primavera de 1562, año en que estallaron las guerras de religión de Francia[1]. Para muchos ciudadanos, el aire estaba preñado de desasosiego, y las conversaciones cotidianas se hallaban salpicadas de casos de violencia y homicidio por cuestiones de credo. No iba a tener que transcurrir mucho tiempo para que los habitantes de Ruan empezaran a huir de la mayor urbe de Francia después de París. Algunos de ellos trataron de ocultarse en sus hogares, en tanto que otros optaron por solicitar la protección de familiares y amigos. El miedo y el odio en torno a las diferencias de religión casi podían palparse.

El ominoso clima moral en que se hallaba sumido Ruan también envolvía a Toulouse (o Tolosa), Lyon, La Rochela, Tours, Blois, Troyes y otras ciudades francesas. A finales de la década de 1550, la Iglesia reformada (calvinista) había encontrado con tal rapidez legiones de conversos —sobre todo en las filas de algunas de las minorías selectas del país— que muchos de los hugonotes, nombre que recibieron los nuevos devotos, se convencieron de que no tardarían en arrebatar todo el reino a la añosa Iglesia católica de Roma. Su violencia se desató en 1560 cuando se entregaron a destrozar y embadurnar con pintura imágenes religiosas en La Rochela y otras ciudades.

La llama del fervor religioso había prendido por vez primera años antes, en 1534, cuando los vecinos de París y de al menos

otras cinco ciudades de relieve salieron a la calle la mañana del domingo, 18 de octubre, y pudieron leer, de camino a misa, los carteles que se habían situado en los lugares más visibles del recorrido. En Amboise fijaron uno de ellos en la puerta misma de los aposentos del rey. Así de audaz era la nueva Palabra de Dios. Llevaba por título el de «Artículos verdaderos sobre los abusos horribles, grandes e intolerables de la misa papal, inventada directamente contra la Santa Cena de nuestro Señor, único mediador y único salvador Jesucristo». En su desdeñoso rechazo a los sacerdotes, los cuatro párrafos del escrito ponían de relieve otros tantos puntos contundentes que comportaban una cáustica condenación del rito católico. La violencia de estos pasquines fue como una daga clavada en el pecho del credo religioso tradicional.

Aunque los hugonotes no llegaron nunca a representar más del 10 por 100 aproximado de la población francesa, en marzo de 1562, horrorizados por la carnicería emprendida contra sus correligionarios en Champagne, cerca de la ciudad de Vassy, los más militantes de ellos se resolvieron a hacerse con el poder. Y lo lograron en Ruan, Lyon, Blois, Tours, Orleans, Bourges, Poitier y otros lugares de menos entidad. En Burdeos, en cambio, y también en Dijon, Aix-en-Provence y Toulouse, sufrieron derrota en escaramuzas sangrientas de las cuales la última se produjo tras cinco días de feroces enfrentamientos callejeros. Lo incandescente de las pasiones desatadas dejó fuera de toda duda que la religión y la política no podían separarse, al menos en las creencias comunes de aquel período. Ya en diciembre de 1559 había muerto en la hoguera por hereje Anne de Bourg, magistrado parisino de renombre que simpatizaba con el calvinismo. Sus actos habían adoptado un marcado cariz sedicioso. De hecho, había publicado un panfleto en el que sostenía, en esencia, que ningún súbdito francés estaba obligado a aceptar la legitimidad de un rey que contravenía la voluntad de Dios, o por

mejor decir, que no compartía su propio punto de vista religioso.

A principios de 1560, los protestantes ruaneses comenzaron a abandonar sus reuniones clandestinas para salir a la luz pública, y llegado el mes de julio eran varios miles los que, al parecer, se congregaban con regularidad a oír a los predicadores delante de la magnífica catedral de la ciudad. El 15 de abril de 1562, unas seis semanas después de la matanza de Vassy y días más tarde de la carnicería de protestantes perpetrada en la vecina ciudad de Sens, los protestantes tomaron, de forma tan repentina como inesperada, las riendas de aquella urbe de unos setenta mil habitantes. Ruan, importante centro del comercio internacional, sito a orillas del Sena, brindaba acceso a las embarcaciones transatlánticas. A aquel acontecimiento seguirían momentos de cambio frenético. Entre el 3 y el 4 de mayo recorrieron sus calles partidas de hugonotes armados con la intención de convertir a la fuerza a toda la ciudad. Fueron de iglesia en iglesia haciendo añicos pilas bautismales y altares, robando objetos de metales preciosos, destrozando estatuas, pintarrajeando imágenes y haciendo en las calles fogatas que alimentar con libros de música, tapices, bancos, facistoles y otros artículos de madera. Dejó de celebrarse el culto católico; los sacerdotes, los mercaderes católicos y los funcionarios locales se exiliaron, y en el mes de junio la violencia doctrinal recibió su réplica de los papistas de París, de donde fueron expulsados en consecuencia todos los hugonotes.

Los ejércitos católicos y protestantes se unieron a aquel enfrentamiento, acaudillados y conformados por soldados profesionales, veteranos de las guerras italianas —pues en 1559, llegada la paz, habían quedado sin trabajo—. A estos siervos de los «guerreros de Dios» no hubo que rogarles que mostraran su carta de presentación en cuanto maestros del arte del saqueo y

el secuestro[2]. Cuando veían la ocasión de expoliar, raras veces hacían distingos entre papistas y evangélicos.

Durante el verano de 1562, cuando los ejércitos católicos comenzaron a cercar las nuevas plazas fortificadas de los hugonotes —Lyon, Blois, Tours y el resto—, los sitiados no dudaron en pedir ayuda a otras ciudades protestantes. Así, en los albores del mes de octubre, los ruaneses rezaban por la llegada de la hueste de seis mil soldados que les prometió Inglaterra —y que no llegó a hacer acto de presencia—, dado que se enfrentaban a un ejército real de treinta mil[3]. El 21 de aquel mes, los asediadores hicieron brecha en las murallas y tomaron al asalto la urbe mientras los dirigentes y pastores calvinistas huían por salvar el pellejo. Aunque los oficiales trataron, en teoría, de contenerlos, los guerreros del rey se dieron a un saco de tres días: desvalijaron las casas de los hugonotes, exigieron rescate por las de los católicos y aún depredaron las iglesias de estos últimos. El asalto costó la vida a un millar de personas, número que supera al de las que murieron en el saco de Amberes, «la furia española» de 1576. El botín fue tan generoso, que los comerciantes de París corrieron a acaparar los artículos a precios que prometían pingües beneficios.

Esto fue lo que ocurrió en Ruan, y sin embargo, durante el verano de 1562 se desarrollaron acontecimientos similares en las otras ciudades recuperadas por los ejércitos reales.

Los franceses se habían revuelto con gran furia contra la iconoclastia de aquellos nuevos conversos que desdeñaban la misa católica y el tradicional panteón de los santos. Al decir de los católicos, los movía la misma arrogancia doctrinal que los había aguijado a alzarse con el poder en las urbes más relevantes. Cuando los soldados de uno y otro bando decían guerrear en respuesta a una llamada de Dios, la suya se convertía en una guerra santa movida por «la promesa de una ayuda divina que los conduciría a la victoria aún cuando todo estuviese en su

contra[4]». Aun así, la intensidad brutal de este género de conflicto hizo posible toda atrocidad imaginable, incluidos el asesinato de niños, el destripamiento de mujeres preñadas y la insólita deformación de diversas partes del cuerpo durante las matanzas. Por extraño que resulte, todo apunta a que Dios no hizo nada por evitar tan espantosas mutilaciones.

Europa había visto derramar sangre en nombre de la religión mucho antes. A finales del siglo XI, el enfrentamiento entre papas y emperadores acerca del nombramiento de obispos llevó a los ejércitos a tomar las armas, y fueron muchas las voces que protestaron con estridencia contra los cardenales corruptos. En Francia, el siglo XIII principió con una cruzada inmisericorde emprendida en la porción meridional del reino contra las comunidades de cristianos dualistas, albigenses o cátaros, que borraron del mapa por considerarlas heréticas y peligrosas. En la tercera década del siglo XV, el papa y los príncipes desataron una serie de matanzas violentas contra los husitas de la región de Bohemia, de habla checa. Se atacaron sus opiniones respecto de la comunión, de un clero aceptable y de las indulgencias concedidas en la remisión de los pecados. Los «herejes» se pusieron a la altura de las circunstancias, y entre 1420 y 1432 infligieron derrotas sorprendentes a los invasores, en su mayoría alemanes, mediante el astuto empleo de las célebres «fortalezas de carros» y las nuevas armas de fuego. Al final, sin embargo, no tuvieron más opción que llegar a un acuerdo con los ortodoxos, aunque no sin antes escindirse en una secta radical (la de los taboritas) y otra más moderada. Las victorias obtenidas por los integrantes de esta en diversas batallas sanguinarias les permitieron hacer la paz con sus vecinos[5].

Santidad combativa

Los devotos del calvinismo militante y el estallido de la guerra santa en Francia, que supuso la huida de no pocos refugia-

dos, llevaron la causa protestante a los Países Bajos. Allí también fue de vital importancia para la fortuna del conflicto la década de 1560. Ginebra, escuela del calvinismo más cabal, estaba exportando veintenas de pastores y predicadores fervorosos a los que había instruido para divulgar la palabra reformada de Dios y resueltos a hacer zozobrar todas las estructuras de la vetusta Iglesia romana. La supuesta llamada del Señor, tanto en su variante evangélica como en la opuesta del catolicismo, fue atendida por gentes de toda condición social, desde los humildes remendones de Flandes hasta el rey de España Felipe II (1556-1598), perteneciente a la casa de los Austrias, o el emperador Fernando II (1619-1637). Este último «juró solemnemente en Loreto que extirparía el protestantismo de sus territorios[6]».

Al rey Felipe II lo había prevenido contra los herejes su padre, Carlos V, quien los consideraba rebeldes amigos de la traición. Su hijo, hombre profundamente religioso con alma de asceta, jamás iba a reconocer, en materia de religión, nada que se alejara un tanto de la ortodoxia estricta. Cuando la «herejía» comenzó a infestar a sus súbditos destinados en los Países Bajos, no pudo menos de abatirse y hacer votos de jamás gobernar sobre sectarios: antes de hacer tal cosa, prefería que le arrebatasen la corona. Debía hacer cumplir la voluntad de Dios, pues se consideraba su instrumento[7].

Entre 1565 y 1566, en un tiempo en que era constante la amenaza de hambruna y los precios del pan se hallaban fuera del alcance de los pobres, los severos asertos del calvinismo lograron atraer a las gentes que habitaban la región occidental de Flandes. La laxitud opulenta de la vieja Iglesia se tornó en blanco fácil de las críticas, sobre todo porque sus cargos más lucrativos se hallaban en manos de varones de alta cuna o de parentela bien conectada. Muchos veían en la ortodoxia y toda su pompa la imagen misma de las comodidades más estrafalarias. En junio

y julio de 1566 fueron muchas las ciudades neerlandesas extramuros en las cuales se celebraron asambleas de gentes reunidas para escuchar a los predicadores calvinistas. A mediados del mes de agosto estallaron las tensiones, y se dieron brotes de iconoclasia en «más de cuatrocientas iglesias y capillas». Llegado el día 22, las grandes urbes del sur de los Países Bajos claudicaron ante escenas similares, y a continuación el huracán iconoclasta se trasladó al norte para internarse en Holanda. Las 42 iglesias de Amberes sufrieron saqueo, y de ellas «se sacaron a la calle para ser destrozadas allí» montañas de objetos[8].

El asalto a los templos católicos y a toda su parafernalia fue obra de bandas organizadas conformadas por entre veinte y cincuenta insurrectos. En algunos casos había entre ellos artesanos pobres que recibían dinero para destrozar pinturas y esculturas. Sus ataques solían ir seguidos de comilonas celebradas con el alimento y la bebida hallados en los edificios atacados. Con todo, resulta interesante que, a diferencia de los iconoclastas de Francia, estos se abstuvieran de asesinar sacerdotes y de arremeter contra los símbolos de la autoridad política. De nada sirvió: los gobernantes españoles vieron a los amotinados a través de un prisma político, y sus desenfrenos iconoclastas se convirtieron en el detonador de la llamada guerra de los Ochenta Años. Uno más tarde cruzó los Alpes uno de los mejores generales que dio aquel período: el duque de Alba, que cabalgaba al frente de un ejército de diez mil soldados españoles e italianos seguido de una larga cola de acompañantes. Llegaron al sur de los Países Bajos en agosto de 1567 y se acantonaron en Bruselas, Gante, Amberes y otros lugares de menor importancia.

A la historia de la ocupación militar de aquella nación por parte de los españoles han dedicado obras brillantes Geoffrey Parker y otros estudiosos. Baste aquí subrayar que la guerra, que comenzó con clamores religiosos, acabó por trocarse en una lucha por la independencia respecto de España. Aun así, siempre

estarían presentes las cuestiones relativas al credo, y no deberíamos perder de vista este hecho, pues lo cierto es que confirieron una crueldad notable a los enfrentamientos. En Holanda y otras provincias septentrionales se proscribió la fe católica, y en las meridionales, sometidas a la dominación española, las autoridades se afanaron por erradicar el calvinismo. La mitad aproximada de la población amberina, conformada por unos 38 000 ciudadanos protestantes, emigró al norte a finales de la década de 1580 después de verse obligada a vender «sus casas y otros bienes inmuebles[9]».

La guerra había pasado de forma instantánea a manos de combatientes profesionales, muchos de los cuales —según pondría de relieve el paso del tiempo— no tenían interés real alguno en cuál podría ser el dogma «correcto»: por encima de todo eran soldados que trataban de sobrevivir y sacar provecho. Tal cosa significaba que a la hora de saquear y conducirse con violencia era poco probable que, siendo del bando que fuesen, mostraran mucha consideración por las diferencias religiosas al verse sin paga, hambrientos y en apuros. Cierto es que algunos de los mercenarios ingleses y escoceses que lucharon del lado de los neerlandeses lo hicieron llevados de razones religiosas más que por la mísera paga; pero también lo es que no eran guerreros al uso[10]. La violencia inexorable que caracterizó a menudo la captura de guarniciones como la de Haarlem, Zutphen, Naarden o Mastrique se compadecía con las llamadas «leyes de la guerra» y no fue solo resultado de la inquina religiosa. Si una plaza se negaba a rendirse cuando se le exigía tal cosa, perdía toda esperanza de ser tratada con clemencia cuando la asaltaba el ejército agresor. Aunque la crueldad que marcó los enfrentamientos bélicos entre España y las Provincias Unidas solía incluir siempre un ingrediente religioso, es de reconocer que no resultaba fácil distinguirlo de otros motivos.

En los «campos de sangre» de las guerras civiles francesas y la de los Treinta Años, en cambio, destacaron sin duda las reivindicaciones de la religión y aún de la guerra santa. Tal circunstancia se hizo visible sobre todo en los sitios de La Rochela, Sancerre, París, Magdeburgo y Augsburgo, en donde, como hemos visto, el conflicto se llevó a tales extremos que dio la impresión, por momentos, de que los asediados estaban dispuestos a acometer suicidio colectivo en nombre de Dios y del credo apropiado. Concebían la guerra santa como una lucha que bien podía exigir que se combatiera hasta no quedar en pie un solo hombre, mujer o niño. En los cinco casos citados existía una oligarquía urbana que, respaldada por los oficiales del ejército, determinaba lo que había que hacer y consideraba correcto, o piadoso, que las gentes murieran de hambre en defensa de la religión «verdadera». Con la única excepción de París, quienes se hallaban al mando en las otras ciudades cercadas contaban con el apoyo de pastores protestantes que asumieron sin dudarlo el cometido de predicar la guerra santa. Y cualquier resistencia ante semejante llamamiento se consideraba traición y se pagaba, pues, con la pena capital.

En el verano de 1590, París ofreció un rostro diferente de guerra a ultranza. En ella se espió, registró, arrestó, encarceló y aún ahorcó a los famélicos vecinos que pedían de forma expresa la paz y la reconciliación con Enrique de Navarra, cuya hueste había puesto cerco a la ciudad. Aspiraba a ser rey de Francia, y aún no había renunciado a su fe protestante. París había profesado desde hacía mucho un catolicismo fanático, y de hecho, animaba a sus predicadores a argumentar que valía más la muerte que el sometimiento al gobierno de un hereje. Sin embargo, no eran muchos los parisinos dispuestos a convertirse en mártires. Cuando aquel asedio homicida quebrantó la voluntad de resistencia del pueblo, salieron a la superficie las ansias de subsistir y se empezó a pedir a gritos un acuerdo de paz. La ciu-

dad, sin embargo, se hallaba bajo la dominación despótica del Concejo de los Dieciséis, y tras ellos asomaban los cabecillas de la poderosa Santa Liga, unión aristocrática cuyos integrantes habían jurado mantener a Enrique lejos del trono aún cuando se convirtiera al catolicismo. Se sirvieron de procesiones, amenazas, campañas de distribución de alimentos y sermones encendidos para que los parisinos se avinieran a los deseos de la Liga. Tampoco faltó un toque de teatralidad, y así, durante la gran procesión del 14 de mayo, a principios del asedio, el obispo de Senlis y el prior de los cartujos se situaron al frente de una columna de «monjes y frailes armados de arcabuces, alabardas y dagas». Pretendían poner de manifiesto que estaban dispuestos a derramar la sangre que hiciese falta, y para remachar esta idea, «marchaban de cuatro en fondo», con los hábitos arremangados y las capuchas «bajadas hasta los hombros», y «algunos vestían peto o casco[11]».

Los integrantes de las órdenes sagradas prometían sin tasa a fin de evitar la rebelión de los vecinos famélicos de París. Los predicadores aseveraban que la muerte por inanición los haría «gratos a los ojos de Dios». Al decir de cierto testigo hostil, por nombre Pierre de l'Éstoile, llegaron a afirmar «que vale más matar a la propia prole que aceptar a un rey hereje[12]». Tal como hemos visto más arriba, también aseguró haber oído que, con vistas a la vida de ultratumba, resultaba menos peligroso engullir a un niño ante la amenaza de inanición que reconocer como monarca a un sectario como Enrique.

La guerra santa era el género de conflicto bélico —quizás el único— del que los participantes podían decir con el corazón en la mano que debía seguirse hasta las últimas consecuencias.

Las motivaciones de la guerra de los Treinta Años subyacían en las creencias religiosas, y por encima de todo en el catolicismo combativo de dos príncipes: el emperador Fernando II y el duque Maximiliano de Baviera. Ambos cooperaron en los acon-

tecimientos que condujeron, entre 1618 y 1620, a la victoria obtenida sobre la aristocracia protestante en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Los nobles derrotados recibieron trato de rebeldes por haber tratado de arrebatar a Fernando el reino de Bohemia ofreciéndoselo a un calvinista, Federico V, cabeza del Electorado del Palatinado. Los hombres de aquel y los jesuitas se trasladaron a aquel territorio de habla checa con la intención de devolverlo al seno de Roma. Fueron ajusticiados 26 de los nobles rebeldes, y al resto se le despojó de sus latifundios. La mitad de las tierras bohemias pasó a manos de oficiales de alta graduación de la hueste de Fernando y de aristócratas que habían permanecido fieles al emperador y a la Iglesia romana.

En 1625, Fernando y Maximiliano atrajeron a su órbita inmediata a dos jesuitas militantes. El belga Guillermo Lamormaini obtuvo el puesto de confesor de aquel en Viena, y el alemán Adán Contzen entró en el círculo íntimo de Maximiliano en calidad de confesor en Múnich[13]. En parte los eligieron porque su actitud religiosa se conformaba con la de sus dos penitentes. Se daba también la circunstancia de que Maximiliano era el fundador de la Liga Católica germana. Por otra parte, la recuperación de Bohemia para el catolicismo añadió más leña al fuego de la guerra que se estaba librando y puso a varios de los príncipes protestantes del Imperio contra Fernando y Maximiliano. El conflicto entró en una fase aún más encarnizada en junio de 1625, cuando Cristiano IV, rey de Dinamarca, considerándose paladín de la causa protestante, invadió Alemania con un ejército de mercenarios y sufrió derrota en varias batallas.

Las victorias logradas por los partidarios de Roma en la región septentrional de Alemania avivaron el ardiente catolicismo de Fernando y lo llevaron a dictar en marzo de 1629 el Edicto de Restitución por el que se exigía a los protestantes del Imperio la devolución de todas las propiedades arrebatadas «ilegítimamente» a la Iglesia católica desde la paz de Augsburgo

(1555). En efecto, el documento ponía en entredicho la propiedad de vastas superficies de terreno confiscadas a obispados, monasterios, iglesias y conventos. Solo el ducado de Wurtemberg perdió las tierras de 14 monasterios de extensión considerable y 36 conventos[14].

El documento provocó grandes divisiones, y Fernando perdió por él el apoyo de los electores protestantes de Brandeburgo y Sajonia. También entre los católicos se dieron enfrentamientos de los que ni siquiera se libró la Compañía de Jesús. Los más enérgicos se mostraron a favor, pero los moderados temían que diese pábulo a los odios encendidos de la guerra. El mismísimo papa Urbano VIII expresó sus dudas al respecto, pues tenía miedo de que pusiera en peligro la diplomacia maquiavelista de hombres de Estado como el poderoso cardenal Richelieu. Tampoco el rey de España lo acogió con agrado, toda vez que podía causar graves problemas en Alemania y socavar así las alianzas de los Habsburgo en la campaña de los Países Bajos.

A la postre, el edicto dejó el paso expedito a la entrada del rey Gustavo Adolfo de Suecia en Alemania en 1630. Si bien la guerra ya se había ampliado por obra de Cristiano IV y por el enchufismo de Francia, fue entonces cuando se convirtió en un temporal que azotó a toda Europa. Y aunque empezó vestida de guerra santa, los enemigos del edicto empezaron a entenderla como un conflicto de dominación política, de nuevas ambiciones territoriales impulsadas por un emperador autoritario de la casa de los Habsburgo que pretendía acabar con las libertades tradicionales de los príncipes y las ciudades libres de Alemania. El mismo cardenal Richelieu, que temía ver a Francia rodeada por el poderío de dicha dinastía, no tuvo escrúpulo alguno a la hora de dejar a un lado su catolicismo y poner su fuerza al servicio de los príncipes protestantes de Alemania. En el reñidero de la política, esta tenía preferencia sobre la religión.

Incitado y financiado en parte por Francia y por Richelieu, Gustavo Adolfo entró en liza en calidad de defensor tanto de las libertades de Alemania como de la fe protestante. Hizo que sus pastores castrenses predicasen la guerra santa entre las tropas, que recitaban oraciones dos veces al día, oían sermones una vez a la semana y cantaban himnos religiosos al marchar hacia el campo de batalla. No cabía duda alguna de que el monarca pretendía reforzar el motor religioso de la guerra. Entre la población protestante alemana había sectores nada desdeñables que consideraban a Gustavo Adolfo un guerrero antipapista enviado por Dios. La ciudad de Magdeburgo no tardó en ponerse a su lado; pero sí hubo de pasar un tiempo antes de que contara con la lealtad de ningún príncipe alemán de relieve. Allí donde encontraba resistencia, sus ejércitos se tornaban en arietes. Advirtió a todos los gobernantes que debían decidirse entre estar de su lado o en su contra; al servicio de Dios o al del demonio, o lo que es igual, a favor o en contra de la causa protestante. No había más opción. Tal como dejó claro a los embajadores de Brandeburgo, la neutralidad no era para él «sino barreduras que alza y se lleva el viento[15]».

Al son de sus fanfarrias, no podemos evitar recordar que el poder de los reyes de Suecia se basaba, en gran medida, en el desmantelamiento de la Iglesia romana efectuado en su nación durante el siglo XVI. Esta empresa se completó, como la de igual signo que se llevó a término en Inglaterra, merced al secuestro, por parte de la corona, de todas las propiedades eclesiásticas, un vasto patrimonio que había ido acumulándose a lo largo de los siglos[16].

La guerra santa, como todos los conflictos de relieve, se libró en dos frentes distintos, en el del liderazgo y la política, y en el de los pueblos y ciudades asediados, en donde las diferencias religiosas podían mutar y trocarse en furias salvajes.

Fernando II y Maximiliano de Baviera, alentados por sus confesores jesuitas militantes, soñaban con hacer regresar al Sacro Imperio Romano Germánico al redil del catolicismo. Cuando Lamormaini y Conzten, los dos religiosos, se convirtieron en blanco de las invectivas de clérigos y hombres de Estado católicos de relieve, el noble italiano Mucio Vitelleschi, prepósito general de la Compañía de Jesús, trató de protegerlos. Si en lo personal aprobaba el Edicto de Restitución y anhelaba ver restaurado el catolicismo en Europa, la prudencia lo llevó a no revelar su opinión a este respecto ni tratar de convertir la defensa de dicho documento en objetivo de su orden, sabedor de que tal actitud habría desatado una tormenta de censuras políticas también en España y en Francia. Su congregación, al cabo, contaba con más de dieciséis mil jesuitas, y la mayor parte se encontraba en la Europa católica[17].

El edicto causó una gran vorágine de actividad diplomática en las cortes principescas: una guerra de palabras, indignación, combates legales, recriminaciones y diversas formas de chantaje. Sin embargo, en el mundo de los ejércitos en campaña, en los distintos campos de operaciones, la guerra santa fue acompañada de huidas de gentes aterrorizadas, expolios, homicidios, incendios premeditados, violaciones y atrocidades insólitas. También en ella emplearon y sufrieron los adversarios andanadas de dicterios como los que se prodigaron en pasquines y panfletos preñados de virulenta propaganda o en los sermones de sacerdotes y pastores. Los calvinistas, en particular, argüían que la política imperialista de los Habsburgo suponía una amenaza para toda la Europa protestante.

Aunque no era frecuente, en ocasiones coincidían los dos frentes de esta guerra santa: el de la violencia parroquial y el de la política de altos vuelos. Es lo que ocurrió en París en la matanza del día de San Bartolomé (14 de agosto de 1572). Quizá con la connivencia del mismísimo rey Carlos IX, varios de los

nobles de más nombradía de Francia mandaron asesinar brutalmente al gran dirigente hugonote Gaspar de Coligny punto menos que en público. Aquel acto pareció a muchos una licencia para matar y desató de inmediato toda una carnicería. En los días que siguieron se exterminó a unos dos mil hugonotes en París, muchos de ellos en sus propias casas. Aquel virus se propagó a continuación como la pólvora por las provincias, en donde en unas semanas murieron centenares de protestantes franceses, y las fortificaciones evangélicas recibieron aluviones de refugiados procedentes de ciudades hostigadas que buscaban refugio en ellas. El sitio de La Rochela y el de Sancerre se produjeron en medio de este clima feroz, de esta vorágine fomentada por la propia nobleza de la corte. Aquella ardiente pasión farisaica se había desmandado por completo. En Roma se acogieron con gran regocijo las noticias de la matanza de San Bartolomé, y el papa Gregorio XIII las celebró con un tedeum.

La guerra santa apenas alcanzó en Alemania extremos emocionales comparables a los que se dieron en las guerras de religión de Francia. Estos últimos fueron conflictos intestinos, y el encarnizamiento que caracteriza a menudo a estos podría explicar la diferencia. En las batallas de la guerra de los Treinta Años participaron demasiados ejércitos para que tan crucial acontecimiento pueda considerarse una guerra civil. Además, en cualquier caso, la Alemania del siglo XVII no era una nación-estado, sino una confederación distendida de Estados y cuasi Estados que en muchas ocasiones apenas tenían entidad política.

Se ha dado a entender en estas páginas que jamás ha sido la guerra tan perversa como en los asedios y bloqueos incitados por la pasión religiosa. En ellos, sumidos en el hambre extrema y bajo una tormenta de proyectiles, eran mayores las probabilidades de que los combatientes dejaran de contar a los muertos mientras se esforzaban por creer que Dios se hallaba de su lado. Los sitios de Augsburgo, Magdeburgo, La Rochela, Sancerre y

París lo atestiguan, sobre todo en las angustiosas declaraciones de los supervivientes. Día y noche, el acicate infernal del hambre empujaba a los sacerdotes y pastores a aseverar que al alma inmortal de cada uno le valía más morir que acatar la herejía o, en el caso de los protestantes, hacer las paces con los papistas y someterse a la Puta de Roma.

La experiencia de Magdeburgo pone de relieve los extremos que adoptó en Alemania la guerra santa. Fue la primera ciudad que se puso del lado de Gustavo Adolfo durante la campaña inicial que emprendió contra Fernando II y el catolicismo, y lo cierto es que él se mostró encantado con esta alianza que a punto estuvo de costar la existencia misma a la ciudad. Aun así, menos de un año después no mostró gratitud ni apenas compasión por el hecho de que hubiese sido asaltada e incendiada. Por el contrario, se limitó a culpar a otros de la tragedia, y acusó a sus habitantes de «incompetencia, dejadez, falta de brío [y] hasta traición[18]». Durante las semanas que precedieron al asalto tuvo ocasión de mover y desplegar su ejército en defensa de la plaza; sin embargo, además de tener otras prioridades, lo frenó la superioridad del ejército imperial, pues no deseaba arriesgarse a sufrir una derrota en un estadio tan temprano de su invasión de Alemania.

La orgullosa Magdeburgo adquirió no poca fama en cuanto baluarte de la actitud de los protestantes alemanes. En 1531 se convirtió en una de las primeras ciudades populosas que se pasaron al bando de Lutero, y pasó a ser conocida como «la cancillería de Dios y de Cristo[19]». Su reputación se vio engrandecida por dos actos de heroísmo colectivo: la resistencia victoriosa que presentó al sitio puesto por las fuerzas de Moritz, el duque de Sajonia, entre 1550 y 1551, y de forma mucho más reciente, en 1629, el desbaratamiento de un nuevo asedio, impuesto esta vez por Wallenstein. La ciudad inspiró no pocas canciones y la creación de una verdadera leyenda urbana que la convirtió, en

la imaginación popular, en la quintaesencia del bastión protestante. Y parte de todo ello se hallaba presente en la imagen de sí misma que llevó a la ciudad de Magdeburgo a resistir a Tilly, Pappenheim y sus tropas imperialistas durante el invierno y la primavera de 1631.

La noticia del asalto, por lo tanto, resultó mucho más estremecedora y proyectó una sombra de pavor sobre todos los centros del protestantismo alemán. Solo en los siete meses primeros se publicaron al menos 205 panfletos y 41 octavillas que la convirtieron en algo semejante a un «acontecimiento mediático». Sin embargo, la catástrofe la propiciaron una minoría inflexible de ciudadanos evangélicos de la plaza al rechazar de forma repetida las condiciones pacíficas ofrecidas por Tilly; su convencimiento, tan terco como infundado, de que Dios iba a enviarles a Gustavo Adolfo, y el más intransigente de todos los protestantes de Magdeburgo: el jefe de la guarnición, Dietrich von Falkenberg, quien no dejó de asegurar al concejo municipal que el rey se hallaba de camino. Este soldado demostró hasta que le llegó la hora última que estaba dispuesto a dar la vida por su piadosa religión. Sin embargo, su anhelo por convertirse en un mártir implicaba también el posible sacrificio del resto de la ciudad, en donde al final murieron unas veinticinco mil personas.

Por duro y espinoso que pueda resultar decirlo en un contexto democrático, lo cierto es —o cuando menos era en los siglos XVI y XVII— que el terror puede barrer de un plumazo las diferencias religiosas e imponer la ortodoxia. El miedo puso fin a la propagación de la «herejía» calvinista en Francia. A principios de la década de 1560 estaba extendiéndose y ganando conversos con tanta rapidez y sencillez, sobre todo en las ciudades, que muchos hugonotes ansiaban ya engullir toda Francia. La guerra civil, sin embargo, detuvo su avance, y las matanzas de 1572 comenzaron a invertir el proceso. El regreso forzoso al redil del

catolicismo —la conversión impulsada por el miedo— estaba llamado a ser la tónica de la siguiente generación. Claro está que muchos hugonotes emigraron y cambiaron Francia por los Países Bajos, Alemania o Inglaterra; pero los que, en número nutrido, permanecieron en suelo francés y se aferraron a su fe calvinista fueron erosionándose durante el siglo XVII, hasta quedar fuera de la ley en virtud de la revocación del Edicto de Nantes que hizo Luis XIV en 1685.

En Alemania y en el Imperio, la Paz de Augsburgo o de las Religiones (1555) concedió a los príncipes la potestad de determinar la fe religiosa, católica o luterana, de su territorio. Aquel acuerdo no consideraba la tolerancia respecto del calvinismo ni ninguna otra secta protestante. En el ámbito del derecho, en el toma y daca de las relaciones internacionales, sería la voluntad del gobernante lo que iba a imponer la práctica y la doctrina religiosas de millones de personas. Este vínculo entre el trono y la forma aceptada de culto religioso se conformaba de forma plena con los deseos de los emperadores de la casa de Habsburgo, pero también con los de los monarcas de España, Francia, Suecia e Inglaterra, en cuyos reinos constituía un acto de traición adherirse al credo equivocado.

Capítulo 10
EL ESTADO: NACIMIENTO DE UN LEVIATÁN[*]

Las aventuras militares de Estados Unidos se
pagan con dinero prestado.
John Gray, Misa negra

Banqueros y deuda pública

Hacer la guerra a gran escala era imposible sin banqueros, y la banca moderna, caracterizada por sus operaciones audaces, habría sido impensable sin la guerra[1].

Si en nuestros días no es insólito que intervenga el Estado para librar de la insolvencia a las entidades financieras de una nación, en la Europa de la primera Edad Moderna eran estas quienes tenían que interceder de cuando en cuando para sacar al Estado de una situación de impago.

Reunir un ejército exigía dinero contante y una línea de crédito, a fin de pagar las soldadas de los mercenarios, los víveres, la artillería, las bestias de carga, el forraje, los carros y la red de servicios necesaria para hacerlos llegar a su destino. Sin embargo, los impuestos —el «aliento del poder»— no podían recaudarse en un día. Hasta las administraciones más eficaces necesitan tiempo para asuntos de esta envergadura, y el Estado del período que nos ocupa distaba mucho de serlo, sobre todo porque la guerra podía acabar con facilidad en unos cuantos meses con dos o tres años de ingresos públicos. ¿Cómo iba a ser posible hacerse con semejante cantidad?

En este punto salen a escena los banqueros y prestamistas. De hecho, ya habían aparecido mucho antes, y como mercaderes prósperos que eran, constituían casi un rasgo natural del paisaje urbano de Europa. El aumento explosivo de una ciudad tras otra durante la Baja Edad Media y el comercio a larga distancia de tejidos de lujo, especias, grano y materias primas preciosas habían dado lugar a la actividad bancaria. Esta, como la financiación de la empresa bélica, era ya una ocupación compleja en los albores del siglo XIV, cuando apareció por vez primera la contabilidad por partida doble. Muchos de los primeros banqueros se hicieron multimillonarios —como diríamos hoy — gracias a los beneficios obtenidos de los préstamos concedidos a príncipes y ciudades. Así, los Médicis, los Strozzi, los Fúcares, los Welser, los Doria y muchos otros, cuyos préstamos estaban garantizados por el derecho de propiedad que tenían sobre determinados impuestos y otras prerrogativas. Mucho antes del año 1500, los príncipes y los oligarcas urbanos estaban recurriendo ya a un sistema refinado de préstamo y a redes financieras internacionales. Un monarca podía pedir dinero en Amberes o Lyon y devolverlo en Milán o Nápoles, o recibirlo en Madrid y efectuar las gestiones necesarias para reembolsarlo en Bruselas y Viena. Las piezas fundamentales de estas estructuras eran los banqueros, que aceptaban depósitos de nobles, obispos, mercaderes, funcionarios públicos de relieve y aún prestamistas de segunda. De hecho, no era infrecuente que se sindicaran unos con otros y compartiesen sus recursos para hacer préstamos colosales a los reyes.

En general, sus libros de contabilidad revelan que los depositantes podían percibir un interés anual del 5 por 100 aproximadamente. Los banqueros prestaban el dinero con intereses de entre el 12 y el 35 por 100, tasa que en ocasiones podía ascender al 67 por 100[2]. Sin embargo, debe hacerse hincapié en que semejantes tipos provocaban rechazo en toda Europa, en donde

se consideraban actos de avaricia o usura y punto menos que robos, y de hecho, podían llegar a juzgarse de ilegales. Quienes se dedicaban a esta actividad, por lo tanto, no se mostraban comunicativos en lo referente a sus beneficios o los tipos de interés inflados, y tal circunstancia hace que sea difícil en extremo investigar dichos datos. Y las ganancias de los banqueros papales del siglo XVI se hallan envueltas en un misterio aún mayor.

Además de los costes debidos a los intereses, las transacciones bancarias que hacían moverse el capital por toda la faz de Europa no tardaron en llevar aparejadas comisiones que rondaban el 12 por 100 de las cantidades usadas en cada operación. Los ejércitos de España, Francia y el Imperio solicitaban a menudo el envío de fondos por esta vía. En determinado momento de la década de 1540, María de Austria (o de Hungría), hermana del emperador Carlos V y regente de los Países Bajos de los Habsburgo, hizo enviar dinero de allí a sus tropas destinadas en Alemania. La suma se pagó en Flandes con fondos procedentes de España; pero la transacción supuso una transferencia doble, y en los dos cambios de divisa se perdió el 40 por 100 de la cantidad prestada[3].

En 1575, cuando el rey de España, en deuda con la banca de Génova, suspendió el pago de los intereses relativos a los préstamos, el arzobispo de dicha ciudad presentó una amarga queja en la que aseguraba que semejante acto supondría la ruina de conventos, hospitales, gentes humildes y otros depositantes menores de su diócesis. Quizás estaba exagerando, aunque lo cierto es que no le faltaba razón[4].

Wallenstein, uno de los generales de la guerra de los Treinta Años, se las compuso para poner cien mil soldados en el campo de batalla porque logró pedir prestadas largas sumas de dinero al afamado banquero Hans de Witte. Los Fúcares de Augsburgo eran los principales cambistas del emperador Carlos V de Habs-

burgo, el mayor prestatario, moroso y caudillo de la primera mitad del siglo XVI. En este sentido lo seguía el rey Enrique II de Francia (1547-1559), quien debía la mayor parte de los fondos de que disponía para hacer la guerra a los banqueros italianos y franceses. Carlos V dejó una pasmosa deuda de casi treinta millones de ducados, equivalentes a los ingresos reales de unos cinco o seis años[5]. Sin embargo, en calidad de gastador lo superó con muchas creces su hijo Felipe II, monarca de España, cuyas voraces necesidades militares lo ataron a los principales banqueros genoveses del momento: los Centurione, los Grimaldi, los De Negro y los Spinola. De la deuda que contrajo con ellos faltaban aún por amortizar cien millones de ducados cuando murió en 1598: unas nueve o diez veces la nutrida recaudación que obtenía en un año.

Las bancarrotas de los Austrias españoles resultan reveladoras del modo como pagaban la guerra los Estados principales. Ninguno de los dispendios ordinarios de los gobiernos, como los de administración o los gastos domésticos de los príncipes, llegó nunca a aproximarse a los desembolsos exigidos por la actividad bélica. A la hora de gestionarlos se reveló fundamental una estratagema revolucionaria: la consolidación y financiación de la deuda pública (o del déficit[6]).

Este procedimiento hunde sus raíces en el siglo XIII y los albores del XIV, en las demandas fiscales de la guerra crónica que sufrían las repúblicas mercantiles de Venecia, Florencia y Génova. Las ciudades libres de Alemania también recurrieron a expedientes similares en el siglo XIV.

Las ciudades-estado italianas se contaron entre las primeras en unificar toda la deuda gubernamental con la intención de convertirla en bonos para pagarla. Los ciudadanos y los súbditos compraban estos títulos de deuda y recibían un interés anual aproximado del 5 por 100. El monto principal se fue

reembolsando a menudo en los primeros años, hasta que llegaba de nuevo la guerra y se desmadraban los gastos. La deuda se ponía entonces por las nubes, y se hacía más difícil amortizar el capital. Los impuestos, entre tanto, ligados como estaban a la deuda, se destinaban a pagar los intereses anuales que generaba aún en los momentos en que se hacía más infrecuente la devolución del capital invertido. Los bonos estatales podían de este modo trocarse en rentas vitalicias, y quienes tenían el capital necesario para comprarlos en número suficiente tenían la ocasión de vivir de los réditos. Llegado este momento, la deuda pública a largo plazo se había convertido en poco más que la suma de bonos gubernamentales.

Entre 1557 y 1662, en medio de una serie de nefastas crisis fiscales, los reyes de España hubieron de declararse en bancarrota en diez ocasiones[7]. El impago de 1647 arroja no poca luz sobre la operación fundamental que marcó estos acontecimientos, y revela al mismo tiempo soluciones que asombran por su carácter moderno. La guerra había llevado al gobierno de la corona al borde del desmoronamiento financiero. Ya a finales del siglo XVI, al emprendedor Felipe II, sumido en las deudas, le había sido imposible, de cuando en cuando, pagar a sus sirvientes. En 1647, Felipe IV y su consejo financiero se vieron obligados a suspender el pago de los préstamos recibidos por 33 banqueros asentistas. La cantidad adeudada ascendía a más de catorce millones de ducados, y en aquel momento habían dejado de llegar todos los ingresos que habían ido recibiendo en calidad de intereses de los préstamos, a pesar de la existencia de contratos vinculantes que ligaban a estos fuentes de ingresos específicas como impuestos particulares. Los contratos también exigían el desembolso del capital principal.

Enseguida cundió el pánico. Se celebró una auditoría general, y a continuación se entablaron negociaciones que se prolongaron poco menos que dieciocho meses. La monarquía era de-

masiado grande para fracasar; demasiado importante para permitir que cayese en un impago unilateral desbocado, un descalabro financiero al que hoy se le aplicaría la expresión eufemística de «evento crediticio». Los banqueros tenían demasiadas riquezas invertidas en la deuda soberana española para cruzarse de brazos, pues además de comportar un menoscabo inmenso para su economía y su prestigio, semejante desastre habría provocado un cataclismo financiero en el gran puerto marítimo de Génova en caso de haber tenido allí su sede todos ellos. Sin embargo, resultó que solo tres de ellos eran genoveses. El resto estaba conformado por un inglés, un flamenco, un florentino y 27 cristianos nuevos de Portugal: judíos portugueses cuyas familias se habían convertido al cristianismo en tiempos recientes.

Los asesores financieros del rey se afanaron en llegar a diversos entendimientos con cada uno de ellos. A los genoveses y dos de los banqueros portugueses se les eximió de suspensión de pagos, y con los demás se llegó también a acuerdos especiales. Sin embargo, la solución general subyacía en la decisión de la corona de convertir la deuda a corto plazo (o flotante) en una clase de bonos del Estado selectos (llamados *juros*). El pago de estos juros especiales se destinaría a amortizar parte del capital principal durante los catorce años siguientes, tras los cuales comenzaría el pago del interés de los bonos restantes. Los préstamos a corto plazo se convirtieron así, en efecto, en deudas a largo plazo. Esta conversión, no obstante, eliminaba los onerosos pagos relativos a los préstamos de alto interés, y liberaba así los impuestos ligados a ellos, que de este modo podrían emplearse como aval para nuevos empréstitos a corto plazo.

Entre tanto, los bonos especiales emitidos a los banqueros debían generar un interés anual del 7,15 por 100 en lugar del 5 por 100 de los ordinarios. Además, se concedió a aquellos el derecho a vender sus juros en el mercado, aunque todo apunta a

que no tuvieron mucho éxito. El interés del 7,15 por 100 se pagó solo en raras excepciones, y James Boyajian, el historiador de este proceso, entiende que todo él fue fraudulento. Hacia finales del siglo XVII, los herederos de los banqueros seguían siendo acreedores de la corona por sumas elevadísimas[8].

¿Es cierto que todo fue poco más que una operación fraudulenta? Quizás, y sin embargo, la solución tenía un cariz plenamente moderno. Hoy hablamos de «gestión» o «reestructuración» de la deuda soberana, que es precisamente lo que hicieron los banqueros y ministros de España: gestionar un impago. En nuestros días tal cosa supone convertir la deuda original en una nueva deuda del mismo valor sujeta, no obstante, a un tipo de interés menor y con un vencimiento más prolongado.

Si bien es cierto que los banqueros más sobresalientes de Augsburgo, los Fúcares, perdieron dinero de resultas de su relación con Carlos V, también lo es que debió de ser una simple fracción de los beneficios obtenidos, durante más de treinta años, de los derechos que se les habían concedido sobre las minas de plata y cobre del Tirol y la recaudación de impuestos en lugares tan lejanos como Nápoles[9]. El banquero Hans de Witte se suicidó al saber del quebranto que se le avecinaba cuando Wallenstein, su principal deudor, se vio expulsado del cargo de comandante supremo del ejército imperial. El riesgo de pérdidas era inherente a la naturaleza y la empresa de la banca, sobre todo en sus tratos con príncipes poderosos; pero también es cierto que los beneficios resultantes valían la pena, y nadie lo sabía mejor que los propios cambistas.

Desde que sufrió su primera bancarrota en 1557, Felipe II de España dejó claro que las relaciones financieras con él entrañaban un peligro nada desdeñable. Sus banqueros genoveses vieron los ingresos que debían recibir —los impuestos vinculados al reembolso de sus préstamos— conmutados por bonos estata-

les denominados *juros*. Las rentas de ellos derivadas, como los impuestos sobre el vino o la sal, se emplearían en nuevos préstamos a corto plazo capaces de proporcionar de manera inmediata dinero contante y víveres para los ejércitos españoles. Con todo, este procedimiento despótico no amilanó a los banqueros, como tampoco las crisis financieras de 1560, 1575 y 1596, aún cuando hubo quien los acusó de usura (y sin duda pecaban de tal cosa en el derecho canónico). Los genoveses se mantuvieron al lado del rey porque sabían que, a la larga, los beneficios procedentes de su colaboración con él superarían con creces cualquier cantidad que pudiesen perder entre tanto u obtener del comercio a larga distancia. En su gestión de la deuda real de España los guiaban más de doscientos años de pericia bancaria recogida de los venecianos, los florentinos y sus propios antepasados. Conocían bien los desastres bancarios, pues ya tenían su historia: en una fecha tan temprana como la década de 1340 habían quebrado las grandes casas florentinas de los Bardi y los Peruzzi debido a la retirada multitudinaria de depósitos que provocaron los rumores relativos al préstamo de 1,3 millones de florines concedido al rey Eduardo III de Inglaterra[10].

A finales del siglo XVI, la reputación de los banqueros genoveses no tenía rival: dirigían las ferias financieras internacionales de Besanzón y Plasencia (Italia). Se celebraban cuatro veces al año durante ocho días, y conocieron un gran auge en Plasencia en el período que va de 1579 a 1627. Hacían las veces de cámaras de compensación para los mayores banqueros de Europa y mercaderes internacionales. En ellas se creaban canastas monetarias, se saldaban cuentas, se refinanciaban deudas y se descontaban letras de cambio extranjeras[11]. Lo habitual, cuando se cerraba un trato, era que la casa de préstamos principal —la de los Centurione, los Lomellini o cualquier otra— brindase su nombre a la transacción de préstamo y apoquinara la mayor parte de la suma que iba a fiarse. Sin embargo, había otros ban-

queros y capitales que participaban en la inversión a fin de dividir el riesgo. Cuando los reyes de España incurrían en impago, los banqueros se veían obligados a enfrentarse a los depositarios de su nación. Con todo, no cabe llorar por los cambistas genoveses, pues experimentaron un florecimiento notable gracias a las ganancias obtenidas de la guerra. En nada se beneficiaban sus depositarios de los privilegios que recibían de los acuerdos firmados. Uno de los más lucrativos fue el derecho a exportar cantidades específicas de lingotes de metal precioso y comerciar con ellas; sobre todo con la plata llegada del Nuevo Mundo, que cambiaban después por oro con un margen sustancioso de beneficios, ya que aquella tenía una gran demanda en Oriente Próximo. Además, los financieros de Génova podían contar con las pingües ganancias derivadas de las tasas impuestas a las transacciones de cambio cuando, por ejemplo, satisfacían sus préstamos en Amberes, Bruselas o Viena. Si se trataba de dinero para la remuneración de los soldados, sus contactos acostumbraban pagarlo en especie, sobre todo en forma de víveres, aunque también con armas y otras provisiones. Esto también redundaba en provecho suyo, que compartían en parte con los banqueros de Madrid en forma de reducción en las tasas.

El apogeo de los cristianos nuevos de la banca portuguesa en la corte de España se produjo entre 1627 y 1650. La mayor parte de las casas bancarias genovesas se había visto apartada entre 1626 y 1627. El rey Felipe IV estaba afanándose por recortar gastos en préstamos, y aquellos hombres nuevos de Portugal lo hicieron posible: sirviéndose de extensas redes de familiares y conocidos, podían buscar condiciones favorables en lugares tan distantes como Hamburgo, Ruan, Ámsterdam, Constantinopla, Venecia y aún Brasil, en donde los judíos portugueses y otros conversos dominaban el mercado del azúcar y la trata de esclavos. Al disponer de contactos tan bien informados, a los nuevos cristianos de Madrid les fue dado ofrecer a la corona préstamos

mejores y tasas más bajas por las transacciones de cambio, y ese fue motivo suficiente para postergar a las añosas casas genovesas y confiar las finanzas reales a nuevos banqueros[12].

No obstante, si bien los reyes de España sobrevivieron a más de un siglo de deudas causadas por la guerra, lo cierto es que esta situación podía comportar también un cambio de régimen, sobre todo en Estados más reducidos.

Una de las dinastías más célebres de todo el Renacimiento, la de los Médicis, debía sus orígenes a la guerra y a las deudas que traía aparejadas[13]. A comienzos de la década de 1430, la República de Florencia, sumida ya en serios apuros financieros, emprendió una guerra de conquista con la ciudad-república vecina de Lucca que sumió a sus gentes aún más en el cenagal de la deuda. La campaña agravó los impuestos sobre ingresos y propiedades, y llevó a la oligarquía urbana a la crisis política. El banquero más rico de la ciudad, Cosme de Médicis, pasó entonces a considerarse su sostén principal. A su alrededor se congregó una facción de gran fortaleza, y él, que sabía cómo debía emplear su dinero entre los ciudadanos más destacados y sus seguidores, se manejó incansablemente para aumentar su poderío político personal. Conchabándose con las amistades que tenía en los centros políticos de la ciudad, él y sus allegados manipularon las elecciones a los cargos gubernamentales durante toda una generación (1434-1464) para concentrar un poder cada vez mayor en su propia persona y en el resto de su familia.

Sus descendientes varones emplearon entonces la riqueza y autoridad que heredaron de él para dedicarse plenamente a la política, comprar (al contado) posiciones de relieve en la Iglesia, dejar la banca, tomar las riendas de los cargos más relevantes de Florencia y trocar la república en un sistema despótico de carácter principesco. El más célebre de ellos, Lorenzo el Magnífico (1448-1492), llegó a hurtar grandes sumas de dinero de las arcas públicas. El ascendiente de la familia y la desaparición de la

libertad de Florencia tuvieron, pues, su origen en una guerra descabellada con Lucca, un contexto de recesión económica y un banquero que también se revelaría como un político despiadado.

El aparato de la financiación pública

Los sistemas de financiación pública más eficaces de Europa estaban fundados en la deuda consolidada: una invención brillante que facilitaba el acto de pedir prestado para la guerra mientras llevaba a los súbditos o ciudadanos a apoyar al Estado invirtiendo en él. Este, en consecuencia, era deudor tanto de individuos como de corporaciones pertenecientes a los sectores más prósperos de su población. En la práctica, tal cosa comportaba el pago de intereses periódicos y no la distribución de grandes sumas destinadas a amortizar o rescatar participaciones de la deuda. Esto permitía al Estado efectuar préstamos a corto plazo, emitir bonos con alto interés y aún redimir el capital principal ofreciendo como garantía derechos o impuestos particulares a los prestadores a corto plazo. Se hipotecaron a un año o dos ingresos específicos como los gravámenes a los que estaban sometidos la carne, la sal, el grano o el vino. Este empleo de la deuda pública brindó una movilidad notable al Estado, que no dudó en servirse del dinero (contante o crediticio) recién adquirido para sufragar sus guerras.

No podía haber deuda consolidada sin impuestos ni derechos generadores de ingresos, pues eran el único mecanismo que ofrecía el dinero en metálico con que pagar los intereses de los bonos gubernamentales o amortizarlos. Aquí, en los ingresos fiscales, se hallaba la otra mitad del sistema de financiación pública.

Hasta el siglo XIII, los gobernantes solían recibir sin más los ingresos de sus dominios: sus propias tierras, sus derechos feudales y las sumas obtenidas de la administración local de justi-

cia. A esto había que sumar las ganancias procedentes de peajes, y en el caso de algunos príncipes y de muchas ciudades libres, el monopolio que reclamaban respecto del antiguo impuesto sobre la sal. En España, frontera religiosa, la corona tenía derecho a una porción nada desdeñable de los ingresos eclesiásticos, destinada a las guerras contra los musulmanes.

En los siglos XIV y XV, la extensión armada de las fronteras territoriales, animada por sistemas económicos más ricos y mayores ambiciones, elevó los gastos y exigió un flujo de ingresos cada vez mayor. Sin embargo, la nobleza y las minorías selectas de las ciudades recurrieron a su peso político para evitar los impuestos sobre tierras y retribuciones, o para hacer que se trataran como recaudaciones de último recurso. El aumento galopante de los ingresos públicos se debió sobre todo, por tanto, a las llamadas tasas indirectas: derechos de aduana e impuestos aplicados a todo género de alimentos, y en particular a la cerveza y al vino, a la carne y al grano, así como a productos manufacturados, entre los que cabe destacar los textiles. Estas exacciones siempre eran más gravosas entre las clases más pobres. Las que se imponían a la harina, la carne, la sal o la lana vaciaban con facilidad los bolsillos del granjero, el artesano o el jornalero.

A la hora de abordar estas cuestiones fiscales en general, debemos tener en cuenta que variaban de forma considerable conforme a la región o el país. Dinamarca, Hungría, Bohemia y algunas partes de Austria y Alemania, como Brandeburgo o Sajonia, se afanaron por conceder privilegios a la nobleza y eximirla del pago de impuestos directos. Los hidalgos franceses y españoles gozaban también de prerrogativas de relieve en este sentido, y el ejercicio de un cargo público exoneró a muchos de burgueses acaudalados de pagar impuestos directos. La *taille* de la Francia de los siglos XVI y XVII, carga directa sobre la propiedad y los ingresos, afectaba sobre todo a los terratenientes rurales de

origen plebeyo, y en Borgoña, de hecho, no hubo un solo noble que tuviese que pagarla. Además, buena parte de lo percibido por esta talla en las provincias fronterizas de Francia (los *pays d'états*) permanecía dentro de sus confines, sin llegar a las arcas de la corona en cantidades sustanciales hasta las décadas de 1630 y 1640. Cierto tributo castellano, llamado *servicio*, se imponía solo a los plebeyos o pecheros, lo que marcaba una distinción clara entre ellos y los nobles.

El aumento de los impuestos regulares, vinculado de forma estrecha a la incidencia y al rostro cambiante de la guerra, empezó a producirse en el siglo XIV con una serie de impuestos sobre las ventas que pretendían ser temporales: las *aides* de Francia, las alcabalas de España, los impuestos especiales de diversas partes de Alemania y sus equivalentes en las ciudades-estado de Italia[14]. Todos ellos elevaron los precios de alimentos, bebida y demás bienes. En algunos lugares se dieron también el fogaje o la contribución de capitación. Los costes de la guerra trocaron de manera gradual los impuestos sobre las ventas en gravámenes permanentes que acabaron por considerarse «ordinarios». Dicho sea de paso, dado que los puertos del mar Báltico brindaban ingresos sustanciosos en concepto de derechos de aduana, suecos, daneses y polacos lucharían por ellos con uñas y dientes.

Como hemos visto, las guerras de los siglos XVI y XVII provocaron una búsqueda incesante de más ingresos; de modo que, en tiempos de guerra, hasta los nobles de España, Francia y Alemania sintieron en algún momento la opresión fiscal, en forma, por ejemplo, de «contribuciones» de emergencia o de congelación de los pagos de los intereses que les correspondían por sus títulos de deuda pública. En Alemania, la guerra de los Treinta Años tuvo tal impacto en los príncipes, que, por escasa que pudiera ser su trascendencia, todos comenzaron a acosar a sus *Reichsstände* (asambleas territoriales) con la intención de obtener los fondos necesarios para tener sus propios ejércitos permanen-

tes: la más costosa de todas las empresas gubernamentales. En adelante, en cuestiones militares, esta sería la tendencia fiscal principal de Europa, y el estado de Brandeburgo-Prusia destacaría pronto en la formación de sus fuerzas armadas. Los impuestos fueron a ocupar, en mayor grado que nunca, el centro de las preocupaciones de la vida política.

Así fue, en breve, como se produjo el nacimiento del Estado moderno: un gobierno sediento de impuestos, en forma ya de monarquía absoluta —representada de manera inmejorable por la Prusia del siglo XVIII—, ya de monarquía constitucional y limitada, como la que se dio tras 1660 en Inglaterra, en donde el Parlamento participó de forma fundamental en la recaudación fiscal. Si dejamos Venecia a un lado, la nueva República Neerlandesa representó el ejemplo más destacado de Estado republicano movido por ansias tributarias.

Los ejércitos y los impuestos se convirtieron, pues, en el interés principal del Estado de principios de la Edad Moderna, y tal cosa incluía también, claro está, a las fuerzas navales allí donde eran necesarias. Los ingresos fiscales se convirtieron en la ocupación primera y más urgente del Estado. Con ellos pagaba las guerras, y con sus ejércitos perseguía territorios, seguridad, influencia, intereses comerciales y nuevas fuentes tributarias. Sin embargo, ponía la recaudación en manos de financieros, lo que suponía confiar a entidades privadas una de las funciones más relevantes del Estado moderno. Se enajenaba así un aspecto crucial de la administración, y el Estado perdía en consecuencia ingresos y un grado más o menos pronunciado de dominio. No cabe duda de que la recaudación privada brindaba al Estado deudor cantidades de dinero por adelantado que le permitían prolongar un tanto sus empresas bélicas. Con todo, se trataba siempre de un expediente, algo semejante a una solución a corto plazo, un remedio para el fracaso administrativo —aunque no tenía por qué entenderse de este modo—. Además, resultaba

costoso, porque buena parte de las cantidades percibidas se perdía en beneficio de los particulares que participaban en el proceso. A finales del siglo XVII, Inglaterra decidió prescindir de ellos y convertir la recaudación en parte integral de la burocracia estatal en expansión[15].

Gastos

Las guerras italianas de Francia (1494-1559) llevaron los desembolsos de la corona a extremos sin precedentes, aún cuando de sus ejércitos se esperaba que subsistieran de cuanto pudiesen sacar de las tierras italianas ocupadas. La separación existente entre gastos e ingresos se fue dilatando de manera inexorable, y desde principios de la década de 1520, los agentes del rey Francisco I comenzaron a buscar dinero en efectivo de banqueros extranjeros en las ferias de Lyon. La corona ofrecía como aval algunas de sus fuentes de ingresos. En cierto momento, el monarca había llegado a endeudarse con 87 cambistas italianos distintos, entre los cuales había 45 de Florencia y 17 de Lucca. El gobierno comenzó también a financiar la deuda a largo plazo mediante la venta de *rentes*, títulos de deuda pública, con la promesa de un rendimiento anual constante para los compradores. Sin embargo, ni las rentas, ni los préstamos de los banqueros ni los impuestos desenfrenados propiciaron el flujo de capital necesario para hacer frente a los costes bélicos. Los ministros comenzaron entonces a vender cargos gubernamentales y convirtieron de forma gradual este recurso en una fuente de dinero contante nada desdeñable, aunque con no pocas consecuencias para el Estado francés. Si bien los funcionarios públicos la habían empleado ya en el siglo XV, esta estratagema solo se reveló como un gran negocio tras 1520, y no se abandonó hasta el XVIII.

Aun así, ni siquiera el dinero contante y el crédito obtenidos por los distintos medios que tuvieron a su alcance los monarcas

bastaron para solucionar sus problemas de solvencia. En 1559, la deuda pública de Francia ascendía a 43 millones de libras: tres veces el monto de sus ingresos anuales. Los intereses devoraban al año ocho millones de libras, lo que suponía más de la mitad de las rentas públicas de un año. Uno antes, en 1558, el rey Enrique II se las había compuesto para poner en el campo de batalla un ejército de poco menos de cincuenta mil soldados, de los cuales más de veinte mil eran mercenarios alemanes y suizos caros[16]. Así y todo, muchos de cuantos integraban esta hueste no iban a recibir su soldada; de modo que no resulta sorprendente que en 1559 la corona tuviese que dejar de pagar los intereses que debía a los banqueros acreedores y a quienes habían adquirido rentas: una declaración de bancarrota en toda regla. En adelante, el gobierno tendría dificultades de manera periódica a la hora de vender rentas o conseguir préstamos si no era a cambio de intereses exorbitantes.

El comienzo de las guerras de religión de Francia (1562-1598) estuvo a punto entonces de provocar el desmoronamiento fiscal de la nación, siendo así que los adalides del campo de batalla, tanto hugonotes como realistas, se limitaron a gastar de inmediato cuantos ingresos fiscales se ponían a su disposición. En 1576, las deudas de la corona habían ascendido a cien millones de libras. A los monarcas franceses, maniatados sin remedio por tales conflictos bélicos, les fue imposible, por estridentes que fuesen sus ruegos, lograr el dinero o el crédito que necesitaban si querían emplear ejércitos lo bastante poderosos para derrotar a los hugonotes y acabar con los enfrentamientos. Al hallarse siempre a un paso de la bancarrota, sus ministros interrumpieron de cuando en cuando la satisfacción de los intereses devengados de las rentas, tal como sucedió en 1585 o estuvo a punto de ocurrir en 1598. Más tarde, se producirían bancarrotas entre 1602 y 1604, en 1648 y en 1661, y en las décadas de

1630 y 1650 se dieron momentos de tensión fiscal paralizadora[17].

En todo este tiempo no cesó la venta de cargos, y el número de propietarios ascendió de 4041 en 1515 a 11 000 en 1600, para saltar a 46 047 en 1665 y acabar el siglo con unos 60 000. Aunque muchos de ellos, tal como ocurría en las cortes, tenían formación jurídica y procedían de familias que pretendían medrar en lo social, también había funcionarios venales en el tesoro, en la red fiscal, en la administración y aún en empleos de menor condición social, como aquellos que poseían un puesto oficial de pescadero.

El peso que tuvieron todos estos en el sistema fiscal no se debió solo a las sumas sustanciales que brindó a las arcas reales el dinero con que se compraban los cargos —un 28 por 100 o más de los ingresos ordinarios obtenidos en la primera mitad del siglo XVII—, sino también al hecho de que, en ocasiones, se les obligara a hacer préstamos a la corona a cambio de rentas, en especial a mediados de siglo y una vez avanzado este[18]. Esto los convirtió en engranajes de la financiación pública de la nación. Recibieron gajes anuales por la inversión efectuada con la compra de sus cargos, aunque las emergencias fiscales supusieron a menudo el pago de tales emolumentos, o su conmutación forzosa por rentas. Para hacerlo todo aún más intrincado, se les dio la posibilidad de comprar el derecho a ceder el cargo a sus herederos mediante el abono de una cuota anual. Huelga decir que tal circunstancia hizo que tuviesen un interés vital tanto en la liquidez del Estado como en su explotación. La contradicción inherente a este hecho enfrentaba la guerra y la deuda soberana, por un lado, y los ingresos privados, el honor y las exenciones fiscales que llevaba aparejados la ocupación de un cargo venal.

En España, quienes adquirían uno de estos también alimentarían la vaga contradicción entre el afán por aumentar al máximo los beneficios del puesto y la necesidad de contar con un estado solvente de veras. Solo en Castilla, llegado el año de 1665, el número de los que ocupaban un cargo así —sobre todo en la administración municipal— ascendía a treinta mil; lo que comportaba una proporción de «uno por cada 166 habitantes». En Francia, en cambio, los 46 047 del año citado representaban «uno por cada 380»; de modo que si de estos podemos decir que conformaban un Estado dentro del Estado, el caso español resultaba mucho más alarmante y hace pensar en un sistema estatal mucho más enfermizo.

En el siglo XV, el gran humanista florentino León Batista Alberti acusó a los integrantes de la oligarquía mercante de su ciudad de emplear el Estado como un establecimiento comercial: una fuente de negocios y beneficios[19]. Declaró —con razón— que especulaban con la deuda consolidada de la república con el objeto de emplear las ganancias para dotar a sus hijas. Quienes tenían un cargo en propiedad en Francia se embarcaban en una operación similar, aunque más complicada. La privatización del puesto que ocupaban desgastaba el poder centralizador del Estado; pero sus intereses corporativos, que apuntaban en dirección contraria, también los llevaban a desear una nación solvente. Esta dialéctica extraordinaria resultaba peligrosa en dos sentidos distintos: por un lado, los titulares de un cargo venal trataban de extraer del Estado tanto provecho como les era posible, y por el otro, sin embargo, corrían el riesgo de verse obligados a prestar dinero a la nación o topar con que los ingresos procedentes de sus rentas y su puesto quedaban suspendidos por el bien de esta.

Entre tanto, se desviaban los impuestos —la fuente de ingresos públicos más rica de todas— en favor de estos funcionarios y menoscabo de quienes menos podían permitirse pagar las car-

gas fiscales sobre las ventas, las especiales destinadas a sufragar la guerra y las que se dedicaban al acantonamiento de soldados. Aun así, en el siglo XVII, también aquellos podían sentir con frecuencia la colosal presión fiscal del Estado, dado que en la Francia del cardenal Richelieu (1624-1642) y Luis XIV (1661-1715) se sucedieron la creación de ejércitos cada vez mayores, la declaración de guerras más prolongadas y la imposición de gravámenes más onerosos, a lo que hay que sumar una deuda pública pavorosa y un descontento descomunal. En la década de 1630 y la de 1640, el gobierno tuvo que enviar a sus soldados a hacer frente a los campesinos rebeldes y, a continuación, encarar una revuelta de la nobleza que incluyó ciertos episodios de guerra civil entre 1648 y 1653 (la Fronda). Las causas de estos alzamientos se hallaban en la corrupción oficial, en la brutalidad que caracterizaba el alojamiento de los soldados y en la opresión fiscal.

La historia de las finanzas bélicas de Francia, y en particular de las de tiempos de Luis XIV, resulta demasiado compleja para que podamos abordarla en estas páginas. Habrá que contentarse, pues, con el siguiente resumen: la guerra de los Nueve Años (1689-1698) y la española de Sucesión (1702-1714) supusieron la puesta en escena de 320 000 y 255 000 soldados franceses[20]. Tan colosales ejércitos exigieron sumas de dinero imposibles de obtener por más que se inflaran los impuestos o se convirtiera a los combatientes en parásitos de la población civil de su nación o de las tierras ocupadas.

A fin de satisfacer la implacable necesidad de dinero, los ministros de finanzas del monarca fueron más allá de la recaudación fiscal para idear estratagemas con las que ingresar cientos de millones de libras adicionales. Pusieron a la venta ríos de rentas nuevas —vitalicias incluidas—, devaluaron la moneda y emplearon corporaciones de financieros para vender patentes de nobleza, inventar y ofrecer numerosos cargos estatales nuevos y

exigir «préstamos forzosos… a los propietarios de los puestos ya existentes[21]». Además, interrumpieron el pago de rentas, redujeron las tasas de interés y aún rebajaron de forma drástica las sumas de capital vinculadas a un buen número de las viejas rentas. Quienes ocupaban cargos venales se vieron entonces acosados de veras, y en el siglo XVIII, su obstruccionismo impediría a menudo la capacidad de la corona para financiar campañas bélicas.

Si a comienzos del XVII los ingresos anuales ascendían a 98 millones de libras, mediado el siglo dicha cantidad había aumentado hasta los 500 millones[22]. Las provincias fronterizas —como la Provenza, el Languedoc o el Delfinado— habían acabado por conformarse a la fuerza y pagaban ya a la corona buena parte de la recaudación procedente de la talla. Con la ayuda de un nuevo impuesto de capitación siguieron aumentando las retribuciones, y sin embargo, no se dio incremento alguno en los ingresos netos disponibles. En 1714, las guerras de Luis XIV habían hecho descender estos al 27 por 100 de lo que se recibía realmente: el resto desaparecía en el pago de la deuda, en ingresos alienados y en costes administrativos especiales como los salarios de los titulares de cargos venales. A la muerte del monarca, ocurrida en 1715, Francia se hallaba arrastrando una deuda que, según diversas estimaciones, se hallaba entre los 1700 y los 2500 millones de libras[23].

Rusia —por hacer una comparación— poseía cierta variedad de impuestos directos e indirectos, incluidos los que se aplicaban a tierras y capital. Entre la década de 1670 y la de 1680, más del 60 por 100 de los ingresos del zar iban al ejército, semejante proporción no tiene en cuenta el oneroso alojamiento de los soldados ni los trabajos que se obligaba a hacer a los campesinos con fines militares, servicios que, de haber sido remunerados, habrían superado la suma de todos los ingresos del trono.

Al cabo, la hueste zarista «vivía en gran medida "de la tierra" cuando servía tanto en Rusia como en el extranjero[24]». De un modo similar, en años anteriores de aquel siglo, Gustavo Adolfo puso sobre los hombros de Suecia una deuda muy ligera en comparación con los costes que le supuso la creación de un imperio militar. Los ejércitos que envió a Alemania no tuvieron más opción que vivir del pillaje, de «contribuciones» en dinero y en especie y de los subsidios ofrecidos por sus aliados: solución depredadora impuesta por la escasa densidad de población del territorio sueco y sus magros ingresos. En la década de 1630, el tesoro podía fantasear con «un presupuesto bélico de 4 377 732 *riksdalers*» cuando la cantidad real debía de hallarse «entre los veinte y los treinta millones[25]».

Habida cuenta de la economía agrícola de Suecia y de su pobreza material, las victorias obtenidas en la guerra de los Treinta Años resultan cuando menos sorprendentes. Sin embargo, los ejércitos de la nación estaban acaudillados por generales sobresalientes: Gustavo Adolfo, Johan Banér, Gustav Horn, Hermann Wrangle y Lennart Torstensson. Hasta sus triunfos más sonados fueron obra de mercenarios alemanes y de otros países extranjeros, y no del número relativamente escaso de combatientes suecos, que servían en su mayoría en guarniciones. Semejante circunstancia no volvería a repetirse nunca.

Ningún príncipe ni ciudad alemanes de cuantos se vieron afectados seriamente por la guerra de los Treinta Años salieron de ella sin una deuda paralizadora. En muchos casos, el afectado se limitaba a incumplir con el pago del préstamo o se negaba a satisfacer los intereses de él derivados; en otros, la amortización se prolongó hasta el siglo XVIII, y aún hubo herederos que seguían pagando en el XIX[26]. En la crisis financiera de la guerra, las ciudades modestas y las asambleas locales se habían visto obligadas a pagar a las fuerzas imperiales y suecas, en concepto

de protección o de rescate, sumas inmensas, que no tuvieron más remedio que pedir prestadas. Las urbes solían emitir bonos dotados de intereses, lo que las debilitaba con vistas a los enfrentamientos que se avecinaban con sus propios príncipes. No tardaron en sentir cómo se estrechaba el dogal del absolutismo principesco y el nacimiento de los ejércitos permanentes creados por este.

Tras la guerra fueron muchos los príncipes que se encontraron sumidos en la deuda, aunque a menudo lograron obligar a sus Estados o sus asambleas representativas (o *Reichsstände*) a satisfacerla. Uno de los magnates más sobresalientes, Juan Jorge, elector de Sajonia, había tenido que omitir el desembolso de diez millones de florines de intereses, y en el momento de su muerte, acaecida en 1656, debía aún 25,2 millones. Podemos hacernos una idea del colosal tamaño de cuanto tenía pendiente de pago —unos 16,8 millones de táleros— si tomamos en consideración que, en 1649, a raíz del final del conflicto, los costes del ejército sueco destinado en Alemania (63 700 soldados) ascendía a 500 000 táleros mensuales, lo que al final supuso un gasto de 15 millones de táleros[27].

En cuestiones de finanzas públicas y empresas bélicas, la República Neerlandesa hubo de enfrentarse al mismo enemigo interno: la deuda. Durante buena parte del siglo XVII, al decir de cierto experto, «se consagró a la guerra casi el 9 por 100 del presupuesto de las Provincias Unidas», primero para independizarse de España y luego, a partir de la década de 1670, para rechazar a los franceses y los designios acaparadores de Luis XIV[28].

Hasta 1648 aproximadamente, las fuerzas armadas neerlandesas oscilaban entre los 40 000 y los 75 000 soldados, de los cuales la mayoría eran mercenarios extranjeros. Los costes anuales de la guerra durante las décadas finales de la guerra con España (1621-1648) rondaban una media de 24 millones de flori-

nes. La deuda fue creciendo, y solo Holanda, la más rica de las siete Provincias Unidas, vio su parte de los gastos ascender a 16 527 948 florines anuales, cuando, en realidad, los ingresos que recibían sus arcas en un año era de 10 847 690.

Aunque los numerosos detalles variaban de una provincia a otra, el grueso de la recaudación fiscal procedía de los impuestos sobre las ventas de sal, cerveza, jabón, pan, carne, fruta, pescado, vinagre, cereal, carbón, habas, molienda, lana y aún materiales de construcción, dados, naipes y leña. Si los neerlandeses tenían fama de puntuales en el pago a sus mercenarios, también es cierto que, como otros, satisfacían salarios que apenas alcanzaban la mitad de los que correspondían a trabajadores no cualificados. Además, pese a los muchos testimonios que aseguran lo contrario, podían tardar bastante en liquidar las soldadas, sobre todo si, como ocurría con frecuencia, alguna de las Provincias Unidas omitía pagar su parte de las sumas convenidas para el mantenimiento de los combatientes. Las unidades de escoceses e ingleses hicieron público un amargo aluvión de quejas contra sus patronos neerlandeses[29].

En 1648, al final de la guerra con España, la provincia de Holanda soportaba una deuda de más de 125 millones de florines, cuyos intereses suponían más del 53 por 100 de sus ingresos. Sin embargo, por fortuna para los neerlandeses, los intereses no solían superar el 6 por 100, ya que quienes invertían en la deuda confiaban en las decisiones financieras colectivas de las Provincias Unidas y su Consejo de Estado.

El Estado

El Estado «soberano» europeo se originó a partir de una densa dispersión de Estados o cuasi Estados medievales diminutos: reinos minúsculos, feudos, principados insignificantes y ciudades. Los mayores y más emprendedores de estos —Venecia, pongamos por caso, o la Francia de los Capetos— absorbieron

a sus vecinos por la fuerza de las armas, con tratados defensivos o mediante reivindicaciones políticas, herencias o matrimonios. Fue un proceso de adquisición que desembocó en la aparición del Estado moderno en el período que va del siglo XIV al XVI.

Sin embargo, esta evolución dejó su rastro, siendo así que el Estado puede llegar a ser un monstruo, y sobre todo en la guerra, tal como pudieron comprobar a menudo quienes vivieron en aquel tiempo: Friesenegger, Alexandre Dubois y no pocos hugonotes. En este sentido, son muchas las caras que posee la historia de la autoridad política suprema, y en nuestros días siguen siendo frecuentes los ejemplos de Estados monstruosos.

Las aberraciones cometidas por los de la primera Edad Moderna fueron más visibles en las grandes potencias europeas, quienes, tal como hemos visto, pusieron ejércitos colosales en el campo de batalla cuando no podían permitirse mantenerlos en campaña si no era mediante el robo y la violencia ejercidos contra sus propias gentes, por no hablar de lo que hacían a otros pueblos. Acostumbraban tratar a sus soldados ordinarios como a lo peor que pudiese dar la tierra; quebrantaban todo contrato establecido con ellos, y sin embargo, exigían su lealtad y los azotaban, mutilaban, marcaban, condenaban a galeras o ahorcaban sin reparo si desertaban. Al servirse de los pobres, los desempleados y los marginados, incluidos los criminales comunes, como carne de cañón, podría decirse que crearon programas de limpieza social. Dependían de oficiales empresarios para la creación de sus ejércitos, y eso los llevaba a abandonar elementos críticos de supervisión sobre el número, la calidad y los costes de las tropas empleadas. El asedio a las ciudades, el más sostenido y estridente de todos los actos de guerra emprendidos contra el paisanaje, era para ellos un elemento habitual de la actividad bélica. Cuando sus ejércitos sufrían impago o hambre, el saqueo o la destrucción de las comunidades rurales también era norma entre las grandes potencias, que por lo común se

mostraban inútiles en sus empeños en gobernar un elemento tan vital como la intendencia.

El estado de la primera Edad Moderna hizo cuanto fue posible por hallar más ingresos que destinar a la guerra, pero puso la recaudación de impuestos en manos privadas, y abrió así la puerta a la especulación, la corrupción y la brutalidad. Adquirió compromisos tácitos con su propio pueblo, al que prometió el pago periódico de intereses por su inversión en la deuda pública; pero a continuación los incumplió una y otra vez al retener dichos desembolsos. Tuvo que pedir a los banqueros préstamos a corto plazo y recurrir a todo género de expedientes para ocultar las alarmantes tasas de interés ante las dietas y asambleas responsables. España, el Sacro Imperio Romano, Francia, Polonia e Inglaterra, que se afanaban en pagar sus deudas por todos los medios, llegaron a devaluar su moneda aleando con metales menos nobles sus piezas de plata, lo que causó una inflación desastrosa en los mercados, y aún a vender cargos gubernamentales, con lo que convirtieron en privado lo que pertenecía con más propiedad al ámbito de la administración y la política públicas.

Todo lo expuesto nos lleva a hablar de responsabilidad. ¿Podían considerarse de veras los reyes de Francia y España, o los príncipes de Alemania y otros lugares, gobernantes absolutos, que como tales no debían responder sino ante su conciencia? De ningún modo: su autoridad contaba en todos los casos con uno o más impedimentos: el peso de la costumbre, los cuerpos representativos, los concejales, el derecho y hasta el peligro de rebelión[30].

Las potestades fiscales se contaban entre las más restringidas. Los cuerpos representativos de una clase u otra reclamaban casi siempre su derecho a recaudar impuestos, y el príncipe no tenía más remedio que negociar con ellos. Tal fue el caso de España, Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Polonia, la mayor parte

de Italia y los principados alemanes. Sin embargo, a finales de la Edad Media, y de un modo más marcado aún durante los siglos XVI y XVII, supieron servirse de la confusión provocada por la guerra para intimidar y manipular cada vez con más frecuencia a las asambleas a fin de que brindasen parte de los ingresos que necesitaban los ejércitos, aunque nunca todos. Los argumentos de más peso en favor de la financiación militar se basaban en las preocupaciones relativas a la seguridad y en reivindicaciones dinásticas.

En el caso de Alemania, las finanzas públicas del electorado de Brandeburgo marcaron la pauta de lo que habría de venir. Las epidemias y las barbaridades de la guerra de los Treinta Años eliminaron a la mitad de la población, y muchas granjas permanecieron improductivas hasta años después de acabada la guerra. El elector recurrió a la fuerza mayor para imponer tributos y reunir un ejército modesto sin la aprobación de la dieta provincial. Entonces, después de 1648, Brandeburgo recuperó brevemente el sistema fiscal tradicional. Sin embargo, en 1653, con las guerras del Norte (1655-1660) en el horizonte y tras mucho debatir, Federico Guillermo, el Gran Elector, logró que los Estados Generales financiaran una hueste no muy nutrida durante seis años a cambio de la extensión de los privilegios aristocráticos, entre los que se incluían la exención fiscal para los nobles y el derecho a imponer al campesinado de Brandeburgo el peor género de servidumbre conocido (la *Leibeigenschaft*). Más tarde, durante la campaña emprendida para hacerse con Pomerania y Prusia, hizo caso omiso de su asamblea provincial, creó impuestos de forma unilateral, aumentó el tamaño de su ejército permanente y aún empleó a sus soldados para imponer el pago de tributos. En los doce años que fueron de 1660 a 1672, su hueste pasó de los siete mil a los doce mil soldados. Sin embargo, en el momento de su muerte, ocurrida en 1688, Brandeburgo-Prusia poseía unas fuerzas armadas permanentes

reputadas en toda Europa. Su tamaño, que oscilaba entre los veinte mil y los treinta mil soldados, desentonaba de forma llamativa con la modesta economía del principado y su escasa población. Los ingresos fiscales anuales se habían triplicado hasta alcanzar los 3,4 millones de táleros aproximadamente. Se estaba conformando el Estado más ambicioso del período, y a la vez, sin embargo, uno de los más hostigados por el fisco[31].

El hecho de que el Estado de la primera Edad Moderna retuviese sus rasgos belicosos durante tanto tiempo estuvo vinculado al mundo material que lo rodeaba. Los príncipes más importantes habían salido de la Edad Media convertidos en tiranos y principales matones oficiales, y el tufo de su pasado armado tardó mucho en disiparse. La amenaza y el pavoneo eran elementos habituales del panorama político, y otorgaban su aire propio a determinados príncipes —como Enrique VIII de Inglaterra, Enrique de Navarra, Gustavo Adolfo y otros muchos nobles septentrionales—. Más importante aún, sin embargo, es que los supuestos derechos dinásticos, defendidos con uñas y dientes por los príncipes, se trocaron en el impulsor de las relaciones internacionales europeas. Entre tanto, estos nunca dejaron de incordiar en su afán inagotable de ingresos, soldados y derechos.

Pese a la ingente cantidad de escribanos, agentes, secretarios y altos funcionarios, la maquinaria administrativa de aquellos primeros Estados fue siempre porosa. Los lazos que la vinculaban a sus patrocinadores, los intereses especiales, la falta de experiencia, los privilegios y la propiedad privada de muchos de sus cargos hacían imposible gestionar con propiedad las dos áreas más delicadas: la guerra y las finanzas públicas. La recaudación de impuestos y la recluta de soldados en el ámbito local se hallaban con demasiada frecuencia más allá de los recursos del Gobierno. Por el contrario, la administración de justicia y la legislación no presentaban dificultades comparables. El Estado

en cierne, pues, rehuía la recaudación de sus propios impuestos y se mostraba incapaz de imponer la disciplina necesaria entre sus ejércitos, cada vez más nutridos. Ya lo hemos visto hasta la náusea. Los ministros eran conscientes de sus carencias. La corona francesa introdujo una red de administradores fiscales o *intendants des finances* que tenía por cometido la supervisión de la gestión provincial de los impuestos; pero en el siglo XVII se les acusaba con frecuencia de corrupción, y se ha dicho, de hecho, que toda «la administración fiscal central [de Francia] se hallaba envuelta de forma permanente en una conspiración destinada a la comisión de actos fraudulentos[32]». Dos de los primeros ministros más poderosos de aquella época, los cardenales Richelieu y Mazarino, amasaron fortunas personales que superaban cuanto pueda resultar creíble. El primero murió con 22 millones de libras en su haber, y el segundo, cortesano mucho más ambicioso, con 32 millones. Difícilmente pudo su modo de vida inspirar honradez entre sus subordinados.

Las repúblicas aristocráticas de Venecia y Génova, Estados de tamaño reducido, fueron los primeros en vincular y coordinar guerra e impuestos. Sin embargo, ninguno tenía un gran peso en el mapa de la política de fuerza que se estaba configurando en Europa. Mucho más éxito en este sentido tuvo la República Neerlandesa, con sus vastas reservas de capital comercial y marítimo —en particular en el caso de Holanda—. La seguían en la yuxtaposición de ejércitos e ingresos los príncipes de Brandeburgo-Prusia, quienes poco después de 1650 comenzaron a hacerse con el firme dominio de las finanzas públicas al supeditarlas de forma estricta a las necesidades militares. Mientras se afanaban por construir un «Estado-potencia», desarrollaron un sistema de agentes itinerantes o comisarios encargados de inspeccionar la administración fiscal y los asuntos relacionados con las fuerzas armadas. En el siglo XVIII, estos oficiales, versados a me-

nudo en leyes, se convirtieron en piezas críticas de la organización del Estado prusiano[33].

Las tierras de la Iglesia no se hallaban desligadas de la suerte del Estado fiscal-militar. Parte de los pagos que hacían Inglaterra, Suecia, la República Neerlandesa, el Palatinado Renano, Brandeburgo, Hesse-Kassel y otros Estados protestantes a sus ejércitos procedían de capital saqueado a las autoridades católicas. Al decir del historiador R. L. Frost, el Estado militar sueco habría sido impensable «sin la Reforma… [y sin todas las tierras eclesiales que pasaron por ella] a manos de la corona. Si en 1523 esta tenía 3754 granjas; la Iglesia, 14 340; la nobleza, 13 922, y los campesinos contribuyentes, 35 239, en 1560 dichas cantidades habían pasado, respectivamente, a 18 936, a ninguna, a 14 175 y a 33 130[34]».

Había más: después de someter a su dominio a las iglesias luterana y calvinista, los príncipes pasaron de inmediato a granjearse su apoyo con fines meramente políticos. Aun así, los gobernantes católicos tampoco eran novatos en el arte de usar a la Iglesia con tales objetivos. Los sacerdotes y prelados se habían prestado a ello desde tiempos inmemoriales. Durante buena parte de los siglos XVI y XVII, entre el 18 y el 25 por 100 de todos los ingresos de la corona de España procedía de un impuesto sobre las rentas eclesiásticas llamado *subsidio*, del denominado «dinero de cruzada» (auxilio papal destinado a la lucha contra los musulmanes) y de las ricas arcas de las grandes órdenes religiosas de Santiago, Alcántara y Calatrava[35].

Los jesuitas se atrajeron la inquina viperina de sus contemporáneos precisamente por darse por sentado que se inmiscuían en asuntos de política. Habida cuenta de su condición de confesores de monarcas y emperadores, se les suponía entregados a la labor de influir de forma marcada en los designios terrenales de sus poderosos penitentes. Y cuando parecía adivinarse su

huella en cuestiones de altos vuelos, como, por ejemplo, en el choque protagonizado por Borbones y Austrias en las décadas de 1630 y 1640, fue el mismísimo cardenal Richelieu quien intervino para cortar las alas a los sacerdotes de la Compañía de Jesús a los que confiaba sus pecados el rey Luis XIII. Entre tanto, en Roma, el noble Mucio Vitelleschi, prepósito general de los dieciséis mil clérigos de la orden, tenía que hacer equilibrios en la delgada línea que dividía las posturas moderadas de las más enérgicas, sobre todo porque las clases de tropa de los jesuitas solían estar también escindidas en sus opiniones políticas[36].

En resumidas cuentas, el nuevo Estado naciente ocupaba, tanto en tierras protestantes como católicas, el espacio en que había operado con anterioridad una Iglesia cuyos papas y la extensa red de prelados que partían de ellos habían tratado de competir con los reyes.

Soberanía y planes políticos de guerra

Llegado el siglo XIV, se habían aunado el estudio del derecho romano y toda una corriente de comentarios legales relativos al poder del papado a fin de publicar un concepto a gran escala de la soberanía y el absolutismo político. Sin embargo, hasta el XVI no hubo en Europa ningún Estado lo bastante fuerte —o ambicioso— para ejercer la «plena potestad» que preveía[37].

En lo tocante a la soberanía, el Sacro Imperio Romano Germánico no era fácil de definir, pues aunque constituía algo semejante a un Estado, no podía considerarse soberano, dado que estaba conformado por otros Estados que casi podían tenerse por tales. Los emperadores Carlos V y Fernando II trataron de ampliar sus poderes, aunque fue en vano. Apenas tenía ejército propiamente dicho: sus príncipes sí, y en ocasiones hasta se unían para formar una fuerza imperial. Tampoco tenía derechos fiscales significativos, que estaban en manos de los distintos príncipes y las ciudades imperiales. Y tampoco podía hacer tra-

tados que obligase a nada a estas y a aquellos si no mediaba su consentimiento. De hecho, los gobernantes alemanes gozaban de libertad para gestionar sus propios programas de política exterior y firmar acuerdos con otros Estados, con la única condición de no sellar alianzas contra el emperador. En lo militar, pues, el Imperio solo se erigía en una gran potencia cuando a su gobernante se le unían, por ejemplo, los electores de Baviera y Sajonia. No obstante, después de 1650 semejantes asociaciones entraron en franca decadencia.

En el siglo XVI, los principales Estados europeos habían recorrido buena parte del camino que los llevaría a la soberanía. Los monarcas de Francia y España se plantaron ante el papado y aún lo doblegaron en más de una ocasión conforme a su voluntad. Las naciones protestantes rechazaban la autoridad pontifical y se servían del poder de las iglesias reformadas para promover sus designios políticos. En tierras católicas, el nuevo Estado, que se oponía de forma gradual a las reivindicaciones de las asambleas regionales y los poderosos señores locales, trató de hacerse con el monopolio de los poderes fiscales y de la violencia oficial ejercida dentro de sus fronteras. El derecho a legislar e impartir justicia formaba ya parte de su condición soberana.

En este sentido surge de manera natural la siguiente cuestión: ¿llegó a participar, de un modo u otro, la teoría política en cuanto fuerza activa en las reivindicaciones de la soberanía en evolución del Estado? Sí, aunque solo cuando la resistencia a este último generaba desafíos intelectuales. En tal caso, los ministros y jurisconsultos del gobierno habían de esgrimir sus argumentos, y dichas reclamaciones emigraban a los foros de ideas, para llevar o sacar de ellos temas e inspiración.

Durante la primavera de 1420, en un áspero encontronazo ocurrido entre dos embajadores florentinos y los consejeros de su poderoso vecino septentrional, el duque de Milán, aquellos tuvieron ocasión de sentirse desairados cuando uno de estos —

experto en derecho canónico, nada menos— les espetó la máxima según la cual *ius in armis est*: «el derecho depende del poderío de las armas», o lo que es igual, la fuerza otorga razón[38]. Aquel arranque los dejó estupefactos, aunque lo cierto es que sabían —tenían que saberlo— que bajo la etiqueta de la diplomacia, la política se reducía a menudo a tal cosa en las relaciones entre Estados. Así había sido en los conflictos habidos entre las ciudades-estado italianas a lo largo de doscientos años. Es evidente que la reacción de los florentinos se debió a un sentido arraigado del decoro, al convencimiento de que, aún sabiendo que la fuerza bruta constituía el recurso principal a la hora de imponer la voluntad propia en una disputa internacional, en el terreno de lo diplomático, cuando menos, no cabía admitir su expresión en semejantes términos: cumplía, por el contrario, servirse de embozos y palabras ingeniosas.

Poco después del año 1500, las reivindicaciones dinásticas comenzaron a disputarse el protagonismo de la política internacional con otro principio: el del «equilibrio de poder» en las relaciones interestatales[39]. La idea descansaba sobre cierta idea de seguridad regional, y el argumento subyacente sostenía, sin más, que las potencias más destacadas de Europa no podían permitir que ninguna de ellas adquiriera la fuerza suficiente para convertirse en una amenaza para las demás. Nada había en la legislación, como en el caso de los derechos dinásticos, que brindase validez legal alguna a esa postura política, si bien tampoco era necesario. El poderío armado bastaba para otorgarle presencia y forma. Hubo eruditos contemporáneos que hallaron antecedentes en la política del mundo antiguo, aunque, a su decir, la Italia del siglo XV ofrecía un punto de comparación reciente y más instructivo: los Estados más relevantes de la península —Nápoles, el papado, Milán y las repúblicas de Florencia y Venecia— dieron durante un tiempo con una solución a sus enfrentamientos cuando decidieron que cada una de ellas

debía tener su propio peso. No obstante, el equilibrio logrado no tardaría en fracasar por la lucha entre los príncipes de Valois y Habsburgo en las guerras italianas (1494-1559), debidas a las reivindicaciones dinásticas rivales relativas al reino de Nápoles y el ducado de Milán. Los motivos que aducían eran inverosímiles; pero sus ejércitos ofrecieron razones armadas más que de sobra.

Los argumentos dinásticos y los del «equilibrio de poder» chocaban por lo tanto. En 1589, cuando tocaban a su final las guerras de religión de Francia, los seguidores del rey Enrique IV, quien aún profesaba la fe protestante, arremetieron contra las aspiraciones de Felipe II de España declarando que Francia se estaba viendo cercada de forma peligrosa por el poderío de los Austrias. Felipe II mandó a su ejército a ocupar la región meridional de los Países Bajos. Uno de sus primos Habsburgo poseía la corona imperial en Alemania, y él, que poseía el dinero y los soldados necesarios, se había declarado partidario de los intransigentes de la Santa Liga francesa, los mismos que luchaban a capa y espada contra Enrique IV y sus pretensiones de ser reconocido como monarca legítimo de Francia. La supuesta herejía que constituía su adhesión calvinista sirvió de justificación para invalidar su derecho dinástico.

Pocos días después, el cardenal Richelieu, primer ministro de Francia (1624-1642), convirtió la lucha contra la dominación de los Habsburgo en la clave de su política exterior mientras se afanaba en buscar un equilibrio en el continente. Para alcanzar este objetivo se sirvió de ejércitos, dinero, propaganda, espías, embajadores y una pródiga correspondencia. Atormentada por el peso de unos impuestos cada vez más elevados y un ejército más numeroso, Francia se hallaba al borde de la rebelión contra el cardenal, y entre los principales magistrados no faltaban quienes entendiesen como una campaña personal suya la entrada de la nación en la guerra de los Treinta Años. En 1636, los

campesinos «descuartizaron a un recaudador y desmembraron a un cirujano al que confundieron con un funcionario de hacienda[40]». Aun así, Richelieu no se apartó del rumbo que había tomado: subvencionó la lucha de la República Neerlandesa contra España y trató de rebajar el poder de los Habsburgo en Alemania convirtiéndose en una figura central de las negociaciones relativas a la entrada de los ejércitos suecos en la guerra de los Treinta Años. Semejante objetivo lo llevó también a acosar a la orden de los jesuitas y a mostrarse dispuesto a porfiar con el mismísimo papa.

Richelieu practicaba una doctrina reciente que, sin embargo, venía verificándose de antiguo: la de la «razón de Estado[41]». Tal cosa significaba en esencia que toda acción emprendida en interés de la nación, por inmoral que pudiese parecer, estaba justificada por lo que *a priori* se consideraba un bien mayor. Por lo tanto, si un monarca ordenaba, por ejemplo, a su guardia que asesinara a un grupo de magistrados de un tribunal por «motivos de Estado», estos podían estar seguros de estar obrando correctamente si obedecían. A finales del siglo XVI, muchos atribuyeron el razonamiento subyacente a esta idea al gran pensador político florentino Nicolás Maquiavelo, como si él hubiera sido el creador de un código nuevo de conducta.

En *El príncipe*, breve ensayo compuesto en 1513, el autor había arremetido contra la pompa y las máscaras del discurso político formal y los consejos idealistas de los manuales de conducta publicados para la educación de los gobernantes. Los principales cometidos de estos eran la guerra y la conservación del poder, tal como demostraba el comportamiento de cualquier «nuevo» príncipe de éxito, que debía de emplear todos los medios —justos o inicuos— que tenía a su disposición no para luchar contra príncipes o gobernantes hereditarios, sino para hacerse con el poder y conservarlo. Entre tanto, no obstante,

siempre era mejor tener del lado de uno a los súbditos y ciudadanos.

Los historiadores han subrayado la importancia de los derechos dinásticos heredados en la política de la Europa de la primera Edad Moderna, y señalado que se concebían como «sacrosantos desde el punto de vista ideológico[42]». Sin embargo, en sus reflexiones sobre el poder político, Maquiavelo desecha de forma implícita la sucesión por parentesco al dar a entender que, en tiempos de incertidumbre y cambio continuo, los derechos patrimoniales de un príncipe podrían no bastar en la lucha por la supervivencia del Estado, que requeriría, en cambio, poder armado y una capacidad política excepcional. Y si el principio de dinastía había primado en buena parte de la diplomacia europea durante más de cuatro siglos, se debía también a que las líneas poderosas de gobernantes —Valois, Habsburgo, Borbón, Hohenzollern, Vasa, Románov…— podían permitirse respaldar sus reivindicaciones dinásticas con ejércitos amenazadores. Sin estos arietes ni el apoyo de su aliados, los argumentos que aducían en lo tocante al vínculo que se daba entre el territorio y los linajes de sangre habrían quedado relegados como otras tantas paparruchas, y la diplomacia gubernamental y los asuntos exteriores habrían tenido que recurrir a otros motivos relacionados con fronteras «naturales», preocupaciones de seguridad o necesidades económicas.

Maquiavelo se había formado en los foros a un tiempo brutales y sutiles de la política florentina. Había visto Italia invadida por huestes extranjeras, príncipes en el acto de arrebatar Estados, gobiernos apartados con rudeza, el reinado de uno de los sacerdotes más corruptos llegados jamás al trono pontificio (Alejandro VI) y las manifestaciones desvergonzadas de cinismo político que poblaban la conducta de los príncipes italianos y de otras naciones. Apartado de su cargo público y desterrado de Florencia cuando los Médicis derrocaron la república en 1512,

logró rehacerse mediante la reflexión relativa a la naturaleza del poder político tras verse acosado por sus propios fantasmas y fijar su residencia en una humilde casa de campo.

Pese a su condición de republicano, su desencanto lo llevó a dejar volar la imaginación mientras componía *El príncipe* y construía en él el retrato de lo que significaba y suponía poseer o crear un Estado principesco, o lo que es igual, ejercer el poder político absoluto. Al trazar los rasgos generales de dicha descripción, parece modernizar la realidad cotidiana de la razón de Estado. Aquí se daba, en todo caso, un eco de la declaración expresada por los milaneses a los embajadores florentinos: la fuerza otorga razón. Y también aquí pasamos a pisar un terreno que generó todo un aluvión de cuestiones y de obras en torno a ellas.

¿Qué era el Estado, y cuáles eran sus poderes? ¿Cómo se había formado? ¿Para el bien de quién? O mejor: ¿qué beneficios suponía? ¿Qué relación mantenía con la «ley natural», el «derecho divino», la Iglesia, los reyes, el «pueblo»…? ¿Era posible transformar en su nombre la actividad criminal en algo aceptable y correcto? ¿Era el ámbito de la política un mundo aparte, dotado de sus valores propios al margen de toda moral cristiana? ¿Constituían el príncipe o cualquier cuerpo político supremo la encarnación del Estado? ¿Qué era la tiranía? ¿Era legítimo asesinar a un príncipe tirano? ¿Debían consultar al pueblo, a las comunidades, a los súbditos, quienes se hallaban a la cabeza de los Estados? ¿Qué era la traición?

Las preguntas suscitadas no acababan aquí, como también se sucedían las respuestas ofrecidas en tratados, historias, manuales y panfletos. Si no tuviésemos ningún otro indicio, la bibliografía que aborda tales cuestiones bastaría en calidad de rico testimonio de las ambiciones globales del nuevo Estado que proyectaba su sombra sobre la vida de los europeos en forma de más

impuestos, más ejércitos, acantonamientos, funcionarios, emergencias políticas y llamamientos para invertir en sus bonos.

En torno a los supuestos orígenes y el poder del Estado se sucedieron reflexiones serias que también hacían hincapié en las bondades del absolutismo. Sin embargo, tampoco faltaron pensadores políticos que destacasen los peligros de este último, y en particular cuando iba ligado a la persona de un príncipe. Pedían mecanismos que contuviesen la autoridad ejecutiva suprema, y sostenían que tal cometido debía recaer sobre asambleas de nobles, clérigos y concejales. Se trataba, en resumidas cuentas, de una apelación a diversas formas de monarquía limitada. En medio del tumulto provocado por las guerras de Religión de Francia, Jean Bodin (m. 1596), el defensor más distinguido del absolutismo antes de Thomas Hobbes, no veía otra solución a los horrores de un conflicto intestino que la poderosa mano del totalitarismo[43]. Y aún así, hasta él mantenía que la aplicación de nuevos impuestos exigía el consentimiento de los gobernados. Fundaba esta convicción en la idea de propiedad privada consagrada en los dictados apriorísticos del «derecho natural». ¿De dónde podía proceder la sustancia del rendimiento fiscal, sino de la propiedad privada?

El conflicto entre protestantes y católicos originó otra serie de preguntas. ¿Era posible acusar de hereje a un rey o hacer que rindiese cuentas por ejercer su gobierno contra «las leyes» de Dios? ¿Recibían los monarcas su poder directamente de Dios, del «pueblo», o de una combinación complicada de ambos? Y si su reinado era, en efecto, «impío» o «herético», ¿cabía deponerlos? Y en tal caso, ¿a quién correspondía hacerlo? ¿Era posible matarlos de manera legítima? Y de ser así, ¿quién debía verificar el regicidio: cualquier súbdito, o un cuerpo oficial determinado?

Los fanáticos religiosos encabezaban la lista de quienes ofrecían respuestas más extremas a estas cuestiones: hombres como

François Hotman, Theodore Beza, Philippe du Plessis-Mornay, Guillaume Rose o Juan de Mariana. Sin embargo, este aspecto particular del debate tuvo su auge a finales del siglo XVI y amainó poco después. No era posible que se sostuviera por mucho tiempo un alegato persuasivo. Los argumentos favorables a la deposición de los reyes impíos o la muerte de los «tiranos» heréticos preocupaban a los moderados de uno y otro lado de la división confesional y apenas se atraían la aprobación de nadie. En un mundo gobernado por monarcas «ungidos», nobles poderosos, oligarquías e iglesias que se doblegaban ante la autoridad, las clases cultas se hallaban demasiado sujetas a hábitos de deferencia y obediencia para prestar oídos a otras voces que las que apoyaban a los príncipes y las minorías dominantes.

Por eso merece mencionarse aquí un caso en que sí se cedió a la solución extrema: la ejecución formal del rey Carlos I de Inglaterra, ocurrida en 1649. A no ser que pueda tacharse de asesinato, la muerte de este monarca puede considerarse excepcional en las crónicas del período que nos ocupa. Y sin embargo, cabe entenderla dentro de su mundo político general, por cuanto, en la anatomía del Estado como monarquía limitada, se esperaba del soberano y la asamblea representativa (dieta o Parlamento) que fueran uno a la hora de afrontar los asuntos más relevantes del Estado. La guerra civil, sin embargo, denotaba un cisma profundo en la nación, y tal fue, precisamente, el ominoso telón de fondo de la decapitación de Carlos I. Este perdió la lucha sangrienta que lo enfrentó con el Parlamento durante la década de 1640, y tras ello fue juzgado y condenado a muerte. Si hubiera salido victorioso del conflicto, habrían rodado cabezas sin duda en el otro bando, aunque de un modo mucho menos dramático. Comparada con la de un monarca, la pena capital de una camarilla de parlamentarios no se habría entendido como un desafío tan marcado a la autoridad del «Estado».

Unos cincuenta años antes, Francia había sido escenario de un acontecimiento que guardaba cierta afinidad con el ocurrido en suelo inglés. En agosto de 1589, tras el asesinato del rey Enrique III a manos de un fraile dominico, el siguiente en la línea de sucesión al trono fue el príncipe protestante Enrique IV de Navarra. La guerra civil francesa adoptó entonces un cariz más sangriento, y el nuevo monarca —por difícil que resulte imaginarlo— bien podría haber acabado en el cadalso de haber sufrido derrota como Carlos I y caído preso en el campo de batalla. De hecho, el francés se enfrentaba a una oposición colosal entre cuyos integrantes se incluían la ciudad de París y su Parlamento, la poderosa Santa Liga, la universidad parisina y toda una serie de aristócratas católicos. Todos estos contaban, además, con el apoyo del papa y el rey de España. El Estado francés no tardó en dividirse contra sí mismo al desmoronarse la relación que se había dado hasta entonces entre la corona y las minorías representativas. Esta brecha no volvió a cerrarse hasta que Enrique IV se convirtió públicamente al catolicismo.

Si los príncipes ponían de manifiesto los límites de su autoridad al recurrir a las asambleas o dietas en busca de más impuestos, en calidad de caudillos podían imponerse de un modo más desafiante. Ello es que hasta con los medios limitados de que disponían se las ingeniaban para provocar guerras o moverlas contra otro Estado y hacer que su pueblo se enfrentara a un hecho consumado. Una vez comenzado el conflicto o lanzada la amenaza de invasión, el oportuno argumento de la situación imprevista a la que hay que dar solución tendía a obligar a las asambleas a votar a favor de más ingresos. En las guerras italianas, las de Religión de Francia, en los Países Bajos, en la de los Treinta Años y en las del Norte que se libraron en torno al mar Báltico, los príncipes mandaron ejércitos al campo de batalla sabiendo muy bien que no iban a tardar en quedarse sin lo que necesitaban para mantenerlos allí: dinero en metálico y crédito.

Lo más seguro es que llegaran ingresos fiscales, aunque muy lentamente y en cantidades siempre insuficientes, y ningún préstamo a corto plazo iba a poder evitar que sus huestes se trocaran en enjambres de hombres desesperados. Era inevitable, pues, que los soldados acabaran por buscar los recursos necesarios para hacer la guerra en los hogares del paisanaje enemigo, cuando no en los de su propio campesinado o sus compatriotas más modestos, o en circunstancias extremas, en los bolsillos de las clases selectas.

EPÍLOGO

Hace muchos años, en mis tiempos de historiador novato de la Universidad de Harvard, pensaba que no había género de estudios más complicado que el que consistía en trazar los lazos que vinculan la cultura elevada, la estructura social y la política. A mi ver, era ahí donde habitaba la historia que ensancha el intelecto y la imaginación histórica más allá de sus límites. Otros jóvenes de Harvard compartían esta idea. Todos considerábamos que la «historia militar» caía dentro de la esfera de la simplicidad y que, por lo tanto, no valía la pena. No hace falta decir que con el tiempo he tenido que reconocer lo insensato de semejante asunción.

Empecé por dedicar mi vida laboral a problemas históricos alejados de la guerra y los ejércitos; pero cuando al fin fijé la mirada en el hecho bélico, este mismo distanciamiento me sirvió —o al menos eso esperaba— para contemplarlo con ojos nuevos, con la ventaja que me ofrecía el tener un punto de vista que no había quedado fijado por la formación propia de un historiador militar.

La estructura social, las ideas, la política, la literatura y el arte habían dominado mi interés a lo largo de numerosos años, y sin embargo, fueron precisamente estos ámbitos problemáticos los que me llevaron a acercarme a la guerra en los lugares en que se estaba produciendo de hecho la violencia armada, como para buscar elementos de sustancia o sólidos. La empresa se transformó en un estudio de los soldados y sus víctimas. No tardé en darme cuenta de que los grandes perjudicados de las guerras ha-

bidas en la Europa de la primera Edad Moderna eran más los paisanos que los soldados. Cuanto más avanzaba en mis investigaciones, más claro se me hacía que analizar su desarrollo desde el punto de vista de la cartografía de la política de altos vuelos, tal como siguen haciendo los manuales y los ensayos históricos, equivale a presentarlas desde la perspectiva de los gobernantes. Vista así la guerra, todo queda en derechos dinásticos, diplomacia, personajes relevantes, consideraciones relativas al equilibrio de poder, estrategias empleadas por los generales y batallas de renombre. Envuelto en estos ropajes, el hecho bélico sí es asunto de príncipes y primeros ministros; se torna en una actividad racional y práctica, y tal circunstancia parece dar carta blanca a los responsables del conflicto. La sangre y la fealdad se apartan a un lado, a pesar de que, como hemos tenido ocasión de comprobar, la guerra estaba llamada a resolverse en una empresa por entero irracional y poco práctica.

Por fortuna, sin embargo, entre otros cometidos, la nueva historia militar se ha propuesto arrojar cierta luz sobre las vidas de las gentes que se vieron invadidas por hordas de soldados en pueblos, ciudades modestas y los infiernos en que se trocaban los alrededores de las murallas de ciudades y fortalezas. Con todo, una guerra es siempre dos: la sangrienta del campo de batalla y la que se libra sobre el papel en el ámbito de la estrategia y el de la política de las altas esferas, o lo que es lo mismo, la de gobernantes y estadistas.

Cuando analizaba su vida estando ya cerca su fin, Luis XIV confesó que había «amado demasiado la gloria[1]». Se refería —pues era así como entendía él su *gloire*— a que le había tenido demasiada estimación a la guerra y sus victorias. ¿Nos es dado creer que un hombre así podía tener alguna idea real de lo que fueron los actos horrendos cometidos por sus ejércitos en los humildes burgos y las parroquias rurales por los que pasaron, aunque fuera entre 1688 y 1689, cuando ordenó junto con su

ministro Louvois incendiar todas las ciudades grandes y pequeñas del Palatinado, incluidas Heidelberg, Tubinga, Espira, Worms, Mannheim y Esslingen, y dejó, por consiguiente, sin hogar a miles de personas? Se trata de un hecho extremo, y sin embargo, la actitud del monarca francés dice mucho de la actitud de los gobernantes europeos, quienes se guardaban mucho de mostrar en sus representaciones imagen alguna de sufrimiento o matanza. Decían ir a la guerra para defender supuestos derechos de justicia, o en el nombre de la estabilidad política de Europa. Las causas que anunciaban raras veces tenían nada que ver con el bienestar, la seguridad o la industria de sus súbditos, y cuando, a mediados y finales del siglo XVI, acudieron al campo de batalla por motivos religiosos o por la «libertad» de conciencia, se mostraron dispuestos en todo momento a imponer su propio credo a un número incontable de vasallos mediante la fuerza armada. Podían hacerlo —razonaban— por la gracia de la ley y del derecho divino, o por autorización de la Paz de Augsburgo de 1555.

La guerra de papel —como suelo llamarla— liberó a la de sangre y tierra de agudas cuestiones morales. Cuando se planteaba alguna a despecho del damero político y militar, ya estaban allí los ministros para restar importancia a las presuntas atrocidades, rebatirlas, negarlas, ofrecer pretextos o tratar de desestimarlas mediante la razón. Una vez más, pues, nos encontramos con la razón de Estado, que subordina todo a los objetivos de la política y el «bien» de la autoridad soberana, ya que esta es el sello y la condición legal de una comunidad grande y autónoma. Y en cuanto forma de Estado, ¿cómo no va a ser positiva esta? ¿No son acaso los «Estados fallidos» lugares en los que el horror civil se halla a la orden del día? Aun así, también en los que tienen buen éxito puede reinar el terror.

Reducir un pueblo a cenizas puede ser poca cosa en los designios magníficos de una guerra librada para imponer un derecho

dinástico o restaurar el equilibrio de poder. Aunque estos supuestos objetivos —la dinastía y la estabilidad de la fuerza militar— resultaran ser mentiras descaradas, lo cierto es que bastaban por sí solos, pues proporcionaban, de sobra, los argumentos que justificaban la acción militar. Entre tanto, en tiempos de guerra, los ministros estatales no veían motivo alguno para vincular el ejército a cuestiones morales, por más que se diera por sentado que la autoridad del príncipe tenía origen divino. Al cabo, los caminos de Dios son inescrutables.

La línea de pensamiento inaugurada por el jesuita Giovanni Botero a finales de la década de 1580 defendía la posibilidad de conciliar la moral cristiana y el realismo político intransigente. De un modo u otro, esta opinión, según la cual la guerra no tiene que estar reñida con el bien, ha conseguido abrirse paso hasta nuestros días en argumentos como el que sostiene que los ideales de la libertad y la autodeterminación, o la defensa de los «derechos humanos» y la seguridad frente al terrorismo, pueden justificar la empresa bélica. En estos casos parece evidente cuál es la pauta ética implícita. Sin embargo, en el momento en que se va al campo de batalla por semejantes motivos, los principios esgrimidos se ven aplastados o infestados por cuestiones políticas discutibles, y las cuestiones morales quedan arrinconadas o teñidas por la diplomacia de la fuerza.

Dado que la guerra de papel situó a los desesperados ejércitos de la Europa de principios de la Edad Moderna fuera de los confines de toda moral consuetudinaria, cuando abordamos su historia como si fuésemos expertos en asuntos exteriores estamos colaborando con los designios de la razón de Estado; permitimos que la política de altos vuelos gobierne nuestra visión de la guerra, y nos asimos a la violencia armada en un mundo situado más allá del bien y del mal. Una historia así, no obstante, tiene mucho que decir respecto de los príncipes y los caudi-

llos del pasado, pero muy poco en relación con las gentes de a pie que sufrieron las arremetidas de los soldados atormentados.

La alternativa que se me planteó mientras se gestaba la idea del presente libro fue la de centrar la atención en la guerra librada a ras del suelo: escribir la historia desde el punto de vista del soldado común, de los aldeanos que los sufrieron y de los habitantes de las ciudades sometidas a asedios implacables. También me movía el propósito de mostrar la visión que ofrecían los ejércitos famélicos, el hambre, el canibalismo, el pillaje masivo de alimento y ganado, las iglesias expoliadas, las mujeres violadas y los niños, las granjas devastadas, las casas despedazadas por quienes buscaban leña y las carnicerías. Este, y no las reivindicaciones de los gobernantes, era el verdadero rostro de la guerra.

Aun así, no es posible insistir en su impacto exterminador sin suscitar cuestiones morales poco agradables que luchan por salir a flote de forma silenciosa pero insistente y proyectan su sombra sobre la política de las minorías selectas y los príncipes; que dirigen nuestra mirada hacia los ejércitos moribundos conformados por tropas airadas que, hostigadas por la peste o el tifus, se tambaleaban de una población a otra y las infectaban. Y si como historiadores presenciamos con la imaginación estas escenas y nos acercamos lo suficiente a ellas, no podremos menos de preguntarnos por qué no hicieron los gobernantes mayores empeños en contener a su soldadesca.

Una vez más, en la estela de cada ejército distinguimos una horda de acompañantes que claman por alimento y cobijo, y con ellos se formula otra pregunta: ¿a ellos también deben mantenerlos y vestirlos los aldeanos? Los soldados entran en una ciudad en busca de alojamiento. Evitan algunas viviendas, pero otras no. ¿Por qué? En las extensas batidas, también hacen caso omiso de determinados pueblos, aunque no de otros. ¿Por qué? ¿Es que hay lugares que disfrutan de contactos en la corte, o

quizás se las habrán compuesto para comprar privilegios de inmunidad? ¿No será que han sobornado a los oficiales al mando para que mantengan alejados a sus hombres? Día sí y día también, a medida que van y vienen los combatientes, vemos a los vecinos de pueblos y ciudades sufrir palizas, robos y dicterios con el rostro ensangrentado.

En medio de toda esta aflicción, la pericia de los generales pierde todo significado, tanto para el historiador como para los aldeanos. Los conocimientos relativos a «sistemas armamentísticos» se vuelven irrelevantes; los derechos dinásticos se tornan en abstracciones legales, y el «honor» de los príncipes pierde todo su valor. La «razón de Estado», el dios de las altas esferas de la política, puede así aislarse y someterse a juicio. En resumidas cuentas: en el momento en que desvinculamos la historia social de la guerra de la política y la diplomacia, vemos caer las barreras que impiden plantearse cuestiones éticas.

Aun así, por extraño que parezca, se da de pronto un cambio de sentido sorprendente, un regreso a la política. Y es que los historiadores, movidos y, de hecho, liberados por la necesidad de formular preguntas morales, pueden al fin proyectarlas contra la política; poner en tela de juicio las decisiones de los hombres de Estado; analizar sus trágicos yerros y sus momentos de arrogancia ciega, y someter a juicio sus acciones. Las decisiones de los príncipes y sus ministros no son sacrosantas, ni tampoco hay motivo alguno por el que debamos suponer que seguían los dictados de la sabiduría política.

Apéndice
SOBRE EL DINERO[1]

No es posible convertir las monedas de oro y plata de la Europa preindustrial en un equivalente actual, lo que permitiría comparar el nivel de vida, dadas la fluctuación del valor de los lingotes y la diferencia abismal existente entre los costes esenciales —de la mano de obra y el pan, por ejemplo— de la época y los que conocemos. Un vestido de segunda mano de brocado de seda o raso podía alcanzar precios lo bastante elevados para pagar el salario de dos años de un artesano cualificado. Los abogados, los escribanos del gobierno, los profesores universitarios y los simples mercaderes tenían siervos, y en algunos casos equipos enteros. Europa empleaba mucha mano de obra. A los trabajadores no cualificados o semicualificados —que representaban entre el 35 y el 40 por 100 de la población activa— no les resultaba fácil comprar zapatos nuevos, y dado que las más de las personas gastaban en alimento la mayor parte de sus ganancias, si lograban acumular ahorros, no era difícil que desaparecieran por causa del mal tiempo y las subidas del precio del grano que conllevaba.

La gran abundancia de monedas que circulaba por Europa, dotadas de contenidos distintos de oro y plata, obligaban a mercaderes y banqueros a emplear en sus libros «monedas de cuentas» o «teóricas», piezas imaginarias que, como la libra esterlina, la lira o la *livre tournois*, existían solo a efectos contables. Aun así, ni el comercio ni la banca podían funcionar sin ellas, pues asignaban un valor práctico de mercado a las mone-

das de verdad como el ducado, el escudo, el *groat*, el tálero o el florín. Estas podían, pues, cambiarse conforme a los tipos fijados por las monedas ficticias de los tenedores de libros.

En consecuencia, cuando tope en estas páginas con largas sumas de dinero, el lector deberá tratar de imaginar valores condicionados por el bajo coste de la obra de mano, la inestabilidad de los precios del grano de molienda, el precio elevado que —para muchos— tenían el calzado nuevo y, en ocasiones, el pan, y el conocimiento de que solo una minoría diminuta de comerciantes, entre quienes se contaban los banqueros, manejaba a diario monedas de oro. Los más solo empleaban calderilla: piezas acuñadas en cobre y en aleaciones de cobre y plata que siempre perdían valor ante las de oro y plata de las bancas y otros negocios de relieve.

Todos los ingresos y los gastos se hallaban vinculados a estructuras sociales e ideales religiosos que promovían la autoridad, la deferencia y la obediencia, y tal cosa también afectaba a los precios al mantener bajos los costes de la mano de obra.

AGRADECIMIENTOS

He contraído una deuda intelectual inmensa con un gran número de historiadores, tal como hacen patente la bibliografía y, en particular, las notas del presente volumen. Toda historiografía seria es, en cierto sentido, una empresa colectiva.

Doy por supuesto que no hay historiador que llegue a perfeccionar por entero su oficio, como ningún novelista lleva el arte de la ficción al culmen de la excelencia. Así debe ser, aunque esta circunstancia constituye también motivo suficiente para buscar el discernimiento y el buen juicio de editores avezados. En este sentido, debo subrayar la labor del mío, Peter Ginna, cuya fe me hizo seguir adelante en un período un tanto difícil, y cuyo entusiasta sentido de la estructura en lo tocante a los argumentos históricos ha hecho que le esté enormemente agradecido.

Guiada por su ojo de novelista, Julia O'Faolain, la primera lectora de este libro, merece, como siempre, mi gratitud más afectuosa, y lo cierto es que nunca lograré encarecer lo suficiente al segundo, el doctor H. M. Serros, que recorrió el texto en busca de puntos oscuros y desaciertos estilísticos.

BIBLIOGRAFÍA

Las obras precedidas por un asterisco revisten especial relevancia en el tema abordado en el presente libro. Sin ellas, estas páginas habrían sido diferentes.

Fuentes primarias

Anónimo, *Brief traité des misères de la cité de Paris*, en *Archives curieuses de l'histoire de France depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, vol. XIII, París, 1837, pp. 271-285.

Bandhauer, Zacharias, *Tagebuch der Zerstörung Magdeburgs 1631*, ed. de P. Philipp Klimesch, *Archiv für Kunde österreichischer Geschichts-Quellen,* XVI, 11 (1856), pp. 239-319.

Benecke, Gerhard, ed. y trad., *Germany in the Thirty Years War*, Londres, 1978.

Benedetti, Alessandro, *Diaria de bello Carolino*, ed. y trad. de Dorothy M. Schullian, Nueva York, 1967.

Bourdeille, Pierre de, *Ouvres completes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme*, ed. de Ludovic Lalanne, 11 vols., París, 1864-1882.

Buoninsegni, Piero, *Historia fiorentina*, 2 vols., Florencia, 1579.

Capponi, Gino, *Dell'acquisto di Pisa*, en *Cronichette antiche di vari scrittori*, ed. de Domenico Maria Manni, Florencia, 1733.

Carlos V, *Memoires de Charles Quint*, ed. y trad. de Alfred Morel-Fatio, «Bibliothèque de l'École des Hautes Études», vol. CII, *Historiographie de Charles-Quint*, 1913. (Hay trad. esp.: Fernández Álvarez, Manuel, ed. y trad., *Carlos V: memorias*, Cultura Hispánica, Madrid, 1960).

Cauriana, Philippe, *Histoire du siège de la Rochelle en 1572*, La Rochela, 1856.

Centorio, Ascanio, *Discorsi di guerra*, Venecia, 1568.

Corneio, Pierre, *Bref discours et véritable des choses plus notables arrivées au siège mémorable de la renommée ville de Paris*, Lyon, 1590.

—, *Bref discours et véritable des choses plus notables arrivées au siège mémorable de la renommée ville de Paris*, en *Archives curieuses de l'histoire de France depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, vol. XIII, París, 1837.

Davies, Christian, *The life and adventures of Mrs. Christian Davies*, Londres, 1743.

Dubois, Alexandre, *Journal d'un curé de campagne au XVIIIe siècle*, ed. de Henri Platelle, París, 1965.

Foglietta, Uberto, *Dell'istoria di Genova*, Génova, 1597.

Franklin, J. H., ed., *Constitutionalism and resistance in the sixteenth Century: three treatises by Hotman, Beza and Mornay*, Nueva York, 1969.

Frati, Vasco, y otros, *Il sacco di Brescia*, 3 vols., Brescia, 1989.

Friesenegger, Maurus, *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg*, ed. de P. Willibald Malthäser, Múnich, 1989.

Gascoigne, George, *The spoil of Antwerp*, ed. de Edward Arber, *An English Garner*, vol. VIII (Londres, 1876), pp. 141-170.

Génard, M. P., ed., *La furie espagnole: documents pour servir à l'histoire du sac d'Anvers en 1576, Annales de l'Académie Royale d'Archéologie de Belgique*, XXXII, 3.ª serie, II, 1876.

Goulart, Simon, *Memoires de l'État de France sous Charles IX*, 3 vols., Meidelburg, 1578 (2.ª ed.).

Gräf, Holger T., ed., *Söldnerleben am Vorabend des Dreißigjährigen Krieges: Lebenslauf und Kriegstagebuch 1617 des hessischen Obristen Caspar von Widmarckter*, Marburgo, 2000.

Grimmelshausen, H. J. C. von, *Simplicius Simplicissimus*, trad. de H. Weisenborn y L. Macdonald, Marburgo, 1964. (Hay trad. esp.: Cátedra, Madrid, 1986).

—, *Courage: the adventuress and the false Messiah*, trad. de Hans Speier, Princeton, 1964. (Hay trad. esp.: *La pícara Coraje*, Cátedra, Madrid, 1992).

Gualdo Priorato, Galeazzo, *An history of the late warres*, trad. de Enrique, conde de Monmouth, Londres, 1648.

Guericke, Otto von, *Geschichte der Belagerung, Eroberung und Zerstörung Magdeburgs*, ed. de Friedrich W. Hoffmann, Magdeburgo, 1860.

Guicciardini, Luigi, *Il sacco di Roma*, ed. de Carlo Milanesi, Florencia, 1867.

Hagendorf, Peter, *Ein Söldnerleben im Dreißigjährigen Krieg: eine Quelle zur Sozialgeschichte*, ed. de Jan Peters, Berlín, 1993, pp. 296-297.

Heberle, Hans, *Der Dreißigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672): Aufzeichnungen aus dem Ulmer Territorium*, ed. de Gerd Zillhardt, Ulm, 1975.

Helfferich, Tryntje, ed. y trad., *The Thirty Years War: a documentary history*, Indianápolis, 2009.

La Noue, François de, *Discours politiques et militaires*, ed. de F. E. Sutcliffe, Ginebra, 1957.

Léry, Jean de, *Histoire mémorable de la ville de Sancerre*, La Rochela, 1574.

Lohmann, K., ed., *Die Zerstörung Magdeburgs*, Berlín, 1913.

Mendoza, Bernardino de, *Commentaires de Bernardino de Mendoza sur les évènements de la guerre des Pays-Bas, 1521-1576*, 2 vols., Bruselas. (Original en español: *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Paises Baxos desde 1567 hasta 1877*, Órbigo, La Coruña, 2009).

Monluc, Blaise de, *Commentaires, 1521-1576*, ed. de Paul Courteault, París, 1964.

Monro, Robert, *Monro: his expedition with the worthy Scots regiment called Mac-Keys*, ed. de William S. Brockington, Westport y Londres, 1999.

Neubauer, E., ed., *Magdeburgs Zerstörung 1631*, Magdeburgo, 1931.

Palmieri, Matteo, *La presa di Pisa*, ed. de A. M. Ferraro, Nápoles, 1995.

Paré, Ambroise, *The apology and treatise*, ed. de Geoffrey Keynes, Londres, 1951.

Potter, David, ed. y trad., *The French Wars of Religion: selected documents*, Londres, 1997.

Poyntz, Sydnam, *The relation of Sydnam Poyntz, 1624-1636*, ed. A. T. S. Goodrick, Londres, 1908.

Rocca, Bernardino, *De' discorsi di guerra*, Venecia, 1582.

Roelker, Nancy Lyman, ed., *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile: selections from his memoires-*

journaux, Cambridge (Massachusetts), 1958.

Salviati, Jacopo, *Cronica dall'anno 1398 11 1411*, en Ildefonso di San Luigi, ed., *Delizie degli eruditi toscani*, vol. XVIII, 1784.

Schärtlin, Sebastian, *Lebensbeschreibung des berühmten Ritters Sebastian Schärtlins von Burtenbach*, Frankfurt y Leipzig, 1777.

Sozzini, Alessandro, *Diario delle cose avvenute in Siena dai 20 luglio 1550 al 28 giugno 1555, Archivio Storico Italiano*, 2 (Florencia, 1842).

Sully, *Memoirs of Maximilian de Béthune, duke of Sully*, ed. y trad. de M. de L'Écluse, 5 vols., Edimburgo, 1805.

Turner, James, *Memoirs of his own life and times*, Edimburgo, 1829.

Verdugo, Francisco, *Commentario del coronel Francisco Verdugo de la guerra de Frisia*, ed. de Henri Lonchay, Bruselas, 1899.

Wagner, Jakob, *Die Chronik des Jakob Wagner über die Zeit der schwedischen Okkupation in Augsburg vom 20. April 1632 bis 28. März 1635*, ed. de Wilhelm Roos, Augsburgo, 1902.

Fuentes secundarias

Alfani, Guido, *Il grand tour dei Cavalieri dell'Apocalisse: l'Italia del «lungo Cinquecento» (1494-1629)*, Venecia, 2010.

Anderson, Christiane, «Von "Metzen" und "Dirnen": Frauenbilder in Kriegsdarstellungen der Frühen Neuzeit», en Hagemann y Pröve, *op. cit.*, pp. 171-198.

Anderson, M. S., *The rise of modern diplomacy, 1450-1919*, Londres y Nueva York, 1993.

—, *War and society in Europe of the Old Regime, 1618-1789*, Londres, 1988. (Hay trad. esp.: *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen [1618-1789]*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990).

Anderson, Perry, *Lineages of the absolutist state*, Londres, 1979. (Hay trad. esp.: *El Estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 2007).

Anselmi, Gian Mario, y Angela De Benedictis, eds., *Città in guerra: esperienze e reflessioni nel primo 500*, Bolonia, 2008.

Arenilla, L., «Le calvinisme et le droit de résistance à l'état», *Annales E. S. C.*, 22 (1967).

Arnade, Peter, *Beggars, iconoclasts, and civic patriots: the political culture of the Dutch revolt*, Ithaca y Londres, 2008.

Arnold, Thomas F., *The Renaissance at war*, Nueva York y Londres, 2006.

Asch, Ronald G., *The Thirty Years War: the Holy Roman Empire and Europe, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 1997.

Aston, Trevor, ed., *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, 1965. (Hay trad. esp.: *Crisis en Europa, 1560-1660*, Alianza, Madrid, 1983).

Ballerstedt, Maren, «Belagerung und Zerstörung Magdeburgs 1629/31 —Ereignisse und Hintergründe», en VV. AA., *Konfession*…, ed. cit., pp. 11-24.

Barker, Thomas M., *The military intellectual and battle: Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years War*, Albany, 1975.

Bartlett, Thomas, y K. Jeffrey, *A military history of Ireland*, Cambridge, 1996.

Baumann, Reinhard, *Landsknechte: ihre Geschichte un Kultur vom späten Mittlealter zum Dreißigjährigen Krieg*, Múnich, 1994.

Belenguer, Ernest, *El Imperio hispánico, 1479-1665*, Barcelona, 1995.

Bell, David A., *The first total war: Napoleon's Europe and the birth of modern warfare*, Londres y Nueva York, 2007. (Hay trad. esp.: *La primera guerra total: la Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Alianza, Madrid, 2012).

Beller, Elmer A., *Propaganda in Germany during the Thirty Years War*, Princeton, 1940.

Benecke, G., *Society and politics in Germany, 1500-1750*, Londres y Toronto, 1974.

Benedict, Philip, *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, 1981.

—, «The Saint Bartholomew's massacres in the provinces», *The Historical Journal*, XXI, 2, pp. 205-225.

* Bercé, Yves-Marie, *History of peasant revolts: the social origins of rebellion in early modern France*, trad. de Amanda Whitmore, Cambridge, 1990.

Berger, Ernst A., *Hans de Witte, Finanzmann Wallensteins*, Wiesbaden, 1954.

Bilotto, Antonella, P. del Negro y C. Mozzarelli, eds., *I Farnesi: corti, guerra e nobiltà in antico regime*, Roma, 1997.

* Bireley, Robert, *The Jesuits and the Thirty Years War: kings, courts, and confessors*, Cambridge, 2003.

—, *The refashioning of Catholicism, 1450-1700*, Washington D. C.

—, «The Thirty Years' War as a Germany's religious war», en Repgen, *op. cit.*, pp. 85-106.

Black, Jane, *Absolutism in Renaissance Milan*, Oxford, 2009.

Black, Jeremy, *European warfare, 1494-1660*, Londres y Nueva York, 2002.

Bonney, Richard, *The European dynastic states, 1494-1660*, Oxford, 1991.

*—, ed., *The rise of the fiscal state in Europe, c. 1200-1815*, Oxford, 1999.

—, «France, 1494-1815», en *id.*, *The rise…*, pp. 123-176.

* Boyajian, James C., *Portuguese bankers at the court of Spain, 1626-1650*, Nuevo Brunswick, 1983.

Brady, Thomas A., H. A. Oberman y J. D. Tracy, eds., *Handbook of European history, 1400-1600*, 2 vols., Leiden, Nueva York y Colonia, 1995.

Braudel, F. P., y F. Spooner, «Prices in Europe from 1450 to 1750», en Rich y Wilson, *op. cit.*, pp. 378-486.

Brewer, John, *The sinews of power: war, money and the English state, 1688-1783*, Londres, 1989.

Bröckling, Ulrich, y Michael Sikora, eds., *Armeen und ihre Deserteure*, Gotinga, 1998.

Bullard, Melissa M., *Filippo Strozzi and the Medici: favor and finance in sixteenth-Century Florence and Rome*, Cambridge, 1980.

* Burschel, Peter, *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts: Sozialgeschichtliche Studien*, Gotinga, 1994.

—, «Die Erfindung der Desertion. Strukturprobleme in deutschen Söldnerheeren des 17. Jahrhunderts», en Bröck-

ling y Sikora, *op. cit.*, pp. 72-85.

Büsch, Otto, *Military system and social life in Old Regime Prussia, 1713-1807*, trad. de J. G. Gagliardo, Atlantic Highlands, Nueva Jersey.

Bussmann, Klaus, y H. Schilling, eds., *1648: war and peace in Europe*, 3 vols., Münster y Osnabrück, 1998.

Caferro, William P., *Mercenary companies and the decline of Siena*, Baltimore y Londres, 1998.

—, «Warfare and economy in Renaissance Italy, 1350-1450», *Journal of Interdisciplinary History*, XXXIX, 2, pp. 167-209.

Canning, Joseph, Hartmut Lehmann y Jay Winter, eds., *Power, violence and mass death in pre-modern and modern times*, Aldershot y Burlington, 2004.

Cantagalli, Roberto, *La guerra di Siena (1552-1559)*, Siena, 1962.

Carsten, F. L., *The origins of Prussia*, Oxford, 1962.

Charles, Jean-Léon, «Le sac des villes dans les Pays Bas au XVIe siècle: étude critique des regles de guerre», *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, 24, pp. 288-301.

Childs, John, *Warfare in the Seventeenth Century*, Londres, 2001.

Chittolini, Giorgio, «Il "militare" tra tarde medioevo e prima età moderna», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 53-102.

—, Anthony Molho y Pierangelo Schiera, eds., *Origini dello stato: processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1994.

Clark, Christopher, *Iron kingdom: the rise and downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, 2006.

Coates, Berwick, *Wellington's charge: a portrait of the Duke's England*, Londres, 2003.

Collins, James B., *Fiscal limits of absolutism: direct taxation in early seventeenth-Century France*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1988.

Contamine, Philippe, *War in the Middle Ages*, trad. de Michael Jones, Londres y Nueva York, 1984. (Hay trad. esp.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984).

—, ed., *War and competition between states*, Oxford, 2000.

—, «The growth of state control. Practices of war, 1300-1800: ransom and booty», *ibid.*, pp. 163-193.

Corteguera, Luis R., *For the common good: popular politics in Barcelona, 1580-1640*, Ithaca y Londres, 2002.

Corvisier, André, *Armies and societies in Europe, 1494-1789*, trad. de A. T. Siddall, Bloomington y Londres, 1979.

Courteault, Paul, *Blaise de Monluc: un cadet de Gascogne au XVIe siècle*, París, 1909.

Covini, Maria Nadia, *L'esercito del duca: organizzazione militare e istituzioni al tempo degli Sforza (1450-1480)*, Roma, 1998.

—, «Political and military bonds in the Italian state system, thirteen to sixteenth Centuries», en Contamine, *War…*, ed. cit., pp. 9-36.

Creveld, Martin van, *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, 1987. (Hay trad. esp.: *Los abastecimientos en la guerra*, Ejército de Tierra, Madrid, 1985).

Crouzet, Denis, *Les guerriers de Dieu*, Seyssel, 1990.

Cunningham, Andrew, y O. P. Grell, *The Four Horsemen of the Apocalypse: Religion, War, Famine and Death in Reformation Europe*, Cambridge y Nueva York, 2000.

Davies, C. S. L., «Provisions for armies, 1509-1560: a study in the effectiveness of early Tudor government», *Economic History Review*, 2.ª serie, 17, pp. 234-248.

Delbruck, Hans, *History of the art of war*, trad. de Walter J. Renfroe, 4 vols., Lincoln, 1975-1990.

—, *The dawn of modern warfare* (*op. cit.*, vol. 4), Lincoln, 1990.

Denzel, Markus A., *Handbook of world exchange rates, 1590-1914*, Ashgate, 2010.

Diefendorf, Barbara B., *Beneath the cross: Catholics and Huguenots in sixteenth-Century Paris*, Nueva York y Oxford, 1991.

Dixon, C. S., «Urban order and religious coexistence in the German imperial city: Augsburg and Donauwörth, 1548-1608», *Central European History*, 40 (2007), pp. 1-33.

Donati, Claudio, y Bernhard R. Kroener, eds., *Militari e società civile nell'Europa dell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Bolonia, 2007.

Doria, Giorgio, «Conoscenza del mercato e sistema informativo: il *know-how* dei mercanti-finanzieri genovesi nei secoli XVI e XVII», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 57-121.

Downing, Brian M., ed., *The military revolution and political change: origins of democracy and autocracy in early modern Europe*, Princeton, 1992.

Duffy, Christopher, *Siege warfare: the fortress in the early modern world, 1494-1660*, Londres, 1979.

* Eckert, Edward A., *The structure of plagues and pestilences in early modern Europe: Central Europe, 1560-1640*, Basilea, 1996.

Engelen, Beate, *Soldatenfrauen in Preussen: eine Strukturanalyse der Garnisonsgesellschaft im späten 17. und in 18. Jahrhundert*, Münster, 2005.

Epstein, Steven A., *Genoa and the genoese, 968-1528*, Chapel Hill y Londres, 1996.

* Ertman, Thomas, *Birth of the Leviathan: building states and regimes in Medieval and early modern Europe*, Cambridge, 1997.

Evans, Richard J., *Rituals of retribution: capital punishment in Germany, 1600-1987*, Oxford, 1996.

Evans, Robert J., *The making of the Habsburg monarchy, 1550-1770*, Oxford, 1979. (Hay trad. esp.: *La monarquía de los Habsburgos [1550-1770]*, Labor, Barcelona, 1989).

Findeisen, Jörg-Peter, *Der Dreißigjährige Krieg: eine Epoche in Lebensbildern*, Graz, Viena y Colonia, 1998.

Fiorelli, Piero, *La tortura giudiziara nel diritto commune*, 2 vols., Milán, 1953-1954.

* Fissel, Mark Charles, *English warfare, 1511-1642*, Londres y Nueva York, 2001.

Fondazione Treccani degli Alfieri, *Storia di Milano*, vol. VIII, Milán, 1957.

France, John, ed., *Mercenaries and paid men: the mercenary identity in the Middle Ages*, Londres y Boston, 2008.

* Friedrichs, Christopher R., *Urban society in an age of war: Nördlingen, 1580-1720*, Princeton, 1979.

Frigo, Daniela, ed., *Politics and diplomacy in early modern Italy*, Cambridge, 2000.

Fritschy, Wantje, «The efficiency of taxation in Holland», en Gelderblom, *op. cit.*, pp. 55-84.

—, «"Small states" and diplomacy: Mantua and Modena», en Frigo, *op. cit.*, pp. 147-175.

* Frost, R. L., *The northern wars: war, state and society in north-eastern Europe, 1558-1721*, Londres, 2000.

Fučíková, Eliška, «The fate of Rudolf II's collection in light of the history of the Thirty Years War», en Bussmann y Schilling, *op. cit.*, pp. 173-179.

Gaber, Stéphane, *La Lorraine meurtrie: les malheurs de la Guerre de Trente Ans*, Nancy, 1991.

García, Luis Ribot, «Types of armies: early modern Spain», en Contamine, *War…*, ed. cit., pp. 37-68.

Gelabert, Juan, «Castile, 1504-1808», en Bonney, *The rise…*, ed. cit., pp. 201-241.

Gelderblom, Oscar, ed., 2009, *The political economy of the Dutch Republic*, Farnham y Burlington, 2009.

Gillespie, Raymond, «The Irish economy at war, 1641-1652», en Ohlmeyer, *op. cit.*, pp. 160-180.

Gindely, A., *The Thirty Years War*, 2 vols., Nueva York, 1892.

Glozier, Mathew, y D. Onnekink, eds., *War, religion and service: Huguenot soldiering, 1685-1713*, Aldershot, 2007.

* González de León, Fernando, *The road to Rocroi: class, culture and command in the Spanish army of Flanders, 1567-1659*, Leiden y Boston, 2009.

Gräf, Holger T., «Ruolo e funzione delle testimonianze autobiografiche per la storia militare», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 281-311.

Gray, John, *Black mass: Apocalyptic religion and the death of Utopia*, Londres, 2007. (Hay trad. esp.: *Misa negra: la religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Paidós, Barcelona, 2008).

Grimsley, Mark, y Clifford J. Rogers, eds., *Civilians in the path of war*, Lincoln y Londres, 2002.

* Guthrie, William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002.

*—, *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003.

Haberer, Stephanie, *Otto Heinrich Fugger (1592-1644): biographische Analyse typologischer Handlungsfelder in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges*, Augsburgo, 2004.

Hagemann, Karen, y Ralf Pröve, eds., *Landsknechte, Soldatenfrauen und Nationalkrieger: Militär, Krieg und Geschlechterordnung im historischen Wandel*, Frankfurt y Nueva York, 1998.

Haldon, John F., ed., *General issues in the study of Medieval logistics*, Leiden, 2006.

Hale, John R., *War and society in Renaissance Europe, 1450-1620*, Londres, 1985. (Hay trad. esp.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990).

* Hall, Bert S., *Weapons and warfare in Renaissance Europe*, Baltimore y Londres, 1997.

Hanlon, Gregory, *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*, Londres, 1998.

Harari, Yuval N., *Renaissance military memoirs: war, history, and identity, 1450-1600*, Woodbridge y Rochester,

2004.

* Hart, Marjolein C. t, *The making of a bourgeois state: war, politics and finance during the Dutch Revolt*, Manchester y Nueva York, 1993.

—, «The United Provinces, 1579-1806», en Bonney, *The rise*…, ed. cit., pp. 309-325.

Hathaway, Jane, ed., *Rebellion, repression, reinvention: mutiny in comparative perspective*, Westport y Londres, 2001.

Heal, Bridget, ed., *The cult of the Virgin Mary in early modern Germany: protestant and Catholic piety, 1500-1648*, Cambridge, 2001.

Helfferich, Tryntje, «A levy in Liège for Mazarin's army: practical and strategic difficulties in raising and supporting troops in the Thirty Years War», *Journal of Early Modern History*, XI, 6, 2007, pp. 475-500.

Henshall, Nicholas, *The myth of absolutism: change and continuity in early modern European monarchy*, Londres y Nueva York, 1992.

* Hoeven, Marco van der, ed., *Exercise of arms: warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997.

Hoffman, Philip T., «Early modern France, 1450-1700», Hoffman y Norberg, *op. cit.*, pp. 226-252.

—, y K. Norberg, eds., *Fiscal crises, liberty, and representative government, 1450-1789*, Stanford, 1994.

Holborn, Hajo, *A history of modern Germany: the Reformation*, Nueva York, 1959.

Holmes, Richard, *Wellington: the Iron Duke*, Londres, 1996. (Hay trad. esp.: *Wellington: el Duque de Hierro*, Altaya, Barcelona, 2008).

—, *Marlborough: England's fragile genius*, Londres, 2008.

Holt, Mack P., ed., *Renaissance and Reformation France, 1500-1648*, Oxford y Nueva York, 2002.

*—, *The French Wars of Religion, 1562-1629*, Cambridge, 2005 (2.ª ed.).

Hook, Judith, *The sack of Rome, 1527*, Basingstoke y Nueva York, 2004, 2.ª ed.

—, «Fortifications and the end of the Sienese state», *History: The Journal of the Historical Association*, LXII, 206 (octubre 1977), pp. 372-387.

Horn Melton, James van, «The nobility in the Bohemian and Austrian lands, 1620-1780», en Scott, H. M., *op. cit.*, vol. II, pp. 171-208.

Housley, Norman, *Religious warfare in Europe, 1400-1536*, Oxford, 2002.

Howard, Michael, y otros, eds., *The laws of war*, New Haven y Londres, 1994.

Hroch, Miroslav, «Wirtschaftliche und gesellschaftliche Voraussetzungen des Dreißigjährigen Krieges», en Repgen, *op. cit.*, pp. 133-149.

Hughes, Lindsay, *Russia in the age of Peter the Great*, New Haven y Londres, 1998.

Ingrao, Charles W., *The Habsburg monarchy, 1618-1815*, Cambridge, 1994.

Isenmann, Eberhard, «The Holy Roman Empire in the Middle Ages», en Bonney, *The rise…*, ed. cit., pp. 243-280.

Israel, Jonathan I., *Conflicts of empires: Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy, 1587-1713*, Londres, 1997.

—, *The Dutch Republic: its rise, greatness, and fall, 1477-1806*, Oxford, 1998.

Jesperson, Leon, «The Machtstaat in seventeenth-Century Denmark», *Scandinavian Journal of History*, X, 4, 1985, pp. 271-304.

Jong, Michiel de, «Dutch public finance during the Eighty Years War: the case of the province of Zeeland, 1585-1621», en Hoeven, *op. cit.*, 1997, pp. 133-152.

Kaiser, Michael, «Inminent des Kriegstheaters: die Bevölkerung als militärischer Faktor und Kriegsteilnehmer im Dreißigjährigen Krieg», en Kroener y Pröve, *op. cit.*, pp. 281-303.

—, «Ausreisser und Meuterer im Dreißigjährigen Krieg», en Bröckling y Sikora, *op. cit.*, pp. 49-71.

—, «Die Lebenswelt der Söldner und das Phänomen der Desertion im Dreißigjährigen Krieg», *Osnabrücker Mitteilungen*, 103, 1998, pp. 105-124.

Kamen, Henry, *Early modern European society*, Londres y Nueva York, 2000.

—, *Golden age Spain*, Basingstoke y Nueva York, 2005.

Kaminsky, Howard, *A history of the Hussite Revolution*, Berkeley y Los Ángeles, 1967.

Kapser, Cordula, *Die bayerische Kriegsorganisation in der zweiten Hälfte des Dreißigjährigen Krieges, 1635-1648/49*, Münster, 1997.

Keegan, John, y Richard Holmes, *Soldiers: a history of men in battle*, Londres, 1985.

Keep, John L. H., *Soldiers of the Tsar: army and society in Russia, 1462-1874*, Oxford, 1985.

Kellenbenz, Hermann, «Lo stato, la societá, e il denaro», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.,* pp. 333-383.

—, y P. Prodi, eds., *Fiskus, Kirche und Staat im konfessionellen Zeitalter*, Berlín, 1994.

Kiernan, V. G., «Foreign mercenaries and absolute monarchy», en Aston, *op. cit.*, pp. 117-140.

Kingra, M. S., «The *Trace italienne* and the military revolution during the Eighty Years War 1567-1648», *Journal of Military History*, 57, 1993, pp. 431-446.

Kirk, Thomas Allison, *Genoa and the sea: policy and power in an early modern maritime republic, 1559-1684*, Baltimore y Londres, 2005.

* Knecht, Robert J., *The French civil wars, 1562-1598*, Harlow, 2000.

*—, *The French religious wars, 1562-1598*, Oxford, 2002.

Konstam, Angus, *Marlborough: leadership, strategy, conflict*, Oxford, 2010.

Kroener, Bernhard R., «"Kriegsgurgeln, Freireuter und Morodebrüder": der Soldat des Dreißigjährigen Krieges», en Wette, *op. cit.*, pp. 51-67.

—, «"… und ist der Jammer nit zu beschreiben": Geschlechterbeziehungen und Überlebensstrategien in der Lagergesellschaft des Dreißigjährigen Kriegs», en Hagemann y Pröve, *op. cit.*, pp. 279-296.

*—, y Ralf Pröve, eds., *Krieg und Frieden: Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit*, Paderborn y Múnich, 1996.

Krüger, Kersten, «Kriegsfinanzen und Reichsrecht im 16. und 17. Jahrhundert», en Kroener y Pröve, *op. cit.*, pp. 47-57.

Krusenstjern, Benigna von, *Selbstzeugnisse der Zeit des Dreißigjährigen Krieges: Beschreibendes Verzeichnis*, Berlín,

1997.

—, y H. Medick, eds., *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreißigjährige Krieg aus der Nähe*, Gotinga, 1999.

Lane, Frederic C., *Venice: a maritime republic*, Baltimore y Londres, 1973.

*—, y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006.

Langbein, John H., *Torture and the law of proof*, Chicago y Londres, 2006.

Law, John, «The Da Varano lords of Camerino as *condottiere* princes», en France, *op. cit.*, pp. 89-103.

Lindegren, Jan, «The Swedish "military state", 1560-1720», *Scandinavian Journal of History*, X, 4, pp. 305-336.

Lloyd, Howell A., *The Rouen campaign, 1590-1592: politics, warfare and the early modern state*, Oxford, 1973.

Lockhart, Paul Douglas, *Denmark in the Thirty Years War, 1618-1648: King Christian IV and the decline of the Oldenburg state*, Londres, 1996.

* Lovett, A. W., *Early Habsburg Spain, 1517-1598*, Oxford y Nueva York, 1986. (Hay trad. esp.: *La España de los primeros Habsburgos [1517-1598]*, Labor, Barcelona, 1989).

Luard, Evan, *The balance of power: the system of international relations, 1648-1815*, Londres, 1992.

Lynn, John A., ed., *Tools of war: instruments, ideas, and institutions of warfare, 1445-1871*, Urbana y Chicago, 1990.

—, *Feeding Mars: logistics in Western Europe from the Middle Ages to the present*, Boulder, San Francisco y Oxford, 1993.

*—, *Giant of the Grand Siècle: the French army, 1610-1715*, Cambridge, 1997.

—, «A brutal necessity? The devastation of the Palatinate, 1688-1689», en Grimsley y Rogers, *op. cit.*, pp. 79-111.

—, *Women, armies, and warfare in early modern Europe*, Cambridge, 2008.

* Mackay, Ruth, *The limits of royal authority: resistance and obedience in seventeenth-century Castile*, Cambridge, 1999, p. 154. (Hay trad. esp.: *Los límites de la autoridad real: resistencia y obediencia en la Castilla del siglo* XVII, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2007).

Mackillop, A., y S. Murdoch, eds., *Military governors and imperial frontiers c. 1600-1800*, Leiden, 2003.

* Maddalena, Aldo de, y Hermann Kellenbenz, eds., *La repubblica internazionale del denaro tra* XV *e* XVII *secolo*, Bolonia, 1986.

Malacarne, Giancarlo, *I Gonzaga di Mantova*, vol. V: *Morte di una dinastia*, Módena, 2008.

Mallett, Michael, *Mercenaries and their masters: warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974.

* Mallett, M. E., y J. R. Hale, *The military organization of a Renaissance state: Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge y Nueva York, 1984.

Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Harlow, Londres y Nueva York, 2012.

Mandich, Giulio, «Fiere cambiarie concorrenti (genovesi, fiorentine, veneziane) nel 1622-1652», en Maddalena y Kellenbenz, eds., *op. cit.*, pp. 123-151

* Mann, Golo, *Wallenstein: his life*, trad. de Charles Kessler, Londres, 1976. (Hay trad. esp.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978).

* Manning, Roger B., *An apprenticeship in arms: the origins of the British Army, 1585-1702*, Oxford, 2006.

Marcos Martín, Alberto, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII: economía y sociedad*, Crítica, Barcelona, 2000.

Marnef, Guido, *Antwerp in the age of the Reformation: underground Protestantism in a commercial metropolis, 1550-1577*, trad. de J. C. Grayson, Baltimore y Londres, 1996.

Martin, P., *Une guerre de Trente Ans en Lorraine, 1632-1661*, Metz, 2002.

Martines, Lauro, *The social world of the Florentine humanists*, Princeton, 1963.

—, *Lawyers and statecraft in Renaissance Florence*, Princeton, 1968.

—, «Force loans: political and social strain in Quattrocento Florence», *Journal of Modern History*, 60, 1988, pp. 300-311.

—, *April blood: Florence and the plot against the Medici*, Londres y Nueva York, 2003. (Hay trad. esp.: *Sangre de abril: Florencia y la conspiración contra los Médicis*, Turner, Madrid, 2004).

—, *Scourge and fire: Savonarola and Renaissance Florence*, Londres y Nueva York, 2006.

Mazzoldi, Leonardo; R. Giusti, y otros, eds., *Mantova: la storia*, 3 vols., Mantua, 1963.

McCusker, John J., *Money and exchange in Europe and America, 1600-1775: a handbook*, Londres y Basingstoke, 1978.

* McGurk, John, *The Elizabethan conquest of Irland: the 1590s crisis*, Manchester y Nueva York, 1997.

Medick, Hans, «Historisches Ereignis und zeitgenössische Erfahrung: die Eroberung un Zerstörung Magdeburgs 1631», en Krusenstjern y Medick, *op. cit.*, pp. 377-407.

—, «Historical event and contemporary experience: the capture and destruction of Magdeburg», *History Workshop Journal*, 52, 2001, pp. 23-48.

Melton, Edgar, «The Junkers of Brandenburg-Prussia, 1600-1806», en Scott, H. M., *op. cit.*, vol. II, pp. 118-170.

Mentzer, Raymond, y A. Spicer, eds., *Society and culture in the Huguenot world, 1559-1685*, Cambridge, 2002.

Meumann, Marcus, «Soldaten familien und uneheliche Kinder: ein soziales Problem im Gefolge der stehenden Heere», en Kroener y Pröve, *op. cit.*, pp. 219-236.

Monod, Paul Kleber, *The power of kings: monarchy and religion in Europe, 1589-1715*, New Haven y Londres, 1999. (Hay trad. esp.: *El poder de los reyes: monarquía y religión en Europa, 1589-1715*, Alianza, Madrid, 2001).

* Mortimer, Geoff, *Eyewitness accounts of the Thirty Years War, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 2002.

—, ed., *Early modern military history, 1450-1815*, Basingstoke y Nueva York, 2004.

Müller, Hannelore, «The art of the Augsburg goldsmiths in times of war», en Bussmann y Schilling, *op. cit.*, pp. 263-269.

Murdoch, Steve, ed., *Scotland and the Thirty Years War*, Leiden, 2001.

Muto, Giovanni, «"Decretos" e "medios generales": la gestione delle crisi finanziarie nell'Italia spagnola», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 275-332.

—, «Apparati militari e fabbisogno finanziario nell'Europa moderna: il caso della Spagna "de los Austrias"», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 23-52.

Najemy, John M., *A history of Florence: 1200-1575*, Malden (Massachusetts) y Oxford, 2006.

Niccoli, Ottavia, «I morti, la morte, le guerre d'Italia», en Anselmi y Benedictis, *op. cit.*, 2008.

Nicholas, David, *Urban Europe, 1100-1700*, Basingstoke y Nueva York, 2003.

Ohlmeyer, Jane, ed., *Ireland from independence to occupation, 1641-1660*, Cambridge, 1995.

Oman, *sir* Charles, *A history of the art of war in the Sixteenth Century*, Londres y Novato (California), 1991.

Osborne, Toby, *Dynasty and diplomacy in the Court of Savoy*, Cambridge, 2002.

Otte, Enrique, «Il ruolo dei Genovesi nella Spagna del XV e XVI secolo», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 17-56.

* Outram, Quentin, «The socio-economic relations of warfare and the military mortality crises of the Thirty Years' War», *Medical History*, 45, 2001.

Packard, Francis R., *Life and times of Ambroise Paré (1510-1590)*, Londres, 1922.

Parker, David, *La Rochelle and the French monarchy: conflict and order in seventeenth-Century France*, Londres, 1980.

* Parker, Geoffrey, *The Dutch revolt*, Londres y Nueva York, 1985 (ed. rev.).

*—, ed., *The Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 1997. (Hay trad. esp.: *La Guerra de los Treinta Años*, Crítica, Barcelona, 1988).

* —, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004. (Hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006).

—, «The soldiers of the Thirty Years War», en Repgen, *op. cit.* pp. 303-315.

—, «Early modern Europe», en Howard, *op. cit.*, pp. 40-58.

Parquier, Émile Le, *La siège de Rouen en 1562*, Ruan, 1907.

* Parrott, David, *Richelieu's army: war, government and society in France, 1624-1642*, Cambridge, 2001.

Pasero, Carlo, «Il dominio veneto fino all'incendio della Loggia (1426-1575)», en Treccani degli Alfieri, *op. cit.*, vol. II, pp. 3-396.

Pastor, Ludwig, *History of the popes*, vol. IX, Londres y San Luis (Misuri), 1950.

Pearse, Meic, *The Age of Reason: from the wars of religion to the French Revolution*, Oxford y Grand Rapids, 2006.

* Pepper, Simon, y Nicholas Adams, *Firearms and fortifications: military architecture and siege warfare in Sixteenth-Century Siena*, Chicago y Londres, 1986.

* Perjés, Géza, «Army provisioning: logistics and strategy in the second half of the 17th Century», *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 16, 1970, pp. 1-51.

Peters, Edward, *Torture*, Nueva York y Oxford, 1985.

Pezzolo, Luciano, y G. Tattara, «Una fiera senza luogo. Was Bisenzone an offshore capital market in sixteenth-century Italy?», *Working Papers*, Dep. Economía, Universidad de Venecia (Ca' Foscari), n.º 25/WP. ISSN 1827-336X.

Pickl, Othmar, «Gli Asburgo austriaci e la concorrenza delle grandi banche dal XIV secolo alla fine del XVII», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 153-175.

Pieri, Piero, *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Turín, 1952.

Polišenský, J. V., *War and society in Europe, 1618-1648*, Cambridge, 1978.

Pollak, Martha, *Cities at war in early modern Europe*, Cambridge, 2010.

Porter, Stephen, *Destruccion in the English Civil Wars*, Stroud y Dover, 1994.

Potter, David, «The international mercenary market in the sixteenth Century: Anglo-French competition in Germany, 1543-1550», *English Historical Review*, CXI, 440, 1996, pp. 24-58.

Potter, G. R.; G. R. Elton, y otros, eds., *New Cambridge modern history*, vols. I-V, Cambridge, 1957-1961.

Prak, Maarten, *The Dutch republic in the seventeenth Century*, trad. de Diane Webb, Cambridge, 2005.

Prinzing, Friedrich, *Epidemics resulting from wars*, ed. de H. Westergaard, Oxford, 1916.

Pröve, Ralf, «Der Soldat in der "guten Bürgerstube": das frühneuzeitliche Einquartierungssystem und die sozioökonomischen Folgen», en Kroener y Pröve, *op. cit.*, pp. 191-217.

Quazza, Romolo, *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato (1628-1631)*, 2 vols., Mantua, 1926.

—, *Mantova attraverso i secoli*, Mantua, 1933.

Racaut, Luc, *Hatred in print: Catholic propaganda and Protestant identity during the French Wars of Religion*, Aldershot, 2002.

Rebel, Hermann, *Peasant classes: the bureaucratization of property and family relations under early Habsburg absolutism*, Princeton, 1983.

Redlich, Fritz, «Der Marketender», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 41 (1954), pp. 227-252.

—, «*De praeda militari*: looting and booty, 1500-1815», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 39, 1956.

*—, *The German military enterpriser and his work force*, 2 vols., Wiesbaden, 1964.

Repgen, Konrad, ed., *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven*, Múnich, 1988.

Ribot, Luis, «Soldati spagnoli in Italia. Il castello di Milano alla fine del XVI secolo», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 133-196.

Riccardi, Luca, «An outline of Vatican diplomacy in the early Modern Age», en Frigo, *op. cit.*, pp. 95-108.

Rich, E. E., y C. H. Wilson, eds., *Cambridge economic history of Europe*, vol. IV, Cambridge, 1967.

Ricuperati, Giuseppe, ed., *Storia di Torino*, vols. III-IV, Turín, 1998-2002.

* Robbins, Kevin C., *City of the Ocean Sea: La Rochelle, 1530-1650. Urban society, religion, and politics on the French Atlantic frontier*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997.

Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden, 1611-1632*, 2 vols., Londres, Nueva York y Toronto, 1953-1958.

—, *Gustavus Adolphus and the rise of Sweden*, Londres, 1973.

—, *The Swedish imperial experience, 1560-1718*, Cambridge, 1979.

—, *Gustavus Adolphus*, Harlow, 2002 (nueva edición del volumen de 1973).

Roberts, Penny, *A city in conflict: Troyes during the French Wars of Religion*, Manchester y Nueva York, 1996.

* Robisheaux, Thomas, *Rural society and the search for order in early modern Germany*, Cambridge, 1987.

Roeck, Bernd, *Bäcker, Brot und Getreide in Augsburg: zur Geschichte des Bäckerhandwerks und zur Versorgungspolitik der Reichsstadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges*, Sigmaringa, 1987.

—, *Eine Stadt in Krieg und Frieden: Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität*, 2 vols., Gotinga, 1989.

Rogers, Clifford J., «By fire and sword: bellum hostile and "civilians" in the Hundred Years War», en Grimsley y Rogers, *op. cit.*, pp. 33-78.

* Rowlands, Guy, *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest, 1661-1701*, Cambridge, 2002.

Ruff, Julius R., *Violence in early modern Europe*, Cambridge, 2001.

Salm, Hubert, *Armeefinanzierung im Dreißigjährigen Krieg: der Niederrheinisch-Westfälische Reichskreis 1635-1650*, Münster, 1990.

Scott, H. M., ed., *The European nobilities in the seventeenth and eighteenth centuries*, 2 vols., Basingstoke y Nueva York, 2007.

Scott, Tom, ed., *The peasantries of Europe from the fourteenth to the eighteenth Centuries*, Londres y Nueva York, 1998.

Shaw, Christine, ed., *Italy and the European powers: the impact of war, 1500-1530*, Leiden y Boston, 2006.

Shaw, William A., *The history of currency, 1252-1894*, Londres, 1896.

Sikora, Michael, «Des 18. Jahrhundert: die Zeit der Diserteure», en Bröckling y Sikora, *op. cit.*, pp. 86-111.

Skinner, Quentin, *The foundations of modern political thought*, 2 vols., Cambridge y Nueva York, 1978.

* Smith, Dianne L., «Muscovite logistics, 1462-1598», *Slavonic and East European Review*, LXXI, 1, pp. 35-65.

Sournia, Jean-Charles, *Blaise de Monluc: soldat et écrivain (1500-1577)*, París, 1981.

Spufford, Peter, *Handbook of Medieval exchange*, Londres, 1986. (Hay ed. esp.: *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Crítica, Barcelona, 1991).

* Sreenivasan, Govind P., *The peasants of Ottobeuren, 1487-1726: a rural society in early modern Europe*, Cambridge, 2004.

Stearns, Stephen J., «Conscription and English society in the 1620s», en *The Journal of British Studies*, XXI, 2, 1972.

—, «A problem of logistics in the early 17th Century: the siege of Ré», *Military Affairs*, 42 (1978), pp. 121-126.

Stevens, Carol B., *Russia's wars of emergence*, Harlow, 2007.

* Stradling, R. A., *Spain's struggle for Europe, 1598-1668*, Londres, 1994.

Swann, Julian, y Barry Coward, eds., *Conspiracies and conspiracy theory in early modern Europe*, Aldershot, 2004.

Switzer, H. L., «The Eighty Years War», en Hoeven, *op. cit.*, pp. 33-55.

Symcox, Geoffrey, ed., *War, diplomacy, and imperialism, 1618-1763*, Londres y Nueva York, 1974.

—, «La trasformazione dello stato», *Storia di Torino*, IV, 2002.

* Tallett, Frank, *War and society in early modern Europe, 1495-1715*, Londres y Nueva York, 1992.

Tauss, Susanne, «"Robbery is the most noble of occupations": the looting of art during the Thirty Years War», en Bussmann y Schilling, *op. cit.*, pp. 281-288.

Theibault, John C., «The rhetoric of death and destruction in the Thirty Years War», *Journal of Social History*, 27 (1993), pp. 271-290.

*—, *German villages in crisis: rural life in Hesse-Kassel and the Thirty Years War, 1580-1720*, Atlantic Highlands (Nueva Jersey), 1995.

* Thompson, I. A. A., *War and government in Habsburg Spain, 1560-1620*, Londres, 1976.

—, «Castile: polity, fiscality, and fiscal crisis», en Hoffman y Norberg, *op. cit.*, pp. 140-180.

Thomson, Janice E., *Mercenaires, pirates, and sovereigns: state-building and extraterritorial violence in early modern Europe*, Princeton, 1994.

* Tilly, Charles, *Coercion, capital, and European states, AD 990-1992*, Cambridge (Massachusetts) y Oxford, 1992.

Tlusty, B. Ann, *Bacchus and civic order: the culture of drink in early modern Germany*, Charlottesville y Londres, 2001.

* Tracy, James D., *Emperor Charles V, impresario of war: campaign strategy, international finance, and domestic politics*, Cambridge, 2002.

—, *The founding of the Dutch Republic: war, finance, and politics in Holland, 1572-1588*, Oxford, 2008.

—, «Taxation and state debt», en Brady, Oberman y Tracy, *op. cit.*, vol. I, pp. 563-588.

Treccani degli Alfieri, Giovanni, ed., *Storia di Brescia*, 5 vols., Brescia, 1961.

* Trevor-Roper, Hugh, *The plunder of the arts in the seventeenth Century*, Londres, 1970.

Trim, David J. B., «Ideology, greed, and social discontent in early modern Europe: mercenaries and mutinies in the rebellious Netherlands, 1568-1609», en Hathaway, *op. cit.*

—, «Huguenot soldiering *c.* 1560-1685: the origins of a tradition», en Glozier y Onnekink, *op. cit.*, pp. 9-30.

Tuck, Richard, *The rights of war and peace: political thought and the international order from Grotius to Kant*, Oxford, 1999.

Turnball, Stephen, *The art of Renaissance warfare: from the fall of Constantinople to the Thirty Years War*, Londres y Saint Paul, 2006.

Ulbricht, Otto, «The experience of violence during the Thirty Years War: a look at the civilian victims», en Canning, Lehmann y Winter, *op. cit.*, pp. 97-127.

Upton, A. F., «The Swedish nobility, 1600-1772», en Scott, H. M., *op. cit.*, vol. II, pp. 13-42.

Varese, Carlo, *Storia della repubblica di Genova*, vol. IV, Génova, 1835-1838.

Vásquez de Prada, Valentín, «Gli uomini d'affari e i loro rapporti con la corona spagnola nelle Fiandre (1567-1597)», en Maddalena y Kellenbenz, eds., *op. cit.*, pp. 243-273.

Vaux de Foletier, François de, *La siège de La Rochelle*, La Rochela, 1978.

Veenendaal, Augustus J., «Fiscal crises and constitutional freedom in the Netherlands, 1450-1795», en Hoffman y Norberg, *op. cit.*, pp. 96-139.

Voet, Léon, *Antwerp: the Golden Age. The rise and glory of the metropolis in the sixteenth century*, Amberes, 1973.

Vogel, Hans, «Arms production and exports in the Dutch Republic, 1600-1650», en Hoeven, *op. cit.*, pp. 197-210.

Volkholz, Robert, *Die Zerstörung Magdeburgs (1631) im Lichte der neuesten Forschung*, Magdeburgo, 1892.

Voss, Wulf Eckhart, «For the prevention of even greater suffering: the curse and blessing of law in war», en Bussmann y Schilling, *op. cit.*, pp. 275-283.

Vries, Jan de, «The political economy of bread in the Dutch Republic», en Gelderblom, *op. cit.*, pp. 85-114.

VV. AA., *Dictionarie des littératures de langue française*, París, 1994.

VV. AA., *Konfession, Krieg und Katastrophe. Magdeburgs Geschick im Dreißigjährigen Krieg*, Magdeburgo, 2006.

Wallace, Peter G., *Communities and conflict in early modern Colmar: 1575-1730*, Atlantic Highlands (Nueva Jersey), 1995.

Wegg, *The decline of Antwerp under Philip of Spain*, Londres, 1924.

Weigley, Russell F., *The age of battles: the quest for decisive warfare from Breitenfeld to Waterloo*, Londres, 1993.

Wette, Wolfram, ed., *Der Krieg des kleinen Mannes: eine Militärgeschichte von unten*, Múnich y Zúrich, 1992.

White, Lorraine, «Spain's early modern soldiers: origins, motivation and loyalty», *War and Society*, XIX, 2, 2001, pp. 19-46.

* Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009.

—, «New approaches under the Old Regime», en Mortimer, *op. cit.*, pp. 135-154.

—, «German women and war, 1500-1800», *War in History*, III, 2, 1996, pp. 127-160.

—, *German armies: war and German politics, 1648-1806*, Londres, 1998.

Winnige, Norbert, «Von der Kontribution zur Aksize: Militarfinanzierung als Movens staatlicher Steuerpolitik», en Kroener y Pröve, *op. cit.*, pp. 59-83.

Witt, Peter-Christian, ed., *Wealth and taxation in central Europe*, Leamington Spa, Hamburgo, Nueva York.

Wohlfeil, Rainer, «Esercito e società nella prima età moderna (secoli XVI e XVII)», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 197-209.

Wolter, F. A., *Geschichte der Stadt Magdeburg*, Magdeburgo, 1845.

* Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996.

Worthington, David, *Scots in Hamburg service, 1618-1648*, Leiden, 2004.

Zanden, J. L. van, *The rise and decline of Holland's economy: merchant capitalism and the labour market*, Manchester y Nueva York, 1993.

Zinsser, Hans, *Rats, lice and history*, Londres, 1985.

Zwierlein, Cornel, «Fame, violenza e religione politicizzata: gli assedi nelle guerre confessionali (Parigi, 1590)», en Donati y Kroener, *op. cit.*, pp. 497-545.

Notas

[*] En la nota a pie de página del capítulo 10 se recogen obras que abordan el tema del Estado. <<

[1] Bourdeille, Pierre de, *Ouvres completes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme*, ed. de Ludovic Lalanne, París, 1864-1882, vol. II, p. 132. Véanse también Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, pp. 305-306, y Lynn, John A., *Women, armies, and warfare in early modern Europe*, Cambridge, 2008, p. 71. <<

[2] Véase, por ejemplo, Bonney, Richard, *The European dynastic states, 1494-1660*, Oxford, 1991, pp. 164-172. <<

[3] Quazza, Romolo, *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato (1628-1631)*, Mantua, 1926, vol. I, p. 526, e *id.*, *Mantova attraverso i secoli*, Mantua, 1933, p. 184. <<

[4] Martines, Lauro, *Scourge and fire: Savonarola and Renaissance Florence*, Londres y Nueva York, 2006, p. 44. <<

[5] Fiorelli, Piero, *La tortura giudiziara nel diritto commune*, 2 vols., Milán, 1953-1954. <<

[6] He contraído una gran deuda con Geoffrey Parker, I. A. A. Thompson, Fernando González de León y Ruth Mackay, por su obra relativa a los ejércitos españoles; John Lynn, James Wood, David Parrott y Guy Rowlands, por sus investigaciones sobre las fuerzas francesas; Peter Burschel, William Guthrie, Peter Wilson, Fritz Redlich, Otto Büsch, Bernhard Kroener, Ralf Pröve y Christopher Clark, por sus escritos acerca de las germa-

nas. Con R. L. Frost, estudioso de las guerras septentrionales; Michael Roberts, de Gustavo Adolfo; John Keep y Lindsay Hughes, del ejército ruso; Maria Nadia Covini, William Caferro, Mallet y Hale, Mallet y Shaw, y Gregory Hanlon, de los ejércitos italianos; Roger Manning y Mark Fissel, de los ingleses; Marco van der Hoeven, de los de la República Neerlandesa; Robbins, Kevin C., *City of the Ocean Sea: La Rochelle, 1530-1650. Urban society, religion, and politics on the French Atlantic frontier*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, de La Rochela; James D. Tracy, del emperador Carlos V, y Frank Tallett y M. S. Anderson, por sus estudios de ámbito más general. <<

[1] Wagner, Jakob, *Die Chronik des Jakob Wagner über die Zeit der schwedischen Okkupation in Augsburg vom 20. April 1632 bis 28. März 1635*, ed. de Wilhelm Roos, Augsburgo, 1902, p. 53. <<

[2] Lynn, John A., *Giant of the Grand Siècle: the French army, 1610-1715*, Cambridge, 1997, p. 397. <<

[3] *Ibid.*, p. 55, y Rowlands, Guy, *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest, 1661-1701* , Cambridge, 2002, p. 1. <<

[4] Keep, John L. H., *Soldiers of the Tsar: army and society in Russia, 1462-1874*, Oxford, 1985, p. 107. <<

[5] Anderson, M. S., *War and society in Europe of the Old Regime, 1618-1789*, Londres, 1988, p. 130. <<

[6] Buoninsegni, Piero, *Historia fiorentina*, Florencia, 1579, vol. II, pp. 790-803, y Najemy, John M., *A history of Florence: 1200-1575*, Malden (Massachusetts) y Oxford, 2006, pp. 194-197. <<

[7] Capponi, Gino, *Dell'acquisto di Pisa*, en *Cronichette antiche di vari scrittori*, ed. de Domenico Maria Manni, Florencia, 1733, p. 273. <<

[8] Salviati, Jacopo, *Cronica dall'anno 1398 al 1411*, en Ildefonso di San Luigi, ed., *Delizie degli eruditi toscani*, vol. XVIII, 1784, pp. 248-249, y Palmieri, Matteo, *La presa di Pisa*, ed. de A. M. Ferraro, Nápoles, 1995, pp. 42-44. <<

[9] Capponi, *op. cit.*, pp. 264-266. <<

[10] *Ibid.*, p. 264. <<

[11] Palmieri, *op. cit.*, p. 56. <<

[12] Dubois, Alexandre, *Journal d'un curé de campagne au XVIIe siècle*, ed. de Henri Platelle, París, 1965, pp. 41, 102, 124, 131-132, 151, 153, 156, 162, 166 y 172-173. <<

[13] Léry, Jean de, *Histoire mémorable de la ville de Sancerre*, La Rochela, 1574, pp. 135-139. <<

[14] Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, p. 263. <<

[15] Heberle, Hans, *Der Dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672): Aufzeichnungen aus dem Ulmer Territorium*, ed. de Gerd Zillhardt, Ulm, 1975. <<

[16] Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009; Parker, Geoffrey, ed., *The Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 1997 (hay trad. esp.: *La Guerra de los Treinta Años*, Crítica, Barcelona, 1988), y Asch, Ronald G., *The Thirty Years War: the Holy Roman Empire and Europe, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 1997. <<

[17] Heberle, *op. cit.*, pp. 129 y 119-120. <<

[18] Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden, 1611-1632*, 2 vols., Londres y Nueva York, 1953-1958. <<

[19] Parker, «The soldiers of the Thirty Years War», en Repgen, Konrad, ed., *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven*, Múnich, 1988, p. 303. <<

[20] *Ibid.*, p. 404. <<

[21] Lindegren, Jan, «The Swedish "military state", 1560-1720», *Scandinavian Journal of History*, x, 4, pp. 305-336; véase p. 317. <<

[22] Parker, «The soldiers…», cit., p. 305. <<

[23] Palmieri, *op. cit.*, p. 42. <<

[24] Zinsser, Hans, *Rats, lice and history*, Londres, 1985, p. 253. Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Har-

low, Londres y Nueva York, 2012, pp. 167 y 205, aseveran que tenía veinte mil soldados. <<

[25] Mann, Golo, *Wallenstein: his life*, trad. de Charles Kessler, Londres, 1976, pp. 290-292. (Hay trad. esp.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978). <<

[26] Véanse Monluc, Blaise de, *Commentaires, 1521-1576*, ed. de Paul Courteault, París, 1964; Courteault, Paul, *Blaise de Monluc: un cadet de Gascogne au XVIe siècle*, París, 1909, y Sournia, Jean-Charles, *Blaise de Monluc: soldat et écrivain (1500-1577)*, París, 1981. <<

[27] *Ibid.*, pp. 262-271. <<

[28] Wilson, *op. cit.*, p. 592. <<

[29] Friesenegger, Maurus, *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg*, ed. de P. Willibald Malthäser, Múnich, 1989, pp. 31 y 35. <<

[30] Monro, Robert, *Monro: his expedition with the worthy Scots regiment called Mac-Keys*, ed. de William S. Brockington, Westport y Londres, 1999, pp. 15 y 252. <<

[31] Tallett, Frank, *War and society in early modern Europe, 1495-1715*, Londres y Nueva York, 1992, p. 157. <<

[32] Friesenegger, *op. cit.*, p. 37. <<

[33] Lynn, *Giant…*, ed. cit., p. 171. <<

[34] Wood, *op. cit.*, pp. 262 y 36. <<

[1] Scott, H. M., ed., *The European nobilities in the seventeenth and eighteenth centuries*, 2 vols., Basingstoke y Nueva York, 2007, y Kamen, Henry, *Early modern European society*, Londres y Nueva York, 2000, cap. 4. <<

[2] Véase la nota 6 del prólogo. <<

[3] Packard, Francis R., *Life and times of Ambroise Paré (1510-1590)*, Londres, 1922, p. 203. Sobre Alba, véase Hale, John R., *War and society in Renaissance Europe, 1450-1620*, Londres, 1985, p. 98. (Hay trad. esp.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990). <<

[4] Castillo de Bovadilla, J., *Política*, libro IV, cap. II, cit. en Mackay, Ruth, *The limits of royal authority: resistance and obedience in seventeenth century Castile*, Cambridge, 1999, p. 154. (Hay trad. esp.: *Los límites de la autoridad real: resistencia y obediencia en la Castilla del siglo XVII*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2007). <<

[5] Citado en Anderson, M. S., *War and society in Europe of the Old Regime, 1618-1789*, Londres, 1988, p. 163. (Hay trad. esp.: *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen [1618-1789]*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990). <<

[6] Coates, Berwick, *Wellington's charge: a portrait of the Duke's England*, Londres, 2003, pp. 67-68, y Holmes, Richard, *Wellington: the Iron Duke*, Londres, 1996, pp. 279-280. (Hay trad. esp.: *Wellington: el Duque de Hierro*, Altaya, Barcelona, 2008). <<

[7] Las citas de Barnes y Palmer están tomadas de Manning, Roger B., *An apprenticeship in arms: the origins of the British Army, 1585-1702*, Oxford, 2006, p. 44. <<

[8] McGurk, John, *The Elizabethan conquest of Ireland: the 1590s crisis*, Manchester y Nueva York, 1997, p. 35. <<

[9] *Ibid.*, p. 241. <<

[10] Fissel, Mark Charles, *English warfare, 1511-1642*, Londres y Nueva York, 2001, p. 95. <<

[11] McGurk, *op. cit.*, pp. 33, 34 y 39. <<

[12] Stearns, Stephen J., «Conscription and English society in the 1620», *The Journal of British Studies*, XXI, 2 (1972), pp. 1-23. Véase también, en lo relativo al siglo XVIII, Brewer, John, *The sinews of power: war, money and the English state, 1688-1783*, Londres, 1989, pp. 49-50. <<

[13] Manning, *op. cit.*, pp. 50 y 65. <<

[14] Mackay, *op. cit.*, pp. 133-135. <<

[15] Thompson, I. A. A., *War and government in Habsburg Spain, 1560-1620*, Londres, 1976, p. 112. <<

[16] Sobre lo recogido en relación con Burgos, Zamora, Salamanca, Béjar, Murcia, Alburquerque y Portugal, véase Mackay, *op. cit.*, pp. 78, 79, 154, 167 y 170-171. <<

[17] Corteguera, Luis R., *For the common good: popular politics in Barcelona, 1580-1640*, Ithaca y Londres, 2002, pp. 143 y 147-148. <<

[18] *Ibid.*, pp. 151 y 154-155. <<

[19] Hughes, Lindsay, *Russia in the age of Peter the Great*, New Haven y Londres, 1998, p. 70, y Keep, *op. cit.*, pp. 83 y 146. <<

[20] Frost, R. L., *The northern wars: war, state and society in north-eastern Europe, 1558-1721*, Londres, 2000, pp. 205-208. <<

[21] Parker, Geoffrey, «The soldiers of the Thirty Years War», en Repgen, Konrad, ed., *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven*, Múnich, 1988, p. 307. <<

[22] Lynn, John A., *Giant of the Grand Siècle: the French army, 1610-1715*, Cambridge, 1997, p. 361. <<

[23] *Ibid.*, pp. 361 y 363, y Anderson, *op. cit.*, p. 124. <<

[24] Rowlands, Guy, *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest, 1661-1701*, Cambridge, 2002, pp. 257-258. <<

[25] Burschel, Peter, *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts: Sozialgeschichtliche Studien*, Gotinga, 1994, pp. 94-96; Bröckling, Ulrich, y Michael Sikora, eds., *Armeen und ihre Deserteure*, Gotinga, 1998; Redlich, Fritz, *The German military enterpriser and his work force*, Wiesbaden, 1964, vol. II, pp. 173-174, y Kapser, Cordula, *Die bayerische Kriegsorganisation in der zweiten Hälfte des Dreissigjährigen Krieges, 1635-1648/49*, Münster, 1997, pp. 73-74. <<

[26] Burschel, *op. cit.*, pp. 105-107, y Kapser, *op. cit.*, pp. 73-74. <<

[27] Burschel, *op. cit.*, pp. 105-107, y Büsch, Otto, *Military system and social life in Old Regime Prussia, 1713-1807*, trad. de J. G. Gagliardo, Atlantic Highlands, Nueva Jersey, 1997, p. 5. <<

[28] Véase Baumann, Reinhard, *Landsknechte: ihre Geschichte un Kultur vom späten Mittlealter zum Dreissigjährigen Krieg*, Múnich, 1994. <<

[29] Bröckling y Sikora, *op. cit.*, y Delbruck, Hans, *History of the art of war*, vol. 4: *The dawn of modern warfare*, trad. de Walter J. Renfroe, Lincoln, 1990, p. 252. <<

[30] Las biografías de los generales de la guerra de los Treinta Años aquí citados se reseñan en Findeisen, Jörg-Peter, *Der Dreissigjährige Krieg: eine Epoche in Lebensbildern*, Graz, Viena y Colonia, 1998, pp. 443-451 (Werth), 147-158 (Tilly); 274-284 (Pappenheim); 309-316 (Gallas) y 432-436 (Banér). Sobre el oscuro Gil de Haas, véase Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, pp. 396-397. <<

[31] Gräf, Holger T., «Ruolo e funzione delle testimonianze autobiografiche per la storia militare», en Donati, Claudio, y Bernhard R. Kroener, eds., *Militari e società civile nell'Europa dell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Bolonia, 2007, pp. 281-311; véanse pp. 8-14, 71-72, 78 y 101-150, en donde se recogen los datos principales del presente esbozo biográfico. <<

[32] Findeisen, *op. cit.*, pp. 285-293, y Asch, Ronald G., *The Thirty Years War: the Holy Roman Empire and Europe, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 1997, pp. 160-161. <<

[33] Symcox, Geoffrey, ed., *War, diplomacy, and imperialism, 1618-1763*, Londres y Nueva York, 1974, pp. 117-121. <<

[34] Circunstancia subrayada por Guthrie, William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, e *id.*, *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003., William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, p. 97. <<

[35] Véanse Bilotto, Antonella, P. del Negro y C. Mozzarelli, eds., *I Farnesi: corti, guerra e nobiltà in antico regime*, Roma, 1997, pp. 367-396 y 397-419, en lo tocante a Italia, y Rowlands, *op. cit.*, pp. 155-156 y 169-170, en lo relativo a los nobles franceses de toga. <<

[36] Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004, p. 102. (Hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006). <<

[37] Haberer, Stephanie, *Otto Heinrich Fugger (1592-1644): biographische Analyse typologischer Handlungsfelder in der Epoche des Dreissigjährigen Krieges*, Augsburgo, 2004, pp. 72-76, 240-327 y 341-346. <<

[38] Parker, *The army*…, ed. cit. <<

[39] Mallett, Michael, *Mercenaries and their masters: warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974; Caferro, William P., *Mercenary companies and the decline of Siena*, Baltimore y Londres, 1998; Covini, Maria Nadia, *L'esercito del duca: organizzazione militare e istituzioni al tempo degli Sforza (1450-1480)*, Roma, 1998, y Mallett, M. E., y J. R. Hale, *The military organization of a Renaissance state: Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge y Nueva York, 1984. <<

[40] Oman, *sir* Charles, *A history of the art of war in the Sixteenth Century*, Londres y Novato (California), 1991, pp. 105-207, y Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Harlow, Londres y Nueva York, 2012. <<

[41] Véase Redlich, *op. cit.* <<

[42] Law in France, pp. 95-98. <<

[43] Contamine, Philippe, *War in the Middle Ages*, trad. de Michael Jones, Londres y Nueva York, 1984, p. 162. (Hay trad. esp.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984). <<

[44] Helfferich, Tryntje, ed. y trad., *The Thirty Years War: a documentary history*, Indianápolis, 2009, pp. 480-486. <<

[45] Guthrie, *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003, p. 9. <<

[46] Thompson, *op. cit.*, p. 121. <<

[47] Lynn, *op. cit.*, pp. 113-123; *id.*, *Feeding Mars: logistics in Western Europe from the Middle Ages to the present*, Boulder, San Francisco y Oxford, 1993, pp. 139-140; Smith, Dianne L., «Muscovite logistics, 1462-1598», *Slavonic and East European Review*, LXXI, 1, pp. 35-65; véase p. 39, n.º 10; Burschel, *op. cit.*, pp. 187-188, y Creveld, Martin van, *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, 1987, p. 21. (Hay trad.

esp.: *Los abastecimientos en la guerra*, Ejército de Tierra, Madrid, 1985). <<

[48] Baumann, *op. cit.*, pp. 86-89; Thompson, *op. cit.*, pp. 105-107; Mallett y Hale, *op. cit.*, pp. 495-496, y Keep, *op. cit.*, pp. 103 y 110. Véase también Hale, *op. cit.*, pp. 109-112. <<

[49] En lo referente al pan, véanse Rich, E. E., y C. H. Wilson, eds., *Cambridge economic history of Europe*, Cambridge, 1967, vol. IV, p. 393, y Parker, Geoffrey, *The Dutch revolt*, Londres y Nueva York, 1985 (ed. rev.), p. 25. La proporción citada del 75 por 100 se recoge en Cunningham, Andrew, y O. P. Grell, *The Four Horsemen of the Apocalypse: Religion, War, Famine and Death in Reformation Europe*, Cambridge y Nueva York, 2000, p. 211. <<

[50] Guthrie, *Battles*…, ed. cit., p. 260, y II, p. 31. <<

[51] Mortimer, Geoff, ed., *Early modern military history, 1450-1815*, Basingstoke y Nueva York, 2004, p. 106. <<

[52] Guthrie, *Battles*…, ed. cit., p. 260, y Anderson, *op. cit.*, p. 53. <<

[53] Hoeven, Marco van der, ed., *Exercise of arms: warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, p. 49. <<

[54] Guthrie, *The later battles*…, ed. cit., p. 187. En lo tocante a las quejas por la paga de los neerlandeses, véase Manning, *op. cit.*, pp. 32-33. <<

[55] Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, p. 277. <<

[56] Covini, *op. cit.*, pp. 389-390. <<

[57] Baumann, *op. cit.*, pp. 88-89. <<

[58] Redlich, *op. cit.*; Rowlands, *op. cit.*, pp. 204-207 y 212-213; Wood, *op. cit.*, p. 99, y Thompson, *op. cit.*, p. 111. <<

[59] Wood, *op. cit.*, pp. 275-276; Rowlands, *op. cit.*, pp. 259-263; Parrott, pp. 248-250 y 281-286; Hale, *op. cit.*, p. 113, y Kroener, Bernhard R., «"Kriegsgurgeln, Freireuter und Morodebrüder": der Soldat des Dreissigjährigen Krieges», en Wette, Wolfram, ed., *Der Krieg des kleinen Mannes: eine Militärgeschichte von unten*, Múnich y Zúrich, 1992, pp. 51-67 (véanse pp. 58-59). <<

[60] Ribot, Luis, «Soldati spagnoli in Italia. Il castello di Milano alla fine del XVI secolo», en Donati, Claudio, y Bernhard R. Kroener, eds., *Militari e società civile nell'Europa dell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Bolonia, 2007, pp. 133-196; véanse pp. 155-196. <<

[1] Alfani, Guido, *Il grand tour dei Cavalieri dell'Apocalisse: l'Italia del «lungo Cinquecento» (1494-1629)*, Venecia, 2010, pp. 51-53. <<

[2] Frati, Vasco, y otros, *Il sacco di Brescia*, 3 vols., Brescia, 1989. <<

[3] Pasero, Carlo, «Il dominio veneto fino all'incendio della Loggia (1426-1575)», en Treccani degli Alfieri, Giovanni, ed., *Storia di Brescia*, Brescia, 1961, vol. II, pp. 3-396; véase p. 279. Al decir de Frati, *op. cit.*, vol. II, p. 681, la población de Brescia era de cincuenta mil vecinos. <<

[4] Pasero, *op. cit.*, vol. II, pp. 251-259. <<

[5] *Ibid.*, pp. 262-267. <<

[6] *Ibid.*, pp. 267-269. <<

[7] Frati, *op. cit.*, vol. I, pp. 29-30. <<

[8] *Ibid.*, pp. 52-60. <<

[9] *Ibid.*, pp. 245-246 y 175. <<

[10] Pasero, *op. cit.*, vol. II, p. 269. <<

[11] Según el testimonio de un cronista recogido en Frati, *op. cit.*, vol. I, p. 135. <<

[12] *Ibid.*, pp. 167-168. <<

[13] La documentación esencial al respecto se recoge en Génard, M. P., ed., *La furie espagnole: documents pour servir à l'histoire du sac d'Anvers en 1576*, en *Annales de l'Académie Royale d'Archéologie de Belgique*, XXXII, 3.ª serie, tomo II (1876). <<

[14] Arnade, Peter, *Beggars, iconoclasts, and civic patriots: the political culture of the Dutch revolt*, Ithaca y Londres, 2008, pp. 90-107. En lo tocante a Amberes, véanse Wegg, *The decline of Antwerp under Philip of Spain*, Londres, 1924, pp. 53-85, y Voet, Léon, *Antwerp: the Golden Age. The rise and glory of the*

metropolis in the sixteenth century, Amberes, 1973, pp. 170-173. <<

[15] Israel, Jonathan I., *The Dutch Republic: its rise, greatness, and fall, 1477-1806*, Oxford, 1998, p. 156. <<

[16] Génard, *op. cit.*, pp. 103-105. <<

[17] *Ibid.*, p. 247, y Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004. (Hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006). <<

[18] *Génard, op. cit.*, p. 409. <<

[19] *Ibid.*, pp. 446-457. <<

[20] *Ibid.*, p. 464. <<

[21] Gascoigne, George, *The spoil of Antwerp*, ed. de Edward Arber, en *An English Garner*, vol. VIII (Londres, 1876), pp. 141-170; cita en p. 156. <<

[22] Génard, *op. cit.*, pp. 464-469. <<

[23] *Ibid.*, pp. 466 y 476-477. Gascoigne omite hablar del proceder de los ingleses. <<

[24] Gascoigne, *op. cit.*, p. 157; Génard, *op. cit.*, pp. 468, 514-515, 522 y 564; Wegg, *op. cit.*, p. 201, y Voet, *op. cit.*, p. 203. <<

[25] Gascoigne, *op. cit.*, p. 159. <<

[26] Wegg, *op. cit.*, p. 201; Génard, *op. cit.*, pp. 472-473, 475-476 y 522, y Vásquez de Prada, Valentín, «Gli uomini d'affari e i loro rapporti con la corona spagnola nelle Fiandre (1567-1597)», en Maddalena, Aldo de, y Hermann Kellenbenz, eds., *La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVII secolo*, Bolonia, 1986, pp. 243-273 (véase p. 252). <<

[27] Voet, *op. cit.*, pp. 200-204. <<

[28] Génard, *op. cit.*, p. 472. <<

[29] Voet, *op. cit.*, p. 203, e Israel, *op. cit.*, p. 185. <<

[30] El volumen clásico de Wolter, F. A., *Geschichte der Stadt Magdeburg*, Magdeburgo, 1845, proporciona un relato fiable del período previo al saco. Las obras en lengua inglesa que mejor abordan la guerra de los Treinta Años son Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009; Asch, Ronald G., *The Thirty Years War: the Holy Roman Empire and Europe, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 1997; Guthrie, William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, e *id.*, *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003. También destaca por su calidad la biografía de Wallenstein que presenta Mann, Golo, *Wallenstein: his life*, trad. de Charles Kessler, Londres, 1976. (Hay trad. esp.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978). <<

[31] Wolter, *op. cit.*, pp. 272-279; Ballerstedt, Maren, «Belagerung und Zerstörung Magdeburgs 1629/31 —Ereignisse und Hintergründe», en VV. AA., *Konfession, Krieg und Katastrophe. Magdeburgs Geschick im Dreißigjährigen Krieg*, Magdeburgo, 2006, pp. 11-24 (véanse en particular pp. 14-21); Volkholz, Robert, *Die Zerstörung Magdeburgs (1631) im Lichte der neuesten Forschung*, Magdeburgo, 1892, pp. 2-6 y 16-17, y Mann, *op. cit.*, pp. 459-461. En Lohmann, K., ed., *Die Zerstörung Magdeburgs*, Berlín, 1913, y Neubauer, E., ed., *Magdeburgs Zerstörung 1631*, Magdeburgo, 1931, se recoge la voz de testigos importantes. <<

[32] Guericke, Otto von, *Geschichte der Belagerung, Eroberung und Zerstörung Magdeburgs*, ed. de Friedrich W. Hoffmann, Magdeburgo, 1860, pp. 7778, y Volkholz, *op. cit.*, p. 19. <<

[33] Mortimer, Geoff, *Eyewitness accounts of the Thirty Years War, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 2002, p. 67. <<

[34] Bandhauer, Zacharias, *Tagebuch der Zerstörung Magdeburgs 1631*, ed. de P. Philipp Klimesch, *Archiv für Kunde Österreichischer Geschichts-Quellen,* XVI, 11 (1856), pp. 239-319 (p. 27), y Guericke, *op. cit.*, p. 83. <<

[35] Wolter, *op. cit.*, pp. 280-281. Volkholz, *op. cit.*, pp. 50-55, niega esto último y acusa a Guericke de faltar a la verdad. <<

[36] Medick aborda este asunto, que subraya la importancia que revestía Magdeburgo para los protestantes alemanes, en Krusenstjern, Benigna von, y H. Medick, eds., *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreissigjährige Krieg aus der Nähe*, Gotinga, 1999, pp. 377-407. <<

[37] Este hecho es, en realidad, objeto de debate. Véase Volkholz, *op. cit.*, pp. 22-24. <<

[38] Guericke, *op. cit.*, p. 83. <<

[39] *Ibid.*, p. 87. <<

[40] Se ha debatido mucho sobre el modo como se declaró el incendio. Véase al respecto *ibid.*, pp. 83-84. Volkholz, *op. cit.*, pp. 48-91, tiene claro que el culpable fue Pappenheim, en tanto que Medick (Krusenstjern y Medick, *op. cit.*, pp. 389-390) se inclina a atribuir la responsabilidad a los defensores de Magdeburgo. <<

[41] Bandhauer, *op. cit.*, pp. 275-276. <<

[42] Helfferich, Tryntje, ed. y trad., *The Thirty Years War: a documentary history*, Indianápolis, 2009, p. 110. <<

[43] Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden, 1611-1632*, Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden, 1611-1632*, 2 vols., Londres y Nueva York, 1953-1958, vol. II, p. 496. <<

[44] Wilson, *op. cit.*, p. 479. <<

[45] Mortimer, *op. cit.*, p. 70. <<

[1] Este asunto ha dado lugar a una bibliografía extensa por demás. Véase Martines, Lauro, *Lawyers and statecraft in Renaissance Florence*, Princeton, 1968, caps. 4 y 9-11. <<

[2] Chittolini, Giorgio, Anthony Molho y Pierangelo Schiera, eds., *Origini dello stato: processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1994; Tilly, Charles, *Coercion, capital, and European states, AD 990-1992*, Cambridge (Massachusetts) y Oxford, 1992; Ertman, Thomas, *Birth of the Leviathan: building states and regimes in Medieval and early modern Europe*, Cambridge, 1997; Thomson, Janice E., *Mercenaires, pirates, and sovereigns: state-building and extraterritorial violence in early modern Europe*, Princeton, 1994, y Tuck, Richard, *The rights of war and peace: political thought and the international order from Grotius to Kant*, Oxford, 1999. <<

[3] Brewer, John, *The sinews of power: war, money and the English state, 1688-1783*, Londres, 1989, p. 43. <<

[4] Pepper, Simon, y Nicholas Adams, *Firearms and fortifications: military architecture and siege warfare in Sixteenth-Century Siena*, Chicago y Londres, 1986; Hall, Bert S., *Weapons and warfare in Renaissance Europe*, Baltimore y Londres, 1997, y Arnold, Thomas F., *The Renaissance at war*, Nueva York y Londres, 2006. <<

[5] Guthrie, William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, pp. 4 y 6-7. <<

[6] Véase Kaminsky, Howard, *A history of the Hussite Revolution*, Berkeley y Los Ángeles, 1967. <<

[7] Oman, *sir* Charles, *A history of the art of war in the Sixteenth Century*, Londres y Novato (California), 1991, pp. 52-53, y Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Harlow, Londres y Nueva York, 2012, pp. 33-34 y 64-65. <<

[8] Citado en Arnold, *op. cit.*, p. 94. <<

[9] Hall, *op. cit.*, p. 191. <<

[10] *Ibid.*, p. 136. <<

[11] Childs, John, *Warfare in the Seventeenth Century*, Londres, 2001. <<

[12] Duffy, Christopher, *Siege warfare: the fortress in the early modern world, 1494-1660*, Londres, 1979, p. 2; Hale, John R., *War and society in Renaissance Europe, 1450-1620*, Londres, 1985, pp. 206-209 y 250-251 (hay trad. esp.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990); Pepper y Adams, *op. cit.*, y Pollak, Martha, *Cities at war in early modern Europe*, Cambridge, 2010. <<

[13] Pepper y Adams, *op. cit.* <<

[14] Contamine, Philippe, *War in the Middle Ages*, trad. de Michael Jones, Londres y Nueva York, 1984. (Hay trad. esp.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984). <<

[15] Oman, *op. cit.*, pp. 105-243, y Mallett y Shaw, *op. cit.*, *passim*. <<

[16] Arnold, *op. cit.*, pp. 76-82, y Oman, *op. cit.*, pp. 59-62 y 69-73. <<

[17] Benedetti, Alessandro, *Diaria de bello carolino*, ed. y trad. de Dorothy M. Schullian, Nueva York, 1967, p. 151. <<

[18] Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, pp. 90-91; Guthrie, *Battles of the*…, ed. cit., pp. 9-10, e *id.*, *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003, p. 33. <<

[19] Hoeven, Marco van der, ed., *Exercise of arms: warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, p. 13; Duffy, *op. cit.*, pp. 88-89, y Robbins, Kevin C., *City of the Ocean Sea: La Rochelle, 1530-1650. Urban society, re-*

ligion, and politics on the French Atlantic frontier, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, pp. 214 y 355. <<

[20] Vogel, Hans, «Arms production and exports in the Dutch Republic, 1600-1650», en Hoeven, *op. cit.*, pp. 197-210. <<

[21] Pepper y Adams, *op. cit.*, p. 17. <<

[22] Hoeven, *op. cit.*, p. 201. <<

[23] Zanden, J. L. van, *The rise and decline of Holland's economy: merchant capitalism and the labour market*, Manchester y Nueva York, 1993, pp. 47 y 129, y Jonathan I., *The Dutch Republic: its rise, greatness, and fall, 1477-1806*, Oxford, 1998, p. 353. La extrapolación del 8,5 por 100 se basa en Gelderblom, Oscar, ed., 2009, *The political economy of the Dutch Republic*, Farnham y Burlington, 2009, p. 147. <<

[24] Véase, más abajo, el cap. 10. <<

[25] Shaw, William A., *The history of currency, 1252-1894*, Londres, 1896, pp. 7-8. <<

[26] Lovett, A. W., *Early Habsburg Spain, 1517-1598*, Oxford y Nueva York, 1986, p. 19. (Hay trad. esp.: *La España de los primeros Habsburgos [1517-1598]*, Labor, Barcelona, 1989). <<

[27] Carlos V, *Memoires de Charles Quint*, ed. y trad. de Alfred Morel-Fatio, «Bibliothèque de l'École des Hautes Études», vol. CII, *Historiographie de Charles-Quint*, 1913, p. 203. <<

[28] Lovett, *op. cit.*, p. 219; el cálculo que se ofrece a continuación se basa en los datos recogidos en Mallett, M. E., y J. R. Hale, *The military organization of a Renaissance state: Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge y Nueva York, 1984, pp. 495-496. <<

[29] Tracy, James D., *Emperor Charles V, impresario of war: campaign strategy, international finance, and domestic politics*, Cambridge, 2002. <<

[1] Cantagalli, Roberto, *La guerra di Siena (1552-1559)*, Siena, 1962, y Hook, Judith, «Fortifications and the end of the Sienese state», *History: The Journal of the Historical Association*, LXII, 206 (octubre de 1977), pp. 372-387, sitúan la ciudad en el contexto general del conflicto. En lo que respecta al asedio en sí, véase Pepper, Simon, y Nicholas Adams, *Firearms and fortifications: military architecture and siege warfare in Sixteenth-Century Siena*, Chicago y Londres, 1986. La presente exposición está fundada sobre todo en Cantagalli, *op. cit.*, y Sozzini, Alessandro, *Diario delle cose avvenute in Siena dai 20 luglio 1550 al 28 giugno 1555*, en *Archivio Storico Italiano*, vol. II, Florencia, 1842, p. 265. <<

[2] Monluc, Blaise de, *Commentaires, 1521-1576*, ed. de Paul Courteault, París, 1964, p. 256, y Sozzini, *op. cit.*, p. 265. <<

[3] Véanse, también en lo referente a las raciones alimentarias, Cantagalli, *op. cit.*, pp. 305 y 326-327; Sozzini, *op. cit.*, pp. 270-271, y Pepper y Adams, *op. cit.*, p. 130. <<

[4] Rocca, Bernardino, *De' discorsi di guerra*, Venecia, 1582, pp. 206-207. <<

[5] Cantagalli, *op. cit.*, pp. 327-328 y 341, y Sozzini, *op. cit.*, pp. 274-275 y 283-284. <<

[6] Pepper y Adams, *op. cit.*, p. 131. <<

[7] Cantagalli, *op. cit.*, p. 335. <<

[8] *Ibid.*, pp. 338-339 y 345, y Sozzini, *op. cit.*, pp. 299-302. <<

[9] Monluc, *op. cit.*, pp. 294-299. <<

[10] Cantagalli, *op. cit.*, p. 382, y Sozzini, *op. cit.*, p. 419. <<

[11] Monluc, *op. cit.*, pp. 335-337 (el propio Monluc da por error la fecha del 22 de abril). Véase también Cantagalli, *op. cit.*, p. 400. <<

[12] *Ibid.*, pp. 402-406. <<

[13] Monluc, *op. cit.*, libro III. <<

[14] Cantagalli, *op. cit.*, p. 404. <<

[15] Cunningham, Andrew, y O. P. Grell, *The Four Horsemen of the Apocalypse: Religion, War, Famine and Death in Reformation Europe*, Cambridge y Nueva York, 2000, pp. 228-231, ofrece un compendio somero del asedio. <<

[16] Sobre el autor, véase VV. AA., *Dictionarie des littératures de langue française: E-L*, París, 1994. <<

[17] Léry, Jean de, *Histoire mémorable de la ville de Sancerre*, La Rochela, 1574, p. 60. <<

[18] *Ibid.*, p. 65. <<

[19] *Ibid.*, p. 72. <<

[20] *Ibid.*, pp. 77 y 81-83. <<

[21] *Ibid.*, p. 101. <<

[22] *Ibid.*, pp. 133-134. <<

[23] *Ibid.*, p. 135. <<

[24] *Ibid.*, pp. 135-137. <<

[25] *Ibid.*, p. 145. <<

[26] *Ibid.*, p. 146. <<

[27] *Ibid.*, p. 146-148. <<

[28] *Ibid.*, p. 151. <<

[29] *Ibid.*, pp. 155-156. <<

[30] *Ibid.*, pp. 210-213. <<

[31] *Ibid.*, pp. 220-226. <<

[32] Las guerras de religión se narran con propiedad en Knecht, Robert J., *The French religious wars, 1562-1598*, Oxford, 2002, y Holt, Mack P., *The French Wars of Religion, 1562-1629*, Cambridge, 2005 (2.ª ed.), en tanto que el clima «apocalíptico»

se analiza pormenorizadamente en Crouzet, Denis, *Les guerriers de Dieu*, Seyssel, 1990. <<

[33] Corneio, Pierre *Bref discours et véritable des choses plus notables arrivées au siége mémorable de la renommée ville de Paris*, en *Archives curieuses de l'histoire de France depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, vol. XIII, París, 1837, p. 246. <<

[34] *Ibid.*, p. 251, y Anónimo, *Brief traité des misères de la cité de Paris*, en *Archives curieuses de l'histoire de France depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, vol. XIII, París, 1837, pp. 271-285, y en particular las pp. 274-276. <<

[35] El duque de Sully, presente en el sitio, ni siquiera se percató de la condición andrajosa de los combatientes. Véase Sully, *Memoirs of Maximilian de Béthune, duke of Sully*, ed. y trad. de M. de L'Écluse, Edinburgo, 1805, vol. I, pp. 203-204. <<

[36] Anónimo, *op. cit.*, pp. 273-274. <<

[37] *Ibid.*, pp. 276-277. <<

[38] *Ibid.*, p. 277. <<

[39] Corneio, *op. cit.*, pp. 248-249 y 262. <<

[40] *Id.*, *Bref discours et véritable des choses plus notables arrivées au siége mémorable de la renommée ville de Paris*, Lyon, 1590, p. 36. <<

[41] Roelker, Nancy Lyman, ed., *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile: selections from his memoires-journaux*, Cambridge (Massachusetts), 1958, p. 191. <<

[42] Corneio, *Bref discours*…, ed. cit. (1837), p. 261. <<

[43] Roelker, *op. cit.*, p. 193. <<

[44] Oman, *sir* Charles, *A history of the art of war in the Sixteenth Century*, Londres y Novato (California), 1991, pp. 510-511. <<

[45] *Ibid.*, p. 511. <<

[46] Burschel, Peter, *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts: Sozialgeschichtliche Studien*, Gotinga, 1994, pp. 70-71 (Lubeca y Hamburgo); Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, p. 795 (Augsburgo), y Parker, Geoffrey, *The Dutch revolt*, Londres y Nueva York, 1985 (ed. rev.), p. 25 (Países Bajos). <<

[47] *Time* (10 octubre 2011), p. 33. <<

[48] El presente apartado se basa en Roeck, Bernd, *Eine Stadt in Krieg und Frieden: Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität*, 2 vols., Gotinga, 1989, y Wagner, Jakob, *Die Chronik des Jakob Wagner über die Zeit der schwedischen Okkupation in Augsburg vom 20. April 1632 bis 28. März 1635*, ed. de Wilhelm Roos, Augsburgo, 1902. <<

[49] Wagner, *op. cit.*, pp. 11, 18, 21 y 25. <<

[50] *Ibid.*, pp. 19-24. <<

[51] *Ibid.*, pp. 22-23. <<

[52] *Ibid.*, p. 31. <<

[53] Rebel, Hermann, *Peasant classes: the bureaucratization of property and family relations under early Habsburg absolutism*, Princeton, 1983, p. 9. <<

[54] Guthrie, William P., *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, p. 260. <<

[55] Wagner, *op. cit.*, p. 44, y Heberle, Hans, *Der Dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672): Aufzeichnungen aus dem Ulmer Territorium*, ed. de Gerd Zillhardt, Ulm, 1975, p. 165. El zapatero Heberle compró una casa cerca de Ulm por 740 florines en 1627, y la vendió en 1636 por 300 en la depresión provocada por la gue-

rra. El valor de las casas de la gran ciudad era, claro está, mayor. <<

[56] Wagner, *op. cit.*, p. 46. <<

[57] Roeck, *op. cit.*, vol. I, p. 16, y vol. II, p. 748. <<

[58] Wagner, *op. cit.*, pp. 53 y 55. <<

[59] Roeck, *op. cit.*, vol. I, p. 18. <<

[60] *Ibid.*, vol. II, pp. 763-767, y Wagner, *op. cit.*, pp. 59-64. <<

[1] Nicholas, David, *Urban Europe, 1100-1700*, Basingstoke y Nueva York, 2003, pp. 17-20 y 69, y Kamen, Henry, *Golden age Spain*, Basingstoke y Nueva York, 2005, p. 52. <<

[2] Martines, Lauro, *Scourge and fire: Savonarola and Renaissance Florence*, Londres y Nueva York, 2006, p. 43-48. <<

[3] Tracy, James D., *Emperor Charles V, impresario of war: campaign strategy, international finance, and domestic politics*, Cambridge, 2002, p. 197. <<

[4] Eckert, Edward A., *The structure of plagues and pestilences in early modern Europe: Central Europe, 1560-1640*, Basilea, 1996, pp. 55-56. <<

[5] Véanse Holmes, Richard, *Marlborough: England's fragile genius*, Londres, 2008; Konstam, Angus, *Marlborough: leadership, strategy, conflict*, Oxford, 2010, y en lo tocante a la famosa marcha, Weigley, Russell F., *The age of battles: the quest for decisive warfare from Breitenfeld to Waterloo*, Londres, 1993, pp. 82-85. <<

[6] Véase Davies, Christian, *The life and adventures of Mrs. Christian Davies*, Londres, 1743, pp. 66-67. En Holmes, *Marlborough*…, ed. cit., pp. 277-278, se recoge otra de sus expediciones. Las citas proceden de Defoe, Daniel, *Roxana, or The fortunate mistress, and The life and adventures of mother Ross*, Nueva York, 1855. <<

[7] Stearns, Stephen, «A problem of logistics in the early 17th Century: the siege of Ré», *Military Affairs*, 42 (1978), pp. 121-126. Para el punto de vista francés, véase también Vaux de Foletier, François de, *La siège de La Rochelle*, La Rochela, 1978. <<

[8] Manning, Roger B., *An apprenticeship in arms: the origins of the British Army, 1585-1702*, Oxford, 2006, p. 116, y Fissel, Mark Charles, *English warfare, 1511-1642*, Londres y Nueva York, 2001, p. 263. <<

[9] Stearns, «A problem…», cit., pp. 122 y 123. <<

[10] *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004, p. 79. (Hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006). <<

[11] Fissel, *op. cit.*, p. 201. <<

[12] Perjés, Géza, «Army provisioning: logistics and strategy in the second half of the 17th Century», *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 16 (1970) pp. 1-51; véanse pp. 4-5. <<

[13] Tallett, Frank, *War and society in early modern Europe, 1495-1715*, Londres y Nueva York, 1992, p. 256, n.º 106. <<

[14] Los detalles proceden de Robbins, Kevin C., *City of the Ocean Sea: La Rochelle, 1530-1650. Urban society, religion, and politics on the French Atlantic frontier*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, pp. 210-214, y los datos relativos a las provisiones, de Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, p. 263. <<

[15] Packard, Francis R., *Life and times of Ambroise Paré (1510-1590)*, Londres, 1922, pp. 182-184. <<

[16] Frost, R. L., *The northern wars: war, state and society in north-eastern Europe, 1558-1721*, Londres, 2000, p. 62. <<

[17] Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004, pp. 70-90 (hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006), y Lynn, John A., *Giant of the Grand Siècle: the French army, 1610-1715*, Cambridge, 1997, pp. 108-112. <<

[18] Gillespie, Raymond, «The Irish economy at war, 1641-1652», en Ohlmeyer, Jane, ed., *Ireland from independence to oc-*

cupation, 1641-1660, Cambridge, 1995, pp. 160-180; véanse pp. 169 y 176. <<

[19] Parker, *The army*…, ed. cit., p. 136, y Smith, Dianne L., «Muscovite logistics, 1462-1598», *Slavonic and East European Review*, LXXI, 1, pp. 35-65; véase p. 39, n.º 10. <<

[20] Davies, C. S. L., «Provisions for armies, 1509-1560: a study in the effectiveness of early Tudor government», *Economic History Review*, 2.ª serie, 17, pp. 234-248; citas en pp. 238-244. <<

[21] Thompson, I. A. A., *War and government in Habsburg Spain, 1560-1620*, Londres, 1976, p. 211. <<

[22] Delbruck, Hans, *History of the art of war*, vol. 4: *The dawn of modern warfare*, trad. de Walter J. Renfroe, Lincoln, 1990, p. 66; Tallett, *op. cit.*, p. 34, y Creveld, Martin van, *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, 1987, p. 6. (Hay trad. esp.: *Los abastecimientos en la guerra*, Ejército de Tierra, Madrid, 1985). <<

[23] González de León, Fernando, *The road to Rocroi: class, culture and command in the Spanish army of Flanders, 1567-1659*, Leiden y Boston, 2009, p. 194. <<

[24] Perjés, art. cit., p. 11. <<

[25] Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006, pp. 249-252. <<

[26] Covini, Maria Nadia, *L'esercito del duca: organizzazione militare e istituzioni al tempo degli Sforza (1450-1480)*, Roma, 1998, pp. 369-370. <<

[27] Stradling, R. A., *Spain's struggle for Europe, 1598-1668*, Londres, 1994, pp. 241-242. <<

[28] Smith, art. cit., p. 45. <<

[29] Benecke, G., *Society and politics in Germany, 1500-1750*, Londres y Toronto, 1974, p. 56. <<

[30] González de León, *op. cit.*, p. 24. <<

[31] Guthrie, William P., *The latter battles of the Thirty Years War: from the battle of Wittstock to the Treaty of Westphalia*, Westport y Londres, 2003, p. 141. <<

[32] Lynn, *op. cit.*, p. 129, e *id.*, *Feeding Mars: logistics in Western Europe from the Middle Ages to the present*, Boulder, San Francisco y Oxford, 1993, pp. 141-142. <<

[33] Hagendorf, Peter, *Ein Söldnerleben im Dreissigjährigen Krieg: eine Quelle zur Sozialgeschichte*, ed. de Jan Peters, Berlín, 1993, pp. 296-297. <<

[34] Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, p, *op. cit.*, pp. 241-242. <<

[35] Covini, *op. cit.*, p. 366. <<

[36] Lynn, *Women, armies, and warfare in early modern Europe*, Cambridge, 2008, pp. 338 y 337; Engelen, Beate, *Soldatenfrauen in Preussen: eine Strukturanalyse der Garnisonsgesellschaft im späten 17. und in 18. Jahrhundert*, Münster, 2005; Hagemann, Karen, y Ralf Pröve, eds., *Landsknechte, Soldatenfrauen und Nationalkrieger: Militär, Krieg und Geschlechterordnung im historischen Wandel*, Frankfurt y Nueva York, 1998; Kroener, Bernhard R., y Ralf Pröve, eds., *Krieg und Frieden: Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit*, Paderborn y Múnich, 1996; Burschel, Peter, *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts: Sozialgeschichtliche Studien*, Gotinga, 1994, y Wilson, Peter H., «German women and war, 1500-1800», *War in History*, III, 2 (1996), pp. 127-160. <<

[37] Lynn, *Women*…, ed. cit., p. 338. <<

[38] *Ibid.*, p. 337. <<

[39] Tallett, *op. cit.*, p. 132. <<

[40] Parker, *The army*…, ed. cit., p. 252; Burschel, *op. cit.*, pp. 226-258; Wilson, *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, p. 401, y Kroener, en Bussmann, Klaus, y H. Schilling, eds., *1648: war and peace in Europe*, Münster y Osnabrück, 1998, vol. I, pp. 285-290. <<

[41] Engelen, *op. cit.*, pp. 43-55 y 88, en donde se asevera que la proporción de matrimonios que se daba en los regimientos de Berlín a finales del siglo XVIII era de un 40 por 100. <<

[42] Tallett, *op. cit.*, p. 133. <<

[43] Véanse Grimmelshausen, H. J. C. von, *Courage: the adventuress and the false Messiah*, trad. de Hans Speier, Princeton, 1964 (hay trad. esp.: *La pícara Coraje*, Cátedra, Madrid, 1992), y Redlich, Fritz, «Der Marketender», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 41 (1954), pp. 227-252; véanse pp. 163-164. <<

[44] Burschel, *op. cit.*, p. 10. <<

[45] Mortimer, Geoff, *Eyewitness accounts of the Thirty Years War, 1618-48*, Basingstoke y Nueva York, 2002, pp. 33 y 108. Véanse también Benecke, *op. cit.*, p. 34, y Parker, *The army*…, ed. cit., p. 151. <<

[46] Anderson, M. S., *War and society in Europe of the Old Regime, 1618-1789*, Londres, 1988, pp. 69-70. <<

[47] Benecke, *op. cit.*, pp. 71-72. <<

[48] Verdugo, Francisco, *Commentario del coronel Francisco Verdugo de la guerra de Frisia*, ed. de Henri Lonchay, Bruselas, 1899, p. 169. <<

[49] Voss, Wulf Eckhart, «For the prevention of even greater suffering: the curse and blessing of law in war», en Bussmann, Klaus, y H. Schilling, eds., *1648: war and peace in Europe*, Münster y Osnabrück, 1998, pp. 275-283; cita en p. 276. <<

[50] Lynn, *Giant*…, ed. cit., p. 162. <<

[51] Hughes, Lindsay, *Russia in the age of Peter the Great*, New Haven y Londres, 1998, p. 74. <<

[52] Bercé, Yves-Marie, *History of peasant revolts: the social origins of rebellion in early modern France*, trad. de Amanda Whitmore, Cambridge, 1990, pp. 181-182, 192 y 194. <<

[53] Lynn, *Giant*…, ed. cit., p. 187. <<

[54] Tallett, *op. cit.*, p. 105, y Hale, John R., *War and society in Renaissance Europe, 1450-1620*, Londres, 1985, pp. 119-120 y 180. <<

[55] Según el relato de primera mano que se ofrece en Schärtlin, Sebastian, *Lebensbeschreibung des berühmten Ritters Sebastian Schärtlins von Burtenbach*, Frankfurt y Leipzig, 1777, p. 25. <<

[56] Guthrie, *The latter battles*…, ed. cit., p. 36. <<

[57] Parker, *The army*…, pp. 253-256. <<

[58] Prinzing, Friedrich, *Epidemics resulting from wars*, ed. de H. Westergaard, Oxford, 1916, pp. 21-22, y Zinsser, Hans, *Rats, lice and history*, Londres, 1985, pp. 159 y 265. <<

[59] Parker, David, *La Rochelle and the French monarchy: conflict and order in seventeenth-Century France*, Londres, 1980, p. 11. <<

[60] Parker, G., *The army*…, ed. cit., pp. 177 y 180. <<

[61] Manning, *op. cit.*, p. 36. <<

[62] Hanlon, Gregory, *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*, Londres, 1998, pp. 76-77. <<

[63] McGurk, John, *The Elizabethan conquest of Ireland: the 1590s crisis*, Manchester y Nueva York, 1997, p. 247. <<

[64] Wilson, *Europe's…*, ed. cit., p. 506; Guthrie, *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, p. 193, y Zinsser, *op. cit.*, p. 159. <<

[65] Wilson, *Europe's…*, ed. cit., pp. 507-511, y Mann, Golo, *Wallenstein: his life*, trad. de Charles Kessler, Londres, 1976, pp. 650-663. (Hay trad. esp.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978). <<

[66] Wilson, *German armies: war and German politics, 1648-1806*, Londres, 1998, p. 43. <<

[67] Véanse Eckert, *op. cit.*; Outram, Quentin, «The socio-economic relations of warfare and the military mortality crises of the Thirty Years' War», *Medical History*, 45 (2001), pp. 151-184; Prinzing, *op. cit.*, y Zinsser, *op. cit.* <<

[68] Outram, *op. cit.*, p. 175. <<

[69] Grimmelshausen, *Simplicius Simplicissimus*, trad. de H. Weisenborn y L. Macdonald, Marburgo, 1964, p. 152. (Hay trad. esp.: Cátedra, Madrid, 1986). <<

[70] Niccoli, Ottavia, «I morti, la morte, le guerre d'Italia», en Anselmi, Gian Mario, y Angela De Benedictis, eds., *Città in guerra: esperienze e reflessioni nel primo 500*, Bolonia, 2008, pp. 119-133. <<

[1] Tauss, Susanne, «"Robbery is the most noble of occupations": the looting of art during the Thirty Years War», en Bussmann, Klaus, y H. Schilling, eds., *1648: war and peace in Europe*, Münster y Osnabrück, 1998, pp. 281-288; Fučíková, Eliška, «The fate of Rudolf II's collection in light of the history of the Thirty Years War», *ibid.*, pp. 173-179; Bussmann y Schilling, *op. cit.*, vol. III, pp. 405-411; Trevor-Roper, Hugh, *The plunder of the arts in the seventeenth Century*, Londres, 1970, y Frost, R. L., *The northern wars: war, state and society in northeastern Europe, 1558-1721*, Londres, 2000, p. 134. <<

[2] Turner, James, *Memoirs of his own life and times*, Edimburgo, 1829, p. 12. <<

[3] El tamaño de sus fuerzas militares se da en Guthrie, *Battles of the Thirty Years War*, Westport y Londres, 2002, p. 163. <<

[4] Redlich, Fritz, «*De praeda militari*: looting and booty, 1500-1815», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 39 (1956). <<

[5] Mann, Golo, *Wallenstein: his life*, trad. de Charles Kessler, Londres, 1976, p. 620. (Hay trad. esp.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978). <<

[6] Trevor-Roper, *op. cit.*, pp. 23-26, y Tauss, art. cit., pp. 281-283. <<

[7] Müller, Hannelore, «The art of the Augsburg goldsmiths in times of war», en Bussmann, Klaus, y H. Schilling, eds., *1648: war and peace in Europe*, 3 vols., Münster y Osnabrück, 1998, pp. 263-269; véanse pp. 263-264. <<

[8] Guicciardini, Luigi, *Il sacco di Roma*, ed. de Carlo Milanesi, Florencia, 1867; Hook, Judith, *The sack of Rome, 1527*, Basingstoke y Nueva York, 2004, 2.ª ed., pp. 116-154; Pastor, Ludwig, *History of the popes*, vol. IX, Londres y San Luis (Misuri),

1950, y Pieri, Piero, *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Turín, 1952. <<

[9] Pastor, *op. cit.*, pp. 390-422, y Hook, *The sack…*, ed. cit., pp. 162-177. <<

[10] *Ibid.*, p. 180, y Pastor, *op. cit.*, p. 413. <<

[11] Hook, *The sack…*, ed. cit., p. 171. <<

[12] Schärtlin, Sebastian, *Lebensbeschreibung des berühmten Ritters Sebastian Schärtlins von Burtenbach*, Frankfurt y Leipzig, 1777, p. 30. <<

[13] Mallett, M. E., y J. R. Hale, *The military organization of a Renaissance state: Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge y Nueva York, 1984, p. 131; Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006, p. 426. <<

[14] Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006, p. 417. <<

[15] Schärtlin, *op. cit.*, p. 19, y Hook, *The sack…*, ed. cit., pp. 178-180, en donde se habla de «miles» de muertos. <<

[16] Contamine, Philippe, *War in the Middle Ages*, trad. de Michael Jones, Londres y Nueva York, 1984, p. 179. (Hay trad. esp.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984). <<

[17] Pieri, *op. cit.*, pp. 542-543, y Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Harlow, Londres y Nueva York, 2012, pp. 143-144. <<

[18] Foglietta, Uberto, *Dell'istoria di Genova*, Génova, 1597, p. 652, y Varese, Carlo, *Storia della repubblica di Genova*, Génova, 1835-1838, vol. IV, pp. 306-315. <<

[19] Foglietta, *op. cit.*, p. 654. <<

[20] *Ibid.* <<

[21] Epstein, Steven A., *Genoa and the genoese, 968-1528*, Chapel Hill y Londres, 1996, p. 314. <<

[22] Quazza, Romolo, *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato (1628-1631)*, Mantua, 1926, vol. II, pp. 104-106; *id.*, *Mantova attraverso i secoli*, Mantua, 1933, pp. 200-202; Mazzoldi, Leonardo; R. Giusti, y otros, eds., *Mantova: la storia*, 3 vols., Mantua, 1963, pp. 111-116; Malacarne, Giancarlo, *I Gonzaga di Mantova*, vol. V: *Morte di una dinastia*, Módena, 2008, pp. 70-77; Hanlon, Gregory, *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*, Londres, 1998, pp. 116-117, y Mann, *op. cit.*, pp. 478-481. <<

[23] Quazza, *La guerra*…, ed. cit., vol. II, pp. 104-106; *id.*, *Mantova*…, ed. cit., pp. 200-202; Malacarne, *op. cit.*, pp. 68-70, y Hanlon, *op. cit.*, p. 115. <<

[24] *Ibid.*, p. 116, y Trevor-Roper, pp. 29-36. <<

[25] Quazza, *Mantova*…, ed. cit., p. 202. <<

[26] Hanlon, *op. cit.*, p. 116. <<

[27] Malacarne, *op. cit.*, pp. 75-76. <<

[28] Caferro, «Warfare and economy in Renaissance Italy, 1350-1450», *Journal of Interdisciplinary History*, XXXIX, 2, pp. 167-209; véase p. 190. <<

[1] Switzer, H. L., «The Eighty Years War», en Hoeven, Marco van der, ed., *Exercise of arms: warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, pp. 33-55; véase p. 66. <<

[2] Martines, Lauro, *The social world of the Florentine humanists*, Princeton, 1963, p. 36. <<

[3] Gaber, Stéphane, *La Lorraine meurtrie: les malheurs de la Guerre de Trente Ans*, Nancy, 1991, pp. 45-46. <<

[4] Sreenivasan, Govind P., *The peasants of Ottobeuren, 1487-1726: a rural society in early modern Europe*, Cambridge, 2004, pp. 280-281, 282, 286 y 287. <<

[5] Wallace, Peter G., *Communities and conflict in early modern Colmar: 1575-1730*, Atlantic Highlands (Nueva Jersey), 1995, pp. 58-59 y 173-175. <<

[6] Theibault, John C., «The rhetoric of death and destruction in the Thirty Years War», *Journal of Social History*, 27 (1993), pp. 271-290; véanse pp. 153, 157 y 166. <<

[7] Robisheaux, Thomas, *Rural society and the search for order in early modern Germany*, Cambridge, 1987, p. 213. <<

[8] *Ibid.*, pp. 216 y 222. <<

[9] En Krusenstjern, Benigna von, *Selbstzeugnisse der Zeit des Dreissigjährigen Krieges: Beschreibendes Verzeichnis*, Berlín, 1997, se ofrece un inventario detallado de dichos diarios. <<

[10] Friesenegger, Maurus, *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg*, ed. de P. Willibald Malthäser, Múnich, 1989, p. 14. <<

[11] *Ibid.*, pp. 18-19. <<

[12] *Ibid.*, pp. 20-22. <<

[13] *Ibid.*, p. 89. <<

[14] *Ibid.*, p. 36. <<

[15] *Ibid.*, pp. 39 y 41. <<

[16] *Ibid.*, pp. 44-45. <<

[17] *Ibid.*, pp. 53 y 54. <<

[18] *Ibid.*, pp. 60 y 63. Cf. Helfferich, Tryntje, ed. y trad., *The Thirty Years War: a documentary history*, Indianápolis, 2009, p. 322, y Theibault, *German villages in crisis: rural life in Hesse-Kassel and the Thirty Years War, 1580-1720*, Atlantic Highlands (Nueva Jersey), 1995, p. 157. <<

[19] Heberle, Hans, *Der Dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672): Aufzeichnungen aus dem Ulmer Territorium*, ed. de Gerd Zillhardt, Ulm, 1975, p. 119. <<

[20] *Ibid.*, p. 148. <<

[21] Robisheaux, *op. cit.*, p. 154. <<

[22] Robbins, Kevin C., *City of the Ocean Sea: La Rochelle, 1530-1650. Urban society, religion, and politics on the French Atlantic frontier*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, p. 211. <<

[23] Symcox, Geoffrey, «La trasformazione dello stato», *Storia di Torino*, IV (2002), pp. 719-867; véase p. 767. <<

[24] Gräf, Holger T., ed., *Söldnerleben am Vorabend des Dreissigjährigen Krieges: Lebenslauf und Kriegstagebuch 1617 des hessischen Obristen Caspar von Widmarckter*, Marburgo, 2000, p. 131. <<

[1] Véanse Knecht, Robert J., *The French religious wars, 1562-1598*, Oxford, 2002, y Holt, Mack P., *The French Wars of Religion, 1562-1629*, Cambridge, 2005 (2.ª ed.), en lo tocante a las guerras de religión, y en lo relativo a Ruan: Parquier, Émile Le, *La siège de Rouen en 1562*, Ruan, 1907, y Benedict, Philip, *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, 1981. <<

[2] Paradoja que se pone de relieve con acierto en Crouzet, Denis, *Les guerriers de Dieu*, Seyssel, 1990. <<

[3] Véase, sobre el asalto a Ruan, Le Parquier, *op. cit.*, y sobre el saqueo, Benedict, *op. cit.*, pp. 97-102. <<

[4] Bireley, Robert, «The Thirty Years' War as a Germany's religious war», en Repgen, Konrad, ed., *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven*, Múnich, 1988, pp. 85-106. <<

[5] Kaminsky, Howard, *A history of the Hussite Revolution*, Berkeley y Los Ángeles, 1967. <<

[6] Hanlon, Gregory, *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*, Londres, 1998, p. 93, e Israel, Jonathan I., *The Dutch Republic: its rise, greatness, and fall, 1477-1806*, Oxford, 1998, p. 148. <<

[7] Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004, pp. 112-113 (hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006), y Lovett, A. W., *Early Habsburg Spain, 1517-1598*, Oxford y Nueva York, 1986, pp. 119 y ss., y 155-158. (Hay trad. esp.: *La España de los primeros Habsburgos [1517-1598]*, Labor, Barcelona, 1989). <<

[8] Arnade, Peter, *Beggars, iconoclasts, and civic patriots: the political culture of the Dutch revolt*, Ithaca y Londres, 2008, pp. 90-92. <<

[9] Israel, *op. cit.*, p. 219. <<

[10] Trim, David J. B., «Ideology, greed, and social discontent in early modern Europe: mercenaries and mutinies in the rebellious Netherlands, 1568-1609», en Hathaway, Jane, ed., *Rebellion, repression, reinvention: mutiny in comparative perspective*, Westport y Londres, 2001, pp. 49-50. <<

[11] Knecht, *The French civil wars, 1562-1598*, Harlow, 2000, p. 249. <<

[12] Roelker, Nancy Lyman, ed., *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile: selections from his memoires-journaux*, Cambridge (Massachusetts), 1958, pp. 190 y 194. <<

[13] Bireley, *The Jesuits and the Thirty Years War: kings, courts, and confessors*, Cambridge, 2003, pp. 82-87. <<

[14] *Ibid.*, pp. 91-93 y 110-111, en donde se abordan también las reacciones que provocó el edicto también entre los católicos. <<

[15] Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, p. 465. <<

[16] Potter, G. R.; G. R. Elton, y otros, eds., *New Cambridge modern history*, Cambridge, 1957-1961, vol. IV, p. 330, y Tilly, Charles, *Coercion, capital, and European states, AD 990-1992*, Cambridge (Massachusetts) y Oxford, 1992, p. 135. <<

[17] Bireley, *op. cit.*, pp. 110-111. <<

[18] Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden, 1611-1632*, 2 vols., Londres y Nueva York, 1953-1958, vol. II, p. 498. <<

[19] Holborn, Hajo, *A history of modern Germany: the Reformation*, Nueva York, 1959, p. 259. <<

[*] Aparte del tratamiento que se da a los bancos, el retrato del Estado europeo en cierne que ofrece el presente capítulo no es nuevo: gira en torno a la «construcción de Estados», y los rudimentos de esta idea se plantearon ya a finales del siglo XIX en la obra de Max Weber, Otto Hintze y otros. En tiempos más recientes, los historiadores Charles Tilly y Thomas Ertman, entre otros, han reforzado este argumento al relacionar de forma más estrecha la guerra y la recaudación de impuestos. <<

[1] Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006, pp. 65 y ss. <<

[2] Los banqueros genoveses llegaron a cobrar un 67,4 por 100 en la década de 1550; véanse Kirk, Thomas Allison, *Genoa and the sea: policy and power in an early modern maritime republic, 1559-1684*, Baltimore y Londres, 2005, p. 31, y en lo tocante a los banqueros del papado, Bullard, Melissa M., *Filippo Strozzi and the Medici: favor and finance in sixteenth-Century Florence and Rome*, Cambridge, 1980, caps. 5 y 7. <<

[3] Tracy, James D., *Emperor Charles V, impresario of war: campaign strategy, international finance, and domestic politics*, Cambridge, 2002, p. 226. <<

[4] Maddalena, Aldo de, y Hermann Kellenbenz, eds., *La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVII secolo*, Bolonia, 1986, p. 303. <<

[5] Tallett, Frank, *War and society in early modern Europe, 1495-1715*, Londres y Nueva York, 1992, p. 175. <<

[6] Véanse Tracy, «Taxation and state debt», en Brady, Thomas A.; H. A. Oberman, y J. D. Tracy, eds., *Handbook of European history, 1400-1600*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1995, vol. I, pp. 563-588, en donde se aborda la cuestión en general; Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval*

and Renaissance Venice, vol. I, Baltimore y Londres, 2006, pp. 150-152 (en lo tocante a Venecia); Najemy, John M., *A history of Florence: 1200-1575*, Malden (Massachusetts) y Oxford, 2006, pp. 139-144 (a Florencia); Thompson, I. A. A., «Castile: polity, fiscality, and fiscal crisis», en Hoffman, Philip T., y K. Norberg, eds., *Fiscal crises, liberty, and representative government, 1450-1789*, Stanford, 1994, pp. 140-180 (véase p. 154); Lovett, A. W., *Early Habsburg Spain, 1517-1598*, Oxford y Nueva York, 1986, p. 222, y Gelabert, Juan, «Castile, 1504-1808», en Bonney, Richard, *The rise of the fiscal state in Europe, c. 1200-1815*, Oxford, 1999, pp. 201-241 (a España); Collins, James B., *Fiscal limits of absolutism: direct taxation in early seventeenth-Century France*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1988; Hoffman, «Early modern France, 1450-1700», en Hoffman y Norberg, *op. cit.*, pp. 226-252; Bonney, *op. cit.*, pp. 123-176 (a Francia); Isenmann, Eberhard, «The Holy Roman Empire in the Middle Ages», en Bonney, *op. cit.*, pp. 243-280, y en particular p. 246 (a las ciudades imperiales); Brewer, John, *The sinews of power: war, money and the English state, 1688-1783*, Londres, 1989, pp. 94-95 y 137 (a Inglaterra); Hart, Marjolein C. t, *The making of a bourgeois state: war, politics and finance during the Dutch Revolt*, Manchester y Nueva York, 1993; Jong, Michiel de, «Dutch public finance during the Eighty Years War: the case of the province of Zeeland, 1585-1621», en Hoeven, Marco van der, ed., *Exercise of arms: warfare in the Netherlands, 1568-1648*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997, pp. 133-152, y Veenendaal, Augustus J., «Fiscal crises and constitutional freedom in the Netherlands, 1450-1795», en Hoffman y Norberg, *op. cit.*, pp. 96-139 (a la República Neerlandesa), y Krüger, Kersten, «Kriegsfinanzen und Reichsrecht im 16. und 17. Jahrhundert», en Kroener, Bernhard R., y Ralf Pröve, eds., *Krieg und Frieden: Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit*, Paderborn y Múnich, 1996,

pp. 47-57, y Winnige, Norbert, «Von der Kontribution zur Aksize: Militarfinanzierung als Movens staatlicher Steuerpolitik», *ibid.*, pp. 59-83 (a Alemania). <<

[7] Thompson, «Castile…», cit., p. 160; Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge y Nueva York, 2004, pp. 126-127. (Hay trad. esp.: *El ejército de Flandes y el camino español: 1567-1659*, RBA, Barcelona, 2006), y Lovett, A. W., *Early Habsburg Spain, 1517-1598*, Oxford y Nueva York, 1986, p. 229. <<

[8] Belenguer, Ernest, *El Imperio hispánico, 1479-1665*, Barcelona, 1995, pp. 405-406, y Boyajian, James C., *Portuguese bankers at the court of Spain, 1626-1650*, Nuevo Brunswick, 1983, pp. 154-159. <<

[9] Pickl, Othmar, «Gli Asburgo austriaci e la concorrenza delle grandi banche dal XIV secolo alla fine del XVII», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 153-175; véanse pp. 159-164. <<

[10] Najemy, *op. cit.*, pp. 133-134. <<

[11] Pezzolo, Luciano, y G. Tattara, «Una fiera senza luogo. Was Bisenzone an offshore capital market in sixteenth-century Italy?», *Working Papers*, Dep. Economía, Universidad de Venecia (Ca' Foscari), n.º 25/WP. ISSN 1827-336X, y Mandich, Giulio, «Fiere cambiarie concorrenti (genovesi, fiorentine, veneziane) nel 1622-1652», en Maddalena y Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 123-151. Algunos estudiosos niegan que se refinanciaran deudas en estas ferias. <<

[12] Boyajian, *op. cit.*, p. XI. <<

[13] Martines, Lauro, *April blood: Florence and the plot against the Medici*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 41-53 (hay trad. esp.: *Sangre de abril: Florencia y la conspiración contra los Médicis*, Turner, Madrid, 2004), e *id.*, «Force loans: political and so-

cial strain in Quattrocento Florence», *Journal of Modern History*, 60, pp. 300-311. <<

[14] Véanse las notas 5 y 6 del capítulo 10, la bibliografía relativa a la financiación de la deuda pública, y también Ertman, Thomas, *Birth of the Leviathan: building states and regimes in Medieval and early modern Europe*, Cambridge, 1997, pp. 70-71, 73-75 y 240-247, en donde se abordan los casos de España, Francia y Alemania. <<

[15] Brewer, *op. cit.*, pp. 65-66. <<

[16] Ertman, *op. cit.*, p. 95, y Mallett, Michael, y Christine Shaw, *The Italian Wars, 1494-1559: war, state and society in early modern Europe*, Harlow, Londres y Nueva York, 2012, pp. 279-286. <<

[17] Wood, James B., *The King's army: warfare, soldiers, and society during the Wars of Religion in France, 1562-1576*, Cambridge y Nueva York, 1996, p. 283, y Lynn, John A., *Giant of the Grand Siècle: the French army, 1610-1715*, Cambridge, 1997, pp. 20-27. <<

[18] Véanse Ertman, *op. cit.*, pp. 203 y 119, y Tallett, *op. cit.*, p. 186, también en lo relativo a España. <<

[19] Martines, *The social world of the Florentine humanists*, Princeton, 1963, p. 29. <<

[20] Lynn, *Giant…*, ed. cit., p. 55. <<

[21] Ertman, *op. cit.*, p. 136. <<

[22] Lynn, *Giant…*, ed. cit., pp. 20-27; Hoffman, «Early modern France…», cit., pp. 237-245; Bonney, *op. cit.*, p. 147, y Rowlands, Guy, *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest, 1661-1701*, Cambridge, 2002, p. 111. <<

[23] Lynn, *Giant…*, ed. cit., pp. 25-27, y Bonney, *op. cit.*, pp. 141-147. <<

[24] Keep, John L. H., *Soldiers of the Tsar: army and society in Russia, 1462-1874*, Oxford, 1985, p. 91. <<

[25] Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus*, Harlow, 2002, p. 123. <<

[26] Krüger, art. cit., p. 57, y Wilson, Peter H., *Europe's tragedy: a history of the Thirty Years War*, Londres y Nueva York, 2009, p. 805. <<

[27] *Ibid.*, pp. 579 y 771. <<

[28] Hart, *op. cit.*, p. 218. <<

[29] Véanse *ibid.*, pp. 71 y 164; Veenendaal, art. cit., p. 123, y Manning, Roger B., *An apprenticeship in arms: the origins of the British Army, 1585-1702*, Oxford, 2006, pp. 32-33, acerca de las quejas expresadas contra los neerlandeses, y Tracy, «Taxation…», cit., pp. 181-182, en lo tocante a la cicatería de estos respecto de las soldadas. <<

[30] Véanse Anderson, Perry, *Lineages of the absolutist state*, Londres, 1979; Collins, *op. cit.*; Henshall, Nicholas, *The myth of absolutism: change and continuity in early modern European monarchy*, Londres y Nueva York, 1992, y Mackay, Ruth, *The limits of royal authority: resistance and obedience in seventeenth-century Castile*, Cambridge, 1999. <<

[31] Clark, Christopher, *Iron kingdom: the rise and downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, 2006, pp. 34-43; Ertman, *op. cit.*, pp. 246-254, y Carsten, F. L., *The origins of Prussia*, Oxford, 1962, p. 187. <<

[32] Lynn, *Giant…*, ed. cit., p. 29. En cuanto a la corrupción del gobierno francés, véanse también Rowlands, *op. cit.*, pp. 135-149, y Parrott, David, *Richelieu's army: war, government and society in France, 1624-1642*, Cambridge, 2001, pp. 232-258. <<

[33] Ertman, *op. cit.*, pp. 249-250. <<

[34] Frost, R. L., *The northern wars: war, state and society in north-eastern Europe, 1558-1721*, Londres, 2000, p. 122. <<

[35] Lovett, *op. cit.*, pp. 230-234, y Tracy, *Emperor…*, ed. cit., p. 104. <<

[36] Bireley, Robert, *The Jesuits and the Thirty Years War: kings, courts, and confessors*, Cambridge, 2003, pp. IX-X, 28-30, 61 y 64. <<

[37] Véanse Black, Jane, *Absolutism in Renaissance Milan*, Oxford, 2009, pp. 19 y ss., 37-38 y 143-144, sobre la idea de *plena potestas*, y Luard, Evan, *The balance of power: the system of international relations, 1648-1815*, Londres, 1992, pp. 100-128, sobre la de soberanía. <<

[38] Martines, *Lawyers and statecraft in Renaissance Florence*, Princeton, 1968, p. 380. <<

[39] Luard, *op. cit.*, pp. 1-25. En Tuck, Richard, *The rights of war and peace: political thought and the international order from Grotius to Kant*, Oxford, 1999, p. 18, se recoge la definición de Alberico Gentile, y en Anderson, M. S., *The rise of modern diplomacy, 1450-1919*, Londres y Nueva York, 1993, la que se le da en el ámbito de la diplomacia. <<

[40] Potter, G. R.; G. R. Elton, y otros, eds., *New Cambridge modern history*, Cambridge, 1957-1961, vol. IV, p. 492. <<

[41] Tuck, *op. cit.*; Skinner, Quentin, *The foundations of modern political thought*, 2 vols., Cambridge y Nueva York, 1978; Franklin, J. H., ed., *Constitutionalism and resistance in the sixteenth Century: three treatises by Hotman, Beza and Mornay*, Nueva York, 1969, y Arenilla, L., «Le calvinisme et le droit de résistance à l'état», *Annales E. S. C.*, 22 (1967). <<

[42] Bonney, *The European dynastic states, 1494-1660*, Oxford, 1991, p. 80. <<

[43] Skinner, *op. cit.*, vol. II, pp. 293-296. <<

[1] Lynn, 79-87, en Grinsley, Mark y Clifford, J. Rogers (eds.), *Civilizations in the Path of War*, Lincoln and London, 2002. <<

[1] Lane, Frederic C., y R. C. Mueller, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice*, vol. I, Baltimore y Londres, 2006; Denzel, Markus A., *Handbook of world exchange rates, 1590-1914*, Ashgate, 2010; Shaw, William A., *The history of currency, 1252-1894*, Londres, 1896; Spufford, Peter, *Handbook of Medieval exchange*, Londres, 1986 (hay ed. esp.: *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Crítica, Barcelona, 1991), y Braudel, F. P., y F. Spooner, «Prices in Europe from 1450 to 1750», en Rich, E. E., y C. H. Wilson, eds., *Cambridge economic history of Europe*, vol. IV, Cambridge, 1967, pp. 378-486. <<

ÍNDICE

Un tiempo de guerra	2
Prólogo	4
1. Mosaico bélico	15
2. Soldados plebeyos y nobles	44
3. A saco	83
4. Armas y príncipes	116
5. Asedios	142
6. Los ejércitos: ciudades ambulantes, ciudades moribundas	191
7. Despojos	235
8. El infierno en las aldeas	259
9. Matar en el nombre de Dios	279
10. El Estado: nacimiento de un leviatán	297
Epílogo	337
Apéndice. Sobre el dinero	343
Agradecimientos	345
Bibliografía	346
Notas	379